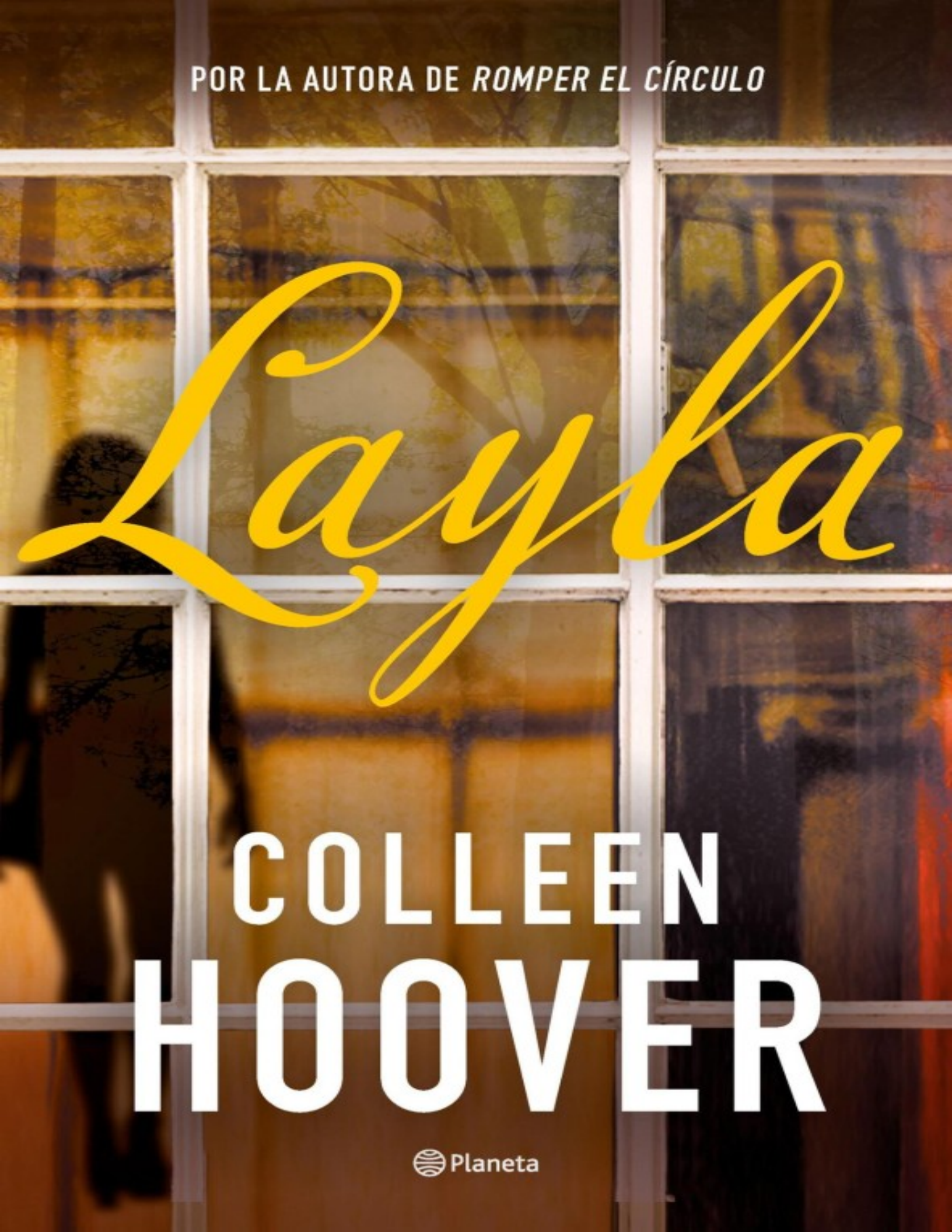

POR LA AUTORA DE *ROMPER EL CÍRCULO*
Layla
COLLEEN
HOOVER
Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

LA ENTREVISTA

1

2

LA ENTREVISTA

3

LA ENTREVISTA

4

5

6

LA ENTREVISTA

7

8

LA ENTREVISTA

9

LA ENTREVISTA

10

LA ENTREVISTA

11

12

LA ENTREVISTA

13

14

LA ENTREVISTA

15

16

17

18

LA ENTREVISTA

19

20

21

22

23

24

25

26

27

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

LAYLA

Colleen Hoover

Traducción de Pilar de la Peña Minguell



A Beckham: cuando muera, tú vas a ser la primera persona a la que atormente, porque es divertidísimo asustarte

Lo sobrenatural es lo natural que aún no hemos entendido.

ELBERT HUBBARD

LA ENTREVISTA

Antes de bajar, le he tapado la boca a Layla con dos vueltas de cinta americana, pero todavía oigo sus gritos ahogados mientras el investigador se sienta a la mesa.

Lleva una de esas grabadoras antiguas de las pelis de los ochenta, de unos veinticinco centímetros de largo por quince de ancho y con un botón rojo grande a la izquierda, que pulsa a la vez que el de reproducción para empezar a grabar. Luego desliza el aparato al centro de la mesa. Los carretes de la cinta se ponen a girar.

—Indique su nombre, por favor —me dice.

Me aclaro la garganta.

—Leeds Gabriel.

La tapa del compartimento de las pilas está sujeta con un trozo desgastado de cinta americana que sube por los cantos del aparato. Me hace gracia pensar que esta antigualla vaya a grabar lo que yo diga y eso vaya a servir para algo.

A estas alturas, ya todo me da igual. No hay luz al final del túnel; ni siquiera sé si el túnel tiene final.

¿Cómo voy a esperar una salida con lo que se han descontrolado las cosas? Estoy hablando con un investigador al que he conocido por internet, mientras mi novia está arriba, a punto de perder la maldita cabeza.

Repunta el ruido en el dormitorio, como si Layla supiera que hablo de ella. El cabecero de madera aporrea la pared y produce un eco espeluznante en esta casa vacía.

—Bueno —dice el hombre—, ¿por dónde quiere empezar? — Parece que el ruido no le perturba, pero yo no sé si voy a poder aguantarlo. Saber que Layla está sufriendo por mi culpa no es algo

fácil de ignorar. Cada golpe me provoca un estremecimiento—. ¿Y si empezamos por cómo se conocieron?

No me atrevo a contestar preguntas que sé que no van a dar soluciones, pero, ahora mismo, prefiero oír mi voz a los gritos ahogados de Layla.

—Nos conocimos el verano pasado. Esto antes era una pensión. Yo tocaba el bajo en la banda que habían contratado para la boda de su hermana. —Ni se inmuta. Se recuesta en la silla y me mira en silencio. No sé qué más decir. ¿Necesita más detalles?—. ¿Qué tiene que ver cómo conociera a Layla con lo que está pasando en esta casa?

El hombre niega con la cabeza, se inclina hacia delante y cruza los brazos sobre la mesa.

—Nada, a lo mejor. Pero a eso he venido, Leeds; cualquier cosa podría ser una pista. Necesito que se retrotraiga a su primer día aquí. ¿Cómo iba vestida Layla? ¿Qué hacían los dos en la casa? ¿Qué fue lo primero que le dijo ella? ¿Notaron algo raro esa noche? Cuanta más información me dé, mejor. No hay detalle insignificante.

Planto los codos en la mesa y me tapo los oídos con las manos para aislarme del ruido que Layla está haciendo arriba. No soporto verla tan perturbada. La quiero muchísimo, pero no sé si puedo ponerme a recordar por qué la quiero tanto con lo mal que se lo estoy haciendo pasar.

Procuro no pensar en lo perfecto que era todo al principio; cuando lo hago, se acentúa la sensación de que es culpa mía que la cosa se haya estropeado así.

Cierro los ojos y pienso en la noche en que la conocí, en la época en que todo era más fácil, en que la ignorancia era una auténtica bendición.

—Bailaba fatal. Eso fue lo primero que me llamó la atención de ella...

1

Baila fatal.

Eso es lo primero que me llama la atención de ella desde el escenario, donde estoy tocando para un grupo cada vez más reducido de personas. Tiene unos brazos muy largos, que no controla; va descalza, y se mueve por el césped dando pisotones e ignorando deliberadamente la sutileza que se espera de un tema como el que interpretamos. Sacude la cabeza a lo loco y agita los rizos negros y alborotados como si improvisara la coreografía de un tema de heavy metal.

Lo gracioso es que nuestra banda es de country moderno. Moderno y soso. Un repertorio completo de temas insufribles de escuchar y aún más de tocar.

Garrett's Band.

Así se llama: Garrett's Band. A Garrett no se le ocurrió nada mejor.

Yo soy el cuarto miembro oficioso, el último en incorporarse a la banda. Toco el bajo. No el contrabajo, el que se toca de pie e inspira respeto, sino el bajo eléctrico, ese instrumento minusvalorado e invisible que suele tocar el miembro también invisible de la banda, el que queda diluido en todas las canciones. Claro que a mí no me importa estar en segundo plano; a lo mejor por eso prefiero el bajo eléctrico a cualquier otra cosa.

Después de estudiar música en Belmont, mi objetivo era ser cantautor, pero no ayudo a Garrett a componer estas canciones. Él no quiere ayuda. No entendemos la música de la misma forma, así que compongo para mí y me guardo las canciones para un futuro en el que tenga el valor de sacar un álbum en solitario.

La banda ha ganado popularidad los últimos años, y aunque nos llaman más —con lo que también nos pagan mejor—, mi tarifa como

bajista no ha variado. He pensado en comentarlo con el resto de la banda, pero dudo que merezca la pena. Además, a ellos el dinero les hace más falta que a mí. Eso por no hablar de que, si abordo el asunto, igual me ofrecen un puesto fijo en la banda y, la verdad, odio tantísimo esta música que me da vergüenza hasta estar aquí plantado.

Cada bolo me devora un poco el alma. Un mordisquito aquí, otro allá. Tengo miedo de que, si sigo haciendo esto mucho tiempo, ya solo quede de mí un cuerpo.

Lo cierto es que no sé qué me retiene. Cuando me uní a la banda, no pretendía que fuera algo permanente, pero, por la razón que sea, no consigo mover el culo y largarme. Mi padre murió cuando yo tenía dieciocho años y, como consecuencia de su muerte, nunca he padecido problemas de dinero: nos dejó a mi madre y a mí una póliza de seguros sustanciosa, además de una empresa de instalaciones de internet que va sola y cuyos empleados están la mar de bien sin que yo entre en escena y les fastidie años de buen funcionamiento. Así que mi madre y yo nos mantenemos al margen y vivimos de rentas.

Es algo que sin duda agradezco, pero no de lo que me sienta orgulloso. Si la gente supiera lo poco que se me exige en esta vida, nadie me respetaría. Quizá por eso sigo en la banda. Mucho viaje, mucho trabajo y mucho trasnochar, pero la tortura autoimpuesta me produce la sensación de que al menos merezco una parte de lo que tengo en la cuenta bancaria.

Desde el sitio que me corresponde en el escenario, observo a la chica mientras toco, preguntándome si estará borracha, colocada o si, a lo mejor, con su forma de bailar pretende mofarse de lo patética que es nuestra banda. Sea cual sea la razón por la que anda convulsionando como un pez fuera del agua, se lo agradezco: hace tiempo que no me divertía tanto durante un concierto. Incluso me sorprendo sonriendo en algún momento, algo que no sé ni cuánto hace que no me pasaba. ¡Y pensar que no me apetecía nada venir!

Puede que sea el ambiente: lo recogido que es este sitio y que ya hace rato que ha terminado la boda. Tal vez sea porque nadie nos presta atención y el noventa por ciento de los invitados se ha ido. A

lo mejor son los trocitos de césped que lleva la chica en el pelo y las manchas verdes que tiene por todo el vestido, de las tres veces que ha terminado cayéndose en lo que va de canción. O igual son los seis meses de sequía con los que me he castigado desde que rompí con mi ex.

Quizá sea una combinación de todo lo que hace que, esta noche, solo me fije en esa chica. Tampoco es de extrañar, porque, aun con el maquillaje corrido por las mejillas y un par de rizos pegados a la frente por el sudor, es la más guapa de la fiesta. Con lo que resulta aún más raro que nadie le haga caso. Los pocos invitados que quedan se reúnen con los recién casados en torno a la piscina mientras tocamos el último tema de la velada.

Mi terrible bailarina es la única que aún nos escucha cuando, por fin, terminamos y empezamos a recoger.

Me dirijo al fondo del escenario a guardar el bajo en su funda y la oigo gritar: «¡Otra, otra...!». Cierro el estuche a toda prisa y rezo por ser capaz de localizarla cuando hayamos cargado los instrumentos en la furgoneta.

Como somos cuatro, hemos reservado dos habitaciones en la pensión. Son doce horas por carretera hasta Nashville, y a ninguno nos apetecía viajar de noche.

El novio se acerca a Garrett cuando está cerrando los portones de la furgo y nos invita a una copa. En circunstancias normales, yo habría declinado el ofrecimiento, pero albergo la esperanza de volver a ver a la bailarina pésima. Era entretenida. Además, me ha gustado que no canturreara ninguno de los temas. No sé si podría sentirme atraído por una chica a la que le guste de verdad la música de Garrett.

Me la encuentro en la piscina, flotando bocarriba, con el vestido de dama de honor color crema aún puesto y lleno de manchas verdes.

No hay nadie más en el agua, así que cojo una cerveza, me acerco adonde cubre, me descalzo y meto las piernas en el agua, con vaqueros y todo.

Las olitas que genera mi cuerpo terminan llegándole, pero no levanta la vista para ver quién le está haciendo compañía. Continúa

mirando al cielo, tan silenciosa e inmóvil como un tronco a la deriva. ¡Qué contraste con su absurda exhibición de antes!

Cuando llevo unos minutos observándola, el agua la engulle del todo y desaparece. De pronto saca las manos y asoma la cabeza a la superficie, mirándome directamente, como si supiera que llevo aquí todo el rato.

Se mantiene a flote con pequeños movimientos de los pies y agitando los brazos por encima del agua. Despacio, salva la distancia que nos separa, se sitúa justo delante de mis piernas y me escudriña desde abajo. Tengo la luna a la espalda y los ojos de la chica reflejan su resplandor como dos bombillas.

Desde el escenario me parecía guapa, pero, ahora que la tengo a treinta centímetros, compruebo que es lo más hermoso que he visto en mi vida. Labios carnosos y rosados, y una mandíbula delicada que me gustaría acariciar. Sus ojos son tan verdes como el césped que rodea la piscina. Me dan ganas de meterme dentro con ella, pero llevo el móvil en el bolsillo y una lata de cerveza empezada en la mano.

—¿Alguna vez has visto uno de esos vídeos de YouTube de personas que se mueren por dentro? —me dice.

No tengo ni idea de por qué me hace esa pregunta, pero cualquier cosa que hubiera salido de su boca me habría producido el mismo escalofrío que esas palabras. Su voz es etérea y ligera, como si le brotara sin esfuerzo de la garganta.

—No —contesto.

Le falta un poco el resuello, de mantenerse a flote.

—Son recopilaciones de cosas embarazosas que le pasan a la gente. La cámara siempre hace primeros planos de sus caras en los peores momentos y, por sus gestos, parece que se mueren por dentro. —Se quita el agua de los ojos—. Esa era la cara que tenías en el escenario esta noche, como si te estuvieras muriendo por dentro.

No recuerdo haberla visto mirar al escenario, y menos aún mirarme a mí lo suficiente como para identificar con tanto acierto lo que siento cuando me veo obligado a tocar esa mierda de canciones.

—Ya estoy muerto por dentro. Morí la primera noche que toqué con esa banda.

—Eso me parecía. ¿Te ha gustado mi baile? Intentaba animarte.

Asiento y doy un trago a la cerveza.

—Pues ha funcionado.

Sonríe y se sumerge unos segundos. Cuando se asoma de nuevo, se aparta el pelo de la cara y dice:

—¿Tienes novia?

—No.

—¿Novio?

—No.

—¿Mujer?

Niego con la cabeza.

—¿Amigos, por lo menos?

—La verdad es que no —confieso.

—¿Hermanos?

—Hijo único.

—Joder, sí que estás solo. —Otra valoración muy acertada. Aunque, en mi caso, la soledad sea elegida—. ¿Quién es la persona más importante de tu vida? Los padres no cuentan.

—¿Ahora mismo?

—Sí, ahora mismo. ¿Quién es la persona más importante de tu vida?

Medito la pregunta un momento y caigo en la cuenta de que no me dejaría pegar un tiro por nadie más que por mi madre. Los de la banda me dan igual. Son más bien compañeros de trabajo con los que no comparto nada más. Y, como los padres no cuentan, esta chica es ahora mismo lo único que tengo en la cabeza.

—Supongo que tú —contesto.

Ladea la cabeza y entorna los ojos.

—¡Qué penita! —Levanta los pies y se aleja de mí, impulsándose en el trozo de pared de la piscina que tengo entre las piernas—. Entonces, más vale que te alegre la noche —dice con una sonrisa coqueta. Una insinuación.

Acepto la invitación dejando el móvil en el borde de hormigón, al lado de la lata de cerveza ya vacía. Me quito la camisa y veo como

me mira mientras me meto del todo en la piscina.

Ahora estamos al mismo nivel y, joder, cada vez la veo más guapa.

Nadamos el uno alrededor del otro, en círculos, despacio, procurando no tocarnos, aunque es evidente que los dos queremos.

—¿Quién eres? —me pregunta.

—El bajista.

Ríe, y su risa es lo contrario de su voz etérea, brusca y contundente; puede que me guste incluso más que su voz.

—¿Cómo te llamas? —aclara.

—Leeds Gabriel.

Seguimos nadando en círculos, el uno frente al otro. Ella ladea de nuevo la cabeza y medita sobre mi nombre.

—Leeds Gabriel suena a líder de banda. ¿Por qué tocas en la de otro? —Sigue hablando como si, en el fondo, no esperara respuesta —. ¿Te pusieron ese nombre por la ciudad inglesa?

—Sí. ¿Cómo te llamas tú?

—Layla —susurra, como si fuera un secreto. Es el nombre perfecto, el único que podría haberme encajado para ella. Lo tengo clarísimo.

—Layla... —dice alguien a mi espalda—. Abre la boca.

Me giro y veo a la novia plantada detrás de mí, ofreciéndole algo a Layla, que se acerca nadando y saca la lengua. La novia le pone una pastillita blanca en el centro. Layla se la traga y, aunque no tengo ni idea de qué es, me parece de lo más sensual.

A ella no le pasa desapercibido que su boca me tiene hipnotizado.

—Leeds también quiere una —dice, y extiende la mano para que le dé otra.

La novia se la da y se va. No pregunto qué es, me da igual. Deseo tanto a esa mujer que voy a ser el Romeo de su Julieta y aceptaré cualquier veneno que quiera ponerme en la lengua ahora mismo, sea lo que sea.

Abro la boca. Tiene los dedos mojados y parte de la pastilla ya se ha deshecho cuando me llega a la lengua. Está amarga y me cuesta tragármela sin agua, pero lo consigo. Mastico un trocito.

—¿Quién era la persona más importante de tu vida ayer, antes de que apareciera yo? —me pregunta.

—Yo mismo.

—¿Te he quitado el primer puesto?

—Eso parece.

Se desliza de espaldas con fluidez y facilidad, como si pasara más tiempo en el agua que en tierra firme. Vuelve a contemplar el cielo, con los brazos en cruz, inflando el pecho con una inspiración profunda.

Pego la espalda al lateral de la piscina y estiro los brazos, agarrándome al bordillo. Se me empieza a acelerar el corazón y casi diría que mi sangre se ha vuelto más densa.

No sé qué clase de droga me ha dado, seguramente eme o algún otro estimulante, porque me está haciendo efecto enseguida. Ahora mismo soy más consciente de todo lo que me pasa en el torso que en ninguna otra parte del cuerpo. Me noto el corazón inflado, como si no me cupiera en la caja torácica.

Layla aún flota bocarriba, pero tiene la coronilla pegada a mi pecho. Está justo delante de mí. Si me inclino un poco hacia delante, no le dejo ver el cielo. Me va a ver solo a mí.

¡Joder, cómo pega la mierda esta! Me siento bien, seguro de mí mismo.

El agua está tan en calma a nuestro alrededor que parece que ella flote en el aire. Ha cerrado los ojos, pero, cuando topa con la cabeza contra mi pecho, me mira, con la cara del revés, como esperando a que haga algo.

Así que lo hago.

Me agacho lo justo para posar suavemente los labios en los suyos. Nos besamos del revés, yo atrapando su labio inferior. Su boca es como una suave explosión que activa campos de minas ocultos bajo cada centímetro de mi piel. Es raro y fascinante, porque ella sigue bocarriba, flotando en el agua. Nuestras lenguas se rozan y, no sé bien por qué, no me siento digno de tocarla, así que dejo los brazos donde están, sobre el bordillo de la piscina.

Ella también los mantiene extendidos y lo único que mueve es la boca. Me alegro de que nuestro primer beso sea cabeza abajo, porque eso me da muchísimo margen para esperar con ilusión uno en condiciones. Nunca más voy a querer besar a una chica si no es

colocado de lo que sea que nos ha dado la novia. Es como si, con cada latido, el corazón se me redujera al tamaño de una moneda y luego creciera hasta alcanzar el tamaño de un tambor. No late como debería; ya no es ese suave *papam, papam, papam*. Es un *pim* y un *PAM*.

PimPAM,pimPAM,pimPAM.

No puedo seguir besándola del revés. Me está volviendo loco, como si no acabáramos de encajar, y yo quiero que mi boca se ajuste perfectamente a la suya. La agarro de la cintura y la hago girar en el agua hasta tenerla de frente, y luego tiro de ella hacia mí. Me enrosca las piernas en la cintura, saca ambas manos del agua y se me cuelga del cuello; ahora soy lo único que la mantiene fuera del agua, pero tengo los brazos demasiado ocupados en su espalda, así que nos hundimos, y ninguno de los dos hace nada por evitarlo. Anclamos nuestras bocas justo antes de sumergirnos. No se cuela ni una sola gota de agua entre nuestros labios.

Nos vamos al fondo de la piscina, aún fundidos el uno con el otro. En cuanto tocamos el suelo, abrimos los ojos a la vez y nos apartamos para mirarnos. El pelo le flota alrededor de la cabeza y parece un ángel sumergido. Ojalá pudiera hacerle una foto.

Las burbujas de aire inundan el espacio que hay entre los dos, así que regresamos enseguida a la superficie.

Yo emerjo dos segundos antes que ella. Estamos el uno frente al otro, preparados para besarnos otra vez. Nos entrelazamos en la misma postura de antes y nuestras bocas se buscan, pero, en cuanto saboreo el cloro de sus labios, nos interrumpen unos vítores.

Oigo a Garrett más que a los demás; todos aplauden nuestro beso desde donde están sentados. Layla se vuelve a mirarlos y les hace una peineta. Se separa de mí y se acerca al borde de la piscina.

—Vámonos —dice saliendo del agua.

No lo hace con elegancia: sale por donde más cubre, a metro y medio de la escalerilla, y tiene que rodar por el bordillo para conseguirlo. Es torpe y perfecta. La sigo y, unos segundos después, ambos corremos hacia el lado de la casa que está más oscuro, en busca de intimidad. Noto el césped frío y suave bajo los pies, como hielo, pero derretido. Supongo que eso lo convierte en agua, pero no

lo siento así. A mí me parece hielo derretido. «Cuando te drogas, cuesta explicar algunas cosas».

Layla me coge de la mano, cae al césped de hielo derretido y me arrastra con ella, sobre su cuerpo. Me sostengo en los codos para que ella pueda respirar y me la quedo mirando un momento. Tiene pecas. No muchas, todas esparcidas por el puente de la nariz. Algunas en las mejillas. Levanto la mano y las resigo con los dedos.

—¿Cómo puedes ser tan guapa?

Ríe, y con razón. ¡Menuda cursilada acabo de decir! Me tumba bocarriba y se sube el vestido para poder sentarse a horcajadas encima de mí. Sus muslos se adhieren a mis costados porque estamos los dos chorreando. Apoyo las manos en sus caderas y disfruto de la intensidad de este colocón.

—¿Sabes por qué este sitio se llama «El corazón del país», en español? —pregunta.

Como no lo sé, niego con la cabeza y confío en que sea algo largo de contar para oírla hablar más rato. Me pasaría la noche escuchando su voz. De hecho, hay una estancia en la pensión a la que llaman «el salón», con cientos de libros forrando las paredes. La llevaría allí y dejaría que me leyera toda la noche.

—Este sitio, este espacio en el que estás tumbado, es el centro geográfico exacto de los estados continentales del país.

Igual es porque ahora mismo soy superconsciente de los latidos de mi corazón, pero creo que lo que dice no tiene ningún sentido.

—¿Y por qué lo llaman así? El centro del cuerpo no es el corazón, sino el estómago.

Suelta otra de esas carcajadas suyas.

—Cierto, pero «El estómago del país» no suena tan bien.

—¡Ostras!, ¿sabes francés?

—Español, querrás decir.

—Suena igual de sexy.

—Lo estudié un año en el instituto. No tengo talentos ocultos, lo que ves es lo que hay.

—Lo dudo. —La aparto de mi cuerpo, haciéndola rodar por el césped, y me subo encima de ella—. Eres una bailarina muy talentosa.

Ríe. La beso.

Nos besamos unos minutos.

Nos besamos más. Nos tocamos. Nos movemos. Gemimos.

Todo es excesivo, como si estuviera al borde de la muerte. Siento que me va a estallar el corazón. Empiezo a preguntarme si deberíamos seguir adelante; enrollarme con Layla yendo colocado podría ser peligroso. Como la deje enroscarse en mí un segundo más, me voy a desmayar de todo lo que estoy sintiendo. Es como si a cada una de mis terminaciones nerviosas le hubiera salido otra. Todo lo vivo con el doble de intensidad.

—Tengo que parar —susurro, desenroscándome sus piernas de la cintura—. ¿Qué coño nos hemos metido? Me cuesta respirar. —Me tumbo bocarriba, jadeando.

—¿Te refieres a lo que te ha dado mi hermana?

—¿La novia es tu hermana?

—Sí, se llama Aspen. Es tres años mayor que yo. —Se incorpora, apoyándose en un codo—. ¿Por qué? ¿Te gusta la pasti?

—Sí, me encanta.

—Es intensa, ¿eh?

—Ya te digo...

—Aspen me la da siempre que bebo demasiado. —Se acerca y me susurra al oído—: Se llama aspirina. —Cuando se aparta, la confusión de mi semblante le provoca una sonrisa—. ¿Pensabas que ibas colocado?

«¿Por qué iba a sentirme así si no?». Me incorporo.

—Eso no era una aspirina.

Layla se tumba bocarriba, muerta de risa.

—Te lo juro por Dios —dice haciéndose una cruz en el pecho—. ¡Te has tomado una aspirina! —Ríe tan fuerte que le cuesta respirar. Cuando por fin lo hace, suspira, y es una delicia. ¿Y en serio acabo de utilizar la palabra «delicia»? Niega con la cabeza y me mira con una sonrisa tierna—. No es una droga lo que te hace sentir así, Leeds. —Se levanta y rodea la casa hasta la parte delantera. De nuevo, la sigo, porque, como de verdad haya sido una aspirina, lo tengo chungo. Muy chungo.

Cuando entramos en la casa, Layla no se mete en un dormitorio; pasa al salón, el de los libros y el piano de cola pequeñito. En cuanto estamos los dos dentro, cierra la puerta y echa el pestillo. Mis vaqueros y su vestido van dejando un reguero de agua.

Me detengo para observarla y veo que mira fijamente el charco que tengo bajo los pies.

—El suelo es antiguo —dice—. Habría que respetarlo.

Se quita el vestido empapado por la cabeza y se queda, a la tenue luz de la estancia, a metro y medio de mí, en ropa interior. No va conjuntada; lleva un sujetador blanco y unas bragas de cuadros verdes y negros, y no sé por qué, pero me encanta que no se haya pensado mucho lo que se ponía debajo del vestido. La estudio un momento, admirando sus curvas y el hecho de que no intente esconderme ninguna parte de su cuerpo.

Mi última novia tenía un cuerpo que podía rivalizar con el de una supermodelo; sin embargo, nunca estaba cómoda consigo misma. Terminó siendo una de las cosas que me irritaban de ella, porque, por muy guapa que fuera, su inseguridad era lo que más llamaba la atención. Layla, en cambio, se mueve con una seguridad en sí misma que resultaría atractiva independientemente de su aspecto.

Hago lo que me pide: me quito los vaqueros y me quedo en calzoncillos. Ella recoge nuestra ropa y la planta encima de una alfombra que probablemente valga más que el suelo, pero si le hace ilusión...

Echo un vistazo a la estancia y veo que hay un sofá marrón de cuero envejecido pegado a la pared, al lado del piano. Me dan ganas de tirarla en él y perderme en su interior, pero ella tiene otros planes.

Retira la banqueta del piano y se sienta.

—¿Sabes cantar? —me pregunta tocando algunas teclas.

—Sí.

—¿Por qué no cantas en la banda?

—Porque la banda es de Garrett, y él nunca me lo ha pedido.

—¿Garrett? ¿Así es como se llama el vocalista?

—Eso es.

—¿Es tan tonto como sus letras?

Eso me hace reír. Negando con la cabeza, me siento a su lado en la banqueta.

—Es terrible, pero no, no es tan malo como sus letras.

Layla toca el do central en el piano.

—¿Te tiene envidia?

—¿Por qué iba a tenerme envidia? Yo no soy más que el bajista.

—Porque él no tiene madera de vocalista y tú sí.

—Eso es mucho decir. Ni siquiera me has oído cantar.

—Da igual. Aunque fueras horrible, todos los demás quedan en segundo plano cuando tú estás en el escenario.

—¿Igual que la multitud queda en segundo plano cuando tú bailas?

—Era la única que bailaba.

—¿Ves? Ni me había dado cuenta.

Se me arrima cuando digo eso, y pienso que me va a besar, pero, en cambio, me susurra:

—Toca algo para mí. —Luego se va al sofá y se tumba—. Toca algo digno de ese piano. —Cruza las piernas por los tobillos y descuelga un brazo por el borde del sofá para acariciar el suelo de madera noble mientras aguarda a que yo empiece a tocar, pero no puedo dejar de mirarla. Dudo que haya otra mujer en este mundo que pueda inspirarme semejantes ganas de mirarla sin pestañear hasta que se me sequen los ojos. Ella me observa, expectante.

—¿Y si no te gusta mi música? —pregunto—. ¿Me vas a dejar besarte?

—¿La canción significa algo para ti? —dice, y sonríe con amabilidad.

—La compuse con pedazos de mi alma.

—Entonces, no tienes de qué preocuparte —replica en voz baja.

Me giro en la banqueta y poso los dedos en las teclas. Vacilo un momento antes de empezar a tocar. Nunca he tocado esta canción para nadie; la única persona a la que alguna vez quise cantársela era mi padre, y ya no vive. Su muerte es precisamente la razón por la que la compuse.

Tocar los temas de Garrett en un escenario no me pone nervioso, pero esto es otra cosa. Esto es personal, y aunque ahora mismo solo

me escuche una persona, es el público más exigente para el que he tocado en mi vida.

Cojo aire y lo voy soltando despacio mientras empiezo a tocar.

Esa noche dejé de creer en el cielo.
Me cuesta creer en un dios tan cruel.
¿A ti no?
Esa noche dejé de rezar de rodillas,
pero tampoco rezo de pie.
¿Y tú?
Esa noche cerré la puerta y la ventana.
He estado a oscuras desde entonces.
¿Tú también?
Esa noche aprendí que la felicidad es un cuento,
un millón de páginas leídas en voz alta
por ti.
Esa noche dejé de creer en Dios.
Eras nuestro, pero le dio igual,
te llevó con Él.
Por eso esa noche dejé...
Dejé...
Esa noche
lo dejé todo.
Esa noche lo dejé.
Lo dejé.
Simplemente lo dejé.
Esa noche lo dejé.
Esa noche...

Cuando termino de tocar la canción, cruzo las manos en el regazo. Me da un poco de miedo girarme a mirarla. Nada más sonar la última nota se ha hecho el silencio absoluto, tanto que parece que algo se haya tragado todo el ruido de la casa. Ni siquiera la oigo respirar.

Bajo la tapa del piano y me vuelvo despacio en la banqueta. Se está enjugando los ojos, mirando al techo.

—Guau —dice en un susurro—. No me lo esperaba. Es como si acabaras de darme un pisotón en el pecho. —Así me siento yo desde que la he visto por primera vez esta noche—. Me gusta cómo termina —dice, y se sienta en el sofá de rodillas—. Has parado a mitad de frase. Es perfecto, superpotente.

No tenía claro que fuera a darse cuenta del final intencionado, pero el que lo haya hecho me enamora aún más de ella.

—¿Dónde puedo encontrarla? ¿Está en Spotify?

Niego con la cabeza.

—Nunca he publicado ninguno de mis temas.

Me mira con fingido horror y da una palmada en el sofá.

—¿Qué? ¿Por qué no, joder?

Me encojo de hombros.

—No sé. —Y es verdad que no lo sé—. Igual porque, en Nashville, todo el mundo se cree alguien. No quiero ser de los que se creen alguien.

Layla se levanta y se acerca a la banqueta del piano, donde sigo sentado. Me empuja por los hombros hasta que pego la espalda al piano y luego se sienta a horcajadas encima de mí, apoyando las rodillas en la banqueta. La miro desde abajo y ella, sosteniéndome la cara con las manos, con los ojos entornados, me dice:

—Es muy egoísta que te quedes esas canciones para ti. Es mejor ser alguien generoso que un don nadie egoísta.

Me parece que me alegro de haber conocido a esta chica. Me alegro mucho.

La agarro por la nuca y acerco su boca a la mía. No sé qué está pasando. Hacía una eternidad que no me gustaba nadie lo suficiente como para querer saber dónde iba a estar al día siguiente.

Pero... ¿dónde estará Layla mañana?

¿Dónde estaba ayer?

¿Dónde vive?

¿Dónde se crio?

¿Cuál es su persona favorita ahora mismo?

Quiero saber todo eso. Todo.

Layla interrumpe nuestro beso.

—Aspen me lo ha advertido al principio de la noche, cuando me ha visto mirarte: «Prométeme que te mantendrás alejada de los músicos; seguro que tienen clamidia», me ha dicho.

Me hace reír.

—¿Le has prometido que te mantendrías alejada de mí?

—No. Le he dicho: «Me da igual que tenga clamidia, seguramente también tiene condones».

—No tengo clamidia, pero tampoco tengo condones.

Se aparta de mí y se pone en pie.

—Tranquilo, yo tengo en la habitación. —Da media vuelta y se dirige a la puerta.

Recojo nuestra ropa mojada, abandono el salón detrás de Layla y la acompaño escalera arriba. No me ha invitado a su cuarto exactamente, pero deduzco que quiere que la siga porque continúa hablando mientras sube los escalones.

—Llevo un tiempo sin hacer esto —dice girándose un poco hacia mí—. Solo tengo condones porque los regalaban en la despedida de soltera. —Se vuelve por completo, deteniéndose en uno de los peldaños—. No era consciente de lo difícil que iba a ser echar un polvo en el mundo real. En la uni no había que hacer mucho esfuerzo, pero después... ¡ufff! —Me da la espalda de nuevo y sigue adelante. Abre la puerta de su habitación y entro con ella—. Lo malo del sexo después de la universidad es que odio las citas. Se pierde mucho tiempo. Le dedicas una noche entera a una persona que, desde los cinco primeros minutos, sabes que no merece la pena.

Estoy de acuerdo con ella, yo también prefiero jugármela. Siempre he buscado a alguien con quien conectar al instante y entregarme por completo.

No sé si Layla podría ser esa persona, pero, desde luego, me ha parecido que sí cuando hemos bajado al fondo de la piscina. Ha sido el beso más intenso de mi vida.

Layla me arrebata la ropa mojada de las manos y se la lleva al baño. La suelta en la ducha y, cuando vuelve al dormitorio, dice:

—Deberías dejar la banda.

Es la persona más imprevisible que he conocido. Hasta sus frases más simples me pillan por sorpresa.

—¿Por qué?

—Porque no te hace feliz.

Tiene razón: no me hace feliz. Nos dirigimos los dos a la cama.

—¿Tú a qué te dedicas? —le pregunto.

—Estoy en paro. Me echaron la semana pasada. —Se sienta y se recuesta en el cabecero. Yo me tumbo, con la cabeza en la almohada, y la miro desde abajo. Tengo la cara cerca de su cadera y me parece a la vez raro y sexy que su muslo esté a tan corta distancia. Le planto los labios encima.

—¿Por qué te han despedido?

—No me daban el día libre para la boda de Aspen, así que no volví por allí. —Se escurre por el cabecero y se coloca como yo—. Aún tienes los calzoncillos mojados. Igual deberíamos quitarnos el resto de la ropa.

No se anda con rodeos, pero me gusta.

La agarro por la cintura y la pongo encima de mí, con tal acierto que suelta un gemido. Soy más alto que ella, con lo que no me llega a la cara, pero quiero besarla. Ella también debe de querer, porque repta por mi cuerpo hasta anclar su boca a la mía.

Lo cierto es que no nos queda mucha ropa que quitarnos, así que, en cuestión de segundos, estamos desnudos dentro de la cama y ya casi nos hemos olvidado del condón. Pero no conozco a esta chica, ni ella a mí, así que espero mientras deambula por la habitación en busca del bolso. En cuanto saca el condón y me lo pasa, meto las manos por debajo de las sábanas y empiezo a ponérmelo.

—Creo que tienes razón —digo.

—¿En qué?

Me tumbo encima de ella, que se abre de piernas para recibirme.

—Debería dejar la banda.

Cabecea afirmativamente.

—Serías más feliz tocando tu propia música, aunque no ganes dinero con ella. —Me besa, pero un segundo después se aparta otra vez—. Búscate un trabajo que toleres y publica tu música por tu cuenta. Es preferible ser pobre y feliz que... pobre y triste. Iba a decir «rico y triste», pero no creo que seas rico, porque entonces no estarías tocando en esa banda. —Le contaría que no soy pobre, pero

me da un poco de vergüenza reconocer que toco en la banda porque quiero y no por necesidad, así que opto por guardar silencio—. Si tu destino es ser pobre, mejor sé un pobre feliz.

Tiene razón. Le beso el cuello, luego el pecho. Después, mi boca descansa en la suya otra vez.

—Creo que me alegro de haberte conocido.

Se aparta un poquito y me sonríe.

—¿Lo crees o lo sabes?

—Lo sé. Me alegro mucho de haberte conocido.

Pasea los dedos por mis labios.

—Yo también me alegro mucho de haberte conocido a ti.

Nos besamos un rato más, con una emoción perezosa, como a sabiendas de que tenemos toda la noche y ninguna prisa. Solo que yo ya me he puesto el condón y ella me está guiando hacia su interior.

Aun así, me lo tomo con calma. Con mucha calma.

Los minutos me parecen más importantes cuando los paso con ella.

Layla está tumbada bocabajo, y yo, con mis dedos indignos, le acaricio la columna. Llego a la base del cuello y me adentro en su pelo para acariciarle la nuca.

—Mataría por un taco ahora mismo —dice.

Nunca he deseado más leerle el pensamiento a una chica de lo que deseo leérselo a Layla. Su cabeza no funciona como las demás, no tiene filtros entre el cerebro y la boca, ni una conciencia que la haga sentir mal por lo que sea que pueda haber dicho. Suelta las cosas sin más, sin disculparse ni arrepentirse aunque sus palabras duelan.

Yo no sabía lo sexy que puede ser una sinceridad tan brutal... hasta esta noche.

Hace unos minutos, le he dicho que era el mejor polvo de mi vida. Esperaba que me devolviera el cumplido, pero ha sonreído y me ha contestado:

—Siempre pensamos eso en el momento, pero luego llega otra persona y se nos olvida lo bueno que nos parecía el anterior, y vuelta a empezar.

Me he reído. Creía que lo decía en broma, pero no. Y luego he meditado lo que me había dicho y he visto que es verdad. Yo perdí la virginidad a los quince; pensé que sería lo mejor que me pasaría nunca, pero, a los diecisiete, conocí a Victoria Jared y con ella tuve el mejor polvo de mi vida. Y después vino Sarah Kisner, y la chica que se coló en mi residencia el primer año de universidad, y dos o tres detrás de esa, y luego Sable. Cada vez, al terminar, me decía que no había vivido nada mejor, pero es probable que todas esas vivencias fueran más o menos igual de buenas.

Sin embargo, ninguna es comparable a Layla, lo tengo claro. «Tan claro como todas las veces anteriores».

—¿Eres religioso? —me pregunta.

Sus pensamientos son tan esporádicos e intensos como sus actos; creo que por eso me fascina de este modo. Tan pronto está tumbada bocarriba berreando mi nombre mientras me clava las uñas en los hombros, como bocabajo diciéndome lo mucho que le apetece un taco, o se olvida de los tacos y quiere saber si soy religioso. Me encanta. La mayoría de la gente es predecible, pero cada palabra y cada acto de Layla son recibir una sorpresa envuelta para regalo.

—No, no soy creyente, ¿y tú?

Se encoge de hombros.

—Creo en la vida después de la muerte, pero no sé si soy religiosa.

—La existencia es una lotería. Estamos aquí un rato y luego ya no.

—¡Qué deprimente!

—Qué va. Tú imagínate el cielo. Ese optimismo incesante, las sonrisas, la ausencia de pecado. La idea de vivir eternamente en un sitio repleto de personas que se han pasado la vida soltando frasecitas de taza a mí me suena mucho más deprimente que el que todo termine con la muerte.

—No sé si creo en ese tipo de más allá —replica ella—. Para mí, la vida es más como una serie de reinos. Puede que el cielo sea uno de ellos... y puede que no.

—¿Qué clase de reinos?

Se pone de lado y, cuando le miro los pechos, no busca el modo de obligarme a mirarla a los ojos; al contrario: se tumba bocarriba y tira de mí para que me apoye en su cuerpo. Descanso la cabeza en su tórax y le agarro un pecho mientras ella me acaricia el pelo, distraída, y sigue hablando.

—Míralo así —propone—: el útero es una fase de la existencia. Cuando éramos fetos, no recordábamos una vida anterior al útero; tampoco teníamos ni idea de si había vida después de él, solo conocíamos el útero. Pero luego nacimos, abandonamos el útero y llegamos al reino de nuestra existencia actual. Y ya no recordamos el tiempo que pasamos en el útero antes de esta vida, ni sabemos qué viene después. Y, cuando termine nuestra vida actual, estaremos en otro reino completamente distinto donde puede que no recordemos este, igual que no recordamos el del útero. Son reinos distintos. Uno tras otro. Algunos sabemos con certeza que existen y otros solo creemos que existen. Podría haber reinos de existencia que ni se nos hayan pasado por la cabeza. Podrían ser infinitos. La verdad es que no creo que lleguemos a morir siquiera.

O bien su explicación tiene sentido o bien estoy predispuesto a pensarlo porque tengo la boca en su pecho. Cojo otro condón mientras sopeso su teoría. Me parece más probable de lo que me han parecido nunca la de las puertas perladas o la del fuego y el azufre.

Con todo, sigo convencido de que hay vida y hay muerte, y ya está.

—Si estás en lo cierto, este reino es el que más me gusta —digo cubriendo su cuerpo con el mío.

Layla separa las piernas y sonríe.

—Porque estás en él.

Niego con la cabeza mientras nos fundimos en un solo ser.

—No, porque estás tú.

2

La contemplo durante unos minutos, confiando en que no se despierte enseguida. Tiene la mano sobre mi pecho, un peso muerto mientras duerme. Procuro alargar el momento porque sé cómo funcionan los rollos de una noche; he tenido unos cuantos. Me he escabullido de bastantes camas, pero no quiero escabullirme de esta.

Espero que Layla tampoco quiera que me escabulla.

No tardará en despertarse, y sé cómo se va a sentir en cuanto lo haga. Probablemente se protegerá los ojos del sol y se volverá de espaldas mientras intenta recordar cómo hemos llegado aquí y quién soy, y decide cómo deshacerse de mí.

Lo primero que mueve son los dedos. Los arrastra por mi hombro, me rodea la nuca. Con los ojos aún cerrados, me atrae hacia sí para poder acurrucarse contra mi cuerpo.

Me alivia resultarle familiar; que nada más despertar sepa perfectamente dónde está y con quién, y que no quiera apartarse.

—¿Qué hora es? —masculla. La voz no le brota etérea a estas horas de la mañana. Es un susurro áspero y, de algún modo, todavía más sensual que cuando está despierta.

—Las once.

Me mira, con los ojos hinchados y el rímel corrido.

—¿Sabías que las once de la mañana es la hora más letal del día?

Se me escapa una carcajada.

—¿Es un dato científico?

Asiente.

—Lo aprendí en la universidad. Muere más gente durante el *brunch* que en ningún otro momento del día.

Es un desastre supersexy. Me encanta.

—¡Mira que eres rara!

—¿Te duchas conmigo?

Sonrío.

—¡Ya te digo!

Daba por sentado que, en la ducha, íbamos a hacer de todo menos ducharnos, pero la invitación era legítima. Le esparzo el acondicionador por el pelo, haciéndole preguntas que, en circunstancias normales, no le haría a una chica después de un polvo de una noche. ¡Hay tantas cosas de ella que quiero saber!

—¿Tienes más hermanos, aparte de Aspen?

—No.

—¿Te cae bien?

—¡La adoro! —contesta—. No coincido con su gusto en tíos, pero si a ella le vale... —Se gira un poco para mirarme—. ¿Sabes cómo se llama su marido?

—No, ¿cómo?

—Chad Kyle.

—No jodas —susurro.

—En serio, se llama así de verdad.

—¿Te parece acertado o desafortunado?

—Por desgracia, acertado —contesta—. Es un Chad de manual, un niño pijo de fraternidad, miembro de un club de campo, que conduce una camioneta cara que no necesita y tiene un perro que se llama Bo.

—Ahora entiendo por qué le gusta la Garrett's Band. —Cojo el cabezal de ducha del soporte y empiezo a aclararle el pelo. Mojado, le llega a la mitad de la espalda. Nunca le había lavado el pelo a una chica, pero lo encuentro sensual. Igual que la forma de su cabeza, que me encaja en la palma de la mano—. Tienes una cabeza sexy.

—¿Cómo puede ser sexy una cabeza?

Le tapo los ojos con la mano libre para que no le entre jabón.

—No sé, pero la tuya lo es. O a lo mejor eres tú en general. —Cuando termino de aclararle el pelo, dejo la ducha en el soporte. Se

da la vuelta y la atraigo hacia mí mientras nos cae encima el chorro de agua caliente—. Anoche lo pasé bien.

—Yo también. —Sonríe.

—La banda se marcha dentro de media hora.

—Y yo.

—¿Dónde vives?

—En Chicago, en casa de mis padres. Volví con ellos después de la universidad. Todavía no tengo claro dónde quiero terminar. En Chicago, no, desde luego.

—¿Por qué no te gusta Chicago?

—Me gusta, solo que no quiero vivir donde me crie. Quiero probarlo todo: ciudad, campo, urbanización, cabaña en el bosque... —Se estruja el pelo para escurrir el exceso de agua—. ¿Dónde vives tú?, ¿en Nashville?

—Cerca. Nashville es caro y no me gusta compartir piso, así que alquilé algo en Franklin. Si sois de Chicago, ¿por qué se ha casado tu hermana en pleno Kansas?

—Chad es de Wichita —contesta, pasándome los brazos por la cintura. Me mira el pelo, luego la cara, y suspira—. ¿Sabes la suerte que tienes de ser hombre? Os quedáis igual después de una ducha. Puede que hasta un poco más sexis. A las mujeres, la ducha nos transforma. Nos deja el pelo aplastado, el rímel por las mejillas, el corrector se va al garete...

Habla como si hubiera una diferencia brutal entre la Layla que conocí en la boda y la que tengo delante ahora mismo. En todo caso, esta versión es mejor. Desnuda, abrazada a mi cintura, cubierta de agua; esta versión me gusta mucho más. Me inclino y le beso el cuello, y le agarro el culo con ambas manos. Ladea la cabeza para que yo llegue mejor.

—Creo que se me daría bien ser una chica de campo —dice—. Me encantaría vivir aquí. Es bonito. Podría ser feliz dirigiendo una pensión.

Por un segundo, olvido lo que estábamos hablando porque su mente siempre juega a dos bandas. Por suerte, una de ellas está enfocada en mí. Se deja caer sobre la pared de la ducha mientras recorro su cuerpo con las manos, su piel con los labios.

—Me encanta este sitio —dice en voz baja—. Me gusta el aislamiento. La quietud. No hay vecinos, solo huéspedes itinerantes a los que no tendría que llegar a conocer bien.

Paseo la lengua por su cuello hasta su boca. La beso brevemente, con intensidad, y luego me aparto.

—Esto es el corazón del país —replico—. No hay otro sitio mejor en el mundo.

En este instante, lo digo completamente en serio. No hay nada mejor que este sitio y que este momento. Layla me atrapa la boca con la suya y ninguno de los dos nos inmutamos cuando llaman a la puerta de la habitación. Estamos demasiado ocupados para que nos importe.

—¡Layla! —grita Aspen.

Ella gruñe al oír la voz de su hermana, pero sigue besándome y la ignora. Los porrazos en la puerta son cada vez más insistentes.

—¡Layla, abre!

Suspira y dejo de besarla para que pueda salir de la ducha. Se envuelve en una toalla, me deja en el baño y cierra la puerta. Me quedo con un vacío insoportable en el vientre.

No podemos despedirnos así. Necesito un día más con ella, una conversación más, una ducha más. Ya noto la ansiedad que me va a acompañar todo el trayecto de vuelta a Tennessee.

Cierro el agua y cojo la toalla mientras Layla deja entrar a Aspen a la habitación. Oigo que le dice:

—¿Te has liado con el bajo?

Las voces llegan perfectamente al baño.

—¿Quién lo pregunta?

—Yo, lo pregunto yo.

—En ese caso, sí. Dos veces. Habrían sido tres si no nos hubieras interrumpido.

Eso me hace reír.

—La banda lo está buscando. Se marchan ahora.

—Bajamos enseguida —contesta Layla.

Oigo cómo se abre la puerta otra vez, y luego a Aspen decir:

—Mamá lo sabe. Ha oído a uno de ellos que decía: «Se ha liado con la hermana de la novia».

El comentario me deja helado. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Esto es una boda y, claro, la familia está aquí. «Joooder, ¿fuimos muy escandalosos anoche?».

—Tengo veintidós años —contesta Layla—. Me da igual que lo sepa mamá.

—Yo solo te aviso —replica su hermana—. Me voy a Hawái. Te escribo cuando aterricemos.

—Pásalo bien, señora Kyle.

Cuando se cierra la puerta de la habitación, abro enseguida la del baño. Layla se gira y se le escurre la toalla. Se envuelve de nuevo con ella mientras yo la miro de arriba abajo. Es tan involuntariamente sexy...

Doy unos golpecitos con el puño en el marco de la puerta.

—Quedémonos. —Lo digo con desenfado, pero la invitación no es ni mucho menos desenfadada. Esa palabra es probablemente lo más serio que ha salido de mi boca en toda mi vida.

—¿Que nos quedemos dónde?, ¿aquí?

—Sí, a ver si nos dejan la habitación otra noche.

Me gusta la cara que pone, como si estuviera contemplando la idea.

—Pero tu banda se marcha y me has dicho que tenéis un bolo mañana.

—Anoche quedamos en que lo dejaría, ¿no?

—Ah, pensaba que era una idea, no una decisión.

Me acerco a ella y tiro del pico de la toalla que tiene remetido por el escote. La toalla cae al suelo. Cuando poso mi boca en la suya, está sonriendo, y por la forma en que se abraza a mí, sé que no tiene ningunas ganas de irse. En cuanto me devuelve el beso, esa temida sensación de ansiedad que se me había formado ya en el pecho se derrite de inmediato.

—Vale —susurra.

LA ENTREVISTA

Llevo media hora hablando y el hombre no ha dicho una palabra. Seguiría, pero Layla no ha parado en todo este rato. Tengo que asegurarme de que está bien, todo lo bien que puede estar cuando su novio la retiene contra su voluntad.

—Perdone —le digo, apartando la silla—. Vuelvo enseguida.

Él para la grabadora y asiente con la cabeza.

Subo las escaleras, una vez más, para suplicarle a Layla que confíe en mí hasta que encuentre una solución. Cuando abro la puerta, me la encuentro de rodillas en la cama, haciendo todo lo posible para soltarse las muñecas de la cuerda que la mantiene atada al poste.

—Layla, ¿puedes parar, por favor? —le pido, derrotado.

Ella tira con los brazos en dirección opuesta al poste con la idea de romper la cuerda. Hago una mueca. «Eso ha tenido que doler». Me acerco a la cama y le miro las muñecas. Las tiene desolladas de todas las veces que ha intentado soltarse. Se está haciendo sangre.

Masculla algo ininteligible, así que le quito la cinta americana de la boca y traga una buena bocanada de aire.

—Suéltame, por favor —me ruega.

Tiene los ojos muy irritados y tristes, y le cae un churrete de rímel por la mejilla izquierda. Me mata verla así; no quiero esto para ella, pero no tengo alternativa, o a mí no me lo parece.

—Sabes que no puedo.

—Por favooor... Me duele.

—No te dolerá si dejas de intentar escaparte. —Le recoloco la almohada y le aflojo un poco la atadura para que pueda tumbarse. Sé que se siente prisionera y supongo que, en cierto sentido, lo es. Pero al menos le he dejado las piernas sueltas. Si se quedara quieta y parara de rebelarse contra esto, no le pasaría nada. Hasta podría

descansar, que tampoco le vendría mal—. Dame un par de horas. Cuando termine de hablar con él, te llevo abajo conmigo.

Pone en blanco esos ojos empañados de lágrimas.

—Eres un mentiroso. No haces más que mentirme.

No permito que esas palabras me lleguen adentro. Sé que no lo dice en serio, es porque está asustada y disgustada.

Pero yo también.

Me agacho y le doy un beso en la coronilla. Intenta apartarse de mí, pero no puede ir muy lejos. Ahora llora y evita mirarme. Disimulo mi remordimiento apretando la mandíbula.

—Si prometes que no vas a gritar, no te tapo la boca.

Es una concesión que está dispuesta a hacer. Asiente, derrotada, como si yo hubiera ganado esta ronda, pero lo único que quiero es recuperar la normalidad.

Cuando salgo de la habitación y echo la llave, la oigo llorar. Siento su pena en todo mi ser, reventándome los huesos. Pego la frente a la puerta unos segundos y me obligo a recomponerme antes de bajar otra vez.

Al regresar a la cocina, veo un vaso de licor oscuro en mi sitio.

—Bourbon —me dice el hombre, señalándolo.

Me siento y lo olfateo, y luego bebo un sorbo y disfruto de la quemazón que me produce al deslizarse por la garganta. Me relaja de inmediato. Tendría que haberme servido un vaso yo mismo antes de empezar con esto.

—¿Cómo se llama? —le pregunto.

Solo sé el correo electrónico con el que nos hemos estado comunicando, pero lleva el nombre de su empresa, no el suyo.

Se mira la camisa, una de Jiffy Lube manchada de grasa con una etiqueta en la que pone RANDALL.

—Randall —dice señalando la etiqueta.

Reanuda la grabación, aunque los dos sabemos que no se llama Randall, y tengo clarísimo que esa camisa no es suya. Pero, aun sabiendo que no está siendo del todo franco con su identidad, continúo con la entrevista, porque es la única persona en el mundo que sé que podría ayudarme.

Y necesito ayuda con desesperación, tanto, que estoy tomando decisiones que no me habría atrevido a tomar hace unos meses.

Es curioso lo mucho que pueden cambiar las creencias de una persona por cosas de este mundo que no se explican. Joder, no solo mis creencias, sino mis principios. Mis valores. Mi enfoque. Mi corazón.

El Leeds de hace unos meses le habría dado con la puerta en las narices a este tío. En cambio, he sido yo quien se ha puesto en contacto con él, quien le ha suplicado ayuda. Y, ahora que lo tengo aquí, solo espero no haberme equivocado.

—¿Cuánto tiempo pasaron en esta pensión después de conocerse? —pregunta.

—Tres días más.

—¿Ocurrió algo significativo mientras estaban aquí?

—Que yo recuerde, no. Casi no salimos de la habitación; solo bajábamos a comer. Era entre semana, y el sitio estaba bastante tranquilo.

—¿Y luego usted volvió a Tennessee y Layla a Chicago?

—No, después de cuatro días juntos, no estábamos preparados para despedirnos. La invité a que pasara una semana conmigo en Tennessee, pero al final fueron dos, y después seis, y luego ocho. No queríamos separarnos.

—¿Cuánto tiempo lleva con ella?

—Unos ocho meses.

—¿Se ha producido algún cambio significativo en su vida desde que la conoció, aparte de lo obvio?

Reí sin ganas.

—No tengo claro a qué se refiere con lo de «aparte de lo obvio». Han cambiado tantísimas cosas...

—Lo obvio es lo sucedido en esta casa —contesta—. ¿Qué cambió antes de eso?

Bebo otro trago de bourbon y lo remato. Contemplo el fondo del vaso, pensando en todo ello. La foto de los dos que publiqué, las consecuencias, el miedo, la recuperación...

—Todo fue perfecto los dos primeros meses.

—¿Y luego?

La pregunta me hace suspirar.
—Y luego llegó Sable.
—¿Quién es Sable?
—Mi ex.

3

Layla está en mi cama, leyendo una revista, mientras yo meto unos vaqueros en la mochila.

—¿Has cogido el cargador del móvil? —me pregunta.

—Sí.

—¿Cepillo de dientes? ¿Pasta de dientes?

—Sí, sí.

—Deberías llevarte un libro —propone—. El trayecto es largo.

—No tengo libros.

Layla me mira desde la cama. Se lleva la revista al pecho y pone cara de ofendida.

—Leeds, está demostrado que la gente que lee vive más años. ¿Quieres morir joven? —Su cerebro es como una versión macabra de la Wikipedia.

—Leo, pero en el móvil. Viajo ligero.

Ella enarca una ceja.

—Mentira. ¿Cuál es el último libro que has leído?

—*Confesiones de una mente peligrosa*.

—¿De quién es? ¿De qué va? —Sonríe satisfecha, convencida de que no voy a superar el interrogatorio.

—No me acuerdo del nombre. Presentaba *The Gong Show* en los setenta. —Tiro la mochila al suelo y cojo el móvil. Lo enciendo por primera vez desde que lo apagué anoche. Layla, apoyada en un codo, me observa mientras espero a que se carguen las aplicaciones. Me siento en la cama y abro el libro en la app de Kindle—. Chuck Barris. También creó *The Newlywed Game*.

—¿Es autobiográfico?

—Creo que sí. El tío asegura que fue asesino para la CIA, pero aún no me lo he terminado.

—¿El presentador de *The Gong Show* era un asesino?

—Dicen que mintió al respecto, por eso me lo estoy leyendo.

—Guau, qué sexy.

—¿Te ponen los asesinos?

Niega con la cabeza.

—No, me pone que leas. —Se aparta la revista del pecho y vuelve a mirarla—. Me pones tú, que compongas canciones, que leas... Lástima que no cocines una mierda. —La aparto de mí y le doy un cachete de broma en el culo. Cuando se acerca otra vez, se está riendo—. En serio, es que no sabes hacer ni un sándwich decente.

—¿Por qué crees que sigo contigo?

Pone cara de resignación. Me centro en el móvil y empiezo a mirar todos los mensajes que me he perdido en las doce últimas horas.

El primero es de Garrett, para decirme dónde y cuándo nos vemos esta noche. Al final no he dejado la banda. Cuando Layla y yo salimos de la pensión, Garrett me escribió como si no me hubiera saltado dos bolos seguidos porque acababa de conocer a una chica. «¿Aún estás de vacaciones? Te necesitamos esta noche», me dijo.

No tenía una excusa lo bastante buena para no ir a tocar, y saber que Layla vendría al concierto conmigo me hacía temerlo menos. De eso ya hace varias semanas y, aunque me siento muerto por dentro cuando estoy en el escenario, ella me mantiene vivo el resto del tiempo.

No soy escéptico en lo relativo al amor, pero solo he tenido un par de relaciones. Suponía que el amor vendría a mí cuando me acercara a la cuarentena y estuviera aburrido de viajar y de la vida. Culpo a Jerry Seinfeld de mi forma de verla.

Me hice un maratón de *Seinfeld* a los quince años y terminé creyéndome que Jerry llevaba razón: todos y cada uno de los seres humanos de este planeta tenemos alguna tara, algo lo bastante molesto como para que cualquier relación se convierta en una tortura. Tras ser testigo de todas las relaciones de Jerry condenadas al fracaso, empecé a buscar los rasgos más molestos de la gente: su risa; su forma de tratar a los camareros; sus gustos en cine, música, amigos; sus padres... En cuanto empezaba a salir con una chica de forma exclusiva, me sorprendía planeando ya el modo de romper.

Hasta que apareció Layla, claro.

Cuando nos conocimos, nos quedamos tres noches más en El corazón del país. Y ni siquiera después de esa última noche quería despedirme de ella; no le encontraba ni una sola pega. De hecho, la idea de estar solo me aterraba más que la de estar con ella, y eso era nuevo para mí.

Le pedí que viniera a pasar una semana conmigo a Franklin, pero de eso hace ya algo más de dos meses y, en ese tiempo, ha habido más sexo del que me creía capaz de tener en toda una vida. Cuando no estamos follando, le toco canciones, o compongo, o pienso en temas nuevos. Ahora que ella forma parte de mi música, empiezo a verle sentido.

Layla piensa que voy a ser alguien, y su fe en mí me está haciendo creerlo también. Le ha costado lo suyo, pero hace tres semanas por fin me convenció de que publicara algunas de las canciones en las que había estado trabajando. Hace dos semanas, subió a YouTube un vídeo en el que yo tocaba una, y ya tiene casi diez mil visitas.

Me fastidia que me guste, pero me sienta de maravilla tener a alguien en mi vida que me haga creer que mi música merece la pena. Aunque solo lo pensara ella, con eso me bastaría.

Garrett se va a cabrear si dejo de tocar con ellos y me lo monto por mi cuenta, pero no es tan difícil encontrar otro bajista aquí, en Nashville.

Layla me acompaña a todos los bolos, por mucho que nos duela a los dos. Me viene bien que se pase la última canción del repertorio recreando el baile absurdo de la boda. Por lo menos, ahora acabo de buen humor.

La quiero. «Creo».

No, lo sé. La quiero.

Lo adoro todo de ella: su seguridad en sí misma, sus excentricidades, su energía, su cuerpo, el sexo, su espontaneidad, lo mucho que cree en mí. Me encanta verla dormir y verla despertar. Estoy convencido de que eso es amor.

Son solo las cinco de la tarde y me voy dentro de dos horas, y he tenido que hacer un esfuerzo por salir de la cama y hacer la maleta. La Garrett’s Band toca en un festival playero en Miami, así que Layla

y yo nos hemos pasado el día en el catre para compensar los tres días que vamos a estar sin vernos. Este va a ser el primer concierto al que no viene desde que la conocí. No hay sitio para pasajeros en la furgo, con todo el equipo y eso, y la idea de pasar tres días con Garrett y los otros tampoco le entusiasma. No voy a obligarla a aguantar semejante suplicio.

El día de hoy ha sido mi favorito de los que he pasado con ella. Ninguno de los dos ha encendido el móvil al despertar esta mañana. Hemos dejado las luces apagadas y las cortinas corridas, y he podido pedir Layla tanto para desayunar como para comer.

Ahora, mientras ella hojea la revista, tengo la lamparita de la mesilla encendida. Abro Instagram y me arrepiento enseguida de haber encendido el móvil. No lo he mirado desde que colgué una foto nuestra anoche: la primera vez que subo una foto mía con una chica. Estábamos en la cama, claro. Layla se había quedado dormida sobre mi pecho y me encantaba la sensación, así que sostuve el móvil en alto, nos saqué una foto y la colgué sin más, sin pie de foto ni nada.

He conseguido casi mil seguidores nuevos en mi perfil desde que conocí a Layla y empecé a hacer pública mi propia música, pero, aun así, solo tengo cinco mil. Supuse que, con solo cinco mil seguidores, la foto nuestra que había subido tampoco tendría tanta repercusión. Igual soy un ingenuo, pero de verdad que no pensaba que fuera a impactar en absoluto.

La mayoría de los comentarios que leo son de personas que nos felicitan, pero algunos son de otras chicas que critican a Layla. Menos mal que no la he etiquetado; me fastidiaría que viera lo que dicen de ella.

Cuantos más comentarios y mensajes privados leo, más ganas me dan de borrarme la cuenta del todo. Sé que, si algún día llego a ser capaz de pagar las facturas con mi música, voy a agradecer los seguidores que tenga, pero ahora mismo me perturba leer cosas como «Tu novia parece una guarrilla» y «Molas más soltero». Lo de internet es la hostia.

Me inquieta dejar a Layla aquí sola tres días. Dudo que haya visto la foto, así que ni me molesto en borrar los comentarios negativos.

Borro la foto directamente y dejo el móvil bocabajo en la mesilla.

—¿Seguro que no te importa quedarte aquí sola? —le pregunto.

Se pega la revista al pecho.

—¿Por qué? ¿Quieres que me vaya?

—No, claro que no.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—Nos conocimos hace dos meses y aún no nos hemos dado un respiro. Fijo que ya estás harto de que invada tu espacio.

No tiene ni idea de lo poco harto que estoy. Supongo que es imposible que sepa lo que siento por ella si nunca se lo digo en voz alta. Se lo demuestro, pero no se lo digo.

Le arrebato la revista y la tiro al suelo; luego me tumbo encima de ella. Me encanta la cara que pone cuando sabe que estoy a punto de besarla. Le brillan los ojos de emoción. No hay nada mejor que saber que a esta chica le ilusiona que vaya a pegar mis labios a los suyos.

—Layla... —susurro—. No estoy harto de ti, estoy enamorado de ti.

Lo digo con desenfado, pero tarda dos segundos en procesar mis palabras y, entonces, se tapa la cara con ambas manos. Es la primera vez que la veo tímida. Le beso una mano justo antes de que las cierre en puños y se los lleve a la barbilla.

—Yo también estoy enamorada de ti.

La beso de inmediato, como queriendo tragarme esas palabras. Me las imagino impresas en Arial, rebotando despacio por mi interior, chocando con las paredes de mis entrañas, retorciéndose y girando sin parar por mi estómago, mi pecho, mis brazos, mis piernas hasta haber tocado todos los rincones de mi ser.

Me aparto de ella, y me encanta verla sonreír de oreja a oreja.

—Pues ya estaría, entonces —digo—. Estamos enamorados, te quedas aquí mientras esté fuera, y supongo que esto significa que nos hemos ido a vivir juntos oficialmente.

—Guau. Igual debería informar a mis padres de que ya no vivo con ellos.

—No has vuelto a casa desde la boda de tu hermana. Me parece que ya lo saben.

—Esto es mucho para un día. —Se cuelga de mi cuello—. Nos decimos «Te quiero», nos vamos a vivir juntos... y lo nuestro ya es oficial en Instagram.

Lo último lo dice en broma, pero me da un vuelco el corazón al descubrir que ha visto la foto.

—¿Lo has visto?

Por cómo se desvanece su sonrisa, sé que también ha visto los comentarios.

—Sí.

—Tranquila, la he borrado.

—¿Sí? Me daba igual.

—La verdad es que no sé si estoy preparado para que un montón de personas a las que ni siquiera conozco opinen sobre nosotros.

—Para ellos, no eres real. La gente es así en las redes sociales. —Me besa—. La culpa es tuya por estar tan bueno.

Me alivia que no se lo tome como algo personal.

—No sé si quiero volver a subir fotos nuestras. No quiero que encuentren tu cuenta y empiecen a incordiarte.

Layla ríe.

—Ya es tarde para eso. Sigues a treinta personas y una de ellas soy yo. Ya me han encontrado.

Me aparto de ella y me siento en la cama.

—¿Cómo que ya te han encontrado?

—De momento, solo una chica —dice—. ¿Sonya? ¿Sybil? No me acuerdo de cómo se llama.

Lo dice como si nada, pero sé de quién habla.

—¿Sable?

—Eso —dice señalándome con un guiño—. ¡Sable! Ya la he bloqueado.

No he vuelto a saber de mi ex desde que bloqueé su número de teléfono, varios meses antes de conocer a Layla. Que continúe mirando mis publicaciones justifica la inquietud que me producía.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunto.

—No sé. Cuando he encendido el móvil esta mañana tenía como veinte privados suyos. Solo he leído dos y le he dicho que me dejara en paz. Luego la he bloqueado. —Pasea los dedos por mi pierna, inclinándose hacia mí. Sonríe divertida—. ¿Te acostaste con ella?

Desde que conozco a Layla, no le he mentido ni una sola vez; no he sentido la necesidad de hacerlo. Es la persona menos crítica con la que me he topado en mi vida.

—Salimos un par de meses, pero enseguida me di cuenta de que aquella relación era un error.

Ella sigue sonriendo, parece que le hace gracia.

—Pues a ella no le pareció un error —repone—. Cree que el error soy yo.

En realidad, el error era Sable, pero no quiero decir nada que pueda preocupar a Layla, aunque esa chica, desde luego, da para preocuparse. Tardé varias semanas en darme cuenta, probablemente porque solo estaba pensando con la entrepierna y no era consciente de que lo que ella sentía por mí estaba a un nivel muy distinto.

Al principio, pensaba que nos habíamos conocido por casualidad, pero luego me enteré por Garrett de que Sable llevaba un club de fans mío que había creado un año antes de que llegáramos a conocernos. Le planté cara al respecto y la cosa se puso chunga. Quise dejarla, pero no se lo tomó muy bien. Al inicio, eran llamadas incesantes, mensajes de texto y en el buzón de voz, pero después empezó a plantarse en los conciertos para exigirme que le diera otra oportunidad.

Garrett y los demás empezaron a llamarla «Sable la Inestable».

Al final, una noche tuvimos que pedir a seguridad que la sacaran de un concierto; fue un par de días antes de que yo la bloqueara en el móvil y en redes sociales. Bloqueé también la cuenta que ella usaba para el club de fans de Leeds Gabriel.

Fue todo muy raro. Ella era muy rara.

Y me inquieta de verdad que siga por ahí, espiándome, poniéndose en contacto con las personas que salen en mis fotos.

—La gente como Sable es la que me hace preguntarme si quiero o no ser una figura pública. ¿Para qué, si odio todo lo que conlleva?

Layla se sube encima de mí.

—Por desgracia, no es posible vender música en serio sin presencia en internet. Los grillados y el éxito van en el mismo paquete. —Me besa la punta de la nariz—. Si algún día te haces famoso, tendrás dinero de sobra para contratar a alguien que te quite de en medio a los troles, así no tendrás que lidiar con ellos.

—Buen argumento —respondo, aunque ya tengo dinero de sobra para contratar a alguien que me lleve las redes sociales.

Layla y yo aún no hemos hablado de mis finanzas. Ella da por supuesto que soy un muerto de hambre y, aun así, me sigue queriendo como si fuera capaz de regalarle el mundo. No hay sensación más agradable que la de saber que te quieren por lo que eres y no por lo que tienes.

—Me sobran los buenos argumentos. —Sonríe—. Por eso te has enamorado de mí.

—Por eso me he enamorado TANTO —la corrijo, y la beso, pero ese beso va acompañado de preocupación.

Al principio, Layla me gustaba, me atraía, pero la preocupación por ella no iba incluida en esos sentimientos. Sin embargo, las últimas semanas he empezado a agobiarme. La preocupación podría ser la única diferencia entre que te guste alguien y querer a alguien.

Me planteo pedirle que tenga un cuidado especial mientras no estoy, porque ahora soy aún más aprensivo. Preferiría que no le abriera la puerta a nadie, que borrara todas sus redes sociales..., pero ya es mayorcita, así que me guardo esas ideas para mí.

No sé por qué siento esa angustia en la boca del estómago, porque ahora mismo no soy nadie. Un club de fans oficioso y cinco mil seguidores no me convierten en alguien, y unos cuantos comentarios de fans en internet no es algo que justifique un novio sobreprotector. Pese a todo, van a instalar un sistema de seguridad en mi ausencia. Eso me tranquilizará.

—He quedado con Garrett dentro de dos horas y aún tengo que ducharme y terminar de hacer la maleta.

Layla me besa y se baja rodando de la cama.

—Voy a meter una lasaña congelada en el horno para que puedas comer algo antes de irte. ¿Te apetece pan de ajo?

—Suena de maravilla.

Cierra la puerta del dormitorio y yo me meto en el baño a regañadientes.

Igual deberíamos hacernos con un perro. Uno de talante protector, tipo pastor alemán. Me haría sentir mejor cuando me veo obligado a dejar a Layla sola.

Abro el grifo de la ducha y me quito la camiseta, pero, antes de que me dé tiempo a desabrocharme los vaqueros, llaman a la puerta de entrada. Le he dicho a Garrett que nos veíamos en su casa. «A lo mejor se ha impacientado».

—¡Voy! —grito desde el baño. No quiero que Layla abra la puerta después de los comentarios que he leído. Eso por no hablar de que Sable sabe dónde vivo. Ha dormido en mi cama.

—¡Ya voy yo! —me grita ella.

Estoy cogiendo la camiseta del suelo y volviendo a ponérmela por la cabeza cuando oigo un ruido, una especie de petardazo, *¡PAF!*

Se me hiela la sangre, siento que las venas se me van a quebrar como el cristal si me muevo. Pero me muevo. Corro.

Cuando llego a la puerta del dormitorio, vuelvo a oír ese ruido. *¡PAF!*

Abro de golpe la puerta y veo que la persona a la que mejor conozco, a la que más quiero, la que da sentido a mi vida está tirada en el suelo del salón. Hay un charco de sangre debajo de su hombro, en su pelo. Me hinco de rodillas y le cojo la cabeza.

—Layla... —susurro justo antes de notar un picotazo en el hombro.

Y luego todo se nubla.

Una pesadilla.

Todo se detiene.

Se detiene.

Se...

LA ENTREVISTA

El hombre está en silencio.

La casa entera está en silencio. Demasiado en silencio.

Necesito más bourbon. Como si lo supiera, el investigador se pone en pie y coge la botella, la trae de nuevo a la mesa y me la acerca deslizándola por la madera.

—¿Qué pasó después?

Me encojo de hombros. Bebo un trago.

—Layla sobrevivió.

—¿Quién le disparó?, ¿Sable?

Asiento, con la mandíbula apretada.

—Sí. Por una puta publicación de Instagram. —Lo digo en tono cortante. Estoy convencido de que mi expresión revela las ganas que tengo de acabar con esta conversación.

—¿Detuvieron a Sable?

Niego con la cabeza.

—No.

El tipo me mira como si quisiera más detalles de esa noche, y voy a dárselos, pero no ahora. Aún estoy procesando lo que me ha llevado a este punto; necesito digerirlo del todo para poder escupirlo.

—Lo cierto es que prefiero no hablar de eso ahora —le digo—. No es que no sea importante, pero... —Me aparto de la mesa y me levanto—. Tengo que ver cómo está Layla —añado, con la voz seca de tanto hablar.

Él para la grabadora y yo doy media vuelta y me dispongo a subir las escaleras, pero me detengo a medio camino, me apoyo en la pared y cierro los ojos. A veces aún me cuesta asimilar lo que está pasando, pese a llevar semanas viviéndolo.

Me tomo un momento para separar lo que estoy contando de Layla abajo de lo que necesito decirle a ella arriba.

Al cabo de unos segundos, me aparto de la pared y me dirijo a nuestro dormitorio. Giro la llave en la cerradura y abro la puerta despacio, esperando encontrármela dormida. No es así, pero está tumbada.

—Tengo sed —me dice desganada.

Cojo el vaso de agua de la mesilla y espero a que se incorpore. Le he dejado las ligaduras bastante holgadas para que pueda moverse, pero, cuando la cuerda le roza las muñecas, pone cara de dolor igualmente. Se inclina hacia delante hasta tocar el vaso con los labios, bebe varios sorbos y se deja caer, agotada, contra el cabecero.

—Deberías comer algo —le digo—. ¿Qué quieres que te traiga?

Me mira asqueada.

—No sé, Leeds. Me cuesta ver lo que hay en la nevera desde la cama.

Su rabia se desliza por mi piel como un escalpelo afilado y se mezcla con el remordimiento que siento por retenerla aquí, pero ni su rabia ni mi remordimiento juntos son capaces de quebrantar mi determinación.

—Puedo hacerte un sándwich.

—¿Qué tal si me desatas y me lo hago yo?

La dejo sola y bajo a hacerle un sándwich de pavo con chédar, sin cebolla y con doble de tomate. No hablo con el investigador mientras le preparo el bocadillo a Layla. Tengo preguntas que hacerle, pero me las guardo para luego. Primero quiero contarle todo lo que sé, quitármelo de encima.

De nuevo arriba, dejo sobre la cama el sándwich y la bolsa de Cheetos que le he traído a Layla. También le he subido una copa de vino, que dejo en la mesilla.

—Te desato para que puedas comer, pero esta vez no intentes salir corriendo —le advierto—. Sabes que no va a funcionar.

Asiente y, por el miedo que veo en sus ojos, sé que no quiere repetir la experiencia. De hecho, probablemente podría fiarme de que le aterra tanto lo sucedido la última vez que intentó marcharse

que ni siquiera sería necesario tenerla atada. Dudo que fuera a salir del dormitorio por voluntad propia.

Por desgracia, no puedo jugármela. Necesito que esté aquí.

Cuando le suelto las muñecas, baja los brazos y se frota el hombro. Me sabe mal que esté dolorida, así que me hago hueco entre la cama y ella, y me siento a su espalda para masajearle los hombros mientras come, a ver si le alivio un poco la tensión. Le da un mordisquito al sándwich y coge una rodaja de tomate y un trozo de lechuga que han caído al plato, se los mete en la boca y se chupa los dedos. A lo mejor solo es porque tiene hambre, pero parece que el sándwich le gusta. Eso me recuerda a cuando se burlaba de mí por lo mal que se me daba hacerlos.

—Antes no te gustaban nada mis sándwiches.

Se encoge de hombros.

—La gente cambia —contesta entre mordiscos—. Tú antes eras un novio cariñoso que no me tenía retenida, y mírate ahora.

«Touché».

Cuando le noto los hombros más relajados, la dejo en la cama y voy al baño, confiando en que Willow la detenga si intenta escapar otra vez. Saco el botiquín del armarito de debajo del lavabo y vuelvo a la cama para desinfectarle a Layla las heridas de las muñecas mientras sigue comiendo y bebiendo vino. Compré ese kit de primeros auxilios en una gasolinera cuando veníamos hacia aquí, hace varias semanas. No tenía ni idea de lo mucho que iba a usarlo.

No hablamos mientras come. Cuanto antes termine, mejor. Quiero acabar con la entrevista para poder encontrar una solución.

Cuando termina, le envuelvo las muñecas con una venda elástica para que la cuerda le duela menos.

—¿Quieres que te ate al otro lado de la cama ahora y así puedes cambiar de postura?

Asiente y me tiende las manos.

Me odio por esto, sobre todo después de haberme pasado la última hora hablando de cómo me enamoré de ella, recordando la agonía que me invadió cuando la vi tirada en el suelo del salón de casa.

Y, para colmo, ahora tengo que pasarme la siguiente hora hablando de cómo ha sido todo después de esa noche. La estancia en el hospital, la recuperación, lo que supuso para nuestra vida privada... Los meses de remordimiento, la traición, las mentiras. Cómo la he manipulado. «No me apetece nada».

—Procura dormir un poco, anda.

Esta vez se limita a cabecear afirmativamente. Creo que le puede el agotamiento.

Vuelvo abajo, pero el tipo ya no está en la cocina. Me lo encuentro en el salón. Se ha llevado la grabadora al piano y está sentado en la banqueta.

—He decidido cambiar un poco de escenario —dice. Me siento en el sofá, en el extremo más próximo a él, y el tipo pulsa de nuevo el botón de grabación—. ¿Qué pasó después de que les dispararan?

—Llamé a emergencias. Procuré mantener con vida a Layla hasta que llegaron. Luego nos metieron a los dos en quirófano.

—¿Y después?

Le cuento lo que recuerdo, que no es mucho: desperté de la cirugía sin saber si Layla seguía viva. Le explico que pasé tres horas en recuperación sin tener noticias de su estado. Le hablo de la angustia de verme obligado a llamar a su madre y a su hermana para contarles lo que había ocurrido, y de las dos horas que estuvieron interrogándome sin que yo supiera si Layla había sobrevivido.

Le digo todo lo que recuerdo de la estancia en el hospital, pero nada de eso es relevante. Nada de su supervivencia o su recuperación es tan significativo como todo lo que empezó a suceder en cuanto volvimos a la pensión.

—¿Por qué decidieron volver aquí?

—Quería sacarla de Tennessee. En cuanto los médicos le dieron el alta, pensé que sería bueno llevármela lejos. Y sé que le encanta este sitio. —Hago una pausa y me desdigo—. Bueno, le encantaba...

—¿Cuándo dejó de encantarle esto?

—Supongo que el día que la traje de vuelta.

4

Esta mañana me he comido un mechón de pelo de Layla.

Se me ha pasado por la cabeza la idea de que algo tan raro como comerte el pelo de tu novia podría ser el punto de partida de un comportamiento aún más raro; podría ser un germen de canibalismo, como el maltrato animal suele ser el germen de un asesino en serie.

Pero comerme su pelo solo ha sido un último intento desesperado —y algo grimoso— por mi parte de absolverme del sentimiento de culpa. He soñado que, si me tragaba su pelo, quedábamos unidos de algún modo, lo que eliminaba la posibilidad de que algún día llegáramos a distanciarnos por todo lo que ha pasado. Así que, cuando me he despertado, le he cortado un mechón de pelo mientras dormía y me lo he metido en la boca.

Eso ha sido hace ocho horas, y parece que el mechón ha conseguido enroscárseme en el corazón y cortarme el flujo sanguíneo.

Se me asfixia el corazón.

«Eso sonaría bien en una canción».

Saco el móvil mientras hacemos cola para embarcar en el avión y escribo en una nota *«Se me asfixia el corazón de resentimiento»*, debajo de otras frases lamentables que he sacado de pensamientos diversos.

Las letras de mis canciones se han vuelto deprimentes últimamente.

—Leeds —dice Layla dándome un empujoncito suave por detrás.

Estoy reteniendo la cola de embarque. Me guardo el móvil en el bolsillo y vamos hacia nuestros asientos.

Llevo poco equipaje: dos vaqueros, varios pantalones cortos, unas camisetas y el anillo de compromiso. Lo he metido en un calcetín, y el calcetín al fondo de una de mis zapatillas de correr. Layla lleva su propia maleta, con lo que no hay razón para que hurgue en la mía, pero no quiero que encuentre el anillo. Lo compré cuando ella aún estaba en el hospital. Sabía que era prematuro, pero me abrumaba la incertidumbre. Pensé que, si compraba el anillo, imbuiría al universo de una especie de energía que haría que ella se recuperara más rápido.

Su recuperación ha ido mejor de lo esperado, pero aún no me he declarado. Ella ni siquiera sabe que he comprado el anillo. Todavía no sé cuándo voy a pedirle que se case conmigo, porque quiero que sea perfecto. Puede que ni siquiera ocurra en este viaje, es solo que prefiero tener el anillo y no necesitarlo a necesitarlo y no tenerlo.

Organicé este viaje porque los seis últimos meses han sido horrendos, y eso nos ha pasado factura, emocional y físicamente. Confío en que volver al sitio donde Layla y yo nos conocimos sea como un reseteo de nuestra vida. Tengo el convencimiento de que, si volvemos a la línea de salida, nunca cruzaremos la meta.

«Otra frase de canción».

El tío que tengo delante lleva un rato intentando encajar su maletón en el compartimento superior, así que aprovecho que la cola está parada para teclear en las notas una versión tuneada de esa frase: *«Vuelvo a la línea de salida una y otra vez porque no quiero terminar contigo».*

La recuperación de Layla ha sido mucho más intensa que la mía. Ha estado inestable una semana entera y, cuando por fin se ha estabilizado, aún han tardado un mes en darle el alta.

Me culpo todos los días por no haber tenido más cuidado, por no haber temido los desvaríos de Sable durante los meses en que se negó a dejarme en paz. Me culpo por haber llegado a pensar que era buena idea hacer pública la cara de Layla sin esperar algún tipo de repercusión. A ver, es el puto internet. Tendría que haberlo supuesto. Toda publicación tiene repercusiones.

Necesitamos mucho este viaje. Necesitamos intimidad, un respiro del mundo exterior. Quiero volver a lo que teníamos al principio, los

dos solos encerrados en un dormitorio, charlando de las cosas más peregrinas y maravillosas entre rondas de sexo sudoroso.

Meto la maleta de Layla en el compartimento superior. Estamos en los asientos 4A y 4B, la última fila de primera clase. Layla se sienta junto a la ventanilla. Ha estado inusualmente callada, con lo que es probable que tenga algo de ansiedad.

Aún no le he dicho adónde vamos. Quería que fuera sorpresa, pero igual la incertidumbre la está angustiando más. No se me había ocurrido hasta ahora.

Me siento y me abrocho el cinturón de seguridad mientras ella baja la persiana de la ventanilla.

—¿Tienes alguna idea de adónde vamos?

—Sé que volamos a Nebraska —dice—. No sé qué hay en Nebraska.

—No vamos a quedarnos allí, pero es el aeropuerto más próximo al sitio al que vamos.

Eso debería darle una pista, pero no parece pillarlo. Coge una de las botellitas de agua que tenemos entre los asientos y la abre.

—Espero que sea algo relajante. No estoy de humor para aventuras.

Procuro no reírme. ¿Qué se piensa que voy a hacer?, ¿apuntarla a escalada o a rafting fluvial habiéndose pasado los seis últimos meses en fisioterapia?

Lo ha pasado fatal y yo he sido superprotector, pero poco a poco hemos ido recuperando nuestra rutina. Nadie sale de algo así y vuelve a ser enseguida la persona alegre y dicharachera de antes, así que aún queda mucho por hacer, pero estoy convencido de que, con el tiempo, retomaremos nuestro ritmo.

Layla saca el móvil del bolso y mete el bolso debajo del asiento delantero.

—Hay que subir una foto tuya en el avión —dice levantando el teléfono.

Sonrío, pero ella niega con la cabeza, como indicándome que no lo haga, así que dejo de sonreír. Me saca una foto y la abre en una app de edición de imágenes.

Me cuesta que la fama no me sepa algo agridulce después de lo que nos ha pasado; Layla nunca habría resultado herida de no ser por las redes sociales.

Termina de editar la imagen y me la enseña para que le diga si me parece bien. Siempre me parece bien; me da igual lo que publique, la verdad. Asiento cuando veo la foto, pero protesto al ver los *hashtags*: #Cantante #Músico #LeedsGabriel #Modelo.

—¿Modelo? ¿En serio, Layla? ¿Quiero ganarme la vida como músico o como influencer?

—Hoy en día no puedes ser lo primero sin lo segundo —contesta, y publica la foto con esas etiquetas.

—Antes se decía que la MTV era la muerte del músico feo —mascullo—. Ni se le acercaba: Instagram es la nueva Parca.

—Entonces, menos mal que estás bueno —replica. Me besa y guarda el móvil en el bolso.

Pongo el mío en modo avión y lo meto en el bolsillo del respaldo del asiento delantero, temiendo todas las fotos que Layla me obligará a hacerme antes de que plante la cabeza en la almohada esta noche. Sé que debería estarle agradecido por querer que triunfe, pero ahora todo esto me parece sucio. Nuestra historia ha sido objeto de algunos titulares y ha circulado por la escena musical de Nashville, lo que ha supuesto un empujoncito en mis ventas y un empujón enorme en mis seguidores (ya voy por los diez mil), pero no puedo evitar tener la sensación de que me estoy aprovechando de las heridas de mi novia. Me siento como un vendido que nunca ha tenido nada que vender.

El avión entra en la pista de despegue y Layla empieza a retorcerse el bajo del vestido, nerviosa. Ya se ha bebido nuestras dos botellas de agua.

El ataque la ha cambiado. Nos ha cambiado a los dos.

Le ha arrebatado mucho por mi culpa. Meses de vida, la seguridad en sí misma, el bienestar. Le ha producido ansiedad, problemas de dependencia, terrores nocturnos, ataques de pánico, pérdidas de memoria... La chica desenfadada y segura de sí misma de la que me enamoré ya no está sentada a mi lado. En su lugar hay una que no

parece estar a gusto ni en su propio pellejo. Es como si toda su resiliencia hubiera quedado enterrada bajo capas de cicatrices.

A lo mejor por eso he dejado que sea mi mánager mientras se recupera. Hago lo que me dice porque mi carrera es lo único que, al parecer, da sentido a su vida; algo que la distrae de todo lo sucedido.

Y, quizá, convertir en algo positivo la causa de todo esto sea su manera de lidiar con ello. Todos los aspectos de nuestra vida se han resentido excepto mi carrera. Layla dice que está bien que tengamos ese pedacito de optimismo al que aferrarnos, y no quiero privarla de eso, pero lo cierto es que echo de menos los días en que no me tomaba tan en serio. Echo de menos cuando me animaba a dejar la banda para preservar mi felicidad, cuando me quitaba la guitarra de las manos para subirse encima de mí, cuando le daba igual lo que publicara en Instagram.

Pero, sobre todo, echo de menos ser yo mismo cuando estoy con ella. Últimamente tengo la sensación de estar apartándome de la persona que era para convertirme en la que ella necesita ahora.

—¿Se ha apagado ya el piloto del cinturón de seguridad? —me pregunta.

Tiene la cara enterrada en la manga de mi camisa. Me agarra fuerte la mano. Lo cierto es que ni me había dado cuenta de que habíamos despegado; es como si ahora viviera más dentro de mi cabeza que en el mundo real.

—Aún no.

Debe de estar nerviosísima para no ser capaz siquiera de mirarlo por sí misma. Le doy un beso en la coronilla. Ella intenta disimular, pero la ansiedad es difícil de esconder. Lo noto en su postura, en la forma en que retuerce las manos en el regazo, en el modo en que aprieta la mandíbula. Incluso en cómo mira a un lado y a otro cuando estamos en público, como si esperara que de pronto alguien la atacase.

Cuando suena un timbre que indica que ya podemos desabrocharnos el cinturón y movernos por el avión, se separa al fin de mí. Su mirada revolotea por la cabina mientras toma nota mental del entorno. Levanta la persiana de la ventanilla y contempla las

nubes, llevándose distraída la mano a la cicatriz de la sien. No para de tocársela; a veces me pregunto qué pensará cuando lo hace. No recuerda aquella noche, solo sabe lo que le he contado, pero rara vez me pregunta al respecto. Nunca me pregunta, de hecho.

Mueve la pierna rítmicamente, nerviosa. Se revuelve en el asiento y se gira a mirar hacia la zona de clase turista. Tiene los ojos muy abiertos, como si fuera a darle un ataque de pánico. Solo en el último mes ya ha tenido dos bien gordos, y los dos empezaron así: se toca la cicatriz, le tiemblan los dedos, pone cara de terror, respira con dificultad...

—¿Estás bien? —le pregunto.

Layla asiente, pero no me mira a los ojos. Se limita a respirar hondo varias veces, lenta y pausada, como si pretendiera ocultarme que intenta calmarse. Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Parece como si quisiera meterse debajo del asiento.

—Necesito las pastillas —me susurra.

Ya decía yo que no estaba bien. Me agacho a cogerle el bolso y busco los ansiolíticos, pero no los encuentro. Solo veo el monedero, un paquete de chicles y un rodillo quitapelusas.

—¿Las has metido en la maleta que facturabas?

—Mierda —masculla con los ojos aún cerrados.

Se agarra fuerte a los reposabrazos, con cara de dolor. No tengo ni idea de cómo es eso de lidiar con la ansiedad, y se me nota. Intentó explicármelo la semana pasada cuando le pregunté qué sentía. «Es como un escalofrío que me recorre las venas», me dijo.

Hasta entonces, siempre había pensado que la ansiedad no era más que una forma exacerbada de preocupación, pero ella me explicó que era una sensación física real, que notas cómo te corre por el cuerpo, igual que pequeñas sacudidas eléctricas. Cuando me lo contó, la estreché en mis brazos. Me sentía impotente. Ahora siempre me siento impotente con ella, y por eso me desvivo por que esté bien.

Y, en estos momentos, no lo está.

—¿Quieres ir al baño hasta que se te pase? —le pregunto.

Asiente, así que la cojo de la mano y la ayudo a levantarse del asiento. Cuando llegamos al extremo de la cabina, me acerco a la

azafata.

—Le está dando un ataque de pánico —le explico—. Voy a entrar con ella hasta que se le pase.

La azafata mira a Layla y enseguida se compadece de ella. Corre la cortina para que nadie vea que entramos juntos.

Cuando cerramos la puerta, no queda sitio para movernos. Le paso un brazo por la cintura y le pego la cara a mi pecho. Con la mano libre, humedezco un pañuelo de papel y se lo pongo en la nuca mientras la abrazo.

La semana pasada me dijo que mis brazos le iban mejor que la manta pesada. No sé cómo tomarme lo de ser el responsable de aliviar su pánico; preferiría que encontrase un modo de combatirlo sin mi ayuda. No puedo estar siempre con ella, y me preocupa lo que podría ocurrir si le da un ataque en mi ausencia.

La abrazo un rato, notando el temblor de su cuerpo contra el mío.

—¿Quieres que te diga adónde vamos? —le pregunto—. A lo mejor la incertidumbre te produce más ansiedad...

Niega con la cabeza.

—No quiero estropear la sorpresa.

—Pensaba decírtelo en cuanto despegáramos, de todas formas. —Le separo la cara de mi pecho para ver su reacción—. Vamos a El corazón del país. He reservado dos semanas enteras.

La reacción no es inmediata, pero, al cabo de unos segundos, la veo confundida.

—¿Adónde?

Procuro disimular mi preocupación, pero esto empieza a ocurrir demasiado a menudo. Últimamente le cuesta recordar cosas que debería entender a la primera. El médico nos dijo que era normal después de una lesión cerebral, pero me sigue impactando lo mucho que ha perdido.

La verdad es que me ha costado asimilar que ha sufrido daños cerebrales. Son mínimos, pero se notan, sobre todo cuando tarda en recordar cosas importantísimas para mí, para nosotros. No me lo tomo como algo personal, pero me escuece igual.

—La pensión —le digo.

Vuelve a su semblante la expresión de familiaridad.

—Ah, sí. La boda de Aspen. La banda cutre de Garrett. —Le veo un destello de emoción en los ojos—. ¡El desayuno!

—De hecho, ya no es una pensión. Ahora está en venta; cerró hace tres meses. Escribí a la inmobiliaria para preguntar si podía alquilarlo un par de semanas.

—¿Lo tenemos entero para nosotros?

Asiento.

—Para ti y para mí.

—¿Y el personal de cocina y limpieza?

—Ya no es un negocio, así que cocinaremos nosotros. He pedido que nos lleven comida para cuando lleguemos. —Veo que aún intenta superar el pequeño ataque de pánico, así que sigo hablando para tenerla entretenida—. Aspen y Chad quieren venir a pasar una noche. Está a solo un par de horas de Wichita; pensaban venir el viernes.

Layla cabecea y acerca la mejilla a mi camisa.

—Eso estaría genial.

Sigo abrazándola otro par de minutos, hasta que deja de temblar.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí.

—Bien. —Le acaricio el pelo y le beso la coronilla—. Tendríamos que volver a nuestros asientos. El avión entero debe de estar hablando de las cochinadas que estamos haciendo aquí dentro.

No me suelta. En cambio, acerca su boca a la mía y desliza la mano por mi pecho hasta el botón de mis vaqueros.

—Pues vamos a darles motivos —dice, y se pone de puntillas hasta posar sus labios en los míos.

Sé que piensa que igual esta es una de mis fantasías, y mentiría si lo negara, pero no ahora mismo, justo después de un ataque de pánico... Me parece mal.

Le cojo la cara con ambas manos.

—Aquí no, ¿vale?

Se desinfla un poco.

—Uno rápido.

—Ahora no. —La beso—. Esta noche. —Me aparto, abro la puerta y le hago hueco para que salga primero. Niega con la cabeza y me

indica que salga yo.

—Quiero usar el baño primero —dice con un hilo de voz.

Cuando cierro la puerta, me parece ver como frunce el ceño. Vuelvo a mi sitio sintiéndome como un capullo integral por haberla rechazado, pero habría sido más capullo aún si me la llego a follar un minuto después de su ataque de pánico.

No quiero que se acostumbre a eso. No puedo ser la tirita de sus heridas. Necesito ser quien la ayude a sanarlas.

—¿Cuánto queda? —Es lo primero que dice desde que nos hemos subido al coche de alquiler. Se ha quedado dormida antes de que saliéramos siquiera del aparcamiento del aeropuerto.

—Unos veinte minutos.

Estira las piernas y los brazos y suelta un gemido que me hace revolverme en el asiento. Llevo arrepintiéndome de no haberla empotrado contra el lavabo desde que he salido del baño del avión, hace un buen rato. El Leeds de antes habría aceptado el ofrecimiento. Dos veces, seguramente.

A veces pienso que he cambiado más que ella. Mi amor por Layla me ha vuelto muy sobreprotector desde la cirugía. Creo que ahora soy demasiado prudente; prudente cuando hablo con ella, prudente cuando la abrazo, prudente cuando la beso, prudente cuando le hago el amor.

Pongo el intermitente para coger la siguiente salida.

—Hay que echar gasolina. Esta es la última gasolinera antes de llegar. ¿Tienes que ir al baño?

Niega con la cabeza.

—Estoy bien.

En cuanto llegamos a la estación de servicio y encajo la manga en el depósito, me acerco al asiento del acompañante y abro la puerta. Layla me mira desde dentro, protegiéndose los ojos del sol vespertino. La agarro de la mano y tiro de ella para sacarla del coche. Luego la abrazo, la apoyo contra el vehículo y le beso la sien.

—Lo siento. —Es lo único que le digo. Ni siquiera sé si está decepcionada por haberla rechazado ni si sabe por qué me disculpo,

pero se descuelga sobre mí un poco más.

—No pasa nada —contesta—. No tienes por qué desearme cada segundo del día.

El viento le esparce el pelo por la cara y yo se lo aparto con las manos. Al hacerlo, le noto algo en los mechones: los tiene apelmazados, se me adhieren a los dedos. Me agacho para inspeccionarle la cabeza, aunque intenta apartarse. Como tiene el pelo oscuro, no se ve la sangre, pero, al retirar los dedos, los tengo rojos.

—Estás sangrando.

—¿Sí? —Se lleva los dedos a la cabeza, justo en la herida.

La boquilla de la manguera hace *clic*, así que la suelto y la saco del depósito.

—Espera, que aparco y voy contigo adentro para ayudarte a curarte.

Después de aparcar, registro los estantes de la tienda en busca de algún kit de primeros auxilios y me reúno con Layla en el baño de mujeres. Solo hay un cubículo, así que entro y echo el pestillo. Se coloca de frente a mí, apoyada en el lavabo. Saco del botiquín una bolita de algodón mojada en agua oxigenada y le limpio primero la sangre seca del pelo para desinfectar después la incisión.

—¿Te has dado un golpe con algo?

—No.

—La tienes bastante mal. —Tendría que haber cicatrizado ya. Hace seis meses que le cosieron la herida, pero cada dos semanas o así se le abre—. Igual deberías ir a que te la vean esta semana.

—No me duele —contesta—. No pasa nada. Ya se cerrará.

Termino de limpiársela y le pongo un poco de pomada antiséptica. No insisto en el motivo del sangrado; no va a reconocer que se lo ha hecho ella misma, pero la he visto toquetearse ahí.

Lo recojo todo y cierro el botiquín mientras ella usa el baño. Luego se acerca al lavabo a lavarse las manos. Yo estoy recostado en la puerta del cubículo, observándola en el espejo.

¿Y si soy parte del problema? ¿Y si mi vacilación a la hora de tratarla exactamente igual que antes es lo que le impide recuperarse?

Hacemos mucho el amor, pero ya no es como antes. Los dos primeros meses que pasamos juntos éramos la combinación de todo lo que genera el buen sexo. Yo era tierno y cariñoso con ella, pero también apasionado e incansable, y a veces todo al mismo tiempo. No la trataba como a algo frágil, sino como si fuera irrompible.

A lo mejor ahí es donde me he equivocado; tal vez debería tratarla como la persona que pretende volver a ser, la Layla llena de fortaleza y espontaneidad que era antes de que le arrebataran todo eso.

Me observa por el espejo y me ve dejar el botiquín en el lavabo, a su lado. Nos miramos fijamente mientras le meto la mano por debajo del vestido y la deslizo despacio entre sus piernas. La veo tragar saliva cuando engancho con un dedo la cinturilla de las braguitas y se las bajo de un tirón.

Le planto la mano derecha en la nuca y la atraigo hacia mí a la vez que me desabrocho los vaqueros.

Y, por primera vez en seis meses, no soy nada prudente con ella.

5

Meto el código que me han dado en la inmobiliaria en el portero automático. La verja de hierro forjado tiembla cuando el coche pasa por encima de la gravilla del camino de acceso a la finca, como si no recordara su propia función.

La pensión es una antigua mansión victoriana de dos plantas en medio de varias hectáreas de árboles frondosos. La fachada está pintada de blanco, con la puerta de entrada de color rojo y, si no recuerdo mal, cuenta con seis dormitorios arriba y otros dos abajo.

A simple vista, la finca parece igual que el año pasado, solo que vacía. El aparcamiento está desierto. No hay huéspedes por los jardines. Recuerdo que, la primera vez que entré, era un hervidero de actividad porque todo el mundo estaba preparando la boda de Aspen y Chad. Fue en pleno verano, por lo que el césped estaba verde y muy cuidado. Ahora los jardines parecen estar en un limbo, a la espera de que llegue la primavera y les devuelva la vida que el invierno les ha arrebatado.

—Está igual —digo deteniendo el vehículo, aunque no se parezca en nada y esté más... solitaria.

Layla no contesta.

Abro mi puerta y no puedo evitar notar lo vacío que está el aire. No hay olores, ni sonidos, ni gorjeos de pájaros. Todo es quietud, y no me disgusta la idea de volver a estar con Layla en el corazón del país, con el añadido del aislamiento absoluto.

Sacamos el equipaje del maletero. Subo su maleta y la mía al porche mientras ella abre la puerta tecleando en el cajetín el código de la inmobiliaria.

Entro yo primero y enseguida noto que huele distinto. No recuerdo que el año pasado, en la boda, oliera a naftalina. Con suerte, igual

hay alguna vela que podamos encender para compensar el olor.

Layla cruza el umbral y, nada más hacerlo, se estremece. Se apoya en la pared, como para mantener el equilibrio.

—¿Estás bien?

Asiente.

—Sí, es que... —Cierra los ojos unos segundos—. Hace frío aquí. Y me duele la cabeza. Me vendría bien una siesta.

No hace frío en absoluto. De hecho, el ambiente está algo cargado, pero es cierto que se le ha puesto la piel de gallina.

—Voy a buscar el termostato. Deja la maleta, ahora la subo yo a nuestra antigua habitación de la planta de arriba.

Entro en la cocina a ver si localizo el termostato. Allí no está, pero me alivia comprobar que la agente inmobiliaria nos ha traído la comida que pedí. En circunstancias normales, no le habría encargado a nadie que me hiciera la compra, pero ella se ofreció, y le he dado una buena propina.

Como no tenía claro que nos fueran a dejar alquilarla, mencioné que me interesaba comprar la finca y que quería probarla unos días. Eso no se lo he dicho a Layla, claro. Primero quería echarle un ojo al sitio, ver si nos gustaba tanto como la primera vez.

Solo que no tengo claro que la cara de Layla desde que hemos llegado indique deseo alguno de vivir aquí. Más bien parece que quiere marcharse.

Me dirijo al salón, a ver si es ahí donde está el termostato. Me alegra ver que el pequeño piano de cola sigue allí. La tapa está cerrada y tiene una capa fina de polvo por encima, y eso me entristece. Un piano tan bonito merece que lo toquen, pero, por su aspecto, puede que yo sea la última persona que le puso una mano encima.

Paso un dedo por la superficie y dejo una línea sin polvo. No sabía qué esperar cuando me dijeron que el sitio estaba vacío; me preocupaba que los dueños se hubieran llevado el piano, pero no han tocado ni un mueble.

Layla sabe que esta escapada, además de unas vacaciones, es un viaje de trabajo. Tengo un álbum que componer, así que mi plan para las próximas dos semanas es usar el piano todo lo posible sin

llegar a hacerle pensar que la música es mi prioridad. Además, es muy probable que sea ella quien lo convierta en mi prioridad; tiene más ganas que yo de que acabe este disco.

Abandono el salón sin haber encontrado el termostato. Miro hacia el pasillo y veo a Layla asomándose a una habitación. Entonces cierra la puerta, sigue avanzando y abre otra. Parece confundida, como si no recordase cuál era la nuestra. Se dispone a cerrar esa otra también.

—Es arriba, Layla.

Se sobresalta cuando se lo digo y se gira bruscamente.

—Ya... —dice señalando la estancia que estaba a punto de pasar de largo, y entra en ella—. Es que... tengo que ir al baño —añade, y se mete en el lavabo y cierra la puerta.

«Acaba de ir al baño en la gasolinera, hace veinte minutos».

A veces tengo la impresión de que su pérdida de memoria es peor de lo que quiere reconocer. Se me ha ocurrido ponerla a prueba, no sé, hablarle de algo que nunca haya pasado para ver si finge recordarlo. Pero eso sería una maniobra sucia por mi parte, y ya me siento bastante culpable.

Oigo correr el agua en el baño justo cuando localizo el termostato junto a la escalera. Marca veintidós grados. No sé si quiero que haga más calor, pero lo subo unos grados por ella, a ver si la calefacción se come ese frío que siente.

Voy al cuarto de estar, aunque solo sea por inspeccionar todas las estancias de la casa en las que no estuve la otra vez.

Tiene un aspecto poco acogedor, como si no estuviera pensado para «estar» en absoluto. Hay un sofá grande de color crema y otro de dos plazas, ambos orientados hacia la chimenea, y luego un sillón rígido de cuero marrón junto a una mesa repleta de libros.

Solo hay una ventana en la estancia, aunque, como las cortinas están corridas, está a oscuras. Pasé por delante en varias ocasiones la otra vez, pero nunca llegué a entrar; aunque siempre había gente, ahora las sombras ocupan el lugar de aquellas figuras. No me gusta tanto como el salón, a lo mejor porque fue allí donde Layla y yo conectamos; ese salón es parte de nuestra historia. Este cuarto, en

cambio, no tiene nada que ver con nosotros. Esta casa será el corazón del país, pero su cuarto de estar es la vesícula.

Si al final compramos la casa, la salita es sin duda la primera habitación que pienso desmontar. Tiraré parte de la pared para hacer más ventanas, la llenaré de muebles por los que Layla pueda derramar los cereales o el vino. La haré habitable.

No hemos estado a gusto en ningún sitio desde que salió del hospital. Ninguno de los dos hemos querido volver a mi casa de Franklin —comprensible—, pero no me parecía bien comprar nada nuevo sin preguntarle a ella, así que alquilé un piso cerca del hospital y allí fue donde la llevé cuando le dieron el alta. No me atrevo a comprar nada permanente. Ni siquiera tengo claro si quiero una casa en Franklin. O en Nashville.

He mirado muchos anuncios, pero no me atrajo ninguno hasta que vi que esta finca estaba en venta. Este sitio tiene algo. A lo mejor es porque aquí conocí a Layla, o igual es porque estar literalmente en el corazón del país te da alguna clase de estabilidad. O puede que sea porque se tarda un día entero en llegar a Nashville y me gusta la idea de salir de esa ciudad.

Sea lo que sea, no he venido aquí solo de vacaciones. He venido porque necesito tiempo para centrarme en mi música y porque quiero que Layla encuentre paz. Y me parece que este es el único sitio que puede ofrecérnoslo. El aislamiento nos irá de maravilla. Se sentirá a salvo.

Me giro de pronto al oírla gritar.

Cruzo corriendo la estancia en dirección al baño y oigo romperse un cristal.

—¿Layla...? —Abro de golpe la puerta y me mira, asustada. Le cojo enseguida la mano, porque lleva los nudillos ensangrentados. Hay fragmentos de espejo en el lavabo. Levanto la vista y compruebo que está hecho añicos. Parece que alguien le haya dado un puñetazo justo en el centro—. ¿Qué ha pasado?

Niega con la cabeza. Mira el espejo roto y todos los cristales.

—No... no sé... Me estaba lavando las manos y el espejo se ha roto de pronto.

Hay un claro boquete en el centro, como de un puñetazo, pero no se me ocurre por qué Layla haría algo así. A lo mejor ya estaba roto cuando ha empezado a lavarse las manos y el movimiento ha hecho que cayeran los cristales.

—Voy al coche a por el botiquín.

Cuando vuelvo, me la encuentro en la cocina. Como antes, le curo las heridas sin hacer preguntas. Parece agitada; le tiemblan las manos. En cuanto termino, me llevo el botiquín y cojo una de las maletas.

—Voy a mandarle un correo a la agente inmobiliaria para contarle lo del espejo —le digo—. Podrías haberte hecho mucho daño.

Ella coge la otra maleta y sube conmigo. La noto alterada por el incidente, pero debo dejar de tratarla como si fuera incapaz de cuidarse sola. Es capaz. Es fuerte. Es increíble. Y voy a ser yo quien se lo recuerde, porque parece que se le ha olvidado.

6

Si no estuviera empeñado en ser músico, sería chef. Cocinar tiene algo relajante. Aunque no se me daba muy bien antes de la cirugía de Layla, ella me enseñó unas cuantas cosas cuando se vino a vivir conmigo y, después del asalto, me preocupaba que hiciera demasiados esfuerzos, así que empecé a cocinar yo. Domino mucho la sopa, sobre todo porque era lo único que le apetecía mientras se estaba recuperando.

Está arriba, deshaciendo las maletas. Me he asegurado de sacar de la mía las deportivas de correr y guardarlas en el armario para que no vea el anillo. Luego he bajado a preparar la cena. Como quería empezar bien la escapada, estoy haciendo *pasta e fagioli*, su plato favorito.

He mejorado mucho desde que salió del hospital, principalmente gracias a su madre, Gail, que se quedó en casa las primeras semanas después del alta de Layla. Quería llevársela a Chicago con ella, pero, por suerte, Layla se negó. Yo no quería que se marchara, tenía la sensación de que me correspondía a mí ayudarla a recuperarse, dado que lo ocurrido jamás habría pasado si la hubiera protegido más.

Debo reconocer que me costó adaptarme. Solo hacía dos meses que la conocía y luego estuvo otro en el hospital. Justo después, su madre se mudó a nuestro piso, ya de por sí abarrotado. En menos de tres meses, pasé de vivir solo a compartir mi casa con mi novia, su madre y un par de veces con su hermana, Aspen. El piso que había alquilado solo tenía un dormitorio, con lo que en el sofá siempre había alguien, por no hablar del colchón inflable que ocupaba casi el resto del salón.

Me alegré cuando su madre volvió por fin a Chicago, pero no porque no me cayera bien, sino porque todo aquello era demasiado para mí. Lo que nos había pasado, la sensación de no disponer de un espacio propio para nosotros y tener que ver a Layla esforzarse por recuperar su vida... Yo ansiaba algo de normalidad. Los dos lo ansiábamos.

Pero no todo fue malo. Tuve ocasión de conocer a la familia de Layla y enseguida caí en la cuenta de por qué me había enamorado de ella: son personas muy abiertas y carismáticas. ¡Si incluso me cae bien Chad Kyle! Solo lo he visto una vez desde la boda y, como me insinuó Layla, es un poco imbécil, pero es divertido.

Casi me hace ilusión que vengan a vernos el viernes.

En cuanto tengo todos los ingredientes en la olla, me seco las manos con el paño de cocina y subo corriendo a ver qué hace Layla. Estaba deshaciendo las maletas cuando yo me he puesto a cocinar, pero eso ha sido hace media hora y no he oído un solo ruido arriba desde entonces. No la he oído trastear por allí.

Al abrir la puerta del dormitorio, me la encuentro dormida en la cama, con las maletas abiertas sin deshacer. Ronca ligeramente.

Ha sido un día largo y es la primera vez que viaja desde que salió del hospital. Supongo que le habrá pasado factura, así que empiezo a deshacer el equipaje con sigilo mientras ella duerme.

De vez en cuando la miro y me vienen a la cabeza nuestros primeros días aquí. Cada segundo a su lado fue como un despertar, como si no hubiera abierto los ojos de verdad hasta que apareció ella.

«Estaba ciego y ahora veo».

Así me hacía sentir Layla. Era como si alguien hubiera vuelto a insuflar aire a mi vida cuando yo no tenía ni idea de que me estaba asfixiando.

¡Lo que daría por recuperar esa sensación! Siento que nos la han arrebatado injustamente. Estábamos a gusto en mi casa de Franklin. Layla no tenía problemas para conciliar el sueño por las noches. No andaba alerta y pendiente de todo cuando estábamos en lugares públicos.

Me acerco a la cama, le acaricio el pelo y se lo paso con cuidado por detrás de la oreja. Con la cirugía, hubo que afeitarle una zona de la cabeza, y ahora tiene que peinarse de forma que el resto del pelo tape la parte donde aún le está creciendo. Se lo retiro y le examino la cicatriz.

Le he cogido cariño a esa cicatriz. Sé que ella la odia y que hace todo lo posible por ocultarla, pero yo a veces la contemplo mientras duerme, porque me recuerda lo que estuve a punto de perder.

Se estremece un poco, así que aparto la mano justo cuando me llega un olor a quemado. Miro hacia la puerta, confundido, pero no es posible que el guiso se esté quemando ya. Hace menos de diez minutos que he encendido el fuego.

Me acerco a la escalera y veo salir una nube de humo de la cocina. En cuanto empiezo a bajar, oigo un estrépito tan fuerte que me retumba en el pecho.

Desciendo aprisa el resto de los peldaños y, cuando entro en la cocina, veo que hay guiso por todas partes. Exploro los fogones, el suelo, las paredes... Agito la mano para quitarme el humo de la cara y ver qué es lo que tengo que salvar primero.

No hay fuego, solo un montón de humo y un desastre tremendo.

Estoy allí plantado, estupefacto, cuando Layla llega corriendo. Se detiene en el umbral de la cocina y estudia el destrozo.

—¿Qué ha pasado?

Me acerco al fogón para apagarlo, pero, cuando voy a girar el mando, veo que ni siquiera está encendido. Alguien lo ha apagado ya. Bajo el brazo. Miro el fogón y luego la cazuela, que ha salido disparada hasta el otro extremo de la cocina.

—¿Qué hace el grifo abierto? —pregunta Layla.

Corre agua por el fregadero. No recuerdo haberme dejado el grifo abierto. Me acerco y lo cierro, pero veo algo al fondo.

Un paño quemado. El mismo con el que me he secado las manos justo antes de subir. Está claro que ha prendido, porque está carbonizado, pero ¿cómo ha terminado en el fregadero? ¿Quién ha abierto el grifo? ¿Quién ha apagado el fogón? ¿Quién ha volcado la olla del guiso?

Me dirijo enseguida a la puerta de la calle, pero está cerrada por dentro. Layla me sigue.

—¿Qué haces?

Sé que hay una puerta de servicio, pero, si alguien hubiera volcado la cazuela mientras yo bajaba, lo habría visto irse por esa puerta. No hay otra forma de salir de la cocina.

Vuelvo al desastre y miro la ventana. También está cerrada por dentro.

—Leeds, me estás asustando.

Niego con la cabeza.

—No pasa nada, Layla —le digo para tranquilizarla. No quiero que se preocupe. Si piensa que no tengo explicación para lo sucedido, se angustiará innecesariamente—. Se me ha quemado el trapo. Cuando he ido a apagarlo, se me ha volcado sin querer la cazuela. —Le masajeo los brazos—. Lo siento. Ahora lo limpio.

—Te ayudo.

Se lo permito. Prefiero tenerla cerca, porque no sé qué cojones ha pasado.

LA ENTREVISTA

Se acaba la cinta, así que el hombre la saca, le da la vuelta y pone la máquina a grabar otra vez.

Me pregunto si sabrá que sería mucho más fácil usar el móvil. Probablemente sea uno de esos conspiranoicos que desconfían tanto del Gobierno que se niegan incluso a comprar un teléfono móvil.

—Quiero ver los fogones —dice el investigador. Coge la grabadora y se la lleva a la cocina.

Yo me quedo sentado en el sofá un momento, pensando si habrá sido un error pedirle que viniera. Cualquier persona cuerda creería que estoy loco después de oír mi historia. Y, sin embargo, aquí estoy, confiando en que este tipo no la ponga en manos de todas esas personas cuerdas.

¿La verdad? Me importa una mierda. Mi posible carrera, mi discreta comunidad de seguidores, la imagen que Layla está intentando crearme..., nada de eso me importa ya. Todo me parece insignificante ahora que he visto de lo que es capaz este mundo.

Es como si me hubiera pasado la vida en aguas profundas, pero las últimas semanas hubiera caído de pronto en el abismo Challenger.

Entro en la cocina y lo veo estudiar los fogones, pensativo. Presiona el mando, lo gira y espera a que prenda el gas. Cuando eso ocurre, lo deja arder un momento y apaga el fogón.

—Hay que volver a pulsar el mando para cortar el gas —dice señalando el fogón—. ¿Cómo se lo explica?

Me encojo de hombros.

—No me lo explico.

Mi respuesta lo hace reír. Es la primera vez que le veo una pizca de expresión. Se sienta de nuevo a la mesa y pone la grabadora entre

los dos.

—¿Cree que a Layla le perturbó lo ocurrido?

—Lo cierto es que no —contesto—. Cargué con la culpa y ella no lo puso en duda. Limpiamos la cocina juntos y, al final, hice un plato de pasta corriente y moliente.

—¿Le extrañó alguna otra cosa esa primera noche?

—No tanto como lo de la cocina.

—Pero ocurrió algo fuera de lo normal...

—Bueno, los dos o tres días siguientes pasaron varias cosas que me hicieron dudar de si me estaba volviendo loco.

—¿Qué tipo de cosas?

—De las que habrían hecho salir pitando de inmediato a cualquiera.

7

Layla está mareando la pasta, paseándola por el plato con el tenedor, en vez de comérsela. Parece aburrida.

—¿No te gusta?

Se tensa al ver que la estoy observando.

—Está buena —contesta, y come un poco.

Últimamente no tiene mucho apetito. Apenas come y, cuando lo hace, se deja los carbohidratos. A lo mejor por eso solo ha dado tres bocados pequeños, porque todo lo que hay en el plato son carbohidratos.

Se pesó a la semana de salir del hospital. Recuerdo que me estaba lavando los dientes y se subió a la báscula del baño, que estaba a mi lado. Susurró para sí: «¡Maaadre mía!», y no la he vuelto a ver terminarse la comida desde entonces.

Mastica a conciencia, mirando fijamente el plato. Bebe un poco de vino y luego empieza a marear la pasta otra vez.

—¿Cuándo vienen Aspen y Chad? —pregunta.

—El viernes.

—¿Y cuánto se quedan?

—Solo una noche. Van a hacer el viaje por carretera.

Asiente como si ya supiera lo que le cuento, pero, cuando llamé a Aspen para decirle que nos veníamos, llevaba dos semanas sin hablar con Layla. Esa noche le miré el móvil y vi que tenía varias llamadas perdidas, tanto de su madre como de su hermana. No sé por qué las evita, pero la mayoría de las veces deja que salte el buzón de voz.

—¿Has hablado con tu madre hoy? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—No. —Me mira—. ¿Por?

No sé por qué le he preguntado eso. Me fastidia que evite la mayoría de las llamadas de su madre porque entonces Gail empieza a mandarme mensajes a mí, preguntando qué le pasa a Layla. Luego escribe a Aspen y la agobia a ella también, y eso provoca que Aspen me escriba a mí para preguntarme por qué su hermana no coge el teléfono. Todo sería mucho más fácil si Layla tuviera más al día a su gente y no se preocupasen tanto por ella. Pero se preocupan; nos preocupamos todos. Otra cosa que seguramente la irrita.

—Ojalá mi madre encontrara un pasatiempo y dejara de esperar que hable con ella todos los días —dice poniendo el tenedor en la mesa.

Bebe otro sorbo de vino, deja la copa y cierra los ojos varios segundos. Cuando los abre, estudia la pasta en silencio e inspira hondo, como si quisiera olvidar la conversación.

A lo mejor pasó demasiado tiempo con ellas al salir del hospital. Probablemente necesite un respiro, igual que yo lo necesito del resto del mundo.

Coge el tenedor y lo mira, y luego vuelve a mirar el plato de pasta.

—Huele superbién.

Dice «superbién» de una forma que suena a gemido. De hecho, la olisquea. Se inclina hacia delante, entorna los ojos y olfatea la salsa. A lo mejor es su nueva treta para perder esos siete kilos de los que no para de hablar: oler la comida en vez de comérsela.

Coge el tenedor y lo hace girar en el plato. Se lleva a la boca la cantidad de comida más grande que le he visto meterse en la vida. Gime.

—Ufff, está buenísima... —Come otro bocado, pero, antes de terminar de tragárselo, ya se está llevando el siguiente a los labios —. Quiero más —dice con la boca llena. Coge la copa de vino y se la acerca a los labios mientras yo me llevo su plato para servirle más pasta.

Cuando vuelvo a sentarme a la mesa, prácticamente me arrebata la comida de las manos y se lo ventila todo de unos cuantos bocados. Termina y, recostándose en la silla, se lleva una mano a la tripa sin soltar el tenedor.

Me echo a reír porque me alivia que por fin coma, pero también porque nunca he visto a nadie engullir con tanto entusiasmo.

Cierra los ojos y gruñe, inclinándose hacia delante. Planta los codos en la mesa y se pasa la mano de la tripa a la frente.

Yo estoy llevándome el tenedor a la boca justo cuando ella abre los ojos. Mira su plato vacío y pone cara de espanto, como si lamentara todos los carbohidratos que se acaba de zampar. Se tapa la boca con la mano.

—¿Leeds? Mi comida ha desaparecido.

—¿Quieres más?

Layla me mira, con el blanco de los ojos más prominente que nunca.

—¡Ha desaparecido! —insiste.

—Todo no. Aún queda.

Le horroriza lo que le digo, como si la insultara. Mira el tenedor, que aún sostiene en la mano, y lo estudia como si jamás hubiera visto uno. Luego lo suelta. Lo tira, en realidad. El cubierto se desliza por la mesa y choca con mi plato mientras ella se aparta arrastrando la silla y se pone en pie.

—Layla, ¿qué pasa?

Niega con la cabeza.

—Nada, estoy bien —contesta—. Es que... he comido demasiado. Tengo náuseas. —Da media vuelta, sale de la cocina y sube corriendo las escaleras.

La sigo. Se comporta como si fuera a sufrir otro ataque de pánico.

Cuando llego al dormitorio, la veo hurgar desesperada en los cajones de la cómoda, mascullando: «¿Dónde están?». Como no encuentra lo que sea que está buscando, abre la puerta del armario. Me entra un poco de agobio por si ve accidentalmente el anillo. Me acerco, la cojo de las manos y la distraigo.

—¿Qué buscas?

—Mis pastillas.

«¡Claro!». Meto la mano en el primer cajón de la cómoda y saco el botecito. Lo abro y le doy una, pero me mira como si quisiera arrebatarme el bote y tragárselas todas. No tengo ni idea de qué la tiene tan alterada, pero, en cuanto consigue la pastilla, entra en el

baño, se pone la pastilla en la lengua y bebe directamente del grifo. Cuando veo como echa la cabeza hacia atrás para tragársela, me recuerda a aquella noche en la piscina, cuando Aspen le dio la pastilla.

El recuerdo me hace sonreír, recostado en el marco de la puerta. Layla parece algo más serena ahora que se ha tomado el ansiolítico, así que le doy conversación para que se olvide de la ansiedad.

—¿Te acuerdas de cuando pensé que tu hermana me estaba dando drogas?

—¿Por qué iba a acordarme de que Aspen te daba «drogas»? —dice volviéndose hacia mí. En cuanto lo suelta, le veo el remordimiento en los ojos. Descuelga la cabeza y se agarra fuerte al lavabo—. Perdona, ha sido un día largo.

Suelta un suspiro y sale del baño. Entonces se me acerca, enrosca los brazos a mi cintura y pega la frente a mi pecho. La abrazo, porque no tengo ni idea de qué se cuece en esa cabeza suya. Hace lo que puede y yo procuro que sus cambios de humor no me afecten. La estrecho contra mi cuerpo unos minutos, notando cómo le baja poco a poco el ritmo cardiaco.

—¿Quieres irte a la cama? —le susurro.

Asiente, así que le deslizo las manos por la espalda y le quito la camiseta. A mitad de camino entre el baño y la cama, empezamos a besarnos.

Se ha convertido en nuestra rutina nocturna. Ella se estresa, yo la tranquilizo y luego hacemos el amor.

Después de que Layla se quedara frita, me he dado una ducha, y como ni siquiera después de eso podía dormir, he bajado y, en un par de horas, he liquidado las tareas de un día entero: me he afeitado, he lavado los platos y he compuesto la letra de una canción nueva.

Es la una de la madrugada y, por fin, vuelvo a la cama con Layla, pero sigo inquieto. Cierro los ojos e intento dormirme, solo que me va la cabeza a mil. Pensaba que hoy sería distinto, un día sin estrés. Pensaba que a lo mejor sería como la primera vez que estuvimos

aquí, pero no. Hoy ha sido un día como todos los demás desde que Layla salió del hospital. No me apetece nada volver a insinuárselo, pero creo que debería ver a un psicólogo. El médico nos lo aconsejó, su madre y su hermana también pensaron que le iría bien, pero ella se empeñó en que no le hacía falta. Hasta ahora, me he puesto de su parte; creía que, si la apoyaba durante la recuperación, se le pasaría la ansiedad, pero la cosa va a peor.

Estoy mirando fijamente el despertador cuando noto que Layla se mueve. La oigo levantarse y desplazarse por el suelo de madera. Al principio, pienso que igual va al baño, pero sus pasos se detienen y se queda quieta un rato. Como noto que no está en la cama, me vuelvo a ver qué hace.

Hay un espejo de cuerpo entero en la pared, a menos de un metro de la cama. Layla se está mirando en él. La habitación está a oscuras salvo por un levísimo resplandor de luz de luna que se cuela por la ventana, así que no tengo claro qué pretende ver. Gira de izquierda a derecha, inspeccionándose. Es rarísimo que se mire tanto. Aguardo otro par de minutos pensando que va a volver a la cama, pero no: se aproxima más al espejo y, acercando una mano al vidrio, pasea el dedo índice por él, como dibujando el contorno de su cuerpo.

—¿Layla?

Se vuelve bruscamente hacia mí, muerta de vergüenza, como si la hubiera pillado haciendo algo que no debería. Se mete corriendo en la cama y se tapa, de espaldas a mí.

—Duérmete —me susurra—. Estoy bien.

Le contemplo la nuca un rato, pero luego me doy la vuelta. No me duermo, claro, y menos ahora.

Estoy mirando fijamente el despertador cuando da la una y media de la madrugada. Aunque Layla se ha vuelto a quedar dormida y ronca suavemente, yo no consigo conciliar el sueño por más tiempo que paso aquí tumbado.

Me escabullo de la cama, cojo el móvil y bajo. Me siento en el sofá del salón. Aquí es la una y media de la madrugada, pero en Seattle son las once y media de la noche. Mi madre nunca se va a la cama antes de las doce, así que le mando un mensaje para ver si está

despierta. Responde llamándome directamente. Recostado en el brazo del sofá, deslizo el dedo por la pantalla del móvil.

—Hola, mamá.

—¿Ya estáis en Kansas?

—Sí, hemos llegado como a las cinco.

—¿Qué tal Layla?

—Bien. Igual.

—¿Y tú?

Suspiro.

—Bien. Igual.

Mi madre se ríe, porque sabe perfectamente que es mentira, pero también sabe que le contaré lo que me apetezca contarle cuando me apetezca contárselo.

—¿Qué tal Tim? —le pregunto. Es el primer tío con el que sale desde que murió mi padre. Lo he visto un par de veces. No está mal: manso, amable, justo la clase de hombre que yo querría para ella.

—Bien. Su clase matinal tenía pocos alumnos y se la han cancelado, así que ahora tiene otra hora libre por las mañanas y le encanta.

—Me alegro por él —digo. Y entonces, sin que me dé tiempo siquiera a pensar en lo que sale de mi boca, le pregunto—: ¿Tú crees en los fantasmas?

—Qué pregunta más rara, hijo.

—Ya, es que no recuerdo haberte oído nunca hablar de fantasmas.

—Me dan un poco igual —contesta—. No es que no crea en ellos, pero tampoco he tenido ninguna experiencia que me haya hecho planteármelo. —Hace una pausa y luego añade—: ¿Por qué? ¿Tú sí?

—No —respondo, y es verdad—. Pero antes... Yo qué sé... Ha pasado algo raro. He estado a punto de incendiar la casa cocinando. Estaba en la planta de arriba cuando me ha llegado el humo, y al bajar a la cocina, el paño que había dejado junto a los fogones estaba en la pila, debajo del chorro de agua; la cazuela, tirada por el suelo, y alguien había apagado el fuego. Layla ha estado arriba todo el tiempo, así que no ha podido ser ella.

—Qué raro... ¿Hay algún sistema de seguridad en la casa?

—No, pero estaba todo cerrado por dentro, incluso las ventanas, con lo que no es posible que alguien haya apagado un incendio y se haya marchado sin que lo viéramos.

—Mmm... Sí que es raro, sí, pero si alguien ha impedido que ardiera la casa es que tenéis un ángel de la guarda, no un fantasma. O un guarda de... casa encantada —añade, riéndose de su propia gracia—. ¿Qué más está pasando?

Vuelvo a suspirar, pero sin explicarme.

—Es normal que estés así, Leeds.

—Yo no he dicho que esté de ningún modo.

—No hace falta. Soy tu madre, te noto el estrés en la voz, y el remordimiento ha sido siempre tu cruz.

En eso tiene razón. Me llevo la mano a la frente.

—No sé qué me pasa.

—A ver... Te atacaron en tu propia casa. La chica a la que quieres ha estado al borde de la muerte. Te has pasado un mes entero a su lado en el hospital y otro tanto cuidándola después. Me imagino que eso es bastante estresante. Y, para colmo de males, tienes un fantasma.

Río y noto que se me relajan los hombros. Mi madre siempre ha encontrado el modo de justificar todo lo que ni siquiera le he contado que siento.

—¿Sabes lo que echo de menos? —me pregunta.

—¿Qué?

—A ti. Hace seis meses que no te veo, hijo, y tampoco fue en las mejores circunstancias. ¿Cuándo vienes a Seattle?

—Pronto. Ahora que a Layla ya la dejan viajar, hay que ver qué quiere hacer. ¿Te parece bien el mes que viene?

—Mientras vengas, me da igual cuándo.

—Vale. Te llamo mañana, después de hablarlo con ella.

—Muy bien. Te echo de menos y te quiero. Dale un abrazo a Layla.

—De tu parte. Yo también te quiero.

Cuelgo y me quedo inmóvil en el sofá, en la misma postura de derrotado. «A lo mejor estoy deprimido. Igual soy yo quien necesita un psicólogo».

Aunque sea una mierda pensar eso, casi espero que lo que he estado sintiendo últimamente se explique con una depresión, con algún desequilibrio químico; quizá así podría tomarme una pastilla al día y, con suerte, volver a enamorarme de mi vida.

Todo esto me suena a canción. Alargo la mano a la mesita auxiliar donde he dejado el portátil antes, lo cojo, abro un documento de Word y empiezo a teclear una letra.

No sentiría nada aunque me aporrearas el corazón,
menos aún si me clavaras un puñal en la herida.
Pero no me he desenamorado de ti,
sino de la vida.

Estudio la letra, convencido de que jamás he escrito algo más sincero. Por lo visto, ya nada me entusiasma. Ni siquiera componer. Es como si estuviera reabriendo heridas que pretendía curar.

Lo que debería hacer es comprar esta casa y ya está. Podríamos quedarnos aquí para siempre, plantar un jardín, adoptar un perro y algunos gatos. Igual también montar un corral con gallinas. Podríamos reabrir la pensión y ver cómo se casa gente en el patio trasero todos los sábados.

Minimizo la hoja de Word y abro Google. Entro en la web de la inmobiliaria y busco la casa. Tengo el anuncio en favoritos, porque lo he mirado casi a diario desde que me enteré de que estaba a la venta. No me cuesta imaginarnos a Layla y a mí construyendo una vida aquí.

A lo mejor no me importaría tener un perfil profesional más público si disfrutase de una vida privada blindada. Tiene que haber un modo de encontrar un buen equilibrio entre ambos.

Seguramente la recuperación de Layla sería mucho menos estresante aquí, sobre todo si instalo una verja electrónica y un seto que nos dé privacidad. Sería una buena forma de salir de la ciudad, donde empezaron todos nuestros malos recuerdos.

Abro el correo para escribir a la agente inmobiliaria. Tengo preguntas sobre la finca y me gustaría que viniera a vernos para que Layla pueda formar parte de la decisión.

En cuanto termino de teclear el correo, deslizo el cursor hacia el botón de envío, pero, antes de que me dé tiempo a hacer clic, la pantalla del portátil se cierra de golpe, ¡en mis manos!

«Pero ¿qué cojones...?».

Me lo quito bruscamente del regazo. Lo tiro por instinto, aunque me duela verlo estamparse contra el suelo de madera.

«¿Qué cojones ha sido eso?».

Me miro las manos y luego miro el portátil, a un metro de distancia. No hay forma de explicar esto. Se ha cerrado lo bastante fuerte como para dejarme dos nudillos colorados.

Subo corriendo al dormitorio. Entro y echo el pestillo.

Pienso en qué ha podido pasar, pero no se me ocurre nada. Eso no lo explica una bisagra rota, ni un electrodoméstico defectuoso, ni el viento.

«No creo en los fantasmas. ¡Qué estupidez! ¡Menuda gilipollez!».

A lo mejor estoy delirando. Ayer me levanté a las cuatro de la madrugada, en Tennessee, para preparar el viaje hasta aquí. Llevo casi veinticuatro horas despierto.

Será eso: que necesito dormir, mucho.

Me meto en la cama con el corazón aún acelerado y me tapo la cabeza con las sábanas, como un crío que se protege de los monstruos.

Mañana busco una tienda de electrónica, a ver qué me dicen del portátil. Y ya de paso compraré cámaras, algún sistema de seguridad que pueda controlar desde el móvil.

A partir de ahora, todas las cosas raras que pasen en esta casa van a quedar grabadas.

8

Cuando me despierto, son casi las nueve de la mañana. Anoche me costó muchísimo dormirme. Tengo la sensación de que podría seguir en la cama un buen rato, pero quiero levantarme antes que Layla. Después de lo de ayer, lo único que me apetece ahora mismo es café y soledad en el porche.

Enciendo la cafetera y, mientras se hace el café, abro la nevera para sacar la leche, pero veo de reojo algo que me detiene en seco: mi portátil está encima de la mesa de la cocina.

Lo miro fijamente, sin atreverme a moverme. «¿He soñado lo de anoche?».

Me fastidia cuestionarme tan pronto. Nunca he confundido la realidad con los sueños, pero igual esta vez sí, porque sé que anoche el portátil se quedó tirado en el suelo del salón. Yo mismo lo tiré cuando se cerró de golpe justo al intentar enviar el correo. A lo mejor Layla se ha levantado después de que yo me durmiera, aunque no entiendo por qué iba a usar mi portátil teniendo el suyo.

Me siento a la mesa, abro despacio el ordenador y paso el dedo por el cursor táctil para activarlo. Quiero echar un vistazo al historial de navegación por si Layla me ha estado espiando.

Cuando sale del modo de reposo, se abre por la ventana del documento en el que estaba escribiendo la canción. Recuerdo haberlo minimizado antes de abrir Google, lo que significa que Layla ha estado usando mi ordenador después de que me quedara dormido.

Se me cae el alma a los pies al pensar que ha podido leer la letra de esa canción. ¿Habrá pensado que va sobre ella?

Me dispongo a minimizar el documento, pero, antes de hacerlo, veo que en la esquina inferior izquierda dice que tiene dos páginas.

Yo solo escribí cuatro frases, no había texto suficiente para dos páginas.

Me deslizo por el documento hasta que llego a la segunda, que estoy convencido de no haber escrito. Son solo tres palabras, suficiente para helarme la sangre.

Siento haberte asustado.

Leo y releo por lo menos veinte veces las palabras tecleadas en mi documento hasta que baja Layla. En cuanto entra en la cocina, le digo:

—¿Tú has usado mi portátil esta noche?

Ella me mira raro, como si la pregunta fuera absurda.

—No.

Va directa a la cafetera. La tengo de espaldas, pero no sé si la creo.

¿No le gusta estar aquí? ¿Intenta asustarme para que nos vayamos?

Seguramente ha visto mi historial de búsquedas y le preocupa que compre la casa. A lo mejor ya no le apetece. Pero ¿para qué molestarse en cambiar de sitio mi portátil y luego hacerme creer que no ha escrito esas tres palabras? ¿Por qué no me dice sin más que no quiere vivir aquí?

Alguien me está vacilando y, como Layla es la única que está aquí conmigo, tiene que haber sido ella. Lo malo es que está demasiado sensible para que se lo eche en cara. Temo que, si la acuso de mentirme, se sienta atacada, suba corriendo al dormitorio, se tome otra pastilla y desconecte.

Leo otra vez las palabras antes de cerrar el documento, pero no le digo nada a Layla. O ya lo sabe y las ha escrito ella o va a flipar cuando le cuente que alguien ha cambiado el portátil de sitio mientras dormíamos.

Ninguna de las opciones me vale.

—Tienes que publicar algo hoy —dice delante de la cafetera, echándose estevia en el café—. Igual un selfi sin camiseta junto a la

piscina —añade guiñándome un ojo.

No puedo pensar en mi puto perfil de Instagram ahora mismo. O tengo sentada enfrente a una persona que trata de manipularme o estoy en una casa donde alguien, ¡o algo!, quiere volverme loco.

En cualquiera de los casos, necesito un sistema de seguridad.

Busco en Google dónde podría comprar uno, pero la tienda de electrónica más próxima está a horas de aquí. El Walmart más cercano está a cien kilómetros. «Joder, sí que estamos en el puto culo del mundo». Podría pedirlo por internet, pero igual tardan varios días en traérmelo.

—¿Te apetece que nos acerquemos al pueblo? —le pregunto—. Necesito un par de cosas.

Pone cara de extrañeza.

—¿Al pueblo? Leeds, no hay pueblo al que «acercarse».

Cierro el portátil.

—Está solo a una hora. Te invito a comer.

La veo sopesarlo mientras se bebe a sorbitos el café, pero, pensándolo bien, le va a parecer raro que quiera comprar un sistema de seguridad para una casa en la que da por supuesto que solo vamos a estar un par de semanas.

—También puedo ir yo —digo—. Si te apetece estar un rato a solas, lo entiendo.

Ella lo medita un momento y luego me dice con cara de corderito:

—¿Te importa que no vaya? No he pegado ojo esta noche. Lo más seguro es que me meta en la cama un par de horas.

—Claro, cariño, lo entiendo perfectamente. —La beso en la frente y salgo de la cocina—. Vuelvo después de comer. Escríbeme si necesitas algo.

LA ENTREVISTA

Estoy inclinado hacia delante, con los codos apoyados en la mesa. La charla ya no me incomoda tanto, a lo mejor porque hemos pasado lo más difícil.

—¿Por qué compró un sistema de seguridad? —me pregunta el hombre—. ¿Por qué no se fue sin más?

Me toqueteo una uña rota.

—Ni idea. Igual porque era la primera vez en meses que me pasaba algo que me despertaba sentimientos.

—¿A qué se refiere?

—A que estaba adormecido por dentro, llevaba un tiempo así, pero las cosas que ocurrían en la casa eran tan fascinantes como inexplicables. No me fui porque, de alguna forma retorcida, creo que lo estaba disfrutando.

—O sea que se quedó por aburrimiento...

Lo pienso un momento.

—Aburrido no estaba, porque tenía a Layla, pero, desde luego, no me asustaba lo que estaba sucediendo. Cuesta encontrar amenazador algo en lo que no crees. Pensé que el sistema de seguridad iba a explicar aquellos misterios.

—¿Y ahora?, ¿se siente amenazado?

Pienso en todo lo ocurrido en el tiempo que llevamos aquí. Ha habido momentos en los que he querido marcharme, huir de todo. Han sucedido cosas de lo más aterradoras. Aun así, respondo con rotundidad:

—No, no me siento amenazado. Me da pena.

—Esa no es una reacción muy habitual en este tipo de situaciones.

—Ya lo sé, por eso me he puesto en contacto con usted. No porque me sienta amenazado, sino porque quiero una solución.

—¿El sistema de seguridad le ayudó a averiguar algo?
—Al principio no, pero más tarde... sí.

9

He instalado una cámara de seguridad en la cocina y otra en la librería del salón. Funcionan con una app del móvil, de forma que, si hay movimiento, me llega una notificación.

Eso fue hace dos días y, de momento, solo se ha activado cuando Layla y yo hemos entrado en su campo de visión.

Vine aquí para centrarme en ella, pero decir que he estado distraído sería quedarme corto. Siempre estoy alerta, a la espera de que suceda algo; tanto es así, que disfrazo de trabajo mis desvelos nocturnos aunque, en realidad, no haga otra cosa que sentarme en el salón a mirar páginas web de mierdas sobrenaturales. Esta noche me he quedado hasta tan tarde que al final me he dormido en el salón.

Y el caso es que acabo de despertarme. Aún es de noche. Serán las cinco de la madrugada o así. Sigo en el sofá, pero no me he movido desde que he abierto los ojos.

Pienso en la postura en la que estaba cuando me ha vencido el sueño, en lo que tenía en las manos, en que no me había tapado. Porque no recuerdo la manta a la que estoy aferrado. Estaba en el respaldo del sofá, sí, pero no soy consciente de habérmela echado por encima. Estoy seguro: cuando me he quedado dormido, la manta estaba dobladita y colgada del respaldo.

Sé que es muy probable que Layla haya bajado y me haya tapado, pero, aun así, repaso mentalmente todo lo que he hecho antes de abrir la app y comprobarlo.

Layla no sabe nada de las cámaras. No es que quiera ocultárselo, pero las instalé mientras ella dormía. Pensé que, si veía alguna y me preguntaba al respecto, siempre podría decirle que ya estaban en la casa cuando llegamos y así no se preocuparía.

Soy consciente de que ver los vídeos grabados por la app es una invasión de su intimidad. No quiero contarle que tengo acceso a esas grabaciones porque no quiero que se agobie innecesariamente. Tampoco quiero que piense que la espío. Aunque, en el fondo, es lo que estoy haciendo. He instalado las cámaras para pillarla infraganti, porque ¿a quién más voy a pillar?, ¿a un fantasma en el que no creo?, ¿a un intruso que, no sé cómo, entra en esta casa aun con los cerrojos echados?

Me muevo por primera vez desde que he abierto los ojos hace unos minutos. Me siento despacio en el sofá y cojo el móvil. Cuando abro la app, noto que me tiemblan los dedos mientras paso el vídeo hasta el momento en que me he quedado dormido. «¿Por qué me tiemblan las manos si creo que ha sido Layla?».

Me he dormido como a las dos de la madrugada, así que reproduzco el vídeo a partir de esa hora. Sigo sentado en el sofá, medio tapado con la manta, y estudio la grabación detenidamente, adelantándola cada pocos minutos.

A las tres y veinte de la madrugada, aparece una sombra en el umbral de la puerta del salón. Unos segundos después, entra despacio y se me queda mirando mientras duermo. Luego me tapa con la manta.

«Ha sido Layla».

¡Menudo imbécil! Me estoy rayando muchísimo. Me estoy autoconvenciendo de que pasan cosas sin explicación. Me dispongo a detener el vídeo, pero me quedo con el dedo en el aire porque Layla hace algo que me llama la atención: después de taparme, mira directamente a la cámara del salón.

Veo el vídeo con un nudo en la garganta. Ella escudriña la cámara por lo menos quince segundos y luego se dirige hacia el aparato. Cruza el salón intrigada y se planta justo delante. No coge la cámara, ni siquiera la toca; se limita a mirarla como para que yo la vea hacerlo. Un segundo después, da media vuelta, se va del salón y me deja dormido en el sofá.

La interacción de Layla con la cámara es tan rara que rebobino el vídeo y vuelvo a ver la escena, pero esta vez sigo reproduciéndolo aun después de que ella haya salido del salón. Veo como cambio de

postura un par de veces en el sofá, pero, aparte de eso, no pasa nada más.

Hasta que pasa.

Hacia las cuatro y media de la madrugada, la cámara cambia de plano bruscamente y el vídeo se queda en negro. Paro la grabación y miro la cámara, en lo alto de una de las estanterías. Está colocada del revés, apuntando a la pared.

Me levanto enseguida y me acerco. La vuelvo a poner mirando al salón. Es imposible que se haya girado sola.

Veo el vídeo por lo menos quince veces, con la idea de averiguar cómo ha podido girarse la cámara, pero no lo entiendo. No había nadie más que yo en el salón en ese momento.

Me paseo nervioso por la estancia.

No puedo explicarlo.

¡Es inexplicable!

Y, si se lo enseño a alguien, me acusarán de falsear el vídeo.

¿Porque igual el vídeo es falso? ¿Podría ser? ¿A lo mejor alguien ha conseguido que la cámara se mueva sola?

Me acerco de nuevo. Cojo el aparato y lo inspecciono por segunda vez, como si fuera a encontrar algún mecanismo que explique que se haya movido como por arte de magia.

¿Y si la empresa de la app tiene un hacker? Eso sí que me lo creo: un tío sentado delante del ordenador, manipulando los ángulos y las posiciones de la cámara para asustar a la gente.

Es la explicación más creíble, pero, aun así, diez minutos después, estoy sentado a la mesa de la cocina, investigando en internet sobre fantasmas y casas encantadas.

Con un usuario falso, me creo una cuenta en un foro de temas paranormales y me pongo a leer los contenidos hasta que se hace de día.

Las cosas que leo me dejan algo escéptico: gente que asegura haber visto una sombra, oído un ruido o percibido el titilar de una luz, todo cosas muy fáciles de explicar.

¡Lo mío no se explica!

¿Cómo se mueve sola una cámara? ¿Cómo se apaga solo un fogón? ¿Cómo viaja un paño de cocina de la encimera al fregadero?

¿Cómo teclea un portátil mensajes por su cuenta y se desplaza de una habitación a otra?

Mientras creo mi publicación en el foro, noto cómo va erosionándose mi propia certeza. Lo titulo «Escéptico».

Y escribo:

> No creo en los fantasmas, ni un poquito, pero me están pasando cosas para las que ni siquiera un escéptico como yo tiene explicación: aparatos que se apagan solos, objetos que se mueven por su cuenta, el portátil que se me cierra en las manos... Al principio pensaba que mi novia me estaba vacilando, pero, por las horas y los sitios donde han pasado estas cosas, no ha podido ser ella. No sé bien qué espero que me digáis. Supongo que pretendo que otro escéptico me explique todo esto y me tranquilice, pero ¿cuántas cosas más tienen que pasarme para aceptar que todo esto carece de explicación?

Cuando le doy al botón de publicar, me siento como un imbécil integral.

Cierro el portátil y me quedo mirándolo. «Estoy perdiendo el juicio». No porque me estén pasando cosas raras, sino porque me estoy permitiendo creer que no tienen explicación. Todo tiene una explicación. Solo hay que encontrarla.

—¡Qué pronto te has levantado!

Me sobresalto al oír la voz de Layla. Ni siquiera la he oído bajar. Se agacha, me da un beso y va directa a la cafetera. He hecho café, pero de eso ya hace dos horas, justo cuando he decidido comportarme como un demente y dedicar la mañana a leer historias de fantasmas en internet.

Ya no soy ese demente. He madurado en los últimos dos minutos. He recuperado la cordura.

—¿Qué planes tienes hoy? —me pregunta Layla, mirando el móvil mientras se bebe despacio el café.

—No sé. Pensaba componer un rato. ¿Y tú?

Se encoge de hombros.

—Me iba a pasar el día en la piscina. —Deja el móvil y el café en la encimera y se me acerca. Se cuela entre la mesa y yo, así que me retiro un poco para que pueda sentarse a horcajadas encima de mí.

Lleva una camiseta ajustada que le deja el ombligo al aire y unas braguitas de color rosa.

Siempre que Layla se pone algo tan descarado es lo primero que noto. Y en cuanto lo noto, por lo general, termina dejando de llevarlo, porque acabamos desnudos en la cama, en la ducha o en el sofá.

Esta vez, en cambio, no he reparado en ello hasta que se ha sentado en mi regazo.

Le planto las manos en el culo y entierro la cara en su cuello. Esto es una prueba más de que he perdido el foco desde que llegamos aquí.

—¿No decías que la piscina era climatizada? —pregunta.

—Sí.

—Pues tómate un descanso y pasa el día conmigo.

Un día en la piscina no suena mal, la verdad. Estar fuera, en general, suena bien. Pasar tiempo en el agua con Layla podría recordarme la primera vez que estuvimos juntos en una piscina, y eso sí que suena muy muy bien.

Le deslizo las manos por la espalda y sonrío.

—¿Día de piscina con bañador o desnudos?

—¡Qué pregunta más tonta! —dice, y sonríe, y es la primera sonrisa de verdad que le veo en mucho tiempo. Me gusta tantísimo que beso esa sonrisa.

Solo que también me resulta engañosa. ¿Por qué no me dice nada de la cámara?

A lo mejor da por sentado que es del propietario de la casa.

Voy a dejar que siga pensando eso.

Layla ha encontrado una colchoneta gigante con portavasos y un altavoz inalámbrico con bluetooth, así que estamos tumbados los dos en medio de la piscina. Ella está bocabajo, intentando broncearse, aunque la temperatura exterior es como de quince grados. Puede que incluso se haya quedado dormida. Yo estoy bocarriba, participando en secreto, para vergüenza mía, en el foro de fenómenos paranormales.

Es ya por la tarde y, aunque había decidido que no soy el mismo demente que ha publicado esta mañana en el foro, sigo leyendo los comentarios con una fruición desmedida.

¿Cuánto hace que vivís en esa casa?

Tío, salid de ahí cagando leches.

¿Han asesinado alguna vez a alguien ahí?

Contesto algunos con un solo mensaje:

No vivimos aquí. La casa está en venta y la tenemos alquilada por un tiempo. Pensaba comprarla, pero ya no lo tengo tan claro. Y desconozco la historia de la finca. ¿Cómo podría averiguarlo?

Le doy a publicar justo cuando Layla protesta.

—Llevas dos horas con el móvil —dice.

Me arrebata el aparato de las manos y yo intento recuperarlo, porque el foro de lo paranormal sigue abierto, pero ella no mira la pantalla, se limita a alargar el brazo para dejarlo en el bordillo y que no pueda volver a cogerlo.

Me siento mal. Tiene razón; no he soltado el móvil en todo el día.

Se tumba bocarriba. La colchoneta se bambolea con el movimiento. Tiene los ojos cerrados y, relajada, se protege la cara del sol con los brazos. La miro un momento, repasando su cuerpo. Ahora mismo está supersexy.

—¿Alguna vez lo has hecho en una colchoneta? —le pregunto.

No abre los ojos. Se limita a sonreír y negar con la cabeza.

—No, pero estoy dispuesta a probarlo.

Entre que no hemos comido nada y que hemos bebido un montón, no nos ha sido posible hacerlo en la colchoneta. Pero, sin darnos por vencidos, nos hemos trasladado a una de las tumbonas para rematar la jugada.

Se ha levantado aire cuando empezaba a anochecer y, por muy caliente que estuviera el agua, hacía demasiado frío para quedarnos en la tumbona, así que llevamos ya varias horas dentro, relajados en

la cama. Ella ha estado viendo pelis y yo curioseando en los foros con el portátil, pero, con todo lo que se mueve Layla, me resulta complicado que no vea la pantalla.

Al final, decido bajar al salón. Alargo el brazo y apago mi lamparita.

—¿Tú también te vas a dormir? —me pregunta, con la voz distorsionada por la almohada a la que está abrazada.

—Voy a trabajar un rato en una canción. —Me inclino y le doy un beso—. Mándame un mensaje si oyes demasiado el piano.

Asiente, con los ojos cerrados.

—¿Te importa apagar la tele?

La apago y me voy abajo.

Hoy ha estado bien. Parecía relajada, contenta. Ha habido un momento, justo después del sexo, en que he estado a punto de contarle que me he planteado comprar la finca. La estaba besando en el cuello, pensando en lo guay que había sido el día, y lo guais que podrían ser todos los días futuros. Quería saber qué opinaba ella, pero no he sido capaz de decírselo.

Comprar una casa es un compromiso enorme.

Comprar una casa para mudarme con una chica a la que conozco desde hace menos de un año es un compromiso aún mayor.

Hoy ha sido un día casi perfecto, pero sigue pesándome la incertidumbre, no solo por las cosas raras que han pasado en la casa, sino porque no tengo claro que Layla vaya a querer tomar una decisión de este calibre.

Decido no contarle nada. Al menos, de momento.

Cuando llego al salón, me siento al piano, pero lo cierto es que no estoy de humor para trabajar en mi música esta noche. Planto el portátil encima con la intención de mirar el correo, pero no lo hago: vuelvo directo al foro en el que he publicado esta mañana y empiezo a leer las respuestas de mi hilo.

> ¿Por qué está en venta ese sitio? Deberías preguntar a los dueños por qué se fueron.

Ese comentario despierta mi curiosidad. La finca no estaba en venta la primera vez que vinimos, y recuerdo que Layla me comentó que Aspen había tenido que reservarla con un año de antelación para asegurarse el sitio. Si estaban completos con semejante antelación, tan mal no les iba. ¿Por qué habrían cerrado y puesto a la venta la casa tan de repente?

Sigo mirando los comentarios hasta que me topo con alguien cuyo usuario es UncoverInc. Hago clic en su perfil y la descripción me hace reír: «Los fantasmas también son personas». Madre mía, sí que se toman en serio estas cosas.

Retrocedo a su comentario y lo leo.

¿Has intentado hablar con el fantasma?

Ese comentario ha dado lugar a otros. No me veo capaz de leerlos, no pienso creerme nada de personas que aseguran mantener conversaciones con fantasmas. Cierro el portátil, compadeciéndome de los que pasan tanto tiempo en ese foro.

Aunque los fantasmas existieran, ¿¡cómo voy a «comunicarme» con uno!?

Por mucho que me empeñe en colocarme intelectualmente por encima de la gente de ese foro, sigo mirando a mi alrededor en el salón, a mi espalda, delante de mí.

Me aseguro de que Layla no anda cerca y susurro:

—¿Hay alguien ahí?

No pasa nada.

Nadie responde.

«¡Porque los putos fantasmas no existen, Leeds!».

—¡Será posible! —mascullo. Me he puesto al nivel de los chiflados del foro.

Me levanto y estiro los brazos por encima de la cabeza. Miro alrededor y aguardo unos segundos más, como si alguien fuera a responder de verdad a mi pregunta.

Al final, niego con la cabeza por las bobadas que he estado pensando estos días. Me dirijo a la puerta y, cuando agarro el pomo, un sonido inesperado me detiene en seco: acabo de oír una de las

teclas del piano. Ha sonado tan fuerte que sé exactamente qué nota ha sido: un do central.

Cierro los ojos. «No puede ser».

Me giro despacio, con los ojos aún cerrados, sin saber muy bien qué espero encontrar cuando los abra. ¿Se habrá caído el portátil sobre las teclas del piano? Tengo el corazón tan desbocado que me noto el pulso en el cuello.

Abro un ojo... y luego el otro.

No hay nadie en el piano, nadie más que yo en el salón.

Me saco enseguida el móvil del bolsillo, abro la app de las cámaras de seguridad y reproduzco la grabación de los últimos treinta segundos.

En las imágenes, veo cómo me levanto y me desperezo. Me fijo bien en el piano. En cuanto agarro el pomo de la puerta, el do central se pulsa solo.

¡¡Se pulsa solo!!

No hay nada allí, nada de nada.

«Esto no hay quien lo explique».

Mi primer impulso es salir corriendo, pero prevalece el segundo, el de esa parte de mí a la que le fascina todo esto.

—Hazlo otra vez —digo acercándome al piano.

Pasan unos segundos y vuelve a pulsarse sola la misma tecla.

Doy un paso atrás. Me flojean las piernas.

—¡Joooder! —exclamo, agachándome para mirar de cerca el piano.

Inspiro hondo. Quiero hacerle otra pregunta. Quiero hacerle un millón de preguntas, pero me cuesta digerir la realidad.

Hasta ahí puedo llegar, por lo visto, porque me dirijo a la puerta a toda pastilla y subo corriendo las escaleras. A mitad de camino, me detengo y pego la espalda a la pared. Pienso en todas las historias de fantasmas de las que me he reído, en todos los cuentos de hadas que nunca me he creído.

«¿Me estaría equivocando?».

Empieza a invadirme la incredulidad, o tal vez sea miedo. ¿Cómo puedo haber estado equivocado toda la vida? Siempre he sido alguien que le ha encontrado explicación a todo; estos últimos días

son los únicos de mi vida en que me he topado con cosas que no soy capaz de justificar.

Puedo seguir huyendo o plantarle cara, averiguar qué pasa, serenarme.

Pienso en los idiotas de las pelis de miedo que nunca salen corriendo a tiempo, y de pronto, empatizo con ellos. La necesidad de refutar lo que te asusta es mayor que la de huir de cualquier daño que pueda causarte.

No tengo claro que esto sea algo de lo que deba asustarme, pero sí que es algo que debo investigar.

De vuelta en el salón, me encierro dentro. Sé que cualquiera en su sano juicio estaría ya en el coche de alquiler, saliendo escopeteado de este sitio, pero me da que, de momento, no voy a ser esa persona.

—¿Quién eres? —pregunto mirando al piano, con la espalda pegada a la puerta por si tuviera que salir corriendo.

Espero una respuesta hasta que caigo en la cuenta de que una pregunta así no puede contestarse tocando las teclas de un piano.

Titubeo y, al final, me acerco al instrumento. Miro detrás, debajo, dentro. No veo cables ni montajes que hayan permitido a nadie hacer eso.

—Pulsa una tecla distinta.

Esta vez toca un re casi de inmediato.

Me tapo la boca con la mano y mascullo: «¡La hostia!». Debo estar soñando. Es la única explicación.

—Toca un la.

Suena un la.

No sé qué está pasando, pero esta vez prescindo de mi escepticismo y me dejo llevar.

—Tengo preguntas —digo—. Toca el do central para decir que sí, re para decir que no y la si desconoces la respuesta.

Se oye una pulsación suave de do central, lo que significa que acepta. Con la voz algo temblorosa, le pregunto:

—¿Eres peligroso? —No sé por qué le pregunto eso. Cualquier ente peligroso negaría, sin duda, su peligrosidad.

Y suena un re, la nota para decir que no.

—¿Eres un fantasma?

—*No lo sé.*

—¿Estás muerto?

—*No lo sé.*

—¿Me conoces?

—*No.*

Empiezo a pasearme nervioso por el salón. Tengo la sensación de que floto, porque ya no me siento las piernas. Me hormiguea la piel de la emoción o del miedo; a veces no los distingo.

—Estoy manteniendo una conversación con un piano —mascullo—. ¿Qué coño está pasando?

Esto tiene que ser un sueño. Ahora mismo estoy dormido. O eso, o alguien me está vacilando. Seguramente es una broma de cámara oculta. Joder, fijo que Layla nos ha apuntado a uno de esos programas para darme más notoriedad; a lo mejor ahí fuera hay alguien que se está partiendo de risa a mi costa. Debería hacer preguntas que no sepa contestar nadie a menos que esté aquí conmigo. Miro de pronto la cámara de seguridad. «Igual es eso». ¿A alguien de la empresa de seguridad le parece gracioso hacerme esto? Le quito la funda a uno de los cojines del sofá y la tiro a la cámara para taparla.

Levanto cinco dedos.

—¿Estoy levantando tres dedos?

—*No.*

—¿Uno?

—*No.*

—¿Cinco?

—*Sí.*

Bajo el brazo.

—¿Me estoy volviendo loco? —susurro para mí.

—*No lo sé.*

—Esa pregunta no era para ti. —Me siento en el sofá y me froto la cara con ambas manos—. ¿Estás solo?

—*Sí.*

Espero un rato antes de hacer otra pregunta. Intento digerir todo lo ocurrido en la última media hora, pero aún sigo buscándole una

explicación.

No suena ninguna nota mientras estoy sentado en silencio. Nunca había experimentado semejante subidón de adrenalina; me dan ganas de despertar a Layla para enseñarle lo que está pasando, pero me lo estoy tomando como si hubiera encontrado un perro abandonado y no un... reino completamente distinto. Layla lo explicó así en una ocasión, me dijo que pensaba que había distintos reinos. «¡Joder, igual tenía razón!».

Ahora aún tengo más ganas de contarle todo esto, pero temo acojonarla. Igual se asusta y quiere que nos marchemos, me obliga a hacer las maletas y a largarnos, y así nunca voy a dar respuesta a los miles de preguntas que me han surgido en los últimos minutos, como qué (o quién) es esta cosa.

—¿Puedes mostrarte para que te vea?

—*No.*

—¿Porque no quieres?

—*No.*

—¿Porque no sabes cómo?

—*Sí.*

Me paso las manos por el pelo y me agarro la nuca mientras me acerco a una de las estanterías que forran las paredes. Necesito más pruebas de que esto no es una broma. No es fácil desmontar las creencias de toda una vida en un solo día.

—Saca un libro de una de estas estanterías —le pido, porque una cámara de seguridad hackeada no podría conseguirlo.

Miro pacientemente la librería que tengo delante. Pasan diez segundos silenciosos y tranquilos; luego, justo el libro que yo estaba mirando se desliza de la estantería y cae al suelo con un golpe seco. Lo miro, incrédulo.

Abro la boca para hablar, pero no me sale nada.

Deambulo por el salón unos minutos. Pienso en todo lo que ha pasado hasta ahora; a lo mejor estoy aturdido, atónito.

—¿Tienes nombre?

—*Sí.*

—¿Cuál? —pregunto, pero no pasa nada. No suena ninguna nota.

Caigo en la cuenta de que no puede contestarme con las notas del piano. Estoy buscando una forma de que me deletree las palabras con las teclas cuando oigo un ruido. Miro el portátil, que he dejado cerrado encima del piano. Se está abriendo.

En mi documento de Word, empiezan a aparecer unas letras...

W... i... l... l... o...w...

Me aparto enseguida del portátil, nerviosísimo.

Antes, con lo del piano, me parecía que aún podía explicarlo de algún modo: una tecla defectuosa, un ratoncillo entre las cuerdas, ¡lo que fuera!, pero después de lo del libro y ahora esto... Estoy manteniendo una conversación en condiciones con... la nada. Porque aquí no hay nadie más que yo, y eso solo me deja una explicación: que los fantasmas existen. Y aquí hay uno que se llama Willow.

Me quedo mirando el ordenador tanto tiempo que la pantalla se pone en modo reposo. Luego el portátil se cierra solo, sin cables invisibles, sin explicación. «¡Esto es un disparate! ¡Ahí te quedas, joder, me voy a dormir!».

Me marcho del salón. Cuando subo al dormitorio, abro el cajón en el que Layla guarda todas sus pastillas; hay de tres tipos: ansiolíticos, somníferos y analgésicos.

Me tomo una de cada.

LA ENTREVISTA

—¿Por qué se fue cuando le dijo su nombre?

La pregunta del investigador casi me hace reír.

—¿Por qué no me fui cuando el fogón se apagó solo o cuando se me cerró el portátil en las manos? No lo sé. Porque soy un cabezota, supongo. No es fácil para nadie cambiar todas sus creencias en cuestión de media hora.

La grabadora aún está funcionando cuando me pregunta:

—¿Ocurrió algo más esa noche?

Abro la boca para decir que no, pero se oye un estruendo arriba que nos hace mirar al techo. Salgo de la cocina y subo corriendo al dormitorio.

Layla sigue atada a la cama, pero la lamparita de la mesilla está en el suelo. Me mira como si nada.

—O me sueltas o rompo otra cosa.

Niego con la cabeza.

—No puedo.

Levanta la pierna y le da una patada a la mesilla, que se desliza medio metro por el suelo; luego le da otra y la tumba.

—¡Socorro! —grita—. ¡AYUDA!

Sabe que hay alguien abajo, pero no que no ha venido a ayudarla a escapar.

—No ha venido por ti, Layla —le explico—. Ha venido a ayudarnos a entender lo que pasa.

—¡No quiero entender nada! ¡QUIERO QUE ME SUELTES!

La he visto disgustada desde que empezó todo esto, pero creo que nunca tanto. Me dan ganas de soltarla y dejarla marchar, pero, si lo hago, no voy a tener más que problemas. Irá directa a la policía ¿y

qué excusa tengo yo?, ¿que un fantasma me ha obligado a hacerlo? Si no me detienen, me encerrarán en un psiquiátrico.

Le cojo la cara con ambas manos. Lo hago con firmeza, porque no para quieta y necesito que me mire a los ojos.

—Layla, Layla, ¡escúchame!

Le corren las lágrimas por las mejillas. Respira con dificultad, hipando. Tiene los ojos irritados de tanto llorar.

—Layla, sabes que esto se nos ha ido de las manos. ¡Lo sabes! Has visto el vídeo. —Le limpio las lágrimas, pero llegan más—. Aunque te soltara, no podrías marcharte.

—Si no puedo irme, ¿por qué tengo que estar atada? —dice con voz llorosa, nasal—. Suéltame y déjame bajar contigo. Átame a una silla si quieres, no me importa. Lo que no quiero es quedarme aquí sola.

Lo haría, pero no puedo. No quiero que oiga todo lo que estoy a punto de confesarle a ese hombre. Sé que Layla tiene miedo, pero aquí está a salvo aunque a ella no se lo parezca.

—Vale, te llevo abajo. —Se le iluminan los ojos, pero su esperanza se esfuma cuando añado—: Dentro de un rato. Necesito veinte minutos más y luego vengo a por ti. —Le doy un beso en la frente—. Veinte minutos, te lo prometo.

Vuelvo a colocar la mesilla junto a la cama y la lamparita rota encima y regreso a la cocina. Al bajar las escaleras, noto que me pesan los pies. Cuanto más tiempo pase Layla atada contra su voluntad, más culpable me sentiré y más le costará a ella perdonarme.

¿Merece la pena siquiera? ¿Compensa hacer pasar a Layla por esto solo por encontrar una solución para mí y para Willow?

—¿Se encuentra bien? —me pregunta el hombre cuando entro en la cocina.

—No, no está bien. La tengo atada a la cama. —Me dejo caer en la silla y me llevo las manos a la cabeza—. Acabemos con esto para que pueda decidir qué hago con ella.

—¿Sabe ella a qué he venido?

—No.

—¿Sabe algo de todo esto?

—Un poco, pero piensa que es consecuencia de su lesión cerebral, de la pérdida de memoria... No cree que tenga nada que ver con ella.

—¿Y qué opina de estar encerrada en esta casa?

—Cree que soy un monstruo.

—¿Por qué no la deja marchar?

Es una pregunta muy fácil con muchas respuestas complicadas.

—Porque a lo mejor está en lo cierto: a lo mejor soy un monstruo.

Asiente, casi compasivo. No sé cómo puede mirarme sin juzgarme, pero así es como me mira, casi como si esto ya lo hubiera visto antes.

—Después del incidente del piano, ¿volvió a hablar con Willow esa noche?

Niego con la cabeza.

—No, me quedé dormido. Dormí doce horas de un tirón, por las pastillas que me tomé. Cuando desperté, Layla me dijo que le apetecía otro día de piscina, aun habiéndose quemado la última vez. Se quedó debajo del toldo, leyendo a la sombra. La acompañé porque quería salir de casa. Estaba nervioso después de lo sucedido, pero todo el rato que estuvimos fuera anduve con el móvil, distraído con la app de las cámaras, a la espera de que ocurriera algo y chateando con gente del foro.

—¿Habló con Willow durante el día?

—Chad y Aspen llegaron como a las cinco de la tarde. Ni siquiera intenté comunicarme con ella. Quise olvidar lo sucedido, pero Willow no me lo permitió.

—¿Y eso?

—Se apuntó a cenar con nosotros.

10

—¿Tenéis planes para vuestro aniversario? —pregunto. Intento seguir la conversación, fingir que estoy presente en la cena, pero tengo la cabeza en otra parte.

—Vamos a preparar el horneado de bebés durante el viaje —contesta Chad, sonriéndole a Aspen.

—No es verdad —dice ella—. Aún estoy tomando anticonceptivos.

—Por eso mismo he dicho «preparar» —replica él, y me mira—. Cuando veníamos de camino, nos hemos desviado hacia Hutchinson. ¿Has estado alguna vez en el museo de las minas de sal?

Le doy un trago largo a la cerveza y respondo:

—No.

—Pues lo hemos hecho bajo tierra —dice Chad, lanzándole otra sonrisita a Aspen.

Miro a Layla y la veo muerta de vergüenza.

—Deja de hablar de nuestra vida sexual, por favor —protesta Aspen.

—Eso, por favor —coincide Layla.

Me dan ganas de sumarme a ellas, pero lo cierto es que apenas estoy pendiente de la conversación. Chad era más o menos tolerable cuando han llegado, hace unas horas, pero ya lleva ocho cervezas.

—Estoy deseando que acabe esta fase de fogosidad —masculla Aspen—. Me agotas.

Él ríe, le coge la mano y le da un beso en el dorso. Ella parece derretirse un poco con ese detalle, pero Layla sigue con el tenedor en la mano, asqueada por su cuñado.

—¿Qué tal vuestra estancia aquí? —pregunta Aspen—. Se me hace un poco raro verlo todo vacío.

—Bien —contesta Layla, al parecer aliviada por el cambio de tema —. Lo que más me gusta es tener la piscina para nosotros solos, aunque acabaré pelándome si sigo tomando tanto el sol.

—Qué locura que este sitio esté en venta —tercia su hermana—. Molaría ser propietario de una pensión como esta, ¿no?

—Uf, demasiado trabajo —contesta Layla.

La respuesta me deja un poco abatido y me pregunto si eso es lo que piensa ahora. Se corta un pedacito de pizza. Es casera, la ha hecho Aspen. Antes era una de las especialidades de Layla, pero no ha vuelto a cocinar desde la cirugía. Es una pizza de bordes gruesos, con ingredientes que llegan casi a los tres centímetros de altura, así que cuesta comérsela con las manos. Chad es el único que no está usando los cubiertos.

—Yo no podría vivir aquí —dice—. ¿Sabéis a qué distancia está la licorería más cercana? Lejos. Y nos hemos quedado sin cerveza.

Aspen coge la botella de vino que hay en el centro de la mesa y la inspecciona.

—Aún quedan unas cuantas de estas —insinúa.

—Preferiría que no te bebieras todo mi vino —comenta Layla—. Hay un armarito con licores encima del fregadero.

Chad se anima al oírlo. Ojalá Layla no hubiera dicho nada del armarito... Hace tres cervezas que ese tío ha llegado a su límite, pero se levanta de la mesa y va a buscar el alcohol de todas formas.

Aspen se sirve más vino.

Me quedo mirando a Layla, que parece agarrotada en el asiento; a veces le pasa, es por la ansiedad. No le quito ojo de encima, observo todos sus movimientos y rezo por no estar siendo testigo de otro ataque de pánico, pero hay algo en su forma de aguantar el tipo que me preocupa.

Suelta el tenedor, coge la pizza con ambas manos, le da un buen mordisco y luego otro. Sujeta la porción con la mano derecha y, con la otra, bebe un sorbo de vino.

—¡Está riquísima! —dice casi gimiendo, como si llevara días sin comer.

Nos quedamos todos a cuadros. Se mete el resto de la pizza en la boca.

Aspen la mira como Layla miraba hace un rato a Chad, casi asqueada. Entonces Layla se levanta y coge otra porción con las manos, vuelve a sentarse y se embute en la boca toda la pizza que le cabe. Lo está haciendo otra vez, lo de comer como si le fuera la vida en ello. Aspen observa horrorizada cómo se empuja media porción en la boca.

—¡Qué asco, tía! —le dice—. ¡Coge el tenedor!

Layla hace una pausa y mira a Aspen, y luego a mí. De pronto parece arrepentida, avergonzada. Da otro mordisco enorme y rápido a la pizza y apura el vino.

En cuanto deja la copa en la mesa, vacila un momento. Luego se lleva la mano a la frente y gime, cerrando con fuerza los ojos.

—Dios, cómo me duele la cabeza... —Se masajea la frente y baja la mano, abre los ojos y... ¡grita!

Ese ruido inesperado nos sobresalta a todos. Hace gritar a Aspen también, que se aparta de la mesa y le pregunta:

—¿Qué pasa? ¿Es una araña? —Se sube a la silla—. ¿¡Dónde está!?

Layla niega con la cabeza, pero no dice nada. Mira fijamente el plato de comida vacío, se pone en pie y se aparta de la mesa, aterrada.

—Tráele un poco de agua —le pido a Aspen mientras me levanto y me acerco a Layla, que ya está con la espalda pegada a la pared, temblando. Inspira y luego espira, muy despacio, pero sigue sin apartar la vista de la mesa. Le llevo una mano con cuidado a la mejilla y la obligo a mirarme—. Layla, ¿estás bien?

Ella asiente, pero le tiemblan las manos cuando coge el vaso de agua que le trae su hermana. Se la bebe de un trago y, cuando le devuelve el vaso, casi se le cae al suelo.

—No me encuentro bien —dice, y se dispone a salir de la cocina.

Subo las escaleras detrás de ella y, en cuanto llega a nuestro cuarto, va directa a la cómoda, a sacar las pastillas del cajón. Le tiembla el pulso y se le caen algunas al destapar el bote. Me agacho a recogerlas, le quito el bote y las guardo. Cuando cierro el cajón de la cómoda, veo que se está metiendo en la cama.

Me siento a su lado y ella se hace un ovillo en el centro del colchón. La tapo y le acaricio el pelo.

—¿Qué ha pasado abajo?

Niega con la cabeza, eludiendo la pregunta.

—Nada, es solo que no me encuentro bien.

—¿Quizá has comido demasiado rápido? —insinúo.

Ella se da la vuelta y se tapa hasta la barbilla.

—No he «comido» —contesta, llena de rabia y confusión.

Me dan ganas de preguntarle a qué se refiere, pero, en el fondo, ya lo sé. Está teniendo pérdidas de consciencia, ¿ataques silenciosos? Debería llamar a su neurólogo mañana.

—Luego vengo a verte. —Apago la lamparita de la mesilla y le doy un beso.

Asiente y se tapa la cabeza con las sábanas.

Está durmiendo mucho últimamente, más de lo normal. Si a eso le sumamos las pérdidas de conocimiento y su extraña conducta, creo en serio que debe verla el neurólogo. Pero también me da miedo que no tenga nada que ver con la lesión cerebral.

Me quedo sentado a su lado unos minutos, dudando de si volver abajo. No quiero dejarla sola, pero hay que recoger la cocina.

Bajo las escaleras sin parar de darle vueltas a la cabeza.

Aspen ya está llenando el lavaplatos cuando vuelvo con ellos. Chad tiene la cara aplastada contra la mesa y un vaso de alguna bebida alcohólica en la mano. No se ha quedado traspuesto del todo, porque masculla algo ininteligible.

—¿Cómo está Layla? —me pregunta Aspen.

Ni siquiera me molesto en justificarla, porque estoy confundido y soy un mar de dudas.

—No sé. Dice que le duele la cabeza.

—Va a sufrir migrañas el resto de su vida. Es lo que tiene que te peguen un tiro en la cabeza, lamentablemente. —Aspen sabe de lo que habla, porque, a fin de cuentas, es enfermera. Seguro que ha visto recuperaciones mucho peores que la de su hermana. Mete el último plato en el lavavajillas—. Necesito subir a Chad arriba, ¿me ayudas?

Zarandeo a su marido hasta que abre los ojos y luego, tirándole del brazo, le digo:

—Venga, vamos a la cama, colega.

—No quiero acostarme contigo, Leeds —protesta, e intenta zafarse de mí, pero yo le paso el brazo por los hombros.

—Te llevo a la cama de tu mujer.

Al oír eso, deja de resistirse. Levanta la cabeza, mira alrededor y ve a Aspen al otro lado.

—¿Estoy demasiado borracho para follar?

—Sí, cariño, demasiado —contesta ella—. Igual mañana.

El hombre descuelga la cabeza, como decepcionado, pero, entre los dos, conseguimos levantarlo de la silla. Gimotea todo el camino hasta su cuarto, y en cuanto lo metemos en la cama, Aspen me acompaña a la puerta del dormitorio.

—Seguramente saldremos antes de que os despertéis. Si no veo a Layla, dile que lo hemos pasado muy bien.

—Tampoco exageres —contesto con una carcajada.

Ella se encoge de hombros.

—Bueno, intentaba ser amable. A lo mejor podemos volver antes de que os vayáis; no está demasiado lejos de Wichita.

Le doy las buenas noches y me marcho. Luego voy a ver a Layla. No sé si se ha dormido ya, pero sigue con la cabeza tapada. Dejo abierta la puerta de nuestro cuarto porque quiero oírla si me llama, pero en vez de entrar bajo al salón, saco el móvil y me siento en el sofá.

Veo tres veces el vídeo de la cena en la app de seguridad. En cada visionado, detecto pequeños detalles que hacen que toda la cena me parezca cada vez más rara. A Layla le cambia la pose, pasa de participar activamente en la conversación a ignorar de pronto a todo el mundo, y luego está la forma en que se agarra la cabeza antes de gritar. Todo es rarísimo.

«Pero ¿aún queda algo normal?».

Podría ser una pérdida de conocimiento, podrían ser ataques silenciosos, pero esos dos minutos son tan impropios de ella como frecuentes están siendo. Es como la noche que empezó a flipar después de haber devorado la pasta.

No puedo dejar de pensar en las tres palabras que me ha dicho cuando la estaba arropando: «No he "comido"».

Cojo el portátil y voy a la cocina. Abro el mismo documento en el que el fantasma ha escrito «Siento haberte asustado» y «Willow».

Dejo a un lado mi incredulidad unos segundos y tecleo una pregunta:

¿Has sido tú?

Aparto un poquito el portátil y lo observo atentamente. Casi de inmediato, aparece en la pantalla una palabra:

Sí.

Ese monosílabo es como un puñetazo en el estómago, en la espalda, en la mandíbula. Creo que ya he aceptado que la casa venía con un espíritu de algún tipo, pero creer que el espíritu puede poseer el cuerpo de Layla es otra cosa muy distinta.

Esto es real, real de cojones, y no puedo seguir negándolo.

Empiezo a recordar los días que hemos pasado aquí: aquella primera noche, en que Layla se quedó mirando a la oscuridad; la cena en que Layla comió más carbohidratos en dos minutos de los que había tomado en seis meses, su comportamiento de anoche...

No era ella misma en ninguno de esos momentos.

¿En qué otros momentos Layla no ha sido Layla?

Empieza a latirme más fuerte el corazón, no más rápido, solo más fuerte y con más contundencia, y de pronto soy más consciente de sus golpes en mi pecho. Tengo la sensación de que debería estar asustado, de que debería disparárseme el ritmo cardiaco, pero no tengo miedo. En todo caso, estoy cabreado. Sea lo que sea esto, sea quien sea esto, no me hace gracia que utilice el cuerpo de Layla de ese modo.

Pero también estoy furioso conmigo mismo porque creo que necesito verlo otra vez, convencerme de que no es que Layla se esté volviendo loca o que yo me esté volviendo loco.

Necesito respuesta a todas esas preguntas que no sabía que me estaba haciendo. Tecleo:

Quiero que vuelvas a hacerlo.
Quiero tener una conversación real contigo.

Cierro el portátil para no darle a quien sea que esté al otro lado la oportunidad de rechazar mi propuesta. Pero tampoco me muevo. Si esto está ocurriendo de verdad, quiero que me demuestre su existencia de algún otro modo, quiero ver con mis propios ojos cómo se transforma Layla siendo perfectamente consciente de lo que está pasando.

No subo al dormitorio. Quiero que el ente venga a mí, así que me quedo sentado en la cocina varios minutos. El corazón me late cada vez más fuerte mientras espero.

No oigo abrirse la puerta, pero sí pasos en la escalera, despacio, y el crujir de los peldaños con el peso de quien se acerca a la cocina.

No miro a mi espalda cuando entra. Tengo la vista clavada en la mesa.

Huelo el perfume de Layla antes de verla y sé que no se trata de Aspen ni de Chad. Un escalofrío me recorre la espalda y se me extiende por los hombros y los brazos mientras ella me rodea. Sigo sin mirarla. Es la primera vez que siento miedo de verdad desde que todo esto empezó, porque no sé qué esperar.

¿Es Layla? ¿Habrá bajado por casualidad a la cocina? ¿O está dormida ahí dentro?

Por fin, la miro a los ojos cuando aparta una silla para sentarse. Es Layla... ¡pero no lo es! Hay algo distinto en ella: me mira como si yo le resultara tan ajeno como ella a mí. Parece asustada o quizá sea curiosidad, más que miedo.

Levanta una pierna, planta un pie descalzo en la silla y se abraza la rodilla. Descansa la cabeza en la rodilla y se me queda mirando.

—¿Layla? —le digo en un susurro, no porque quiera ser sigiloso, sino porque ahora mismo hay más temor que aire en mi garganta y no me sale otra voz.

Ella niega con la cabeza.

—¿Willow?

Asiente.

Me inclino sobre la mesa y resoplo, masajeándome la frente con la mano. «¿Qué cojones...?».

—¿No vas a salir corriendo? —pregunta con la voz de mi chica, aunque algo distinta, porque suena risueña, al contrario que la de Layla.

—¿Debería?

—No.

¡Qué raro es esto! ¿Cómo puedo estar viendo a Layla y saber que es otra persona completamente distinta la que me mira a través de sus ojos?

Está decidido: he perdido la cabeza. ¿No es a los veintipocos cuando los hombres suelen sufrir sus primeras manifestaciones de esquizofrenia? A lo mejor es eso. Igual estoy esquizofrénico. Me parecería más creíble que estar viendo a un espíritu poseer un cuerpo.

—¿Me estoy volviendo loco?

Se encoge de hombros.

—Eso ya me lo has preguntado, pero no sé qué contestar. —Se gira hacia la nevera—. Me apetece un zumo...

«¿Zumo? ¿Quiere zumo?». Voy a cogérselo, pero levanta la mano para detenerme.

—Ya voy yo. —Se acerca al armarito y coge un vaso. Abre la nevera y saca la botella de zumo de naranja.

Me limito a observarla, como cautivado por todo lo que hace. Se mueve de forma distinta a Layla, casi divertida, como si no tuviera ni un ápice de ansiedad.

Se apoya en la encimera de la cocina y se bebe el zumo. Suspira y, cuando termina, se pega el vaso a la mejilla unos segundos con los ojos cerrados, como si saboreara el zumo.

—¡Qué rico! —Lava el vaso y vuelve a guardarlo en el armarito.

—¿Lo haces mucho?

—¿El qué? —Se sienta de nuevo a la mesa y sube otra vez la pierna—. ¿Robaros la comida? —Cuando asiento con la cabeza,

responde—: No, para eso necesito un cuerpo. No me gusta usar el de Layla salvo que no me quede otro remedio. Es un poco raro.

—¿Un poco?

—Lo normal para vosotros no es lo normal para mí.

—¿Qué es normal para ti?

Levanta la vista al techo, pensativa.

—Nada.

—¿A qué te refieres?

—Normal para mí no es nada. Existo sin más, pero a la vez no existo. No sé, es difícil de explicar.

—¿Eres un fantasma?

—No lo sé.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Ni idea. El tiempo es algo raro. Para mí no cuenta. —Pasa un dedo por un arañazo antiguo de la mesa—. Una vez estuve mirando el reloj de pared del salón durante ocho días, solo para comprobar cuánto tiempo era capaz de quedarme mirando la pared.

—¿No duermes?

—No, no duermo, pero siempre estoy cansada. No como, pero siempre tengo hambre. No bebo, pero siempre tengo sed. Empiezo a pensar que esto es el infierno, porque no hay nada peor que tener hambre todo el rato.

Es surrealista: está dentro de Layla ahora mismo, pero es superdistinta de la Layla con la que he pasado todo el día.

—¿Hay más como tú aquí?

Niega con la cabeza.

—En esta casa no, estoy sola.

—¿Puedes irte?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Me da miedo intentarlo.

—¿A qué le tienes miedo?

—A otros como yo, supongo —responde con indiferencia.

Enarco una ceja.

—¿Un fantasma que teme a otros fantasmas?

—Tampoco es tan disparatado —replica—. Los humanos temen a otros humanos.

—¿Me tienes miedo a mí?

Vuelve a encogerse de hombros.

—No sé, no creo, pero quizá sea porque, al estar dentro del cuerpo de Layla, siento algunas de las cosas que siente ella. Contigo está a gusto.

«Está bien saberlo».

—¿Cómo te sentiste cuando nos plantamos aquí?

Baja la pierna y se recuesta en el asiento.

—Nerviosa. No quería que vinierais. Por eso te cerré el portátil cuando escribías a la agente inmobiliaria para interesarte por la casa.

—O sea, que eras tú.

—No suelo hacer esas cosas. Procuro mantener separados nuestros mundos.

—Pues ahora no lo estás haciendo.

—Porque me has pedido que te hable a través de Layla. A mí no me apetecía.

—Pero lo has hecho, dos veces ya, puede que tres, ¿no?

Resopla, frustrada.

—Sí, pero solo porque a veces es una tortura, no puedo remediarlo. —Se levanta y empieza a hurgar en los armaritos. Encuentra una bolsa de patatas fritas y vuelve a la mesa, pero esta vez se sienta encima y pone los pies en la silla antes de meterse una patata en la boca—. En realidad, no sabía que podía hacerlo hasta la noche en que llegasteis. Había habido otras personas aquí, pero nunca había intentado meterme dentro de ellas. Solo que tenía tanta hambre... —Se come otra patata—. No te imaginas lo que es tener hambre y sed y no poder comer ni beber. Y este sitio llevaba mucho tiempo cerrado; echaba de menos el olor a comida, y la pasta debe de ser mi comida favorita, porque cuando vi a Layla marear la suya por el plato me dieron unas ganas tremendas de comérmela yo. Ocurrió sin más, no era mi intención.

—¿Lo has hecho muchas veces?

—Unas cuantas —contesta limpiándose las miguitas de los dedos en la camiseta de Layla—. Dos veces durante la cena, una mientras tú dormías en el sofá y otra cuando la estaba mirando en el espejo del dormitorio. Procuro ser discreta, pero siempre me pillas.

—No eres nada discreta. Cuando te metes dentro de ella, el cambio es evidente.

—Soy mala actriz, ¿qué le voy a hacer?

—¿Cómo eres cuando no estás dentro de Layla?

Ríe, con la risa de Layla, y eso me encoge un poco el corazón. Se me hace raro que alguien se ría con su risa. Hace tanto que no la oigo...

—No soy de ninguna forma. No existo de manera física. Si me miro al espejo, no veo nada. No es como esos fantasmas de las películas, con sus camisones blancos vaporosos, yo soy... nada. Soy pensamientos y sentimientos, pero no están vinculados a nada tangible. Es raro, supongo, pero es lo único que sé.

Pienso en más preguntas que hacerle, pero me cuesta con este subidón de adrenalina. Tengo la sensación de haber descifrado algún código comunicándonos así, o a lo mejor hemos incumplido alguna norma no escrita. Ojalá me entusiasmara la idea, pero no es fácil deshacerse de veinticinco años de descreimiento.

—Layla, si esto es una broma de las tuyas...

Ella niega con la cabeza.

—No lo es. Y no soy Layla, soy Willow.

La posibilidad de que Layla monte semejante numerito para tomarme el pelo sin motivo me parece aún más increíble que el que la haya poseído un fantasma. No me queda otra que creer a esta chica, o al menos fingir que la creo mientras intento encontrar otra explicación.

—¿Cuántos años tienes?

—No lo sé. Ni siquiera sé si tengo años, si eso tiene sentido. Es lo que te he dicho antes, el tiempo no significa nada para mí.

—Entonces, ¿no percibes la vida como algo finito?

—No pienso en eso, no como los humanos. Si no hay absolutamente nada que pueda hacer ni con lo que ilusionarme..., ni comidas ni siestas, ni siquiera las cosas importantes como envejecer y morir..., ¿qué importancia tiene el tiempo?

Come en silencio unas cuantas patatas más. Luego coge un refresco de la nevera y vuelve a sentarse en la silla para bebérselo. Cada vez que bebe o come algo es como si lo apreciara con la

percepción de millones de papilas gustativas. Me hace sentir que no he sabido valorar todo lo que he comido en mi vida.

—¿Te sientes distinta cuando estás en su cuerpo?

Asiente enseguida.

—Sí, me confunde mucho. Tengo recuerdos que no me pertenecen, sentimientos que no son míos, pero esa es la cosa: que, cuando no estoy dentro de ella, siento muy poco y no poseo recuerdos, así que confieso que me gusta ocupar su cuerpo aunque se me haga raro, como que no está bien que lo haga.

—¿Tienes sus recuerdos?

—Sí, pero procuro no ser intrusiva.

—¿Recuerdas las cosas que han pasado entre Layla y yo?

Agacha la cabeza y mira la lata de refresco. Veo que se pone un poco colorada y me pregunto qué recuerdos le habrán producido esa vergüenza.

—La conociste aquí.

Asiento para que sepa que el recuerdo es correcto. Ella sonríe.

—Te quiere.

—¿Lo notas?

—Sí. Te quiere mucho. Pero también está preocupada.

—¿Por qué?

—Le preocupa que no la quieras tanto como ella a ti.

Noto que me entristece un poco la confesión. No me gusta que Layla se sienta así, que piense que la quiero menos de lo que la quiero o que se agobie o se asuste.

—¿Recordará esta conversación o que has ocupado su cuerpo?

Niega con la cabeza.

—No, ni siquiera se acuerda de cuando me he comido su cena. Piensa que tiene problemas de memoria. —Entorna los ojos—. Le ha pasado algo, algo que le ha afectado, mucho.

—Así es.

Se abre una puerta arriba y el ruido me distrae. Ambos miramos hacia la entrada de la cocina. «¡Mierda!». Se me había olvidado que Aspen y Chad siguen aquí.

—¿Puedes salir de su cuerpo? Seguramente es su hermana.

Willow menea la cabeza. La noto inquieta.

—No sé si es buena idea. Layla va a flipar si salgo de su cuerpo ahora. Despertará en la cocina y no recordará haber bajado aquí.

Aspen asoma por la puerta.

—Me ha parecido oíros hablar. —Se acerca a Layla, ¡a Willow!, le quita la bolsa de patatas y se sienta a su lado—. Chad se ha meado en la cama. He cambiado las sábanas, pero me da que va a haber que limpiar el colchón. Culpa tuya por decirle dónde estaba el alcohol —añade mirando a Willow.

Willow me mira espantada, como si le diera miedo responderle a Aspen.

—Mañana me ocupo de eso —comento arrastrando la silla hacia atrás—. No pasa nada. ¿Nos vamos a la cama, Layla? —digo mirando a Willow.

Ella asiente y se dispone a levantarse, pero Aspen le coge la mano y hace un puchero.

—No, quédate, que ya casi no nos vemos y no consigo dormirme.

Willow me mira, luego a Aspen, después a mí otra vez y vuelve a sentarse a regañadientes. No quiero dejarla aquí abajo sola, así que me siento con ella. Aspen parece aliviada por la compañía, pero Willow tiene miedo de hablar, como si Aspen fuera a saber de inmediato que ahora mismo no es su hermana.

—¿Os habéis acabado la pizza? —pregunta Aspen.

—No, sigue en la nevera.

Mientras va a buscarla, Willow clava los codos en la mesa, agarrándose la frente, y mueve los labios en un mudo «¿Qué hago?».

La verdad es que no lo sé y se me hace raro que me lo pregunte a mí, como si yo tuviera experiencia con estas cosas. Procuro distraerla con lo único que sé de ella: que le gusta comer.

—¿Te apetece un trozo de pizza?

Parece pensárselo y luego asiente con una ligerísima sonrisa.

—Pues sí. Dos trozos más. Y un refresco.

Los minutos siguientes son surrealistas. Le preparo un plato de pizza a Willow y Aspen se sienta a su lado y se pasa el rato hablando sin parar, mientras que la otra se limita a comer. Hago lo posible por que Aspen siga hablando, improvisando la mitad de la conversación

de manera que Willow no tenga que intervenir. Conforme pasa el rato, la noto algo más relajada, está centrada sobre todo en la comida que tiene delante.

Eso dura hasta que Aspen dice:

—¿Le has contado a Leeds lo que ha pasado cuando estaba haciendo la pizza? —Miro a Willow y la veo aterrada—. ¡Madre mía! —dice echándose a reír—. Cuéntaselo, Layla, que ha sido divertidísimo —añade señalándome a mí y luego a su hermana.

Le veo el miedo en la mirada a Willow, como si supiera que van a pillarnos. Aunque me ha dicho que tiene acceso a los recuerdos de Layla, no cuán precisos son. Además, si ella no estaba en la cocina cuando hacían la pizza, no dispondrá de ese recuerdo.

—Ya me lo ha contado —digo. No sé de qué habla, pero no quiero poner a Willow en un aprieto, así que me levanto—. Venga, a la cama.

Willow asiente y se aparta de la mesa.

—Sí, estoy agotada. Y me sigue doliendo la puñetera cabeza. —Se agacha y abraza a Aspen—. Buenas noches. Gracias por venir.

—¿En serio? —dice Aspen haciendo un aspaviento—. Te he visto solo dos veces desde la boda.

Cojo a Willow del brazo y la saco de la cocina.

—¿Por qué no os quedáis más rato mañana?

Aspen pone los ojos en blanco.

—No podemos. Tenemos que estar en Colorado por la noche, y encima me va a tocar conducir a mí hasta que a Chad se le pase la resaca. Anda, id a acostaros —dice señalando las escaleras—. Ya recojo yo esto.

Willow no pierde ni un segundo. Vuelve a darle las buenas noches a Aspen y sube corriendo las escaleras. La sigo, pero cuando entramos en el dormitorio y cierro la puerta, tengo que apoyar la espalda en la madera y exhalar varias veces para serenarme. Los últimos quince minutos con Aspen me han puesto más nervioso que el hecho de que un fantasma esté usando el cuerpo de mi novia.

—¡Qué mal rato! —dice paseando nerviosa por la habitación—. Debo tener más cuidado.

—Se marchan por la mañana y ya nos quedamos solos Layla y yo otra vez. No tendrás que preocuparte por nadie más.

—¿Os... quedáis? —inquiere pensativa.

—Sí, no nos vamos hasta el miércoles.

—¿Estás cabreado conmigo?

—¿Por qué?

—Por esto —contesta señalándose el cuerpo—. Por usar a Layla.

¿Debería estarlo? No lo sé. Willow más bien me da pena, no me cabrea. Esto es algo que aún no alcanzo a comprender del todo, así que es probable que mis reacciones a lo que está sucediendo aún no sean las adecuadas.

—No estoy cabreado. De hecho, me gustaría volver a hablar contigo si eso no afecta a Layla. No quiero que sepa de tu existencia aún, no sé si lo entendería.

—¿Tú sí lo entiendes?

Niego con la cabeza.

—¡Ni de coña! Tengo la sensación de que cuando me despierte mañana me dará la risa al pensar en lo disparatado de este sueño.

Willow mira la cama y luego me mira a mí.

—No puedo salir de ella sin dormirme primero. No quiero asustarla.

Asiento.

—Vale. Me siento en la silla hasta que te duermas.

—¿Seguro?

—Sí, pero quiero volver a hablar contigo. ¿Mañana por la noche?

Cabecea afirmativamente, pero no dice nada más. Se mete en la cama, se tapa y cierra los ojos.

La observo media hora. Luego, poco a poco, el cuerpo de Layla se relaja.

No he visto nada que indique que Willow ya no está dentro de ella, pero de alguna forma sé que no está. Su rostro ha cambiado muy levemente y ahora Layla duerme como un tronco y se parece a la Layla a la que he arropado hace unas horas.

Echo un vistazo alrededor, consciente de que es posible que Willow aún me vea y me oiga. Susurro «Buenas noches» y me meto en la cama con mi novia.

Estoy la siguiente hora repasando mentalmente una pregunta tras otra, pensando en si Layla recordará algo de lo sucedido.

¿Y qué significará esto para Willow? ¿Qué será de ella cuando nos vayamos la semana que viene? ¿Volverá a estar completamente sola?

Me quedo dormido sintiendo más compasión que miedo o remordimientos.

LA ENTREVISTA

Hace bastante más de veinte minutos que he dejado a Layla arriba y ella me lo hace saber llamándome a gritos una y otra vez.

El investigador para la grabadora.

—Parece enfadada —aduce.

Asiento.

—Le he prometido que la dejaría bajar. Quiere conocerlo.

—¿Layla?

—Sí, ¿le parece bien?

—¿Cómo ha justificado mi presencia?

—Lo cierto es que aún no le he contado mucho. Sabe que le está pasando algo raro y le he dicho que usted podría saber qué es.

El tipo asiente.

—Pues déjela bajar, entonces.

Me sirvo otro trago de bourbon antes de subir a desatarla.

Cuando entro en el dormitorio, me la encuentro intentando alcanzar el nudo de la cuerda, pero no llega porque me he asegurado de eso, aunque admiro su tenacidad.

Oye que se cierra la puerta y gira la cabeza hacia mí.

—Conque veinte minutos, ¿eh? ¡Ha pasado una hora!

—Perdona —me disculpo. Empiezo a desatarle las manos y descubro que ha estado intentando librarse de las ataduras hasta el punto de deshacerse el vendaje. Tiene las muñecas incluso peor que antes. No se me ocurre con qué otra cosa atarla para que no se haga daño; no tengo esposas y tampoco me fío de ella lo suficiente como para salir a comprarlas—. Necesito que me prometas que no vas a hacer ninguna tontería. He escondido todos los cuchillos.

—¿Y los tenedores? Porque con esos también se puede hacer daño.

Ni me molesto en contestar.

—Tengo que hacer pis —dice en cuanto la desato. Va al baño y la sigo para vigilarla. No está tan asustada como antes, ahora parece más bien furiosa; abre el grifo con rabia para lavarse las manos—. Bueno, ¿y quién es ese tío? —pregunta mientras sale conmigo del dormitorio.

—Lo he encontrado por internet.

Se detiene cuando abro la puerta.

—Me estás vacilando, ¿no?

—¿Y qué quieres que haga, Layla?, ¿llamar a la policía y pedir ayuda?

—¿Has traído a un charlatán de internet para que arregle esto?

Le llevo la mano a la zona lumbar y la insto a salir de la habitación.

—Hago lo que puedo. Estoy desesperado. Es lo único que se me ha ocurrido.

Baja cabreada las escaleras y yo no le quito la mano de la espalda, no por miedo a que se caiga, sino porque me preocupa que intente salir corriendo. He puesto un par de cerrojos más en las puertas de la calle para que no le dé tiempo a abrirlos y salir corriendo. Por eso la dejo bajar.

Entra en la cocina y se detiene al ver al investigador. Lo mira, me mira a mí y luego a él otra vez.

—¿Usted es inspector?

—Algo así —contesta él, y le tiende la mano para estrecharle la suya—. Richard...

—Randall —lo corrijo.

Se mira la camisa.

—Sí, eso, Randall. Me llamo Randall.

Esto no ha sido buena idea.

—¿No sabe ni cómo se llama? —espeta Layla.

—Me llamo Randall Richard —contesta para disimular la mentira.

Layla se gira despacio hacia mí, enarca una ceja y vuelve a mirarlo a él.

—¿Es usted médico?

—Más o menos.

Ella ríe sin ganas.

—«Algo así», «Más o menos»... ¡O lo es o no lo es!

—Antes era médico y ahora soy inspector.

—Claro —tercia Layla con desdén.

El tipo vuelve a sentarse a la mesa y señala la silla que tiene enfrente.

—Prefiero quedarme de pie —dice ella, y me mira—. ¿Has investigado a este tío antes de traerlo aquí?

No le miento: niego con la cabeza. Ella se ríe.

—¡Genial! —exclama, y se dirige hacia la puerta de la cocina—. Sencillamente genial. —Se detiene y me mira, en esta ocasión con odio sincero—. Me largo, y como intentes impedírmelo, gritaré hasta que me oiga alguien o hasta que me muera. Lo que pase primero, me da igual.

—No fui yo quien te impidió marcharte la última vez, Layla.

Ni me inmuto cuando pasa por mi lado, pero la observo mientras cruza el recibidor y se dirige a la puerta de la calle. Abre el primer cerrojo y luego se detiene, medita y se aparta de la puerta. Cuando se gira, sé que no es Layla quien me mira, sino Willow.

—Está muy disgustada —dice con cara de preocupación—. Creo que deberías volver a atarla.

Asiento y subo al dormitorio con Willow. Se sienta en la cama y veo que le cae una lágrima por la mejilla cuando me tiende las manos.

—No te sientas mal —le digo, aunque sé que no servirá de nada; los dos nos sentimos mal.

—No puedo evitarlo. Me sabe fatal que le estemos haciendo esto. Piensa que tú eres mala persona y que ella se está volviendo loca.

Le vendo otra vez las muñecas antes de atarla, confiando en que Willow se quede dentro de ella el tiempo suficiente para que Layla duerma un poco.

—¿Has estado abajo con nosotros todo este rato? —le pregunto.

—Sí, pero ese tipo no te ha dado ningún consejo, ni explicaciones...

—Ya, pero no tardará en hacerlo. No tengo mucho más que contarle y, cuando termine de hacerlo, sabrá cómo ayudarte. Por eso

hay que retener aquí a Layla hasta que terminemos. Puede que luego la necesitemos.

Willow llora un poco más fuerte ahora. Su llanto es distinto del de Layla. Layla llora de rabia y de miedo; Willow llora porque le da pena Layla.

«¡Dios, la que hemos liado!».

Agarro un clínex de la mesilla, le limpio las lágrimas y le levanto la barbilla.

—Lo solucionaremos, te lo prometo. ¿Puedes intentar que se duerma?

Asiente. Me agacho y le beso la coronilla; luego bajo a la cocina otra vez. Cuando entro, me siento culpable, pero también algo más esperanzado que antes. Este hombre ha visto a Layla y de lo que es capaz Willow. Ninguna de las dos cosas parece haberlo espantado, y eso me hace ser optimista. Si no lo ha espantado, es que ha presenciado cosas parecidas antes, y si eso es así, a lo mejor es cierto que puede ayudarnos.

—¿Willow le está obligando a hacer esto? —me pregunta el hombre cuando me siento.

No sé qué contestar. Ella no quiere que nos vayamos, me lo ha dejado claro, pero yo tampoco le he plantado cara.

—No lo sé. Creo que más bien es un esfuerzo conjunto.

—¿Por qué ninguno de los dos deja que se vaya Layla?

No contesto, porque la respuesta me hace sentir un monstruo. El hombre se inclina hacia delante y me pregunta, intrigado:

—¿Está enamorado de ella?

—Pues claro. Solo la tengo atada para poder vigilarla, pero no puedo hacerlo si se va.

—No me refiero a Layla.

Agacho la mirada cuando caigo en la cuenta de lo que insinúa. Noto que el calor del pecho me sube por el cuello hasta las mejillas.

—No, no es eso.

—¿No es qué?

—No es... No lo sé. Le tengo cariño a Willow, pero es de Layla de quien estoy enamorado.

—Aunque ha establecido un vínculo afectivo con Willow... Tanto es así, que es capaz de poner en peligro a Layla para salvarla.

—No creo que esté poniendo en peligro a Layla —replico.

—Desde luego no la está protegiendo obligándola a quedarse aquí.

—Pero tampoco lo hago porque no me importe. —Esta parte de la entrevista empieza a inquietarme—. Mire, da igual la razón por la que retengo aquí a Layla. Ha visto demasiado, y eso es motivo más que suficiente. Pregúnteme otra cosa —sugiero dando un manotazo al aire, como para zanjar el asunto.

El investigador pone cara de resignación.

—Muy bien. ¿Con qué frecuencia usan Willow y usted el cuerpo de Layla sin que ella lo sepa?

—No tanto como al principio.

—¿Cuánto era al principio?

—Mucho.

11

La forma en que despierta una persona por las mañanas revela mucho sobre la etapa de la vida en la que se encuentra. Antes de conocer a Layla, me costaba despertarme. Si tenía que ir a algún sitio, aplazaba el despertador cinco veces; si no, dormía hasta que me dolía todo y luego salía de la cama como un zombi y me metía a regañadientes en la ducha. Llevaba una vida carente de estímulos.

Después de conocer a Layla, deseaba levantarme todas las mañanas. Abría los ojos y la buscaba enseguida. Si estaba puesto el despertador, lo apagaba en cuanto sonaba por miedo a despertarla, porque quería ser yo quien lo hiciera. Le daba un beso en la mejilla y le acariciaba el brazo hasta que sonreía. Quería verla antes de que ella me viera a mí, pero también quería ser lo primero que ella viera al abrir los ojos.

Hoy me he despertado de una forma similar, pero nueva a la vez, con la piel rebosante de ilusión antes de ser plenamente consciente. Abro los ojos de golpe y busco enseguida a Layla, pero no porque quiera ser yo quien la despierte, sino todo lo contrario: quiero salir de la cama sin que se entere para esconderme en el baño y volver a ver la grabación de anoche.

Echo el pestillo, abro el grifo de la ducha para amortizar el sonido del móvil y me apoyo en el lavabo. Paso la grabación hasta el momento en que Willow entra en la cocina y se sienta encima de la mesa. Repaso toda la conversación con ella para asegurarme de que ha ocurrido de verdad y no lo he soñado.

No lo he soñado.

Cierro la app y me miro al espejo. Me parece una locura que hace dos mañanas me levantara completamente convencido de mi visión del mundo y ahora esa confianza se haya desvanecido y la hayan

reemplazado la curiosidad, la fascinación y una nueva necesidad intensa de desvelar todo lo demás de este universo que acabo de descubrir.

Saber que esta vida sigue más allá de lo que parece a simple vista me hace sentir que todo lo que me rodea es insignificante. Mi carrera me parece insignificante y, en el conjunto de mi vida, el amor que siento por Layla se me antoja menos relevante que hace dos días. Casi todo lo que me angustiaba antes me parece una nimiedad ahora que sé que hay mucho más ahí fuera de lo que he querido creer.

Hasta mi propia existencia me resulta menos importante.

Mis prioridades han cambiado en las últimas veinticuatro horas, solo que aún no tengo ni idea de cuáles son las nuevas. Layla ha sido el centro de todo muchísimo tiempo, pero incluso lo que nos ha pasado recientemente me resulta menos traumático si pienso que no solo otros seres humanos lo tienen peor que nosotros, sino que también otros reinos de existencia están en una situación peor.

Siempre se lo cuento todo a Layla, pero no sé si quiero sacar este tema. Lo que pasa es que, en el fondo, pienso que contarle la verdad podría ayudarla. Si ella tuviera la certeza de que hay otros planos de existencia aparte del que ocupamos ahora, a lo mejor lo que nos ha pasado le parecería menos trascendente. Puede que, de alguna forma retorcida, esto la fascine tanto como a mí y quizá la ayude con las dificultades que está experimentando.

A mí, desde luego, me ha liberado del vacío que he sentido últimamente. No sé bien qué me llena ahora, quizá solo curiosidad y un porrón de preguntas, pero hacía mucho que no empezaba el día con tantísima ilusión.

Estoy preparado para volver a hablar con Willow.

Echo un vistazo por el baño, preguntándome si estará aquí ahora. ¿Nos vigila todo el tiempo? ¿Qué hace por la noche si no duerme? ¿Qué está haciendo en estos momentos? Tengo tantísimas preguntas que hacerle que ni siquiera voy a perder el tiempo duchándome. Cierro el grifo y salgo del baño.

Layla sigue dormida, bocabajo. La dejo en la cama y bajo a encender la cafetera y escudriñar la cocina, preguntándome si estará

allí. Necesitamos comunicarnos de algún modo cuando no esté usando a Layla.

—¿Estás aquí? —pregunto.

Lo digo en voz baja porque aún me siento extraño hablando solo. No me contesta de ningún modo, así que repito:

—¿Willow, estás aquí?

Me giro bruscamente cuando empieza a gotear el grifo de la pila. Me vuelvo del todo y veo caer el agua gota a gota hasta convertirse en un chorrito y luego en un chorro. Entonces el grifo se cierra por completo.

Soy consciente de que debería estar muerto de miedo, pero lo único que siento es impaciencia. Quiero seguir nuestra conversación por donde la dejamos anoche. Miro a mi alrededor, sin saber cómo hacerlo. Llevo el móvil en la mano; podría usarlo y dejarle a Willow el portátil.

Cojo el ordenador y me siento a la mesa de la cocina.

—No sé si sabes mucho de tecnología —digo en voz alta—, pero, como sé que puedes teclear, probemos a usar la app de mensajería. —La abro y señalo la pantalla, dando por supuesto que está aquí conmigo y me sigue—. Yo uso el móvil y tú puedes coger el portátil —le propongo. Lo deslizo a la izquierda, apoyo los codos en la mesa y sostengo el móvil con las manos.

Estoy mirando fijamente las teclas del portátil cuando veo que empiezan a hundirse varias sucesivamente. Teclea rápido; eso podría ser una pista de a qué se dedicaba en su vida anterior.

Me aparece un mensaje en el móvil.

> Se me da muy bien la tecnología.

La respuesta me hace sonreír, no puedo evitarlo.

Esto es surrealista. Es mucho más fuerte que cualquier cosa que hubiera podido imaginar que me pasaría en la vida. La idea de casarme, tener hijos, labrarme una carrera musical..., todo me parece irrelevante ahora. ¿Y si tengo un sexto sentido? ¿Y si estoy destinado a aprovecharlo? ¿Y si mi futuro es ser algo más que músico?

Vuelven a hundirse las teclas del portátil. Está tecleando otra cosa.

Sé hacer cosas, como cocinar,
usar el ordenador, usar el móvil..., pero no tengo
ni idea de por qué.

No uso el móvil para responder; hablo en voz alta porque Layla aún duerme.

—¿Será eso una pista de cuánto hace que moriste? Entiendo que, si hubieras muerto hace mucho, hablarías y te comportarías de otro modo.

Pareces convencido de que antes estaba viva. ¿Y
si siempre he estado aquí?

—Igual sí, y todo esto lo has ido aprendiendo con el tiempo. Me has dicho que a veces ves la tele, ¿no?

Sí.

—Hay formas de averiguar de qué época eres.

¿Tan importante es para ti saber
si he estado viva?

—¿Para ti no?

No sé. Supongo que no. ¿Qué más da?

—Si supieras cómo era tu vida, a lo mejor podrías averiguar por qué estás atrapada aquí.

No me siento atrapada.

—Pero ¿eres feliz?

No, ya te he dicho cómo es esto.
Layla y tú sois lo más emocionante
que me ha pasado.

—¿Y si estoy aquí para echarte una mano? ¿Quieres que te ayude a descifrar este enigma?

> Es muy egocéntrico por tu parte pensar que soy yo quien necesita ayuda. ¿Y si estoy aquí para ayudarte a ti?

Me quedo mirando este mensaje un rato, dejando que se enrede en mis otros pensamientos.

—No se me había ocurrido. —Me inclino sobre la mesa, junto las manos como si fuera a rezar y me llevo la punta de los dedos a la barbilla—. Igual tienes razón, igual estamos los dos donde tenemos que estar. Solo que, si ese fuera el caso, ¿por qué has pasado a este mundo? Eres tú quien echa de menos cosas que yo aún tengo: comida, agua, sueño... Donde estás, nunca te sacias. Todo lo tangible está en este reino, y parece que tú añoras esas cosas, con lo que es posible que antes las tuvieras.

Mi portátil se desliza varios centímetros por la mesa hasta que queda justo delante de mí. El movimiento súbito me hace estremecerme.

—¿Por qué me has dejado dormir tanto? —me pregunta Layla.

Levanto la vista de pronto y la veo plantada en la puerta de la cocina, estirando los brazos por encima de la cabeza. Bostezando, se acerca a la cafetera.

—No es tan tarde —contesto cerrando despacio el portátil.

Layla se sirve una taza de café.

—Son las once.

—La hora más letal del día —le digo en broma.

Me mira confundida.

—¿Cómo? —contesta, sujetando con ambas manos la taza de café mientras bebe de ella.

Me acerco y la beso en la frente.

—Las once de la mañana, la hora más letal del día —respondo, repitiendo lo que ella me dijo en su día.

Amusga los ojos, perpleja.

—¡Qué raro! Sería más lógico que fuera por la noche.

Siento el peso del remordimiento sobre los hombros. Doy por supuesto que Layla se acuerda de muchas cosas que aún van volviendo a su mente muy poco a poco: las conversaciones que hemos tenido, los recuerdos que hemos construido, todos los momentos perfectos que hemos pasado juntos. Es como si alguien hubiera cogido unas tijeras, le hubiera recortado pedacitos de memoria y los hubiese dejado encima de la mesa.

A veces me parece que no sé valorar la gravedad de sus lesiones. He pasado los seis últimos meses, desde lo ocurrido, andándome con pies de plomo, procurando no señalar lo evidente para que no fuera consciente de todo lo que ha perdido, pero ¿y si concederle el deseo de no hablar de aquella noche lo ha empeorado todo sin que nos diéramos cuenta?

Una lesión cerebral será similar a una lesión física. Para recuperarte de una lesión física, vas a rehabilitación y te esfuerzas por recuperar la fuerza que has perdido. Yo tuve que ir meses a fisioterapia para la lesión del hombro, pero con Layla hemos hecho justo lo contrario: no está ejercitando el cerebro, sino dejándolo reposar.

Hemos evitado el daño, dando un respiro a las heridas con la esperanza de que sanaran por su cuenta, pero no ha sido así. Físicamente sí, pero mentalmente... no estoy tan seguro.

—¿Estabas hablando por teléfono? —me pregunta.

—No, ¿por?

—Me ha parecido oírte hablar cuando bajaba.

—Sí —respondo enseguida—, pero hablaba solo, no por teléfono.

Se traga mi explicación, se acerca a la nevera y la abre. Se queda mirando los estantes y al final cierra la puerta sin coger nada.

—¿Quieres que te prepare algo para desayunar? —le pregunto.

—Uf, he engordado un kilo esta semana —protesta—. Voy a dejar de desayunar.

—Estamos de vacaciones. Aún tienes que engordar otros cuatro para que esta escapada pueda considerarse un éxito.

Sonríe.

—Eres un sol, pero con cuatro kilos más se acabarían los días de piscina en pelotas. No podría ni mirarme.

Me acerco a ella y la arrimo a mi cuerpo. No me gusta oírla hablar así; no me gusta que se estrese por algo tan tonto como engordar un poco en vacaciones. Repaso nuestra relación, intento recordar qué he podido decirle para que piense que su cuerpo me importa más que ella. Le repito mucho que es supersexy, pero en el buen sentido... ¿A lo mejor, al reforzar su atractivo físico, la estoy llevando a dar a su aspecto más importancia de la que debería?

Le cojo la cara con ambas manos.

—Te quiero, Layla, y ese sentimiento no fluctúa con las cifras de una báscula.

Sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—Ya lo sé, pero quiero estar sana, de todas formas.

—Saltarse comidas no es muy sano.

—Tampoco las Pop-Tarts ni los Twinkies, pero esta cocina está plagada de comida basura.

—¡Estamos de vacaciones! Esto es lo que se hace en vacaciones: comer porquerías malísimas para el organismo, hacer el vago y dormir hasta tarde. —La beso—. Tienes que entrar en modo vacaciones antes de que se acaben.

Se abraza a mi cintura y me pega la frente al hombro.

—Tienes razón. Debería relajarme y disfrutar de la semana. —Se aparta—. ¿Sabes a qué no voy a decir que no? A la comida mexicana, concretamente a unos tacos.

—Suena bien.

—Y unos margaritas. ¿Adónde podemos ir por aquí a comer tacos y beber margaritas?

Titubeo cuando me propone salir de casa. Quiero sacarla de aquí, y me gusta que le entusiasme la idea de comer tacos, pero también tengo cincuenta mil preguntas que hacerle a Willow y no podré hacérselas si nos marchamos y voy al volante y preocupado por Layla.

—¿Seguro que quieres cenar fuera? El restaurante más próximo está como a cien kilómetros de aquí.

Layla asiente con rotundidad.

—Sí, necesito salir de esta casa. —Se pone de puntillas y me besa —. Voy a darme una ducha. —Abandona la cocina y yo voy directo a

mi portátil y lo abro.

—¿Sigues aquí? —pregunto en voz alta, confiando en que haya alguna respuesta. Miro fijamente el portátil, pero no pasa nada. Espero pacientemente a que empiece a sonar el agua de la ducha arriba—. ¿Willow? ¿Sigues ahí?

Esos segundos de inactividad se me hacen eternos, pero luego veo hundirse las teclas y suelto un suspiro de alivio al comprobar que está escribiendo.

Perdona, ya estoy aquí. He salido de la cocina cuando ha bajado Layla. Se me hace raro observaros sin permiso y prefiero evitarlo.

—¿Adónde vas cuando te marchas?

Estaba en el salón.

—¿Alguna vez subes al dormitorio?

A veces, pero no cuando estáis vosotros.

Eso no es del todo cierto.

—Estabas en el dormitorio la noche que te colaste dentro de ella, te levantaste de la cama y te miraste al espejo.

Pensaba que ambos dormíais. Procuro no espiaros cuando estáis juntos; me parece mal, pero a veces no puedo resistirme..., como cuando huelo lo que estáis comiendo.

—Pero ¿nos espías cuando estamos solos?

Espiar es mucho decir. Siento curiosidad, estoy muy sola... Así que, sí, a veces observo cómo vivís. No hay mucho más que hacer por aquí.

—¿Y qué harás cuando nos vayamos la semana que viene?

Ponerme mohína. O quizá intentar batir mi récord de ocho días mirando el reloj.

No le río la gracia. Imaginarla completamente sola me hace sentir mal. Es raro que te dé pena un fantasma o un espíritu o lo que sea.

Me pregunto qué me pasaría de pequeño para que ahora me sienta culpable por todo, aunque no tenga nada que ver con lo sucedido. Cargo con los pesares de Layla y ahora también con los de Willow.

A lo mejor debería comprar la casa. Sé que Layla no quiere vivir aquí permanentemente, pero podríamos venir en vacaciones. Así Willow no estaría siempre sola.

—Nos vamos dentro de un rato, pero volvemos esta noche.

¿Adónde vais?

Supongo que es verdad que no estaba presente mientras hablábamos Layla y yo. Me hace gracia que un fantasma pueda tener los mismos principios morales que los humanos. No quiere entrometerse, aunque no vayamos a enterarnos de si está presente.

—A Layla le apetece comer tacos. Y seguro que querrá ir de compras, aprovechando que vamos al pueblo. Estaremos fuera toda la tarde.

Tacos, ¡qué ricos!

—¿Quieres que te traiga alguno?

Te lo agradezco, pero olvidas
que no puedo comer.

—Te los puedes cenar cuando Layla se vaya a dormir.

Se hace el silencio un momento y luego vuelve a teclear.

¿Te parece bien que vuelva a usar
a Layla?

No debería parecerme bien, pero no veo que la esté perjudicando. En todo caso, le está viniendo bien para ingerir unas calorías muy necesarias.

—Claro. Los tacos son importantes. ¿Los quieres de ternera o de pollo?

Sorpréndeme.

Cierro el portátil y voy arriba, subiendo los escalones de dos en dos. Estoy deseando pasar el día con Layla, pero creo que me hace aún más ilusión volver a hablar con Willow esta noche.

Esto tiene pinta de engaño, soy muy consciente de ello, pero me cuesta poner límites cuando ni siquiera habitamos el mismo mundo.

12

Había más opciones en Nebraska que en cualquier sitio de Lebanon (Kansas) a menos de una hora de distancia, así que al final hemos cruzado la frontera del estado y hemos terminado en una ciudad que se llama Hastings.

Al llegar yo estaba muerto de hambre, pero Layla quería ir de compras primero, así que hemos ido a unas cuantas boutiques antes del restaurante. Ha sido una decisión muy sabia por su parte, porque se ha tomado cuatro margaritas y un solo taco, con lo que, al final de la cena, apenas se sostenía en pie.

No estaba lo bastante borracha como para no indagar en por qué he pedido tacos para llevar, eso sí. Le he dicho que era porque no había cenado casi nada y quería llevarme algo a casa por si luego le apetecía.

Cuando le he dicho eso, me ha sonreído y se ha inclinado sobre la mesa para besarme, pero ha tirado al suelo su margarita y la copa se ha hecho añicos. Le ha dado tanta vergüenza que no ha parado de disculparse con todo el restaurante mientras los camareros lo recogían. Se ha disculpado hasta con la copa rota. Ha sido entonces cuando me ha quedado claro que se le había ido la mano con el alcohol.

Solo era un trayecto de una hora, pero hemos tenido que parar por el camino porque, con tanto margarita, Layla necesitaba hacer pis. Yo no he dejado de hablarle todo el rato para mantenerla despierta. Aún era temprano cuando salíamos hacia Lebanon y no quería que durmiera en el coche y se desvelara al llegar a casa. Ilusionarme con que se quedara frita al llegar a casa para que Willow pudiera ocupar su lugar me ha hecho sentir un poco culpable,

pero no lo bastante como para impedirme hacer todo lo posible por obligarla a charlar durante el viaje.

Hemos llegado justo cuando anochecía. Layla ha querido sentarse un rato fuera para ver la puesta de sol, y eso es lo que estamos haciendo ahora: sentados en el césped, cerca del nogal pacano, viendo cómo la tierra se traga el sol.

Es un proceso lentísimo.

No paro de mirar la hora en el móvil, como si tuviera que ir a algún sitio. No tengo que ir a ninguna parte, pero nunca he sentido tantas ganas de que Layla se acostara como ahora mismo. Solo que aún está borracha, riéndose de todo y de nada en particular.

Tengo muchísimas preguntas para Willow y estoy deseando entrar en casa, pero Layla ha hecho otros planes. Me planta la mano en el pecho y me tumba de un empujón en cuanto desaparece el último pedacito de sol. Se inclina sobre mí y me lleva la mano al botón de los vaqueros al tiempo que me besa con pasión. Aún perdura en su lengua el sabor amargo de la lima.

Le devuelvo el beso porque se supone que eso es lo que tengo que hacer. En teoría, debería anhelarla, querer que me meta la lengua en la boca, ponerle las manos encima, hacerle el amor. Pero no es eso lo que quiero ahora mismo; lo único que siento en estos momentos es una impaciencia abrumadora.

Ya no sé separar mis deseos. Vinimos para que Layla se pusiera al día de lo nuestro, pero me da que, cuanto más nos quedemos en esta casa, más nos distanciaremos. Está empezando a fascinarme demasiado ese mundo en el que no estamos, y eso puede afectarnos de algún modo. Aún no sé cómo, pero sé que lo que estoy haciendo no está bien; permitir que Willow use el cuerpo de Layla es una forma terrible de engaño y, aun así, es un engaño que no hago más que justificar cada vez que me lo cuestiono.

Layla me mete la mano por los pantalones. Noto cómo se desanima cuando me la agarra y descubre que no estoy tan por la labor como ella ahora mismo.

—¿Estás bien? —pregunta.

Porque esto no suele ocurrir. Cuando me desea, basta con que me bese para provocarme una erección. Pero esta vez no ha bastado.

Tengo la cabeza en otro sitio y le noto en los ojos que piensa que es un reflejo de lo que siento por ella. Y no es así. Solo estoy distraído.

Le llevo la mano a la mejilla.

—Estoy bien —le digo pasándole el pulgar por los labios—. Es que me estoy clavando una piedra o algo en la espalda. —La hago girar, de forma que ella queda tumbada en el césped y yo mirándola desde arriba—. Igual podemos retomarlo luego, en la cama.

Sonríe.

—O ahora, en la cama. —Me aparta de un empujón y se levanta del suelo. Se tambalea, así que me levanto yo también y la sujeto. Se lleva una mano a la frente—. Joder, vaya pedo llevo.

La acompaño adentro con la esperanza de que esté demasiado borracha para querer seguir arriba.

Pero no se le olvida. Empieza a besarme en cuanto entramos en la casa. Me mete las manos por los vaqueros y me lleva a rastras al salón.

—Vamos a hacerlo en el sofá —decide.

Vacilo, preguntándome dónde estará Willow ahora mismo; se me hace raro pensar que pueda verlo. No me apetece acostarme con Layla en el salón. En realidad, ahora mismo no me apetece acostarme con Layla, punto; me incomoda saber que hay otra persona con nosotros en casa. Layla es muy escandalosa con el sexo cuando cree que estamos solos. Y, en teoría, estamos solos..., pero no.

Con todo, nuestras vacaciones aquí no han terminado y no puedo evitar el sexo con ella el resto del viaje. Sospechará, se lo tomará como algo personal, y lo último que quiero es que vuelva a sentirse como la hice sentir en el baño del avión.

—Vamos arriba —le digo apartándola de la puerta del salón y redirigiéndola a la escalera.

Hace un puchero, pero deja que la coja de la mano y sube las escaleras agarrada a la barandilla. La sujeto yo también, porque no quiero que se caiga.

Cuando llegamos al dormitorio, cierro la puerta, confiando en que Willow se haya quedado abajo.

Layla se quita los vaqueros y los lanza a la cama. Luego intenta quitarse la blusa, pero se le atasca en la cabeza y casi se cae al suelo. La ayudo. Cuando tiro la prenda al suelo, la veo reír a carcajadas. Entonces es cuando me atrapa por completo. Está de buen humor. ¡Se está riendo! Está borracha y desinhibida ahora mismo. Es raro que Layla se desmelene de ese modo; puedo contar con los dedos de la mano las veces que se ha reído como una boba desde la cirugía.

Me gusta. Lo echaba de menos.

A lo mejor esta casa y estas vacaciones sí que nos están viniendo bien.

Esta vez la beso yo y siento alivio al hacerlo, porque lo único que deseo es volver a estar dentro de ella. Me saco a Willow de la cabeza y me centro en Layla todo lo posible. Me quita como puede la camiseta y aún estamos de pie junto a la cama cuando le desabrocho el sujetador. Pega su cuerpo al mío y nos besamos hasta que noto que pierde el equilibrio, que se tambalea hacia la derecha.

Hace un aspaviento cuando la tumbo sobre el colchón. Después del aspaviento viene una risita y, Dios, ¡cómo me gusta ese sonido! Ni siquiera le quito las bragas; las aparto y la penetro desde atrás, como si temiera que se me fuese a pasar la excitación si no me doy prisa.

Gime muy alto, y esta noche no quiero que haga ruido. Le tapo la boca con la mano mientras lo hacemos. Todos sus jadeos quedan amortiguados por la palma de mi mano.

Yo me corro en silencio absoluto.

Y luego, cuando la pongo bocarriba y me encajo de nuevo entre sus piernas, la beso todo el rato mientras la acaricio.

Puede que Willow esté de fondo en mis pensamientos, lo que significa que sigue en mi cabeza y, por la razón que sea, no quiero que oiga esto ahora mismo.

Cuando terminamos, me dejo caer sobre Layla, respirando agitadamente. Ella me pasa las uñas por la espalda, yo tengo los ojos cerrados, la cara enterrada en el colchón.

Debería sentirme saciado y relajado y, en cambio, me noto superimpaciente aunque esté quieto.

Quiero bajar a hablar con Willow.

Pienso en eso, en que he traído a Layla aquí para poder prestarle toda mi atención, pero esa atención está empezando a diluirse.

Layla tiene derecho a saber lo que está pasando en esta casa. Ignora la presencia de Willow, ignora que Willow usa su cuerpo por las noches, ignora que todo esto es culpa mía y, aun así, no hago nada por cambiarlo.

Me empuja por el pecho y me aparta hasta dejarme tumbado bocarriba. Mientras va al baño a asearse, yo me quedo tumbado, mirando al techo, preguntándome cuánto tardará en quedarse dormida. No es muy tarde; normalmente, con cuatro margaritas bastaría para que se acostara pronto, pero esta mañana ha dormido hasta las once.

Oigo que abre la ducha y gruño. La ducha la despeja aún más cuando está borracha, es como si la revitalizara. Seguro que sale del baño y me propone que nos hagamos un maratón de series de Netflix. Va a tardar horas en dormirse.

Me abrocho los vaqueros y me acerco a la cómoda. Estudio los botes de sus pastillas, leyendo las etiquetas para ver cuál de ellas es la que suele tomar cuando no puede dormir. Abro el bote de Zolpidem, saco una pastilla y vuelvo a dejar el bote en la cómoda.

Bajo a por una copa de vino, confiando en que, mezclado con los margaritas, le dé sueño. Por supuesto, el somnífero intensificará ese efecto; además, ella toma esas pastillas todas las noches, así que no estoy haciendo más que acelerar el proceso.

Con el dorso de una cucharilla, aplasto el comprimido en la encimera, recojo el polvo y lo mezclo con el vino hasta que se disuelve del todo.

Me dispongo a salir de la cocina, pero no llego muy lejos: la copa sale disparada de mi mano y se estampa contra el suelo, a cierta distancia de mí. Me miro la mano vacía y veo las gotas de vino tinto que han salpicado los armaritos blancos en su descenso al suelo.

Se ha puesto todo perdido. Me quedo pasmado, atónito e inmediatamente arrepentido. Me han arrebatado la copa de la mano con la fuerza suficiente como para mandarla a la otra punta de la cocina, y eso solo puede tener una explicación.

Willow ha visto lo que estaba haciendo y está claro que se ha disgustado.

Es entonces cuando reparo en la gravedad de lo que me proponía. Miro al techo y me paso las manos por la cara. «¿¡Cómo se me ocurre!?».

Salgo de la cocina y vuelvo arriba avergonzado de que Willow me haya visto, avergonzado de haber considerado siquiera la posibilidad de colarle a Layla una de sus propias pastillas para que se durmiera antes.

Mi deseo de hablar con Willow se desvanece y lo reemplaza una vergüenza brutal. Abro la puerta del dormitorio justo cuando Layla sale del baño, envuelta en una toalla.

—Tírame tu camiseta —me pide señalando el suelo.

La atrapa al vuelo y se la pone a la vez que deja caer la toalla. Le llega a medio muslo, y entonces caigo en la cuenta de que mi ropa le queda gigante. Es menuda y, ahora que apenas come, debe de pesar menos de lo que le tocaría; sin embargo, yo iba a darle una dosis de somnífero junto con más alcohol sin saber cómo podría afectarle, sobre todo si luego se le ocurre tomarse su dosis de todas las noches.

«Esto es impropio de mí».

La abrazo, la estrecho contra mi cuerpo, disculpándome en silencio por algo que nunca voy a reconocer que he estado a punto de hacer. Cierro los ojos y entierro la cara en sus rizos húmedos.

—Te quiero.

—Yo también te quiero —dice, y sus palabras suenan ahogadas por mi piel.

La abrazo un rato, varios minutos, como si eso fuera a absolverme de mi culpa.

No lo hace. Solo empeora el remordimiento.

Layla bosteza contra mi pecho y se aparta.

—Estoy cansadísima. Creo que he bebido demasiado. Me voy a acostar.

—Yo también —contesto.

A continuación se mete en la cama, vestida con mi camiseta. Yo me quito los vaqueros y me pongo unos pantalones de deporte.

Suelo dormir en calzoncillos, pero no sé si Willow va a aparecer esta noche y quiero estar preparado si lo hace.

No estaba cansado cuando me he metido en la cama con Layla y, aunque ha pasado una hora, sigo sin estarlo. Ni siquiera cierro los ojos; la observo mientras duerme, esperando a que Willow ocupe su lugar, pero todavía no lo ha hecho.

A lo mejor está disgustada conmigo o igual tiene que esperar a que Layla se duerma más profundamente. No lo sé. No conozco las normas. ¡Ni siquiera sé si las hay!

Quiero explicarle a Willow por qué he hecho lo que he hecho, pero no puedo si no se mete dentro de Layla, y tampoco puedo pedirle eso desde aquí porque necesito el portátil para comunicarme con ella.

Salgo de la cama con cuidado de no despertar a Layla y bajo a la cocina.

Me detengo en la puerta, conmocionado por lo que veo o, mejor dicho, por lo que no veo. No queda ni rastro de lo ocurrido antes: no hay vino derramado ni trozos de cristal. Es como si nunca hubiera sucedido.

Me acerco al cubo de la basura y levanto la tapa. Nada más abrirlo, veo los pedazos de cristal que estaban por el suelo hace una hora. Willow lo ha limpiado todo mientras yo estaba arriba con Layla.

Me siento a la mesa de la cocina, pero no abro el portátil. Accedo primero a la app de seguridad del móvil, hago retroceder la grabación y veo como la nada me arrebata la copa de las manos. Adelanto el vídeo y, unos diez minutos después de que yo subiera, la grabación muestra cómo se retira la tapa del cubo de basura.

Veo fascinado cómo la cocina se limpia sola poco a poco. Las manchas de vino desaparecen, los trozos de cristal van del suelo a la basura, el cubo se vuelve a tapar y todos los restos de la copa de vino desaparecen.

Cierro la app y pongo el móvil en la mesa, bocabajo.

Dejé de intentar entender el mundo que me rodea al día siguiente de llegar aquí; a estas alturas, ver una grabación de un fantasma recogiendo la cocina ya no me perturba. Al menos en estas circunstancias.

No sé qué dice eso de mí. Tampoco sé qué dice de mí que haya estado a punto de medicar a mi novia sin su consentimiento.

A lo mejor esta casa me está trastocando la cabeza, acabando con mis principios.

No sé ni por dónde empezar la conversación con Willow ni cómo hacerlo. ¿Me disculpo? No quiero que piense que soy de esos que drogan a sus novias, pero... eso es precisamente lo que estaba a punto de hacer antes de que ella me lo impidiera.

¿Me lo ha impedido porque no le gustaba lo que estaba haciendo o porque no quería que costase mucho despertar a Layla después? No sé si su comportamiento ha sido interesado o desinteresado, pero tampoco estoy en condiciones de juzgar, teniendo en cuenta que yo he actuado de un modo de lo más egoísta.

Oigo que se abre la puerta del dormitorio.

Me agarroto y me levanto enseguida de la silla. No sé si es Layla o Willow la que baja las escaleras ahora mismo, pero la vergüenza será la misma sean cuales sean los ojos a los que estoy a punto de mirar.

De pronto no sé cómo actuar con naturalidad ni qué hacer con las manos. Me agarro a la encimera, a mi espalda, y me apoyo en ella, mirando fijamente la puerta de la cocina.

Ella dobla la esquina y enseguida veo que es Willow. Se ha puesto unos pantalones cortos de Layla, pero aún lleva mi camiseta. Sé que es Willow por cómo me mira, como si tuviera mucho que explicarle.

—Lo siento —digo de inmediato.

Ella levanta una mano para hacerme callar, aparta una silla y se sienta.

—Aún no. Está borrachísima; necesito sentarme un segundo. —Se agarra la cabeza con ambas manos—. ¿Me das un vaso de agua?

Me giro y cojo un vaso del armarito, lo lleno de agua con hielo y se lo paso; luego me siento a su lado. Ella se bebe el agua de un

trago y apoya el vaso en la mesa. Se queda mirándolo un momento, en silencio, sujetándolo con ambas manos.

—¿Qué era?

—¿Qué era qué? —le pregunto, porque no la entiendo.

Me mira a regañadientes.

—¿Qué clase de pastilla le habías echado al vino?

Aprieto la mandíbula y me recuesto en la silla, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Zolpidem, un somnífero. No... Nunca había hecho eso. Es que estaba deseando que se acostara.

—¿Por qué?, ¿para poder hablar conmigo? —Cuando asiento, dice —: Eso es peligroso, Leeds. Estaba borracha. ¿Y si llega a tomarse otra pastilla además de la que tú ibas a darle?

Me inclino hacia delante y me paso una mano por el pelo. Me agarro la nuca y suelto un suspiro.

—Lo sé. No lo he pensado bien. Me he dejado llevar.

—Si la necesidad de hablar conmigo te lleva a actuar de esa forma tan impulsiva, no sé si es buena idea que sigamos con esto.

La idea de que vaya a poner fin a nuestras interacciones me encoge el pecho. Tengo muchísimas preguntas.

—Yo nunca le haría daño a Layla a propósito. No volverá a ocurrir.

Ella me mira a los ojos para ver si digo la verdad. Debe de aceptar lo que sea que ve, porque asiente con la cabeza y dice:

—Vale. —Luego se inclina hacia delante y se lleva una mano al estómago, que le ruge—. ¿Esta mujer come alguna vez? ¡Madre mía, si siempre está muerta de hambre!

Me levanto, recordando de pronto los tacos.

—Te he traído tacos. —Saco el envase de la nevera. Les he pedido que separaran los ingredientes de las tortillas para que fuera más fácil calentarlos y montarlos—. En el restaurante, Layla solo se ha comido uno, pero igual es porque se ha bebido cuatro margaritas. —Caliento la comida mientras Willow sigue sentada a la mesa—. ¿Qué te apetece beber?

—Agua está bien. Dudo que su cuerpo pueda digerir nada más potente ahora mismo.

Le relleno el vaso y monto los tacos. Cuando se los pongo delante, los ojos le hacen chiribitas. Coge uno y le da un mordisco.

—¡Joooder! —exclama con la boca llena—. ¡Esto está riquísimo! —Es curioso lo distintas que son en algunas cosas, como la forma de comer, aunque el cuerpo sea el mismo—. ¿No te ha preguntado por qué pedías tacos para llevar?

—Le he dicho que creía que no había comido suficiente y que luego tendría hambre. —La miro intrigado, meditando un poco más la pregunta—. Tienes acceso a sus recuerdos cuando estás dentro de ella, ¿verdad? ¿No nos recuerdas durante la cena, aunque no estuvieras allí?

Willow coge la servilleta y se limpia la boca. Bebe un sorbo de agua.

—Estoy convencida de que podría, pero me cuesta mucho. Sus pensamientos están... enmarañados. Cuando estoy dentro de ella, procuro no meterme en su cabeza.

—¿Y cómo lo haces?

Se inclina un poco hacia delante y baja la voz, como si alguien fuera a oírnos.

—¿Sabes cuando lees un libro y, de pronto, sabes que has leído una página entera sin darte cuenta de que no has procesado nada porque estabas pensando en otra cosa? Pues así es estar en su cabeza. Si quiero, puedo concentrarme y absorber toda la información, pero prefiero estar distraída. —Coge el vaso y se bebe el resto del agua—. A veces no es agradable estar en su cabeza.

—¿A qué te refieres?

Se encoge de hombros.

—No es nada malo. Todos tenemos pensamientos que no expresamos en voz alta. Se me hace raro poder ver esos pensamientos y prefiero no mirar. Cuando estoy dentro de ella, pienso en otras cosas.

Me dan ganas de preguntarle por alguno de los pensamientos inexpresables de Layla, pero no lo hago. Ya tengo la sensación de que me he pasado varios pueblos con lo del Zolpidem, por no hablar de lo que me estoy pasando ahora mismo, dejando que Willow ocupe el cuerpo de Layla para que pueda comer tacos. Un taco

puede justificar muchas malas decisiones, pero no tengo claro que sirva para justificar una posesión.

—¿Podemos salir a nadar? —me pregunta.

La propuesta me pilla por sorpresa.

—¿Quieres ir fuera? Pensaba que no salías de la casa.

—Yo nunca he dicho eso —contesta—. Te dije que no abandonaba la finca. Me inquieta la idea, pero, que yo recuerde, siempre me ha gustado nadar.

No sé bien qué esperaba de esta noche, pero, desde luego, ni se me había pasado por la cabeza que Willow quisiera nadar. Claro que la piscina es climatizada, así que ¿por qué no?

—Vale —contesto, divertido por el giro de los acontecimientos—. Vamos a nadar. —Se ha comido dos tacos y se ha dejado uno en el plato, pero lo aparta como diciendo que ya está llena. Lo cojo y tiro los restos a la basura—. Layla tiene un par de bikinis arriba —digo dejando el plato en la encimera, y Willow me sigue al dormitorio.

Abro el tercer cajón de la cómoda y saco un bañador para mí. Layla se ha traído dos, pero, aunque hemos nadado bastante, no se ha puesto ninguno.

—¿Cuál quieres?, ¿el rojo o el negro?

—Me da igual —contesta.

Le doy el negro, que es menos descarado que el rojo. Tampoco es que importe mucho: no voy a ver nada que no haya visto o tocado ya. Pero sí que importa. No es Layla, con lo que no debería mirarla como lo hago cuando Willow no ocupa su cuerpo.

Se cambia en el baño y yo en el dormitorio. Cuando sale, lleva dos toallas. No puedo evitar que mis ojos deambulen por sus curvas: me cuesta no fascinarme con la idea de que, aunque no sea su cuerpo, Willow lo hace suyo de algún modo. Sus zancadas son más largas y camina con la espalda más recta, incluso mueve la cabeza de otro modo.

Cuando me mira a los ojos, me aclaro la garganta y aparto la vista de inmediato.

—¿Lista?

Salgo por la puerta, bajo las escaleras y me dirijo a la piscina sin volver a establecer contacto visual con ella. Al llegar al borde, me

meto de un salto por la parte donde más cubre, porque necesito el frescor del agua para resetear el enfoque. Me quedo sumergido un momento, lo suficiente para ver los pies de Willow cuando los mete en el agua. Le cuelgan las piernas por el bordillo, en lo hondo. Emerjo y la veo sentada justo donde me senté yo la primera vez que hablé con Layla, en aquella época en que aún pensaba que lo más duro de la vida era tocar el bajo en una banda más o menos exitosa a la que no soportaba.

Han pasado tantas cosas desde entonces... He cambiado en más de un sentido. «Es lo que tiene verse obligado a quitarle la vida a otra persona».

Procuro no pensarlo mucho. Hice lo que debía hacer, pero me siento culpable igual, por muy justificado que estuviera.

Vuelvo a sumergirme en el agua, fastidiado de haber recordado aquella noche. No quiero pensar en ello. Ahora mismo no quiero pensar en nada. Solo quiero que Willow disfrute al sentir el agua por primera vez.

Me impulso en el suelo de la piscina para salir a la superficie. Ella sigue sentada en el mismo sitio, contemplando el agua que le envuelve las pantorrillas.

—¿No te metes? —le pregunto.

Me mira y asiente.

—Sí, pero me da un poco de miedo. ¿Y si no sé nadar?

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Me acerco y le tiendo la mano—. Ven, que te ayudo.

Vacila antes de aceptar mi mano. Se mete despacio en el agua y se hunde hasta la barbilla; luego suelta un chillido y se me agarra al hombro con la otra mano. Empieza a mover los pies para mantenerse a flote, pero parece que le dé miedo soltarme. Solo que sonríe, y sé que en el fondo no la asusta, lo que pasa es que esto es nuevo para ella. Me suelta el hombro y empieza a mover el brazo libre, aunque sin soltarme la otra mano.

—¿Lo tienes? —le pregunto.

Asiente, tragando agua sin querer, porque apenas mantiene la cabeza por encima de la superficie. La escupe y dice:

—Eso creo. —Le falta el resuello de una forma divertida. Es como ver a un crío intentar nadar por primera vez. Le suelto la mano, pero me quedo cerca. Al ver que no se hunde de inmediato, abre mucho los ojos de emoción—. ¡Lo estoy consiguiendo! ¡Estoy nadando!

Su orgullo me hace reír. Estira los brazos al frente y aparta con ellos el agua. A lo mejor nadar es un instinto natural incluso para los fantasmas. Se va abriendo camino y nada sola, a perrito, hasta el centro de la piscina, gira y deshace el camino. Ya le ha pillado el tranquillo, lo que demuestra que lo ha hecho antes.

—Es como montar en bicicleta —le digo.

Ríe.

—No lo sé, porque tampoco lo he hecho nunca.

—Seguramente sí, solo que no te acuerdas de cuando estabas viva.

Mis palabras le roban la sonrisa. Se queda en el sitio, moviendo los brazos y las piernas para mantenerse a flote.

—¿En serio piensas que he muerto? —Lo pregunta intrigada, no ofendida.

—Si las teorías sobre fantasmas son atinadas, sí, diría que lo más seguro es que tuvieras una vida antes de esto, lo que pasa es que no te acuerdas.

Se me queda mirando un momento antes de volver al bordillo y agarrarse a él.

—¿Crees que soy el típico fantasma atrapado entre la muerte y la otra vida?

—No se me ocurre otra razón para que estés aquí. ¿Qué piensas tú? —le pregunto.

—No sé. No me lo había planteado hasta que apareciste y te empeñaste en averiguarlo.

—¿Habrías preferido que no apareciera nunca?

No contesta. Mira a otro lado y apoya la espalda en el bordillo de hormigón. Luego echa la cabeza hacia atrás para contemplar las estrellas.

—Me da un poco de miedo descubrir por qué estoy aquí, por eso nunca he salido de la finca en busca de respuestas ni en busca de otros como yo. Piénsalo, ¿y si tienes razón? ¿Y si estoy atrapada

entre la vida y la muerte? —Vuelve a mirarme a los ojos, pero esta vez, cuando establecemos contacto visual, la veo asustada—. ¿Y si encuentro una explicación y se acaba todo?

—¿Y se acaba qué?

—Esto. ¡Yo! ¿Y si encuentro una forma de abandonar esta existencia y luego descubro que no hay nada más allá? ¿Y si... desaparezco sin más, para siempre?

—¿Eso te entristecería? Lo dices como si fuera una desgracia.

Se me queda mirando un rato. Luego dice:

—Antes lo era.

Se sumerge nada más decirlo. Su respuesta me ha afectado más de lo que esperaba.

Cuando emerge de nuevo, está más cerca de mí. Me mira el hombro intrigada y alarga la mano para tocarlo. Pasa un dedo por la cicatriz que me ha quedado de lo ocurrido hace seis meses.

—¿Es ahí donde te dispararon?

—Sí.

Se me hace raro que me toque la cicatriz; Layla nunca lo ha hecho. Ni una vez. Cuando hacemos el amor, la rodea deliberadamente, pasa cerca, pero nunca la toca. Siempre me he preguntado si le traerá malos recuerdos o es que piensa que me duele si la toca.

—¿Quién te disparó?

—Sable, la misma chica que disparó a Layla. —Le cojo la mano y se la llevo a la cicatriz de la cabeza de Layla—. ¿Lo notas?

Willow toca la cicatriz de Layla con la yema de los dedos, recorriéndola una y otra vez. Luego devuelve la mano a mi hombro y acaricia mi cicatriz.

—La tuya parece curada; la suya, no.

—Se la toquetea mucho.

—¿Por qué?

—No lo sé. Dímelo tú, que estás dentro de su cabeza.

Se me queda mirando unos segundos y pienso que a lo mejor es porque está repasando los recuerdos de Layla. Me dan ganas de preguntarle qué recuerda Layla, pero no quiero servirme de Willow

para hurgar en la cabeza de mi novia sin su permiso. Lo que estamos haciendo con su cuerpo ya me parece bastante mal.

Willow vuelve nadando al bordillo y se apoya en él, descansa la barbilla en los antebrazos y contempla el jardín. Me acerco nadando a ella y hago lo mismo. La observo, pero no me mira. No sé lo que habrá visto en la cabeza de Layla, ni siquiera sé si habrá visto algo, pero su silencio me inquieta un poco. Me mira, pensativa.

—Se enamoró de ti en esta piscina.

—¿Sí?

Asiente con la cabeza, pero no sonríe ni pone cara de ternura al recordarlo.

—Sí —susurra sin más.

Luego mira al otro lado, apoyando en el brazo la mejilla opuesta. La rodeo nadando para verle la cara. Cuando nuestros ojos se encuentran, veo que los suyos están llenos de lágrimas.

—¿Qué ocurre? —inquiero.

Ella ríe, avergonzada, y se limpia las lágrimas.

—Estoy confundida. Cuando me meto dentro de ella, tengo sus sentimientos. Supongo que ahora mismo está triste.

—¿Cómo sabes que las lágrimas no son tuyas?

Me mira con estoicismo.

—Supongo que no lo sé. —Se sumerge y, cuando vuelve a salir del agua, se retira las lágrimas junto con el agua.

No sé qué hacer. Está dentro del cuerpo de Layla y, si es Layla la que está triste ahora mismo, quiero consolarla, estrecharla contra mi cuerpo y quitarle la pena a besos. Pero no es ella, y la necesidad de consolarla y la imposibilidad de hacerlo me hacen sentir vacío. Es una especie de angustia que no me gusta nada. Todo esto está empezando a ser un lío.

—Deberíamos volver dentro —sugiero—. Voy a tener que lavar y secar tu bikini antes de acostarme para que Layla no note que lo has usado.

Willow accede, aunque no parece que le apetezca dejar de nadar aún. Bracea hasta el bordillo de la piscina y sale del agua impulsando su cuerpo con las manos. Coge una toalla y se envuelve en ella, de espaldas a mí. Luego vuelve a la casa sin mirar si la sigo

o no. Todavía estoy en medio de la piscina, viendo cómo se cierra la puerta y ella desaparece.

Suspiro y me hundo en el agua, conteniendo la respiración hasta que ya no puedo más.

Cuando vuelvo al dormitorio, Willow lleva puesta mi camiseta, pero esta vez sin los pantalones cortos. Cierro la puerta y me quedo mirándole los muslos un momento.

—He vuelto a meter los pantalones en el cajón donde los he encontrado —dice—. No quiero que dude de su cordura si se despierta con una ropa con la que no se acostó.

—Muy bien. ¿Dónde has dejado el bikini?

Señala el baño.

—Lo he colgado de la puerta de la ducha.

Me dirijo al baño, pero me detengo antes de entrar. No sé si Willow está preparada para salir del cuerpo de Layla.

—¿Te apetece ver la tele mientras me ducho?

Asiente, así que enciendo el televisor y tiro el mando a la cama antes de meterme en el baño.

Me doy una ducha larga, no porque pretenda evitar a Willow, sino porque necesito tiempo para aclararme las ideas. Todo esto me parece mal, pero ¿cómo se interactúa correctamente con un fantasma? No es que venga con manual de uso ni que haya nadie que pueda decirme si lo que hago es o no inmoral.

¿A quién voy a preguntarle? Un psiquiatra me diría que estoy esquizofrénico; un médico me mandaría al psiquiatra; mi madre me diría que el estrés de todo lo que está pasando me ha trastornado y me suplicaría que volviera a casa.

Layla seguramente me dejaría si supiera lo que estoy haciendo mientras duerme. ¿Y quién no? Si ella me dijera que está permitiendo que un espíritu de otro reino habite mi cuerpo para llenar el inmenso vacío que es su vida, haría que la encerraran en un manicomio y luego me largaría lo más lejos posible.

No hay una sola persona con la que pueda hablar de esto.

Pero eso también significa que nadie puede decirme que lo que hago está mal.

Ya es más de medianoche y no me apetece tener que esperar un ciclo entero de la lavadora solo por un bikini, así que lo lavo a mano en el lavabo, lo llevo al cuarto de la colada y lo meto en la secadora. Mientras estoy abajo, hago unas palomitas de microondas.

Willow está sentada en la cama, medio tapada con la manta, cuando las subo junto con otro vaso de agua. Se pone contentísima al verlas. Se yergue un poco más y coge el bol antes de que yo pueda siquiera sentarme en la cama.

—¿Qué ves? —le pregunto.

Se mete un puñado de palomitas en la boca.

—*Ghost* —contesta, y yo la miro extrañado y me echo a reír—. Ya, soy un fantasma viendo una peli sobre otro fantasma, ¡qué paradoja!

—No la he visto nunca.

Pone cara de espanto.

—¿Cómo puedes no haberla visto?

Me encojo de hombros y cojo un puñado de palomitas.

—La estrenaron antes de que naciera. —Mi comentario me hace pensar si eso será una pista. Si ella la ha visto, ¿cuánto tiempo lleva en esta casa, viendo pelis cuando no hay nadie?—. ¿Qué edad crees que tienes?

—Ya te he dicho que no lo sé. ¿Por?

—Pareces joven por cómo hablas, y sabes usar un ordenador, pero luego crees que es un disparate que yo no haya visto una película de hace treinta años.

Willow se ríe.

—Dudo que eso sea una pista. Esta peli es una especie de clásico: la ha visto prácticamente todo el mundo... menos tú. ¡Si incluso yo la he visto, y ni siquiera existo de verdad!

—Deja de decir eso.

—¿El qué?

—Lo de que no existes. Lo has dicho por lo menos tres veces desde que nos conocemos.

—No es peor que el que tú me llames «muerta». —Se mete más palomitas en la boca y se recuesta, volviendo a centrarse en la película. Veo un trocito con ella, pero la paradoja de nuestra situación se me hace excesiva.

—Esto es muy raro —le digo.

—¿La peli? ¿O ver *Ghost* con un fantasma?

—Todo.

Enarca una ceja.

—¿Sabes qué sería más raro aún?

—¿Qué?

—Que apareciera otro fantasma —dice sonriendo—. Entonces tendríamos un fantasma viendo a un fantasma ver una peli de un fantasma mientras ocupa el cuerpo de otra persona.

Me la quedo mirando un momento; luego cojo un puñado de palomitas y se las tiro a la cara.

—¡Qué rarita eres!

Tiene la camiseta y el pelo llenos de palomitas. Recoge una de las que han caído en la camiseta y se la come. Yo me recuesto y miro la tele, porque mirarla a ella está empezando a removerme por dentro. Normalmente, cuando Layla dice algo que me parece gracioso, me río y luego la beso.

A veces, mientras Willow usa el cuerpo de Layla, se me olvida que no es ella.

No puedo reaccionar como lo haría con mi novia, pero me sale sin querer lo de ir a cogerle la mano o besarla. Luego recuerdo que no es la chica de la que estoy enamorado y me siento confundido.

A lo mejor no debería ponerme en situaciones así, situaciones que me son familiares, como sentarme a su lado en la cama, en nuestro dormitorio. Lo difumina todo peligrosamente.

Dejo a Willow terminar de ver la película y yo bajo al lavadero a ver cómo va la secadora. El bikini está casi seco, así que la programo cinco minutos más y voy a la cocina. Me siento a la mesa y abro el portátil para entrar en el foro de lo paranormal. Siento curiosidad por ver si alguien ha dicho algo más que pueda aclararme qué hace Willow aquí.

No llegué a informar a los demás foreros de que, en efecto, hablo con el fantasma, y menos aún de que lo hago a través del cuerpo de mi novia. Ambas cosas me parecen un disparate incluso para un foro de fenómenos paranormales.

Hay una notificación en la esquina superior derecha de la pantalla. Abro los mensajes privados del foro y veo que tengo uno sin leer, del usuario UncoverInc. Lo abro.

¿Te has comunicado alguna vez con tu fantasma?

No contesto. No tengo claro que, a estas alturas, alguien vaya a creerme. Borro el mensaje y mi bandeja de entrada vuelve a quedar vacía, pero entonces oigo un pitido y se abre una ventanita en la esquina superior izquierda de la pantalla. Es el mismo usuario.

Estaba esperando tu respuesta. Tu publicación me tiene intrigado.

Me está hablando en este momento, por el chat. Poso el ratón en la crucecita para cerrar la ventana, pero no llego a hacer clic. Nadie en el foro conoce mi identidad, así que tampoco pasa nada por que hable con este tío.

Digamos que ya no soy tan escéptico.

Envío la respuesta y veo que está contestando. Observo la ventana del chat hasta que aparece su mensaje.

O sea, que te has comunicado con tu fantasma.

Sí.

¿Sigues en la casa o ya te has ido?

Sigo aquí.

¿Te has quedado por alguna razón? En tu situación, cualquiera se habría ido.

No parece peligrosa.

Eso espero. No suelen serlo.

Me quedo mirando el último mensaje unos segundos. Esta persona no ha dudado en absoluto mientras hablaba conmigo. ¿Y si ha tenido una experiencia parecida a la mía? Sigo escribiendo.

No recuerda su vida. No sé cómo ayudarla. Ni siquiera tengo claro que quiera ayuda.

Los fantasmas no tienen capacidad para retener recuerdos concretos, solo sensaciones, así que tampoco es inusual. Pero el que no desee saber más puede indicar que se trata de un espíritu más o menos reciente. Al final, les pasa factura. Cuanto más tiempo llevan por ahí, más dispuestos están a pasar página. No es un sitio agradable para ellos.

Releo su respuesta porque quiero creer que esta persona sabe de lo que habla, pero esto es internet; tampoco me extrañaría que quien esté al otro lado quiera burlarse de mi ingenuidad. Entonces, vuelve a escribir.

Me gustaría ayudar a tu fantasma a encontrar una salida.
Me dedico a eso.

Empiezo a escribir una respuesta, pero se me quedan los dedos agarrotados en el teclado. ¿Cómo va a ayudarme este individuo sin que le dé datos personales, como por ejemplo dónde reside el fantasma o cómo ponerse en contacto conmigo por otro medio que no sea el foro? No puedo contarle quién soy a un absoluto desconocido, ya he aprendido por las malas que la privacidad es algo muy frágil y valioso.

Doy un respingo cuando suena el aviso de la secadora. Cierro enseguida el portátil, voy a por el bikini de Layla y subo al dormitorio.

Willow mira fijamente los créditos de la película, con los ojos empañados; no aparta la vista ni siquiera cuando cierro la puerta. Guardo el bikini de Layla en la cómoda y luego le cojo a Willow el bol de palomitas vacío. Al fin, deja de mirar el televisor y me sigue con los ojos mientras dejo el bol en mi mesilla.

—¡Qué final más horrible! —masculla—. Siempre se me olvida lo mal que termina.

—¿Cómo termina?

—Él resuelve lo que lo retiene en la tierra y se va al cielo —dice haciendo un puchero.

Río, porque no entiendo qué tiene de malo ese final.

—Si existe el cielo, ¿no es ahí adonde querría ir un fantasma?

—¿Y Molly qué? —contesta señalando furiosa la tele—. Se queda sola. Tiene que vivir el resto de su vida sabiendo que su marido anda deambulando tan contento por la eternidad mientras ella sigue trabajando, pagando facturas y... ¡viviendo!

Dice lo de vivir como si fuera algo malo. Me siento en la cama.

—A ver si lo entiendo... ¿Te da pena la humana o el fantasma?

—¡Pues la humana, claro! Mira qué gran final, ¡el fantasma se vuelve aún más fantasmal! —dice con sarcasmo—. Ya ves tú, si sabíamos que estaba muerto desde el principio de la película, pero ¿qué hay de ella? Tenía claro que él había muerto, y luego le queda aún más claro. ¿Y eso es romántico? ¡Le toca llorarlo dos veces! Es la peor película que he visto en mi vida.

—¿No decías que ya la habías visto?

—Sí, pero nunca habitando un cuerpo humano con un corazón que puede romperse y unos ojos que pueden derramar lágrimas. No he sentido todo esto las otras veces que la he visto. ¡Es un asco! —Se deja caer en la cama y se abraza a la almohada de Layla—. No me gustan nada estos sentimientos.

Cojo el mando de la tele y la apago. El cuarto se queda a oscuras. Dejo el mando en la mesilla, me meto en la cama y me tapo. Willow se vuelve a mirarme, con las manos debajo de la mejilla.

—Patrick Swayze ha muerto, ¿verdad? El actor, digo.

—Sí.

—¿Tú crees que ahora será un fantasma de verdad, como yo?

—Puede. Pero tú nunca has salido de esta finca, así que ¿cómo vas a saber qué hay fuera o quién más anda por ahí?

Sonríe.

—Por Patrick Swayze saldría de la finca.

—Igual eso es lo que deberías hacer: salir, viajar, ir a ver si hay otros como tú.

—En cambio, tengo la sensación de que es aquí donde debo estar.

—¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Siempre lo he sentido así. Tiene que haber un motivo para que esté aquí, en esta casa, en medio de la nada.

—A lo mejor antes vivías en la finca. Quizá moriste aquí.

Se lo piensa un momento.

—Pues yo no lo siento como un hogar. Aunque a lo mejor me pasaría lo mismo en cualquier lado.

—Y si hubiera una forma de saber de dónde eres, quién eres, ¿lo harías?

Frunce el ceño.

—¿A qué te refieres? ¿Hablas de contratar a un investigador?

—Algo así. Puede que conozca a un tío...

Mi comentario la hace reír.

—¿Que «conoces» a un tío? —Pone los ojos en blanco, como si acabara de decirle un disparate. Pero la verdad es que a mí ya nada me parece improbable. Se tapa la boca y bosteza—. Layla está cansadísima. Va a tener resaca cuando se levante.

—¿Te veo mañana por la noche? Quiero que hablemos más de cómo puedo ayudarte a resolver esto.

Willow se recoloca la almohada debajo de la cabeza.

—En el fondo, no quiero ayuda, Leeds. Cada vez que sacas el tema me recuerdas al doctor Kevorkian.

Río, confundido.

—¿Qué?

—¿Cómo te sentirías tú si te pidiera que prescindieras de tu existencia? Es como instarme a cometer suicidio.

«¡Guau!». Me tumbo bocarriba y cruzo las manos sobre el pecho.

—No me lo había planteado así. Siento haber vuelto a sacar el tema.

—No pasa nada. No digo que me oponga a buscar una salida algún día, solo que no sé si ahora tendría el valor de dar ese paso. De momento solo quiero disfrutar de esta última semana contigo.

No me giro, pero sé que me mira fijamente. «Disfruta estando conmigo». No me ha dicho nada indecoroso, pero lo que siento en el pecho al oír sus palabras está cerca de serlo.

No respondo. Es en los silencios que se hacen entre los dos cuando más culpable me siento. El silencio es la madre de todos los errores.

Me vuelvo de lado y cierro los ojos.

—Buenas noches, Willow.

LA ENTREVISTA

El investigador detiene la grabadora.

Echo la cabeza hacia atrás, inquieto, porque no sé muy bien adónde lleva esta conversación. Quiero ser sincero con él, pero lo que estoy a punto de contarle no me deja en buen lugar.

Nada más de lo que diga esta noche me dejará en buen lugar.

—Tercera puerta a la derecha —digo señalando el pasillo.

Se levanta y sale de la cocina. Yo iría a ver cómo está Layla, pero por fin se ha callado. Espero que aguante así un rato. Abro el portátil para ver si Willow está en la habitación con nosotros.

—¿Estás aquí? —le pregunto.

Deslizo el portátil al sitio vacío que tengo al lado y ella teclea enseguida su respuesta, que me llega al móvil.

Sí.

—¿Qué te parece?

No he oído toda la conversación porque quería que Layla se durmiera, así que no sé qué le has contado ni qué te ha propuesto.

—Se lo he contado casi todo, pero, de momento, no ha hecho más que escuchar.

¿Casi todo? ¿Qué te has callado?

Giro el cuello y apoyo la cabeza en los brazos.

—No sabe todo lo que pasó la noche en que nos dispararon a Layla y a mí.

Leeds...

—Ya... Ahora se lo cuento. Es que...

El hombre vuelve a entrar en la cocina y yo cierro la boca de golpe y no termino la frase. Me mira atentamente mientras ocupa su sitio en la mesa.

—¿Estaba hablando con Willow?

Asiento.

—¿Cómo?

—Con el portátil. Yo le hablo en voz alta y ella me escribe al móvil desde el ordenador.

El hombre se me queda mirando, pensativo.

—Fascinante —dice.

Giro el portátil hacia él.

—¿Quiere ver cómo lo hace?

Niega con la cabeza.

—No hace falta. Le creo. —Se inclina hacia delante y pone en marcha la grabadora—. Bueno, ¿qué pasó la mañana siguiente?

13

Me despierta el olor a huevos revueltos. Me giro y veo que Layla no está en la cama. Hay una palomita al lado de su almohada; la cojo enseguida, me la llevo al baño y la tiro al cubo de la basura.

Después de lavarme los dientes, bajo las escaleras sin saber muy bien lo que me espera. Layla ya no cocina nunca, pero alguien está cocinando.

Entro y veo que aún lleva la misma camiseta de anoche cuando nos metimos en la cama, pero no tengo la certeza de si es Willow o Layla. Es la primera vez que no soy capaz de distinguirlas. ¿Willow se ha despertado en el cuerpo de Layla?

La observo en silencio desde la puerta. «¿Sería capaz de hacerse pasar por Layla para engañarme?». Nada más pensarlo, me siento mal. Willow siempre protege a Layla; me quitó la copa de vino de un manotazo anoche, no la creo capaz de engañarme ahora que sé de su existencia.

En cuanto levanta los ojos del fogón y establezco contacto visual con ella, sé que es Layla.

—Buenos días —dice con voz de sueño. Tiene los párpados algo caídos. Parece cansada, resacosa.

Me acerco a ella y la beso en la mejilla.

—Buenos días —contesto mirando la sartén en la que está haciendo los huevos revueltos con un tenedor.

—¿Quieres? —pregunta—. He leído que van bien para la resaca.

—Nah, estoy bien.

Me hago un café y, recostado en la encimera, la observo preguntándome si recordará algo de anoche.

—¿A qué hora te has levantado? —le pregunto.

—A las cinco. No podía dormir. Tengo una resaca terrible. —Se gira y añade—: ¿Te cuento una cosa rara?

—¿Qué?

—Cuando me he despertado, tenía una palomita atascada en un diente.

Me tenso al oírlo. Le doy la espalda y me sirvo leche en el café.

—Sí, anoche vimos una peli. Ibas bastante borracha.

Layla ríe, pero sin ganas. Cuando la miro otra vez, se está tocando la frente.

—Dios, no me acuerdo de nada —dice con una mueca de dolor.

Se pone una cucharada de huevos revueltos en una tostada y se sienta a la mesa para comérsela. No puedo dejar de mirarla a los ojos; tiene las pupilas oscuras y dilatadas, como si dos canicas negras le taparan el verde de los ojos.

Parte un bocado de la tostada con el tenedor y, mientras mastica, da golpecitos con él en la mesa. También mueve nerviosa la pierna, como si la resaca le estuviera generando un exceso de energía nerviosa.

—¿Cuánto café has tomado hoy?

Traga y se limpia la boca con una servilleta.

—Cuatro tazas ya. He pensado que me vendría bien para la resaca.

Eso explica su comportamiento. Estaba empezando a pensar que podría ser Willow otra vez, pero no. Come como Layla: bocados pequeños, siempre con cubiertos. A estas alturas, Willow ya se habría zampado el plato entero.

—A lo mejor hoy deberías relajarte —le sugiero—. Disfrutar de otro día de piscina.

—No va a poder ser: parece que viene una tormenta —contesta señalando la ventana de la cocina.

Me acerco a la ventana y aparto el visillo. El cielo entero parece una cordillera ondulante azul oscuro. Abro la app del tiempo en el móvil y veo que dan lluvia los próximos dos días. Miro a Layla otra vez. Solo se ha comido la mitad de la tostada con huevos, pero ya ha apartado el plato y está entretenida con el móvil.

—Entonces, ¿qué te apetece hacer hoy? —pregunto.

—Tienes que subir contenido nuevo a tus redes sociales —contesta —. No hemos vuelto a publicar nada desde la foto del avión. Puedo sacarte fotos sexis bajo la lluvia, serían perfectas para la portada del disco. —A mí eso me parece una pesadilla. Cuando Layla me ve en la cara que no estoy de humor para posar ante la cámara, dice—: Sé que no te apetece pensar en trabajo, pero esta casa es enorme, hay muchos fondos perfectos para fotos. Dame dos horas con la cámara y te dejo en paz hasta el miércoles.

—¿Por qué el miércoles?

—Porque es cuando nos vamos.

Lo dice sin más, pero sus palabras se me antojan densas e involuntariamente bruscas. Vamos a dejar a Willow sola en esta finca, y no quiero irme hasta que esté preparada para encontrar una solución, porque, por alguna razón, yo lo necesito: tengo la sensación de que no podré funcionar en el mundo real a menos que le encuentre sentido a todo lo que ha ocurrido en esta casa.

Me siento enfrente de Layla.

—¿Y si nos quedamos un poco más?

Se le descuelgan los hombros.

—¿En serio?

—Sí, estoy componiendo mucho. Con un poco más de tiempo, probablemente termine el álbum.

—Pues no he oído el piano ni una sola vez.

—No me ha hecho falta. He estado escribiendo letras —miento.

Suspira y deja el móvil en la mesa.

—No te lo tomes a mal, pero esto es un tostón, Leeds. Me estoy volviendo loca y el aburrimiento me está cansando, me noto agotada todos los días, no hago otra cosa que dormir.

Sé que lo del agotamiento es culpa mía, pero insisto.

—¿Y si hacemos un trato?

Ella enarca una ceja.

—Depende del trato.

—Yo te concedo tres horas hoy para que me hagas todas las fotos que quieras en las poses que quieras y tú me concedes a mí tres días más para trabajar en mi álbum.

Parece que la idea le gusta.

—¿Bajo la lluvia también? —Asiento y, a pesar de la resaca, ella sonríe—. Trato hecho. —Se inclina sobre la mesa y me besa—. No te arrepentirás.

Se equivoca. Ya me estoy arrepintiendo. Me arrepiento de casi todas las decisiones que he tomado a sus espaldas desde que llegamos.

Pero... tampoco he hecho nada por parar.

Layla habrá dormido apenas cuatro horas esta noche y, si a eso le sumas la sesión de fotos de tres horas, la resaca y lo poco que ha comido, no sé ni cómo ha aguantado hasta las ocho de la tarde antes de irse a la cama.

Son casi las diez y Willow no ha dado señales de vida. He probado a preguntarle si estaba por aquí, pero no me ha respondido. Ni siquiera con el portátil.

He pasado la última hora trabajando en letras nuevas. Si voy a mentirle a Layla pidiéndole que nos quedemos en esta casa por la música, alguien tendrá que crear la música en cuestión.

Hace un par de semanas empecé a escribir una canción titulada *No Vacancy*, así que estoy dedicando la noche a revisarla.

Llevamos cuatro horas de tormenta. El pronóstico del tiempo ahora da lluvia para un tercer día, y eso me preocupa. Layla está más contenta cuando puede pasarse todo el día en la piscina, pero no sé de qué humor la va a poner la perspectiva de encerrarse en casa tres días.

—¿Qué haces?

Doy un respingo tal que arrastro la silla medio metro hacia atrás. Me llevo la mano al pecho y suelto un suspiro cuando veo a Willow en la puerta de la cocina. Con la tormenta, no la he oído bajar las escaleras y mi reacción a su aparición inesperada le provoca una carcajada.

—Parece que hayas visto un fantasma —dice con un guiño. Va directa a la nevera—. En serio, Leeds, tu novia tiene un desorden alimentario. Me preocupa.

Coge un plato con los restos de la cena que he preparado antes: patatas rellenas y ensalada césar. Layla solo se ha comido la ensalada, así que le he guardado la patata asada a Willow.

Cierro el documento y luego el portátil. Willow mete el plato en el microondas y se vuelve a mirarme.

—¿De qué iba lo de hoy?, ¿todas esas fotos y esas poses tan impropias de ti?

Me he pasado todo el rato que Layla ha estado obligándome a posar preguntándome dónde estaría Willow, si lo estaría viendo o no. Confiaba en que no.

—Nada.

No quiero hablar del trato que he hecho con Layla, pero aún me apetece menos hablar de la vergüenza que me da que, cada vez que publica una foto mía sin camiseta, se dupliquen las descargas de mi música.

—¿Eres modelo o algo así? —Lo dice en plan divertido, pero sigue sin apetecerme hablar de eso. Prefiero que se zambulla en los pensamientos de Layla para no tener que explicárselo yo.

—Hay una cosa..., las redes sociales —empiezo a explicarle.

—Sé lo que son las redes sociales.

—Claro, claro. El caso es que Layla se encarga de sacarles rédito a las mías.

—O sea, que eres un influencer.

Me recuesto en el asiento, perplejo.

—¿Y tú cómo sabes lo que es eso?

—Veo la tele. Sé muchas cosas. ¿Eres famoso?

—No.

—Pero quieres serlo, ¿no?

Pita el microondas. Willow saca el plato y se acerca a la mesa.

—Layla está empeñada en que mi carrera musical despegue, así que la complazco. Así está distraída.

—¿Y si tiene razón? ¿Y si te haces famoso?

—Eso me temo.

—¿Por eso puedes permitirte estar aquí? —pregunta agitando el tenedor después de llevarse la comida a la boca—. ¿Por el dinero que sacas con las redes sociales?

—No, no es nada de eso, solo he publicado tres canciones. Pero tengo dinero... de una herencia.

Pienso que va a hacer algún comentario al respecto, pero se limita a mirarme intrigada.

—¿Te haces el reservado?, ¿o de verdad quieres que tu carrera musical salga adelante?

—No lo tengo claro. Me encanta componer música y quiero que la gente la oiga, pero no sé si estoy hecho para todo lo que eso conlleva.

—El atractivo físico lo tienes.

—No quiero hacerme famoso por mi aspecto físico, eso desde luego.

—¿Y si no tienes tanto talento como piensas? ¿Y si solo tienes seguidores porque estás bueno?

Su descaro me hace reír.

—¿Crees que estoy bueno?

Pone los ojos en blanco.

—Tienes espejos, ¿no? Quiero oír una de tus canciones —pide señalando el móvil—. Ponme la que le tocaste a Layla al piano la noche que la conociste. Se titula *I Stopped*, me parece.

—¿Dónde ha quedado lo de no curiosear en sus recuerdos?

—Procuro no hacerlo, pero justo ese es difícil de evitar. Ocupa un lugar importante en su cabeza.

Me gusta saber que ese recuerdo es importante para Layla. También es uno de mis favoritos.

Abro la app de música y, mientras le pongo la canción a Willow, cojo el portátil y me centro en lo mío en un intento de ignorar el hecho de que está escuchando mi música. No soporto oír mi propia música, así que me distraigo con el correo electrónico el tiempo que duran las tres canciones. Ella las escucha con atención y, cuando termina, me devuelve el móvil deslizándolo por la mesa.

—Tienes una voz perturbadora —me dice.

—Viniendo de un fantasma, ¿«perturbadora» es bueno o malo?

—Supongo que podría ser ambas cosas. —Sonríe. Está de buen humor. Casi siempre está de buen humor, incluso cuando se disgustó conmigo por querer drogar a mi novia o cuando se molesta porque

me empeño en que averigüe qué hace aquí. Es como un latigazo, pasar de Layla, que es densa, a Willow, que es como una brisa fresca.

—¿Notas la ansiedad de Layla cuando estás dentro de ella? —le pregunto.

—Ahora mismo no la siento, seguramente porque no está alerta, no tiene motivos para estar ansiosa.

—Pero me dijiste que sí puedes sentir su amor y su tristeza.

Willow asiente con la cabeza.

—A lo mejor sus sentimientos por ti son más fuertes que la ansiedad. Siente muchas cosas por ti.

«Está bien saberlo».

—¿Cree que voy a proponerle matrimonio?

—¿Vas a hacerlo?

—Es probable.

Willow bebe un sorbo de agua y mira un rato el plato, pensativa; puedo ver que está hurgando en los pensamientos de Layla.

—Confía en que lo hagas, pero no creo que se lo espere tan pronto.

—¿Qué clase de anillo quiere?

—¿Eso importa? Ya lo has comprado. Lo tienes guardado arriba, en una zapatilla, como un imbécil. —«¿Sabe lo del anillo de compromiso?»—. Las chicas nos olemos esas cosas enseguida. Como no lo escondas mejor, lo encontrará.

—O sea, que has visto el anillo... ¿Crees que le gustará?

Sonríe.

—Me da la impresión de que le gustaría cualquier anillo que le regalaras, aunque fuese de plástico. Te quiere más que... —No termina la frase.

—¿Más que a qué?

Willow niega con la cabeza y de pronto se pone seria.

—Da igual. No debería revelarte sus pensamientos, me parece mal.

Se acaba la comida, pero yo no puedo evitar preguntarme a qué habrá venido ese cambio repentino de actitud. «¿Qué ha estado a punto de decirme?».

Recoge la mesa y se dirige a la puerta de la cocina. Luego se gira y dice:

—Ven a tocarme una canción, Leeds.

Titubeo, porque no sé si quiero. Me gusta recordar cuando toqué para Layla en el salón; no sé si me apetece recrear ese recuerdo con otra persona. Casi parece una traición.

Sin embargo, Willow ya se ha metido en el salón y me está esperando. Vacilo unos segundos más, pero, al final, salgo de la cocina y recorro el pasillo, aunque me detengo a la entrada de la estancia porque veo como baja la tapa del piano de cola. Luego se sube encima y se tumba bocabajo, estirando los brazos. Cuando me ve mirarla con perplejidad, sonríe y dice:

—Quiero sentir el sonido. Sin cuerpo, no tengo muchas ocasiones de sentir las cosas. Es agradable.

Por mucho que me apetezca conservar mi recuerdo del salón con Layla, me siento igual de mal por no querer tocar para Willow. Ella no puede interactuar con nadie aparte de mí; debe de sentirse muy sola.

Me instalo a regañadientes en la banqueta del piano.

—¿Qué quieres que toque?

—La que estabas componiendo antes, en el portátil.

—Pensaba que no estabas ahí cuando andaba trasteando con el ordenador. He intentado hablar contigo.

Levanta la mejilla del piano.

—No quería que dejaras de componer...

No sé por qué, pero sospechaba que estaba ahí. A veces es como si notara su presencia, pero no sé si se debe a que sé que está en la casa o a que de verdad es perceptible.

Willow vuelve a pegar la mejilla a la madera lacada y aguarda pacientemente. Yo miro las teclas del piano, tratando de recordar cómo empieza la canción.

—Aún no la he terminado.

—Pues toca lo que tengas.

Empiezo a tocar y, cuando la miro, veo que ha cerrado los ojos.

—Esta se titula *No Vacancy* —digo en voz baja, y empiezo a cantársela.

Me fingí rico, pero me sentía pobre.
No llamé a la puerta, pero me abrieron.
Tiran piedras que me desgarran los ojos,
me dejan pequeñas grietas por la columna.
Éramos reyes destronados,
nuestro castillo no era un hogar.
Ecos de te quiero en los pasillos;
las paredes absorben nuestras palabras.
Nos registré para que pudiéramos irnos;
pensé que el tiempo me ayudaría a creer.
Si volvía a llevarnos al punto de partida,
nunca cruzaríamos la línea de meta.
Puede que no tenga las manos rojas,
pero mi corazón siente que se desangra.
Si mi alma tuviera un letrero de neón,
pondría «completo».
Si mi alma tuviera un letrero de neón,
pondría «completo».

Cuando termino de tocar lo que llevo escrito, levanto la vista. Ella sigue con los ojos cerrados, pegada al piano, como si no quisiera que la sensación se terminara nunca. Parece triste..., como arrepentida. Me hace preguntarme si echará de menos esto cuando nos vayamos. Estará sola, sin nadie con quien hablar por las noches, nadie que le toque música, nadie que le proporcione algo a lo que dedicar el tiempo mientras flota por ahí, en la nada.

Por fin abre los ojos, pero no se mueve.

Nos miramos y noto que se me encoge el pecho; una vez más, me dan ganas de consolarla, pero no porque esté confundiendo esta necesidad imperiosa con algún resto errante de lo que siento por Layla, sino porque quiero consolarla ¡a ella! ¡A Willow!

—Siento que estés tan sola —susurro.

Ella sonríe, pero su sonrisa es tristísima.

—Eres tú quien ha compuesto la canción. No estoy más sola que tú.

El silencio inunda poco a poco el salón y nos envuelve con fuerza, pero no digo nada para romperlo. Lo absorbo. La absorbo a ella. Nadie más lo hará nunca, y eso me hace compadecerla.

—Layla está muy enamorada de ti —dice Willow.

No sé por qué me dice eso. ¿Siente a veces la misma necesidad que Layla de tocarme y besarme, igual que yo siento la necesidad de tocar y besar a Layla? Cuando usa su cuerpo, ¿le resulta todo tan confuso como a mí?

—Su cuerpo está cansadísimo hoy. Debería dejarla dormir. —Willow se incorpora sobre el piano—. ¿Vienes a la cama?

Quiero hacerlo.

Y, precisamente por eso, no debería.

Me trago el sí que tengo atrapado en la garganta y miro las teclas del piano. Pongo los dedos en ellas.

—Ve yendo tú.

Se me queda mirando un momento, pero yo no le devuelvo la mirada. Empiezo a tocar la canción otra vez y, cuando lo hago, Willow se va del salón. En cuanto llega arriba y oigo cerrarse la puerta del dormitorio, dejo de tocar. Bajo la cabeza hacia el piano.

«¿Qué estoy haciendo?».

«¿Y por qué no quiero parar?».

14

Hoy me he despertado decidido a prestarle a Layla toda mi atención. A lo mejor me siento culpable porque antes no me costaba hacerlo.

Ha estado conmigo casi todo el día; con este tiempo, tampoco hay mucho más que hacer. Ahora es casi medianoche y no se ha dormido aún.

Puede que sea por la tormenta. No le hace mucha gracia estar en plena zona de tornados durante una tormenta eléctrica, pero he estado atento a los partes meteorológicos y no hay avisos de tornado, solo muchos rayos y lluvia torrencial, y unos truenos que la estremecen cada vez que sacuden la casa.

A mí, en cambio, este tiempo suele relajarme, aunque ahora mismo me irrita porque mantiene a Layla en vela.

Está conmigo en el salón, tumbada en el sofá, perdiendo el tiempo en las redes sociales con los pies en mi regazo. Yo intento terminarme el libro que empecé hace seis meses, el del presentador de un concurso televisivo que dice ser un espía; sin embargo, en el fondo no hago más que pasar los ojos por la pantalla del libro electrónico. No me estoy enterando de nada porque no dejo de pensar en Willow. Layla ha accedido a concederme unos días más en la casa, pero al final tendremos que marcharnos igualmente.

Y Willow se quedará sola.

Además, tampoco es que vaya a poder venir a verla; este sitio está en medio de la nada. Me supone coger un vuelo, alquilar un coche, conducir durante horas... Es un día entero de viaje.

Si quiero ayudarla a averiguar algo, al final voy a tener que hacer una oferta por la casa. Aunque Layla no quiera vivir aquí, me fastidiaría que la comprara otra persona. Podría contratar a alguien para que regentara el sitio, convertirlo de nuevo en una pensión

para que Willow no se sintiera tan sola. Habría un ajetreo constante de desconocidos; quizá eso le guste más que el silencio de no poder hacer nada en una casa desierta.

Además, si la finca es mía, tendría una excusa para venir de vez en cuando a ver a Willow sin que Layla sospechara.

«¿Eso es poner los cuernos de forma emocional?».

Willow es un fantasma. Tampoco es que pueda interponerse en mi relación... Claro que, en cierto sentido, a lo mejor ya lo ha hecho.

Willow y yo estamos a gusto el uno con el otro hasta el punto de que empiezo a preferir su compañía a la de Layla. No me enorgullezco de eso; Layla significa muchísimo para mí, pero me tiene fascinado —¡obsesionado, incluso!— la idea de que esta forma de existencia no sea la única importante. Lo lógico sería esperar que eso me hiciera valorar más mi vida, pero siento que me alejo cada vez más de este mundo, que algo me arrastra al de Willow. O quizá yo la esté arrastrando a ella al mío. En cualquier caso, ninguno de los dos está a gusto en el suyo y, ahora que he encontrado una forma fácil de conjugarlos, cada vez me interesa menos lo que tengo alrededor.

Por supuesto, eso no es culpa de Layla. Ella no ha hecho nada malo, es la víctima en todo esto. Fue la víctima hace seis meses y es la víctima ahora, aunque no sea consciente de ello. Lo único malo que ha hecho ha sido enamorarse de mí.

La idea de este viaje era que ella mejorara, y a lo mejor lo habría hecho si yo no hubiera descubierto a Willow en esta casa. Ahora lo único que he conseguido es que mi fascinación por lo que sea que es Willow abra una brecha aún mayor entre mi persona y todos los demás aspectos de mi vida.

Layla no parece percatarse de lo que ocurre. Incluso puede que piense que todo anda genial entre los dos, pero eso es solo porque no recuerda los detalles, lo maravilloso que era todo antes de que yo me convirtiera básicamente en su cuidador.

Tampoco es que fuera a tomar ninguna otra decisión, pero, aunque la cuide porque la quiero y mis intenciones son buenas, la recuperación nos está pasando factura, no solo a ella, sino también a todos los demás.

—¿Qué lees? —me pregunta.

La miro y veo que ha bajado el móvil al pecho. Tiene la cabeza ladeada y el pelo esparcido por el cojín en el que la apoya. Va medio desnuda, con un top sedoso semitransparente que apenas le tapa el ombligo y unas braguitas de color crema a juego. Dejo el libro electrónico en el brazo del sofá, la agarro del tobillo y luego deslizo la mano despacio hasta su rodilla.

—Sigo intentando terminarme el libro ese.

—¿Qué libro?

—El del presentador de concursos que cree que es un asesino a sueldo.

—No me suena —dice negando con la cabeza.

Iba a responderle «Si te lo conté», pero entonces me acuerdo de que fue en una de nuestras últimas conversaciones antes del disparo. No recuerda nada de ese día, ni de la semana de después. No tiene recuerdo alguno de nada de lo que hablamos antes de que la asaltaran. A veces intento que haga memoria y se lo explico, pero ahora mismo no me apetece hablar del asunto. Me fastidiaría sacar un tema susceptible de desatarle la ansiedad.

—Nada, una novela —contesto en cambio, recolocándome en el sofá para tumbarme a su lado.

Ella se acurruca junto a mí y me besa el cuello. Inhalo el perfume tropical de su champú, mango y plátano, que me recuerda a cualquier sitio menos a Lebanon, en Kansas, a todos esos lugares en los que probablemente Layla preferiría estar en vez de aquí.

¿Qué pensará si compro la casa? ¿Debería comprarla siquiera? ¿O sería preferible que hiciéramos las maletas y nos fuéramos antes de que todos los errores que he cometido se amontonen en un muro imposible de salvar?

—Leeds... —La voz de Layla es un susurro lejano, suspendido en el aire mientras yo me debato entre abandonar el sueño o seguir su voz—. Leeds, despierta.

Tiene una mano apoyada en mi mejilla y estamos pegados el uno al otro. Seguimos en el sofá. No me extraña que nos hayamos

quedado dormidos, teniendo en cuenta todas las noches que he pasado en vela con Willow. He dormido tan poco como Layla.

Le meto la mano por debajo del top sedoso y le acaricio la piel. Cuando lo hago, me empuja tan fuerte del pecho que se cae del sofá al suelo. Ese movimiento tan brusco, seguido del estruendo, me obliga a abrir los ojos del todo. Me asomo por el borde del sofá y la veo tirada bocarriba, mirándome desde abajo.

Es Willow, no Layla.

—Perdona —le digo ayudándola a levantarse—, pensaba que eras Layla.

Al ponerse en pie, se mira, mira la ropa que lleva puesta o, más bien, la escasez de esa ropa.

—Igual deberías ir a cambiarte —sugiero con la voz ronca.

Me aclaro la voz y me meto en la cocina mientras ella sube al dormitorio.

Hago café para los dos, porque Willow nota el agotamiento de Layla cuando está dentro de ella y porque yo estoy molido, desde luego. Es tarde y lo último que necesito es un café. De hecho, lo último que necesito es una excusa para pasarme la noche hablando con alguien que no es Layla, pero, cuando Willow baja y entra en la cocina, me alivia verla y me olvido de inmediato de lo mal que está todo esto.

Se ha puesto una camiseta y unos pantalones de pijama de Layla.

—Buena idea —dice señalando el café.

Cuando termina de hacerse, lleno dos tazas y le paso una. Está de pie a mi lado, junto a la encimera. Estamos hombro con hombro mientras yo me echo leche en el café y ella azúcar en el suyo.

—¿Sabías que, en la antigua cultura árabe, una mujer solo podía divorciarse de su marido si a él no le gustaba el café que le hacía? —me cuenta.

Me recuesto en la encimera.

—¿En serio?

Asiente con la cabeza, se apoya en la encimera, a mi lado, y me mira mientras bebe despacio de su taza. Entonces dice:

—Lo he leído en uno de esos libros del salón.

—¿Cuántos te has leído?

—Muchos.

—¿Y qué otras cosas curiosas has aprendido?

Deja la taza y se sienta de un salto en la encimera.

—Que el café más caro del mundo se hace en Indonesia. Es caro porque los granos con los que luego se hace el café se los come y los digiere primero un gato o algo así.

No me esperaba un dato como ese. Miro mi café y pongo cara de asco.

—¿Y después qué?, ¿sacan los granos procesados de la caca del gato? ¿Es que la gente paga más por un café hecho con caca de gato?

Willow asiente y se ríe.

—Los ricos son raros. A ti podría pasarte cualquier día, que de pronto te veas bebiendo café de caca de gato en tu megayate.

—Espero que no, joder.

Apoya ambas manos en la encimera, a los lados, y se echa un poco para atrás, meciendo las piernas.

—¿Cómo es tu madre?

La pregunta me descoloca.

—¿Mi madre?

Asiente.

—A veces te oigo hablar con ella por teléfono.

Hay momentos del día en que me pregunto dónde está Willow cuando no está metida en el cuerpo de Layla. ¿Me sigue por la casa? ¿Se queda en el salón todo el día? ¿Sigue a Layla también?

—Es buena persona. Tengo suerte.

Willow suelta un suspiro lento, se mira los pies y deja de mecerlos.

—Me pregunto cómo sería mi madre.

Es la primera vez que reconoce que a lo mejor ha tenido una vida humana previa a la que vive ahora. Eso me hace pensar si estará cambiando de opinión, si, a lo mejor, de pronto le apetece investigar su pasado.

—Estoy pensando en hacer una oferta por la casa.

Willow se yergue de pronto.

—¿¡Por esta casa!? ¿En serio vas a comprarla? —Cuando asiento con la cabeza, pregunta—: Pero... ¿Layla va a querer vivir aquí?

—Probablemente no, pero puedo planteárselo como una inversión. Así tendré una excusa para venir a verte.

—¿Por qué no le gusta este sitio? Las veces que he curioseado en sus recuerdos de aquí me ha parecido que eran todos buenos.

—Han pasado muchas cosas desde que nos conocimos. No creo que sea este sitio en particular lo que no le guste, es que aún no ha tenido tiempo de recuperarse desde que le dieron el alta. En realidad, dudo que ningún sitio le parezca un hogar hasta que elijamos algo juntos, y no le pega vivir en un lugar tan aislado.

—Antes vivía en Chicago, ¿no? ¿Crees que quiere volver allí?

La miro fijamente, preguntándome si tendrá la certeza de que eso es lo que Layla quiere y me está lanzando una indirecta.

—No lo sé, dímelo tú.

Niega con la cabeza.

—No quiero seguir hurgando en su cabeza. Ya te dije que sus pensamientos son caóticos.

—¿A qué te refieres con «caóticos»?

—No sé cómo explicarlo —contesta encogiéndose de hombros—. Tú dices que ha perdido muchos recuerdos, pero, cuando estoy dentro de ella, a mí me parece que tiene más de los que yo puedo procesar, y están como superpuestos y me cuesta filtrarlos. En cualquier caso, como no soy yo quien debe hacer esa criba, me limito a ignorarlos.

—Seguramente es lo correcto.

Ríe sin ganas.

—Me parece que hace tiempo que hemos emborronado la línea que separa lo correcto de lo incorrecto.

Cuando dice eso, ambos guardamos silencio un rato. Es complicado, porque sabemos que esto está mal, pero creo que los dos confiamos en que el otro no le ponga fin. Está claro que disfrutamos de la compañía mutua, porque, de lo contrario, no estaríamos haciendo esto una noche tras otra.

Me mira pensativa.

—¿Qué pasó la noche en que os dispararon?

Me yergo y desplazo el peso del cuerpo de una cadera a la otra.

—¿No puedes investigarlo en su cabeza? No es algo de lo que me apetezca hablar.

Willow guarda silencio varios segundos.

—Podría..., pero quiero conocer tu versión.

No me gusta hablar de ello. Después de contárselo todo a la policía con pelos y señales, me prometí que no volvería a sacar el tema salvo que Layla me preguntase.

Willow está esperando a que diga algo. Abro la boca para responder y, en ese preciso instante, se ve un rayo cerca y luego truena. Willow se estremece y entonces se va la luz. La de la cocina ni siquiera parpadea, se apaga directamente, igual que todos los aparatos de la casa. Aún resuena el trueno por los cimientos cuando Willow dice:

—¿Leeds...?

Parece aterrada. La busco a tientas y veo que ya no está sentada en la encimera, sino de pie en medio de la cocina. Le acaricio los brazos arriba y abajo para serenarla.

—Tranquila. Se ha ido la luz, pero seguro que vuelve enseguida.

Ella retrocede y dice:

—¿Qué pasa? —Habla rápido, con voz temblorosa—. ¿Dónde estamos?

Otra sucesión de rayos ilumina la cocina y la miro a los ojos entre destellos de luz intensa y oscuridad. El miedo inunda su semblante; veo enseguida que ya no estoy mirando a Willow.

—¿Layla...?

—¿Qué coño está pasando? —inquiere levantando la voz mientras da otro paso atrás. Se agarra a la encimera, que tiene al lado, y mira nerviosa a su alrededor—. ¿Qué hago en la cocina?

La agarro enseguida y la estrecho contra mi cuerpo, llevándole una mano a la nuca.

—No pasa nada —le digo, buscando un modo de justificar que de pronto esté en medio de la cocina y no recuerde cómo ha terminado aquí—. Se ha ido la luz y eso nos ha despertado.

—¿Y por qué no me acuerdo? ¿Cómo es que estamos en la coci...?

Deja de hablar.

Suelta un suspiro.

Noto que se relaja y veo enseguida que Willow ha vuelto a ocupar su cuerpo, porque la siento distinta en mis brazos. Se aparta de mi pecho.

—Perdona —dice—. Me han asustado los relámpagos y me habré salido de su cuerpo sin querer. —Le veo en los ojos una preocupación que antes no estaba ahí. Se lleva el pulgar a la boca y empieza a mordisqueárselo—. Mañana se acordará de esto, recordará que se ha despertado aquí abajo.

Me gusta tan poco ver preocupada a Willow como ver preocupada a Layla.

—Eh —le digo, apretándole la mano—, tranquila, le haré pensar que ha sido una pesadilla o que estaba medio dormida...

Asiente, pero veo la inquietud en su rostro.

—Vale —contesta, tapándose la cara con las manos—. Dios, lo siento mucho.

—No pasa nada, Willow.

Vuelve a cabecear, pero es obvio que no está más tranquila.

Yo tampoco.

LA ENTREVISTA

—¿Se acordaba Layla al día siguiente?

—Sí, fue lo primero que me preguntó al despertarse. Le conté que estaba medio dormida cuando se fue la luz, que habíamos bajado juntos a la cocina y que no se había despertado del todo hasta el siguiente rayo.

—¿Y se lo tragó?

—Sí, no me costó convencerla. Cualquier persona pensaría que estaba aturdida o sonámbula antes de que se le ocurriese contemplar que la estaba poseyendo un fantasma.

El investigador asiente con la cabeza.

—¿Siguió Willow usando el cuerpo de Layla después de eso, a pesar de lo ocurrido?

Asiento de vuelta, pero no con rotundidad; no es algo de lo que esté orgulloso en absoluto, porque no hay excusa lo bastante buena para lo que hemos hecho, ni siquiera una tan digna como la nuestra.

—¿Layla nunca ha sospechado nada?

—Le preocupaba estar siempre tan cansada. Willow usaba su cuerpo por las noches, con lo que, en realidad, no dormía tanto como ella pensaba. Se despertaba confundida, no entendía por qué se levantaba tan tarde habiéndose acostado tan temprano. Empezó a pensar que tenía algo que ver con su lesión cerebral.

—¿Y usted no la sacó del error?

Inspiro hondo y espiro despacio antes de contestar la pregunta.

—No, yo le seguí el rollo. Le pedí una cita con el neurólogo.

—¿Y qué le ha dicho el neurólogo?

—La cita es para la semana que viene.

—¿La va a llevar?

Niego con la cabeza.

—No, ahora no puedo. Nunca me perdonará lo que le he hecho estos días. —Me inclino hacia delante y me llevo las manos a la cara —. He dejado que esto se me fuera de las manos y ahora no sé cómo revertirlo.

—¿Por qué no le pidió a Willow que parara cuando fue consciente de que sus interacciones empezaban a afectarle a Layla?

—Porque yo no quería que parara.

—¿Porque quería ayudar a Willow?

Ojalá pudiera contestar que sí, pero niego con la cabeza.

—Porque se había convertido en nuestra rutina, supongo. Duró días. Por las noches, Layla se quedaba dormida y Willow se metía en su cuerpo. Veíamos pelis, cocinaba para ella, yo trabajaba en mi música y ella leía en el sofá... No lo hacíamos por ninguna razón especial, pero tampoco estábamos empleando el tiempo que pasábamos juntos en buscar explicaciones; disfrutábamos de la compañía del otro, nada más.

El tipo cabecea.

—¿Cómo se siente Willow con el papel que desempeña en esto?

—Fatal. Los dos nos sentimos fatal.

—Y, sin embargo, siguen haciéndolo... —Este interrogatorio está empezando a frustrarme—. ¿Sería justo suponer que esto ha seguido adelante porque usted ha empezado a sentir algo por Willow?

No me atrevo ni a decirlo en voz alta, pero asiento con la cabeza.

15

Se supone que dentro de dos días salimos de aquí y volvemos a Tennessee. Layla está encantada de la vida. Yo no.

Sentado al piano, paseo los dedos por las teclas. Llevo todo el día enfurruñado para mis adentros, como un crío al que han obligado a deshacerse de su juguete favorito.

Apenas he hablado con Willow desde anoche; nos quedamos despiertos hasta tarde viendo una peli. He observado que hay un tema recurrente en las últimas noches: vemos películas de fantasmas, de la otra vida, de cualquier cosa paranormal. Willow me hace preguntas cuando termina la película, como si intentara decidir en qué versión de este mundo quiere creer.

Anoche vimos *Más allá de los sueños*. La hizo llorar. No hizo ni una sola pregunta cuando terminó. Se puso de lado y me miró con tristeza. Le pregunté qué le pasaba y contestó:

—No quiero volver.

—¿Volver adónde?

—A nada. Me gusta estar dentro de Layla, pasar tiempo contigo. Cada vez me cuesta más abandonar su cuerpo.

No supe qué decirle, porque yo me sentía igual, así que le cogí la mano y se la sostuve hasta que nos quedamos dormidos los dos.

Por las noches, se me hace muy cuesta arriba verla abandonar el cuerpo de Layla a sabiendas de que regresa a una existencia mínima en una casa enorme y solitaria. Y cuanto más nos acercamos al día en que se supone que Layla y yo nos marchamos, más tristones estamos Willow y yo cuando pasamos tiempo juntos.

Estoy tocando una nota grave en el piano, pulsándola una y otra vez con el dedo, cuando una de las notas más agudas suena sola.

Miro enseguida alrededor, pero Layla está arriba. Willow debe de estar intentando llamar mi atención.

Voy a la cocina, abro el portátil y, de inmediato empieza a mandarme mensajes.

Tengo malas noticias.

—¿Qué?

Layla acaba de encontrar el anillo.

Miro instantáneamente arriba, hacia el dormitorio.

—Está hurgando en mis cosas.

Sí.

—¿Qué ha hecho cuando lo ha encontrado?

Un aspaviento. Luego ha vuelto a guardarlo corriendo y le ha mandado un mensaje a Aspen para contárselo.

—Mierda —digo con un resoplido.

No estoy preparado para esto, y menos aún después de haberme pasado las dos últimas semanas y media usando a Layla como la he usado. Una proposición de matrimonio en estos momentos me parecería deshonesta.

Me siento a la mesa y me agarro la cabeza con ambas manos. Willow vuelve a escribirme.

No sabe qué día pretendes pedírselo, así que aún cuentas con el factor sorpresa. No te disgustes.

—No es eso —contesto—. Es más bien que no creo que esté preparado, y seguro que ella ahora no pensará en otra cosa.

Si no estabas preparado, ¿por qué trajiste el anillo?

—Lo traje porque este viaje... —Me recuesto en la silla—. Este viaje, en teoría, debía acercarnos, pero me siento aún más lejos de Layla que el día que llegamos.

¿Por mi culpa?

—No, no. A ver, dudo que lo que hemos hecho me haya venido bien, pero no es culpa tuya.

No sabía que ese era el motivo del viaje... Ahora
me siento culpable por meterme en medio. Puedo
parar.
Si quieres pasar estos dos últimos días a solas con
Layla, puedo desaparecer
y ni te enterarás de que estoy aquí.

Se me encoge el pecho de pensarlo. No quiero pasar los días que me quedan en la finca sin Willow.

—Eso es lo que temía que hicieses, Willow, pero no es ni mucho menos lo que quiero que hagas.

Cierro el portátil porque no quiero continuar con la conversación, al menos no a través de mensajes. Necesito ir a hablar con Layla, tantearla. A lo mejor el anillo la ha acojonado, quizá ella tampoco esté preparada. Puede que esto genere una conversación que deberíamos haber mantenido hace tiempo.

Subo y oigo la ducha. Cuando entro en el baño, veo que se está lavando los dientes. Siempre hace lo mismo: enciende la ducha para que el agua se vaya calentando y se pasa diez minutos más en el lavabo con su rutina nocturna de lavarse los dientes, la cara y depilarse las cejas. Luego apenas le queda agua caliente para darse una ducha decente.

Sonríe en cuanto entro en el baño. Escupe la pasta de dientes y se enjuaga, se acerca a mí, me abraza y ancla su boca a la mía. Qué distinta a la versión cansada de Layla que ha estado arrastrándose por la casa durante el día... Está claro que la idea de que vaya a proponerle matrimonio le hace ilusión; casi es como si la hubiera llenado de vida.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, en un tono perturbadoramente jovial.

—Trabajar.

Me desliza las manos por el pecho.

—Deberías tomarte un descanso. Dúchate conmigo.

Hago ademán de marcharme, como si tuviera algo importante que hacer.

—Ya me he duchado esta mañana. —Cuando vuelvo a mirarla, pone los ojos en blanco y lleva las manos a mis pantalones de deporte.

—Vale, pues ya me ducho yo. —Me resigue la mandíbula con los labios mientras me mete la mano por los pantalones—. En cuanto termine contigo.

Antes de que pueda impedírselo, me empuja contra la puerta del baño y se pone de rodillas. Hace tres días que no lo hacemos; dudo que se me ocurra una buena excusa para rechazar el sexo oral sin que se ofenda...

Ahora mismo está de subidón, dando por supuesto que este viaje va a terminar con una proposición de matrimonio. Piensa que vamos a pasar el resto de nuestra vida juntos: Layla y yo contra el mundo.

Y a lo mejor sí, es que no lo sé. Claro que tampoco vamos a hablarlo ahora que me la está chupando, aunque aún no se me haya puesto dura. La miro desde arriba y, pese a que no me excito de inmediato por el cacao mental que tengo, no puedo evitar pensar en Willow cuando veo a Layla.

A veces, deseo que Layla sea Willow. A la hora del desayuno, por ejemplo, me sorprendo deseando que sea Willow quien se toma un café conmigo, animada, en vez de Layla quejándose de su dolor de cabeza. Durante el día, mientras charlo con Willow por mensajes, anhelo que ocupe el cuerpo de Layla para poder hablar con ella cara a cara.

Y ahora..., mientras Layla me lame el miembro, de algún modo preferiría que fuera Willow quien lo estuviera haciendo.

Se me pone dura solo de pensarlo.

Es fácil imaginar que Layla es Willow porque, cuando pienso en Willow, solo puedo asociarla a su cara. Entierro los dedos en el pelo

de Layla y la miro preguntándome cómo sería si Willow estuviera dentro de ella ahora mismo. ¿Usaría la lengua así? ¿Gemiría del mismo modo?

Me envuelve la erección con los labios y empuja lo más adentro que puede. Echo la cabeza hacia atrás, contra la puerta, y gimo a la vez que le aprieto la nuca, porque no quiero que pare.

Me acaricia el miembro de forma rítmica con una mano y desliza la otra por mi vientre. Se la cojo, la aprieto y me la llevo al pecho mientras pienso en Willow. Me imagino cómo serían sus besos. ¿Se parecerían a los de Layla? ¿El sexo sería distinto? ¿Arquearía la espalda de la misma forma cuando la penetrara?

—¡Joooder! —Le suelto la mano a Layla y la agarro de la nuca con las dos—. Ya casi estoy —le advierto porque, siempre que se lo digo, para y termina con la mano.

Se aparta, jadeando, y susurra:

—Termina en mi boca si quieres.

Le brillan los ojos, como de excitación, cuando vuelve a envolverme la erección con la boca, y sé que esta es su forma de agradecerme una proposición de matrimonio que aún no se ha producido. Si no fuera porque estoy a punto de explotar, seguramente pondría fin a esto al ser consciente de qué lo ha motivado.

Todo lo que está pasando ahora mismo está mal. Layla piensa que está dándole placer a su futuro prometido y yo me imagino que ella es el fantasma del que me estoy enamorando poco a poco.

Este es el orgasmo más raro que he tenido en mi vida. Ni siquiera lo disfruto.

Me tiemblan las piernas mientras sigue envolviéndome con la boca, tragándose hasta la última pizca de engaño que le he estado administrando. No gimo, no hago ningún ruido; cierro los ojos y espero a que pare.

Cuando por fin me libera, no soy capaz ni de mirarla. Solo me vienen a la cabeza las palabras que ella misma me dijo la noche en que nos conocimos, después de que yo le dijera que era el mejor polvo que había echado en mi vida: «Siempre pensamos eso en el

momento, pero luego llega otra persona y se nos olvida lo bueno que nos parecía el anterior, y vuelta a empezar».

¿Eso ha sido Layla para mí?, ¿parte de un ciclo interminable de relaciones?

Estaba convencido de que era la definitiva, me lo decían las entrañas. Ahora, en cambio, solo siento remordimiento, porque, hasta hace diez segundos, no me he dado cuenta de que he vuelto a empezar.

He pasado a Willow.

Es con ella con quien quiero hablar cuando me despierto, a quien quiero ver antes de cerrar los ojos, con quien quiero compartir todo mi tiempo durante el día.

Ahora prefiero a Willow en casi todos los sentidos, y esa súbita constancia me pesa, me abruma, me avergüenza.

Oigo correr el agua del lavabo. Abro los ojos y veo que Layla se está lavando los ojos otra vez. Se enjuaga, escupe y se pasa el dorso de la mano por la boca para secársela antes de sonreír, orgullosa.

—¿Te he dejado sin habla? —dice riendo.

No sé ni qué responder. «Lo siento» no sería apropiado.

—Ha sido... intenso —replico por fin, y no miento. Intenso no es necesariamente algo bueno, y no quiero seguir mintiéndole a Layla. Me hace sentir mal.

Se acerca y me sube los pantalones de deporte. Luego se inclina y me besa con ternura en la mejilla y, sin apartar la boca de mi piel, dice:

—Vuelve al trabajo, anda. Ya me devolverás el favor mañana por la noche... —Se aparta, se quita la camiseta y se mete por fin en la ducha. El agua no ha dejado de correr todo este rato.

Regreso al dormitorio y me quedo mirando la cama; la misma en la que empecé a enamorarme de Layla.

Enamorarme de ella fue algo etéreo, como si una brisa me acariciara los huesos.

Desenamorarme, en cambio, pesa como si tuviera los pulmones de hierro forjado.

Me acerco a la cama y me desplomo en ella. No bajo; no me veo capaz de enfrentarme a Willow. Ni siquiera me veo capaz de enfrentarme a Layla.

Solo quiero dormir.

16

—¿Tú por qué crees que puedo tocar las cosas?

Su voz me arranca de las garras de un sueño profundo. Abro los ojos y veo a Willow tumbada de lado; me está mirando. No sé qué hora es, pero aún es de noche. Me froto los ojos con el pulpejo de las manos.

—¿A qué te refieres? —respondo con voz de sueño.

—A que, cuando no estoy dentro de Layla, puedo mover cosas, tocarlas, pero tú no me ves y yo tampoco me veo, así que no estoy hecha de materia. No tiene sentido.

—A lo mejor estás hecha de energía y, de alguna forma, canalizas esa energía hacia algo tan denso como la materia.

Suspira y se pone bocarriba. Se queda mirando la viga de madera del techo encima de la cama.

—Si eso fuera así, no sería tan fuerte.

—¿Qué quieres decir?

—A que también soy capaz de mover cosas. Lo hice una vez, cambié de sitio todos los muebles del salón en plena noche.

—¿Porque te aburrías? —pregunto.

—No, porque Wallace Billings me cae fatal y quería darle un susto.

De pronto tiene toda mi atención. Me incorporo un poco, apoyándome en un codo.

—¿Quién es Wallace Billings?

Me mira y le veo una sonrisa traviesa en los labios.

—El dueño de esto. Yo soy la razón por la que lo puso a la venta hace unos meses.

Parece orgullosa de lo que fuera que hizo. Le brillan los ojos y yo lo encuentro fascinante. Me preguntaba por qué habrían puesto en venta la finca.

Willow se incorpora un poco y se tapa bien con las sábanas.

—Ya sabes que no puedo recordar cuánto tiempo llevo aquí... —empieza, yo asiento y prosigue—: Pero lo que sí sé es que Wallace heredó esta finca justo antes de que yo apareciera. Por conversaciones que le he oído, era de su madre y él la heredó cuando ella murió, pero no sabía si mantenerla abierta, venderla o mudarse aquí. Al cabo de un tiempo, se inclinó por venirse con su familia. Y esto te va a parecer horrible, pero es que no lo soportaba, te juro que trataba fatal a todo el mundo: a su mujer, a sus hijos, a cualquiera con quien hablase por teléfono. No me imaginaba compartiendo la casa con él el tiempo que fuera que me tocara estar aquí.

—¿Y qué hiciste?, ¿atormentarlo?

—No —contesta negando con la cabeza, pero después aparta la mirada—. Bueno, igual lo que hice podría considerarse un tormento. Como yo nunca me he identificado como fantasma, para mí, lo único que estaba haciendo era gastarle bromas.

—¿Como cuáles?

Agacha un poco la cabeza y me mira algo avergonzada.

—No me juzgues, por favor.

—No te juzgo —le prometo, y se relaja un poco.

—Al principio eran cosas pequeñas, como cerrar de golpe las puertas, apagar las luces..., los típicos indicios de que una casa tiene fantasmas. Me divertía ver cómo intentaba justificarlo todo. Pero cuanto más era testigo de lo capullo que era, mayores eran las bromas. Una noche, después de decidir que ya no lo aguantaba más, cambié de sitio todos los muebles del salón. Me llevé el sofá al otro lado de la estancia, el piano al extremo opuesto... Incluso cambié de estantería los libros.

—¿Y cómo reaccionó al día siguiente, cuando vio que nada estaba en su sitio?

Willow aprieta fuerte los labios y mueve la cabeza de un lado a otro con cara de corderito.

—Es que... esa es la cosa: que lo cambié todo de sitio mientras él aún estaba en el salón. —Intento imaginar lo que debió de ser para

el pobre: ver moverse un piano solo por toda la estancia—. Puso la casa a la venta ese mismo día y no ha vuelto desde entonces.

—¡Madre mía! —exclamo riendo—. Eso explica las prisas por venderla...

Willow se deja caer de nuevo sobre la almohada, sonriendo orgullosa. Su sonrisa es contagiosa. Me tumbo yo también y sonrío con ella.

La anécdota me hace recordar algunos de los episodios que viví yo los primeros días en la casa, cuando Willow impidió que ardiera la cocina, cuando limpió las manchas de vino... Aunque a mí no me estaba atormentando, precisamente. Me giro a mirarla.

—¿Por qué no me atormentaste cuando aparecí?

De pronto, su sonrisa se desvanece.

—Porque no, porque tú no eres un capullo y me dabas pena.

—¿Te daba pena? ¿Por qué?

Se encoge de hombros.

—Parecías triste, no sé.

«¿Parecía triste?».

«¿Estoy triste?».

Aparto la mirada bruscamente y miro al techo.

—¿Siempre has estado triste? —pregunta.

—No sé si te entiendo cuando dices «triste». Ponme un ejemplo.

—Es sobre todo cuando Layla sale de la habitación —me contesta —. Te quedas con los ojos clavados en la puerta un buen rato, con esa mirada perdida... A veces incluso pareces triste cuando estás con ella. No sé, es una sensación que tengo. Seguramente me equivoco.

No debería estar negando con la cabeza, pero lo hago.

—No te equivocas.

Ella se incorpora de nuevo y se tapa el pecho con la sábana. Me vuelvo, aún con la cabeza en la almohada, y la miro.

—¿No estás a gusto con Layla? —pregunta.

—Antes sí, pero ahora... es complicado. —Lo digo en voz baja, porque, de algún modo, parece menos una confesión si lo hago así —. Han cambiado mucho las cosas entre nosotros desde aquella noche, desde el disparo. No somos la misma pareja del principio. Ella

lo ha pasado muy mal, física, emocional y mentalmente. Y yo, claro, jamás la dejaría tirada, pero... —No sé cómo acabar la frase. Nunca he reconocido esto en voz alta.

—Pero ¿qué? —pregunta Willow.

Suspiro.

—A veces me pregunto si, de haber conocido hoy a la Layla que es ahora, me habría enamorado de ella con tanta facilidad como lo hice en su día. No sé. En el fondo, creo que no sería capaz de enamorarme de esta Layla en absoluto, y cuando me asaltan estos pensamientos... me siento como una mierda. Porque yo tengo la culpa de que sea así. Yo soy la razón por la que es tan infeliz ahora. Porque no supe protegerla.

Willow me mira compasiva, casi con remordimiento, como si se arrepintiera de haber abierto ese melón. Suspira suavemente en el silencio del dormitorio.

—Puede que, con el tiempo, todo vuelva a ser como al principio entre vosotros dos. Si te sirve de consuelo, últimamente ya no te veo tan triste, no como cuando llegaste.

La miro a los ojos.

—Eso no tiene nada que ver con Layla, sino contigo —reconozco.

Willow no reacciona más que con los ojos: pestañea un poco, como si no se lo esperara. No debería habérselo dicho y me arrepiento en cuanto lo suelto, pero ya está dicho, y lo he dicho porque es verdad. Espero con más ilusión estos momentos con Willow que los que paso con Layla.

¿En qué lugar me deja eso?

Me siento y me froto la cara con las manos, luego el pelo. Me estoy agarrando la nuca cuando, de pronto, cambio completamente de tema.

—¿Tienes hambre? ¿Te preparo algo de comer?

Willow me mira sin inmutarse, como si aún estuviera digiriendo mis palabras, pero luego asiente y baja con delicadeza de la cama, dejando atrás la sábana. Se acerca segura al armario y coge una de las camisetas de Layla. Me pilla mirándola mientras se la pone; esta vez no soy capaz de apartar los ojos de ella.

—No es nada que no hayas visto ya —dice sin alterarse.

Sale de la habitación y yo me quedo escuchando cómo sus pasos se pierden por las escaleras. Espero un par de minutos y bajo también. Me avergüenza reconocer que ver desnuda a Willow me ha impactado más que ver a Layla chupándomela. Y eso es un puto disparate, porque es el cuerpo de Layla de todas formas.

He hecho unos sándwiches de queso a la plancha. Layla solo ha cenado una ensalada y, según Willow, el rugido de estómago de esta noche era importante, así que le he preparado dos sándwiches.

Me alivia que Willow esté cuidando del cuerpo de Layla, aunque solo sea en el aspecto nutricional. Tampoco es que un sándwich de queso a la plancha sea muy nutritivo, pero es mejor para su cuerpo que un déficit calórico y, desde luego, Layla no se comería jamás algo así voluntariamente.

Ya hace un tiempo que me preocupa su obsesión con la dieta, pero no lo he convertido en una prioridad porque, en los últimos seis meses, me he estado centrando en muchas otras cosas relacionadas con ella y pensaba que lo de la alimentación se regularía por sí solo. Aunque no ha sido así, al menos Willow consigue que me preocupe menos.

Va por el segundo sándwich y no hemos hablado desde que le he pasado el plato de comida. Estoy con el portátil, mirando el anuncio de venta de la casa. Aún no me he decidido. No quiero dejar sola a Willow, pero sé que Layla no quiere mudarse aquí. Le pediría a Willow que se viniera con nosotros, pero eso, en realidad, no es una opción; no puedo permitir que siga usando el cuerpo de Layla. Iba a ser solo una solución temporal, una forma de que se comunicara conmigo, pero empieza a pasarle factura a Layla. Y también a mí.

La única solución que se me ocurre es comprar la casa. Si lo hago, Layla y yo vendremos de vez en cuando y Willow podrá seguir ocupando su cuerpo los días que estemos por aquí. Entretanto, podemos buscar una solución para Willow. Cuando ella esté preparada para eso, claro.

Le mando un correo electrónico a la agente inmobiliaria y le ofrezco diez mil dólares más del precio de venta, pero la informo de

que me gustaría permanecer en la finca mientras se cierra la transacción.

No sé qué le va a parecer a Layla que nos quedemos unos días más, pero su preocupación no afecta a mi decisión. Ya la he tomado y estoy preparado para hacer frente a las consecuencias.

Cuando le mando el correo a la agente inmobiliaria, leo algunos mensajes que tenía pendientes en mi bandeja de entrada. Uno es de una dirección que no identifico.

Leeds:

Hace tiempo que no nos vemos por el foro. Perdone que lo aborde por otro medio, pero tengo un don para separar la paja del trigo. Le creo, y espero que usted me crea a mí también.

Puedo ayudar a su fantasma.

El correo no va firmado, pero me suena el nombre de la dirección: UncoverInc.

¿Cómo me ha encontrado? Si ni siquiera uso mi nombre de verdad en el foro...

Entro enseguida en el foro para revisar mi perfil, preguntándome si habrá sacado algún dato, de alguna forma, de mi cuenta de Facebook. Todos los ajustes son privados, pero, cuando estoy a punto de salir, se abre la ventanita del chat.

¿Le ha llegado mi correo?

Miro a Willow, sentada frente a mí, que sigue comiendo sin hacerme ni caso. Me revuelvo en el asiento y decido responder.

Sí, ¿de dónde ha sacado mi correo electrónico?

Si quiere permanecer anónimo, no se comunique nunca con alguien por móvil. A mí no me interesa usted, ni quién es, así que no hay motivo de preocupación. Solo me interesa su fantasma. ¿Ha averiguado algo?

No.

¿Sigue en la pensión?

Me recuesto en la silla y me quedo mirando el mensaje, inquieto. «¿Sabe dónde nos alojamos?». Se me desboca el corazón. La última vez que alguien averiguó dónde vivíamos, la cosa no terminó bien. Me levanto de golpe de la silla y voy a la puerta de la calle para asegurarme de que está echado el cerrojo.

Compruebo dos veces el sistema de alarma cuando paso por delante, para confirmar que está activado. Reviso el resto de puertas y todas y cada una de las ventanas de la finca. Tardo un rato, porque esta casa es enorme y tiene muchas ventanas, así que, cuando vuelvo a la cocina, no me sorprende que Willow haya terminado de comer. Lo que sí me sorprende es que esté curioseando en mi portátil.

—¿Qué es esto? —pregunta señalando la pantalla y mirándome como si la hubiera traicionado. No tengo claro si está enfadada o no. Niego con la cabeza e intento cerrar el ordenador, pero ella vuelve a abrirlo—. ¿Quién es ese tío?

—No lo sé.

—¿Cómo sabe de mí?

—Lo conocí en un foro. Pensaba que mi perfil era anónimo, pero ha encontrado una forma de localizarme.

Willow aprieta la mandíbula. Se levanta y se pasea nerviosa por la cocina.

—¿Por eso estabas tan agobiado mientras yo comía?

—No estoy agobiado.

—Claro que sí. Has comprobado todas las puertas y ventanas de la casa porque esa persona, sea quien sea, sabe dónde vivimos.

—Tranquila, soy muy cauto. Está todo cerrado.

Willow tiene los hombros tensos. Es la segunda vez que la veo estresada dentro del cuerpo de Layla. Deja de pasearse y dice:

—¿Por qué has estado hablando con él? ¿Quieres echarme de la casa?

—No, no es eso. Entré en un foro porque, cuando empezó todo esto, pensaba que me estaba volviendo loco.

—¿Y por qué sigues hablando con él?

—Porque no deja de escribirme. No te escondo nada, Willow. Está empeñado en que puede ayudarte, pero no he aceptado su

ofrecimiento porque sé que no es lo que quieres ahora mismo.

Suelta un resoplido. Luego va al congelador, lo abre y coge una tarrina de dos litros de helado. Saca una cuchara, la clava en el helado y se come una buena cucharada.

—Ambos sabemos qué solución nos dan siempre a los fantasmas —dice hablando entre cucharadas de helado de menta con pepitas de chocolate—. Me van a largar de aquí. Sea cual sea la razón por la que estoy atrapada en esta casa, si ese tipo tiene razón, me liberarán y dejaré de estar aquí. Ya lo has visto en las películas. Patrick Swayze tuvo que morir dos veces en *Ghost*. ¡Dos veces!

—No son más que películas, Willow, escritas por gente de Hollywood a la que le pagan para que haga uso de su imaginación. No sabemos con certeza lo que viene después.

Ella se pasea sacudiendo la cuchara de forma amenazante, con la tarrina de helado pegada al pecho.

—Igual no, pero hay consenso. Es igual en todas las películas de fantasmas. Todos los fantasmas lo son porque algo salió mal o porque fueron malos en el pasado o tienen asuntos pendientes o necesitan que los perdonen ¡o perdonar! —Se deja caer en una silla, junto a la mesa. Canaliza toda su energía en fruncir el ceño—. ¿Y si no me gusta lo que averiguo, lo que viene después?

Se come otra cucharada de helado y deja la cuchara bocabajo colgada de su boca mientras se inclina hacia delante, cruzando las manos en la nuca y clavando los codos en la mesa.

No era mi intención disgustarla.

Antes de que llegáramos Layla y yo, Willow no tenía esas preocupaciones, ni siquiera se consideraba un fantasma; existía sin más en el reino en el que estaba y con eso le valía, hasta que aparecí yo. No ha salido nada bueno de su paso a nuestro reino.

No ha servido más que para que Layla se estrese con su fatiga. A mí me ha convertido en un mentiroso. A Willow le ha generado un temor que antes no sentía.

—Willow... —digo en voz baja, y ella me mira y se saca la cuchara de la boca—. ¿Tú crees que lo que estamos haciendo está mal?, ¿usar a Layla de este modo?

—¡Pues claro que está mal! Que podamos hacerlo no significa que esté bien que lo hagamos.

Aunque preferiría que no tuviera razón, sé que la tiene. Lo he sabido desde el principio, pero mi lado egoísta lo ha tapado con la excusa de que lo hago por ayudar a Willow.

Solo que, antes de que viniéramos, Willow ni siquiera buscaba ayuda. Se metió dentro del cuerpo de Layla solo para probar la comida, y eso tenía un pase, pero luego yo me impliqué demasiado. Me fascinó de una manera morbosa hasta el punto de llegar a poner en peligro a Layla y puede que incluso a la propia Willow.

Quizá no exista un manual para tratar con fantasmas, pero no necesito tenerlo por escrito para ver la diferencia entre lo que está bien y lo que está mal.

Willow vuelve a llevar el helado al congelador.

—Pareces cansado —dice sin alterarse.

—Lo estoy.

—Vete a la cama —me propone señalando las escaleras—. Yo voy a ver una peli.

No quiero que vea una peli. No sé si quiero que siga usando el cuerpo de Layla.

—Layla también está cansada. Necesita dormir.

Willow se tensa al oír mis palabras. Ve en mi gesto resuelto que he llegado al límite de lo inmoral y se me queda mirando en silencio, triste.

—¿Quieres que salga de ella? —susurra.

Asiento, doy media vuelta y me dirijo a las escaleras porque no quiero verle la cara. Me sigue de cerca y entra en el dormitorio un minuto después, con la cabeza gacha. No me mira mientras se dirige al lado de la cama donde duerme Layla; aún lleva puesta la camiseta que ha sacado antes del armario.

—Layla no llevaba esa ropa cuando se ha ido a dormir.

Willow se quita la camiseta y se acerca al armario a colgarla. Ni se molesta en taparse cuando vuelve a la cama, pero yo no estoy mirando su cuerpo, sino el reflejo de la luna en su rostro y las lágrimas que le rebosan de los ojos.

Se acuesta y se tapa hasta el cuello, y aunque está de espaldas, la oigo llorar. Me fastidia haberla disgustado; no quiero que esté triste, pero no se me ocurre otro modo de arreglar esto. Ella es un fantasma que no quiere ayuda y yo un tío que no quiere abandonarla. Nos comunicamos a través de una chica que no tenemos ningún derecho a utilizar como la hemos estado utilizando.

Esto parece una ruptura, y eso que ni siquiera hemos tenido una relación íntima.

Respira entrecortadamente, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por contener las lágrimas. La necesidad de consolarla se me hace insufrible, sobre todo porque he sido yo quien la ha hecho sentir así. Poso la cabeza en su almohada, busco su cuerpo por debajo de las sábanas y le paso el brazo por el vientre. Ella me coge el brazo y me lo estruja a modo de apoyo moral; es su forma de hacerme saber que entiende mi decisión, aunque eso no lo haga más fácil.

Cuando Layla está triste, casi siempre tiene arreglo con cualquiera de las medicinas que toma para la ansiedad o el dolor. La tristeza de Willow, en cambio, es inalcanzable aun estando tan cerca. No puedo aliviar la soledad que sufre en su mundo, no puedo decirle que todo se arreglará porque no lo sé. Este es un viaje impredecible para los dos.

—Quiero que le contestes mañana —me pide—, que le preguntes a ese tío si de verdad cree que puede ayudarme.

Cierro los ojos, aliviado de que por fin esté dispuesta a hacer algo al respecto. La idea de que viva eternamente sin un propósito me resulta deprimente. Le doy un beso en el cogote.

—Vale —susurro.

—¿Quieres que deje de usar a Layla?

No contesto enseguida porque no es un simple sí o no. Claro que quiero que siga usando a Layla, me gusta pasar tiempo con ella, pero también quiero que pare porque hemos llevado esto demasiado lejos.

Interpreta mi silencio como una confirmación de que no quiero que siga haciéndolo.

Entierro la cara en su pelo, pero sigo sin hablar. Cualquier cosa que diga a estas alturas me parecerá un elemento más en la lista de traiciones a Layla, como haber hecho una oferta por la casa. Ni siquiera se lo he contado a Willow, y ya no tengo tan claro que vaya a querer que la compre.

—He hecho una oferta por la casa.

Willow se da la vuelta. Me roza el brazo con los pechos y procuro pasarlo por alto, pero nunca habíamos estado en una postura tan íntima. Cuesta ignorarlo cuando tengo la cara a escasos centímetros de la suya y ella me mira con un destello de esperanza en esos ojos llenos de lágrimas.

—¿Sí?

Asiento y levanto la mano de su cintura para acariciarle la frente y apartarle un mechón de pelo que le cae por los ojos.

—Sí. De ese modo, no estaré aquí todo el tiempo, pero puedo venir de visita. Quiero ayudarte.

—¿Y Layla?

Me encojo de hombros, porque no sé qué pasará con ella, no sé si querrá volver aquí ni qué será de lo nuestro cuando nos marchemos. Lo mío con Layla es distinto ahora que Willow ha entrado en escena.

Pero también sé que mis visitas a esta casa serán otra forma de tortura si no usamos el cuerpo de Layla. Podremos comunicarnos, sí, pero tendremos que hacerlo sin mirarnos a los ojos, y eso me parece un tormento.

La habitación está en silencio, tan en silencio que juraría que oigo cómo el corazón le aporrea el pecho a Willow. Me mira desde abajo, con una mezcla de anhelo y tristeza, y yo a ella desde arriba, prácticamente igual.

Ni siquiera comprar esta casa me tranquilizaría; seguiría pensando en ella cada minuto del día cuando no estuviera aquí, fingiendo que Layla es Willow cada vez que la beso.

Poso los ojos en los labios de Willow y recuerdo de pronto la forma tan loca en que me latía el corazón cuando besé a Layla por primera vez, solo que ahora el *pim* es más pequeño y el *PAM* mucho mayor.

Nunca pensé que fuera a sentir por nadie más algo semejante (o mayor) que lo que sentí esa noche, pero ahora mismo... siento todo

lo que puede sentirse en este mundo, unido a todo lo que podría sentir en el mundo de Willow.

Le acaricio la mandíbula con el dorso de la mano y le echo la cabeza un poco más hacia atrás. Ella mantiene los ojos abiertos mientras bajo la cabeza y la beso. Vacilamos los dos cuando nuestros labios se rozan con un levísimo movimiento. Es como si ambos tuviéramos miedo de lo que esto pueda significar en nuestro futuro.

¿Cruzar la barrera física besándola me hará anhelarla aún más y no querer marcharme nunca? ¿Debilitará mi determinación hasta el punto de dejar que Willow ocupe el cuerpo de Layla siempre que quiera?

En este momento, la verdad es que me da igual.

En este momento, lo único que me importa es mi necesidad imparable y egoísta de besar a Willow. Incluso me sería indiferente que esto supusiera un trastorno para toda la humanidad.

Le entierro las manos en el pelo y le cuelo la lengua en la boca, y no lo hago con delicadeza. La beso con una pasión que no sabía que llevara enterrada dentro de mí.

Ella gime en mi boca, y eso magnifica mi urgencia. No sé por qué, pero la beso como si alguien fuera a arrebatarnos este momento y ella me responde con idéntico entusiasmo, escondiéndome los dedos en el pelo, arrimándose más a mí. Pega su pecho al mío y me recorre una sensación brutal. Quiero subirme encima de ella, entrar en ella. Quiero recorrer con mi boca hasta el último centímetro de su cuerpo. Quiero oír cualquier tipo de sonido que sea capaz de hacer, y que mis manos y mi lengua sean responsables de esos sonidos.

El beso solo ha durado unos segundos, pero con eso ha bastado para que brote en mi interior un deseo tal que incluso ese primer beso se me antoja doloroso, triste. Nunca me habían inundado tantas emociones durante un beso, pero paso por todas las que mi cuerpo y mi mente son capaces de generar hasta que la que menos me interesa me consume por completo.

Me duele todo, pero en especial el pecho. Me duele tanto que me veo obligado a apartarme de ella e inspirar hondo porque siento como si me estrangularan el corazón. Me pongo bocarriba e intento

recuperar el resuello, pero no hay aire suficiente en este mundo para aliviar esa sensación.

Busco a tientas la mano de Willow y se la cojo, pero no puedo hacer más. No puedo volver a besarla, no me veo capaz de pasar otra vez por esto sabiendo que no podré tenerla el resto de mi vida.

No debería haberlo hecho. Ahora no quiero marcharme; lo único que me importa es asegurarme de que Willow no vuelva a pasar un día sola en esta casa. Me invade la necesidad imperiosa de averiguar por qué está atrapada en su mundo... porque me urge atraparla en el mío.

Ladeo la cabeza para mirarla y, nada más hacerlo, me arrepiento. Solo consigo empeorar las cosas, porque veo que tiene el corazón roto. Se acerca a mí, entierra la cabeza en el hueco de mi cuello y se acurruca contra mi cuerpo.

—Cada vez que tengo que abandonar su cuerpo es como un castigo. Todas las noches, una y otra vez. Es una tortura.

La envuelvo en mis brazos, deseando poder arreglarlo todo. Pero no puedo.

No he hecho otra cosa que empeorarlo.

17

Estoy solo en la cama cuando despierto. Toco la almohada de Layla y la acaricio como si Willow aún estuviera tumbada ahí. «A lo mejor está».

Me incorporo para mirar la hora, pero no encuentro el móvil. Miro en el suelo, en la cama... No está en esta habitación.

«¿Lo habrá cogido Layla?».

Bajo corriendo a buscarla, con el miedo dos escalones por delante de mí, preguntándome por qué se lo habrá llevado y qué estará viendo: alguna conversación con Willow, la app del sistema de seguridad... Entro precipitadamente en la cocina, pero Layla no está allí. Registro el salón, los dormitorios de la planta baja..., abro la puerta del jardín, pero tampoco está en la piscina. Me dirijo a toda prisa a la puerta de la calle y la abro de golpe.

Está sentada en los escalones del porche, mirando al infinito. Lleva un cigarrillo en la mano.

—¿Qué haces?

No se vuelve a mirarme, y eso me hace pensar que me ha pillado. Son muchas cosas: las cámaras, las conversaciones en el portátil, el beso de anoche... Me acerco con cautela a los escalones y la veo dar una calada lenta.

—No sabía que fumaras —le digo.

Ella exhala el humo.

—No fumo, pero siempre llevo algún cigarrillo en el bolso por si me estreso. —Gira un poco la cabeza para mirarme. No sé a qué se debe esa expresión de persona traicionada, pero es obvio que algo ha descubierto.

—¿Qué pasa, Layla? —pregunto manteniendo la calma.

Ella vuelve la vista al frente de nuevo y me dice sin alterarse:

—¿Por qué no me has dicho que tienes pensado comprar la casa?

Echo la cabeza hacia atrás y se me escapa un resoplido de alivio. Pensaba que igual había encontrado las grabaciones de seguridad. Eso no habría podido explicárselo.

Aunque sí esperaba que lo de la casa la enfureciera. No me importa que lo sepa, iba a contárselo hoy de todas formas.

—¿Cómo te has enterado?

—La agente inmobiliaria acaba de pasarse por aquí. —Apaga el cigarrillo en el escalón de madera, lo que me parece un insulto—. El contrato está en la encimera de la cocina. Tienes que firmarlo antes de que acabe el día.

Nunca la había visto tan cabreada. Sus frases son cortantes y no me mira a los ojos.

—Layla, quería que fuera una sorpresa.

—Pues vaya si lo ha sido —replica. Se levanta y pasa por mi lado bruscamente, entra en la casa y sube al dormitorio.

La sigo, algo confundido por su nivel de cabreo. No esperaba que le entusiasmara la idea, pero tampoco que se encendiera tanto.

—Layla... —empiezo, ya arriba, pero entonces me cierra la puerta de la habitación en las narices. La abro y veo como saca una maleta vacía de debajo de la cama, la tira encima y se dirige a la cómoda—. ¿Por qué te disgustas así?

Coge en brazos todo lo que hay en el cajón de la cómoda y lo tira en la maleta.

—No quiero vivir en medio de la nada. Somos una pareja. Estas cosas tendrías que hablarlas conmigo, pero lo has decidido a mis espaldas. —Se acerca al armario y coge unas cuantas blusas y camisetas.

—No te lo estaba ocultando, era una sorpresa. Nos enamoramos aquí, así que pensaba que este sitio era especial para nosotros.

Su rostro se retuerce en una mezcla de confusión y rabia.

—Mi hermana se casó aquí, este sitio significa más para ella que para mí. A mí ni siquiera me gusta Kansas, te lo he dicho de todas las formas que se me ocurren sin llegar a ser borde. —Mete las blusas en la maleta, con percha y todo—. ¿Qué te propones, Leeds?,

¿obligarme a mudarme a un sitio en el que no quiero vivir?, ¿o acaso esperabas que te dejara y volviera a Chicago sola?

Sigue recogiendo sus cosas y no sé si voy a poder convencerla de que no se marche. No puede irse, y menos aún después de lo de anoche, del beso con Willow. Tengo que convencerla de que se quede por lo menos esta noche. Necesito ver a Willow otra vez, aunque solo sea para despedirme cara a cara.

Y no puedo hacerlo si Layla se va.

Voy corriendo al armario y hurgo dentro de la zapatilla. Saco nervioso el anillo de compromiso.

—Tenía un plan, Layla —le digo, y me acerco a ella, que se queda mirando el estuche que llevo en la mano—. Esta noche iba a proponerte que nos casáramos y a contarte lo de la casa. Lo tenía todo previsto. No quería que te enteraras así.

Layla ha dejado de guardar sus cosas en la maleta. Mira fijamente la cajita y luego me mira a mí, pero sus ojos siguen llenos de rabia.

—Ya había visto el anillo. ¿Eres consciente de que te dejaste el tique dentro de la cajita?

No entiendo qué importancia tiene eso. Lo habría sacado antes de pedirle matrimonio de todas formas.

—¿Y eso qué más da?

—Pues que compraste ese anillo cuando yo aún estaba en el hospital, Leeds. ¡Hace medio año! Eso significa que te has pasado los últimos seis meses dudando de si quieres estar conmigo. —Se da la vuelta y cierra la cremallera de la maleta—. Si no quieres marcharte, genial, quédate y enciérrate en tu enorme casa, pero a mí este sitio no me gusta y no me apetece vivir aquí. Me llevo el coche.

«Joooder. ¡JODER!». Si se va, no podré volver a ver a Willow.

Corro y le tomo la delantera. Me pongo delante de la puerta y me arrodillo delante de ella, obligándola a detenerse.

—No es así como quería hacer esto —le digo—, pero, desde la noche que te conocí, sé que quiero casarme contigo. Compré este anillo hace seis meses sabiendo que, en cuanto te recuperaras, volveríamos aquí. Quería pedirte que fueras mi mujer, pero quería

hacerlo en el sitio donde nos conocimos. Te quiero y quiero pasar el resto de mi vida contigo, Layla. No te vayas, por favor.

Pero no se mueve. Mira fijamente el anillo, menos tensa que hace un minuto, menos enfadada.

—Por favor —le suplico.

Vacila, todavía llena de dudas. Suelta la maleta.

—Estoy muy confundida —dice—. Quiero creerte..., ¿por qué no te creo?

«Porque no deberías», me dan ganas de decirle. En cambio, me pongo de pie y le cojo la mano. La miro a los ojos con lo que espero que parezca sinceridad, porque lo que estoy a punto de decirle es cierto.

—Supe que quería casarme contigo la noche que nos conocimos. Nunca había conectado tanto con nadie como contigo. —Lo que le digo después sí es mentira—: Quiero pasar el resto de mi vida contigo, Layla. Por favor, cásate conmigo.

Se lo ha creído, se lo noto en la cara; toda la rabia se ha convertido en alivio.

—Entonces, ¿no has tenido dudas sobre lo nuestro?

«Sí, desde hace seis meses».

—No, ni por un segundo.

Le brota una lágrima y niega con la cabeza, arrepentida.

—Lo he estropeado todo, Leeds, lo siento. Me he enfadado y lo he estropeado todo.

Saco el anillo del estuche y se lo pongo en el dedo tembloroso. Ya está llorando desconsoladamente.

—No es culpa tuya. Tendría que haberlo planeado mejor.

Ella niega de nuevo con la cabeza y se arroja a mis brazos, colgándose de mi cuello.

—No, ha sido perfecto. —Me besa y se aparta para mirar el anillo —. Y sí. Sí, sí, sí, me caso contigo.

No era así como había imaginado este momento. Ni mucho menos. Procuro que no se me note en la cara, pero cuanto más sonríe ella, más pequeño me siento yo.

Me besa otra vez. Sabe a tabaco y tengo que hacer un esfuerzo por aguantar.

He hecho muchas cosas horribles en este último año, pero esta debe de ser la más ruin de todas. Acabo de prometerme con una chica de la que ya no sé siquiera si sigo enamorado.

—Voy a llamar a Aspen —dice. Sale del dormitorio y baja las escaleras.

Me quedo allí plantado, negando con la cabeza. «Pero ¿iqué cojones he hecho!?».

Oigo algo a mi espalda, un ruido que viene de la cómoda. El cajón de abajo se abre despacio. Me acerco y miro dentro. Mi portátil y mi móvil están escondidos allí. Cojo el móvil y meto el pin. Abro el chat por el que solemos hablar Willow y yo. Hay un mensaje sin leer que dice:

> He tenido que esconder tu móvil
> y tu portátil cuando se ha ido la de
> la inmobiliaria. Layla parecía muy cabreada y no
> quería que se pusiera
> a husmear.

El mensaje es de hace una hora. Suspiro, me acerco a la cama y me dejo caer de bruces.

—Lo siento —digo en voz alta—. No tenía alternativa.

La estancia está en silencio. Dejo el móvil en la cama por si Willow quiere usarlo para contestarme.

No lo hace.

No me dice absolutamente nada.

18

—No comes lo suficiente —le digo más bruscamente de lo que pretendía, y Layla levanta la vista del plato que finge comerse.

—He comido lo suficiente para engordar un kilo y pico desde que llegamos.

—No me refiero solo a estas dos últimas semanas. No ingieres ni ochocientas calorías al día, como mucho. Me preocupa.

—Mi cuerpo está acostumbrado a esas ochocientas calorías. Funciono perfectamente.

—No es verdad. Pasas hambre.

Ríe, incrédula.

—Lo dices como si conocieras mi cuerpo mejor que yo.

La estoy mosqueando y no es eso lo que pretendo. Lo que pasa es que llevo todo el día cabreado y lo estoy pagando con ella. Willow no ha vuelto a hablarme desde que le he dado el anillo a Layla; he intentado comunicarme con ella cada vez que me quedo a solas, pero no me responde.

«Se avecina otra noche contando los minutos para que Layla se duerma».

Llevo mi plato al fregadero y lo enjuago. Layla nota que me pasa algo. Se levanta de la mesa arrastrando la silla y se acerca a mí.

—¿Estás bien?

Caigo en la cuenta de que debería estar eufórico porque hoy le he propuesto matrimonio al «amor de mi vida», pero me cuesta incluso fingir una sonrisita.

—¿Es por lo de la casa? —me pregunta—. ¿Tan importante es para ti?

No detecto ni rastro de enfado en su voz. Parece intrigada de verdad, así que me aprovecho de su buen humor. Le cojo la barbilla.

—Aquí es donde te conocí, Layla. Claro que es importante para mí.

Sonríe.

—¡Qué tierno! —dice, aunque eso no significa que esté de acuerdo.

—Sería una buena inversión. —Ni siquiera sé si eso es cierto. Igual la casa es una ruina—. Además, no tendríamos que vivir aquí, podríamos comprar una casa en Nashville y venir a Kansas solo cuando nos apetezca.

Parece que está valorando de verdad todo lo que le digo.

—¿No viviríamos aquí?

—No, sería solo una casa de vacaciones. Pero, si la compro, vamos a tener que quedarnos una semana más para que pueda cerrar el trato y dejarlo todo listo antes de volver a Tennessee.

Nunca he comprado una finca, pero fijo que se tarda más de una semana en cerrar una operación de este tipo, solo que no quiero que Layla lo sepa.

Me apoya la frente en el pecho.

—¡Una semana entera! —exclama con un suspiro—. Ufff... Vaaale. Confío en ti.

Me aparto un poco.

—¿En serio?

Asiente.

—¿Por qué no? Parece que significa mucho para ti, y pronto serás mi marido. Además, molaría que nos casáramos en el mismo sitio que mi hermana.

La estrecho contra mi cuerpo y la abrazo. Es el primer abrazo que le doy en los últimos días que no me parece forzado, pero es que sus palabras me alivian mucho. Me está concediendo una semana más aquí, con lo que podré volver a ver a Willow.

Además, ser propietario de este sitio me dará más tiempo para ayudarla.

O no. Porque, después de lo de hoy, tal vez Willow no vuelva a hablarme.

Como le he propuesto matrimonio a Layla, lo lógico era que no la rechazara esta noche cuando se me ha insinuado. Se ha desnudado del todo y me ha dicho que quería que le hiciera el amor sin otra cosa puesta que el anillo de compromiso.

He tenido que volver a pensar en Willow para poder seguir adelante. Luego, cuando hemos terminado y Layla ha querido que nos quedáramos abrazados, me he imaginado que era a Willow a quien acariciaba despacio hasta que se ha quedado dormida.

Eso ha sido hace media hora, y seguimos en la misma postura: Layla está dormida en mi pecho. Yo miro al techo, esperando a que aparezca Willow. ¡Confiando en que lo haga!

No he llamado a mi madre para decirle que me he prometido con Layla. No me siento orgulloso de ello. No me hace feliz pensar en cómo se va a sentir Layla cuando le confiese que ya no la quiero.

Se revuelve contra mi pecho y se incorpora.

El cuerpo entero me suspira de alivio cuando veo que es Willow. Empezaba a pensar que la había cabreado lo suficiente como para que no quisiera volver a ocupar a Layla.

Se mira el anillo de compromiso; luego se lo quita y lo deja en la mesilla.

—No me gusta la sensación —dice. Se tapa el pecho desnudo y, por debajo de las sábanas, se rasca el hombro. Su elegancia es una de las cosas que más me gustan de todo lo que la diferencia físicamente de Layla.

La atracción es algo extraño. ¿Cómo es posible que, con el mismo cuerpo, mi forma de reaccionar a ellas sea distinta? ¿Cómo es que el sexo de hace un rato con Layla me ha parecido una obligación, pero mirar a Willow es como una recompensa?

—Es más guapa cuando tú estás dentro de ella —le digo.

Willow no me mira a los ojos.

—No me estás haciendo ningún cumplido. No es mi cuerpo. —Se levanta y cruza la estancia con seguridad. Entra en el baño y cierra la puerta. A los pocos segundos, oigo la ducha. Sabe que esta noche me he acostado con Layla y se lo está quitando de encima. Debe de ser duro para ella que tenga intimidad con Layla, pero necesito esa intimidad para retenerla aquí, o no volveré a ver a Willow.

Es el peor callejón sin salida imaginable: no puedo romper con la chica de la que me estoy desenamorando porque, si lo hago, no podré pasar tiempo con la chica de la que me estoy enamorando.

Cuando termina de ducharse, vuelve al dormitorio envuelta en una toalla, que deja caer al suelo para ponerse una camiseta antes de meterse otra vez en la cama conmigo. Se pone de lado, de espaldas a mí. Está dolida, y es culpa mía.

—No quiero casarme con ella, Willow.

—Entonces no deberías habérselo pedido —responde enseguida.

—¿Y qué iba a hacer?, ¿dejarla marchar?

Willow se da la vuelta y se incorpora.

—Sí.

«Para ella es muy fácil».

—No quería que nos privara de nuestra última noche juntos.

—Y después de esta noche, ¿qué? ¿Qué pasará si compras la casa? ¿Tendremos una aventura de escándalo cada vez que a Layla le apetezca volver aquí contigo? ¿Podré ocupar su cuerpo después de oírte hacerlo con ella desde el otro lado de la puerta? —Le cojo la mano y tiro de ella para acercármela, fastidiado por la tristeza de sus palabras. Se rinde a mi abrazo—. Esto no es justo para mí. Tú nos tienes a las dos en tu mundo, pero yo no te tengo a ti en el mío.

Le acaricio el pelo con ternura.

—Si supiera hacerlo de otro modo, lo haría. Y ya no estoy enamorado de Layla, por si te sirve de algo.

—Claro que lo estás —replica en voz baja—. Solo estás confundido. Llegaste aquí enamorado de ella, pero yo lo he complicado todo usando su cuerpo.

—Ya era complicado antes de que llegásemos. Pensé que, si volvíamos aquí, todo cambiaría, que se arreglaría de algún modo, pero no ha hecho más que empeorar. Tú misma me has dicho que parezco triste cuando estoy con ella.

Willow levanta la cabeza de mi pecho y me mira a los ojos.

—¿Y si eso es culpa mía? Si no estuviera aquí, colándome en tu vida, podrías haber reconectado con ella.

Suspiro, porque no quiero que me mire cuando le suelte lo que estoy a punto de decirle. Temo que pierda el respeto que aún pueda

sentir por mí.

—No tiene nada que ver contigo, Willow. He visto a Layla en sus horas más bajas, y algunas de esas horas bajas eran bajas de verdad, bajísimas. Al principio, pensaba que mi desinterés se debía al cambio brusco de nuestros roles de pareja; me había convertido en su cuidador. Creí que, cuando mejorara, todo cambiaría, pero cuanto más se recuperaba ella, más lejos me sentía yo. Eso no es culpa suya, ni tuya, ¡es solo mía! —Me froto la cara con ambas manos y suspiro hondo—. Todo esto es culpa mía. Lo que le estamos haciendo a Layla, lo que le hizo Sable, ¡lo que yo le hice a Sable!

Willow se sienta en la cama. Se abraza las rodillas y guarda silencio un momento.

—Quiero saber lo que pasó esa noche.

—¿No puedes curiosear en los recuerdos de Layla?

—Quiero oír tu versión.

—No hay mucho que contar. Sable le pegó un tiro a Layla y luego, cuando llegué a la entrada, otro a mí. Quise quitarle la pistola.

Willow no reacciona con palabras, pero noto que se agarrota cuando lo oye.

—O sea... que le disparaste tú —dice en un susurro.

Asiento. El recuerdo de todo aquello aún me parece surrealista.

Willow descansa la cabeza en las rodillas y sigue mirándome.

—¿Qué tenías tú que ver con Sable?

—Salimos unos meses, el año pasado, antes de que conociera a Layla.

—Pero ¿rompiste con ella? ¿Por qué?

Trago saliva para deshacerme el nudo de la garganta y me incorporo en la cama. Willow sigue observándome, pero no soy capaz de mirarla a los ojos. Apoyo los codos en las rodillas y me miro las manos.

—Al principio, pensé que no sería más que un rollo de una noche, pero ella me perseguía y yo me dejaba llevar porque no me venía mal la compañía. Cuando quise darme cuenta, Sable estaba publicando fotos nuestras en las redes diciendo que era su novio y viniendo a todos los conciertos. A Garrett y al resto de la banda les hacía gracia porque sabían que yo la aguantaba por pena, y la

verdad es que dejé que durara varias semanas más de la cuenta solo por no disgustarla. Pero entonces empezó a llevar las cosas demasiado lejos y no me quedó otra que dejarla.

—¿Demasiado lejos en qué sentido? —pregunta.

—Se enfadaba porque yo no le decía que la quería cuando solo hacía dos semanas que la conocía, y también me echaba en cara que no hubiera subido ninguna foto nuestra a Instagram. Se cabreaba muchísimo cuando le decía que no buscaba nada serio y se empeñaba en demostrarme que me equivocaba. Para mí, lo estábamos pasando bien y ya está; ella, en cambio, ya estaba haciendo planes de boda. Entonces se presentó en un concierto y empezó a reprocharme a voz en grito que no le cogiera el teléfono. Garrett tuvo que pedir que la echaran del local y no volvieran a dejarla entrar a ningún otro concierto. Tuve que cortar toda comunicación con ella; no se me ocurrió otro modo de solucionarlo. Pensé que, al final, se le pasaría.

—¿Y por eso se plantó en tu casa e hizo lo que hizo?, ¿porque habías empezado a salir con Layla?

—No lo sé, la verdad. Desde luego, se cabreó al ver una foto nuestra que colgué en Instagram. Lo bastante como para contactar con Layla por privado. Pero la policía nos dijo que tenía una lista larguísima de trastornos mentales, algunos desde la infancia: depresión, bulimia, bipolaridad..., de todo, y no tomaba medicación. A lo mejor por eso hizo lo que hizo, porque, en el fondo, le faltaba estabilidad emocional.

—Layla debió de pasarlo fatal —dice Willow—. Y tú también.

—Pues sí.

—¿Y por qué me da la impresión de que te sientes culpable? No parece que hicieras nada malo; las rupturas son algo normal.

Me encojo de hombros.

—No me siento culpable por haber roto con ella, sino por haberle quitado la vida. Podría haberla retenido a punta de pistola hasta que llegara la policía, pero no lo hice. Dejé que se apoderara de mí la rabia por lo que le había hecho a Layla. Le disparé, y lo he lamentado desde entonces.

—Hiciste lo que habría hecho casi cualquiera en tu situación —repone en voz baja—. Tenía una personalidad obsesiva y tú solo fuiste una víctima más. ¿Cómo ibas a saber el calibre de su obsesión o que ya había formado un club de fans tuyo antes de que la conocieses siquiera? —Se inclina un poco hacia mí, instándome a establecer contacto visual con ella—. Te obligó a llevarlo hasta ese punto cuando se plantó en tu casa con un arma. Eso no es culpa tuya.

Nunca hablo de esto con nadie y es agradable oírla decir eso. Estoy a punto de darle las gracias cuando... se me hiela la sangre, ¡se me congela!, se hace pedacitos pequeños, como esquirlas de cristal que estallan dentro de mí. Las palabras que acaba de decirme Willow me recorren entero, buscando el modo de encajar, ¡pero no encajan!

Esas palabras no tienen cabida en la cabeza de Layla.

A ella nunca le conté detalles de Sable. Jamás le dije que Sable presidía un club de fans mío y, desde luego, tampoco es algo que le haya contado a Willow. ¿Cómo sabe eso de Sable? No debería saberlo.

La agarro de la muñeca, me incorporo y, al hacerlo, la tiro bocarriba. Salgo de la cama y me planto a su lado, mirándola fijamente desde arriba.

Mi reacción repentina la confunde.

Aprieto la mandíbula, intentando montar en silencio un puzle que parecía complicadísimo, pero que, en el fondo, es muy sencillo. Solo lo componen tres piezas.

Layla.

Yo.

¡Y Sable!

¿Por eso está Willow aquí? ¿Es Sable y necesita pasar página? Si eso es así, ¿por qué se hace llamar de otra forma?

—¿Por qué dices que te llamas Willow? —pregunto.

Mi reacción la pone nerviosa. Se frota los brazos con las manos.

—Me preguntaste cómo me llamaba y, como no lo sé, pues... me lo inventé.

Se me atascan las palabras en la garganta.

—¿«Me lo inventé»? —replico.

—Sí, ya te he dicho que no tengo recuerdos. ¿Cómo voy a saber cómo me llamo? Ni siquiera había hablado nunca con nadie antes de hablar contigo, así que nunca me habían preguntado mi nombre.

Empiezo a darle vueltas a la cabeza en todas las direcciones posibles. ¿Cómo no se me ocurrió esa posibilidad? Sable está muerta y yo soy el responsable de su muerte.

«Por eso está aquí».

—¿Leeds...? —Se destapa mientras me ve pasearme, nervioso—. ¿Qué ocurre?

Dejo de moverme, me vuelvo hacia ella y la miro a la cara. Siento como si se hubiera desplomado el suelo y estuviera a punto de precipitarme al vacío en medio de la casa.

—¿Cómo sabías que Sable montó un club de fans mío?

Sus ojos se llenan de algo distinto, algo que no había visto antes: remordimientos. Por primera vez desde que llegué a esta casa, siento por fin lo que debería haber sentido todo el tiempo, siento miedo.

—Sal de Layla.

—Leeds...

—Sal. De. Layla. ¡YA!

Willow se pone en pie con dificultad.

—Leeds, espera... Tú no lo entiendes. Su cabeza es un lío. Nada tiene sentido. Ese recuerdo no es mío, es de ella.

La tengo delante ahora, suplicando. Me siento como un puto idiota.

—Nunca le conté eso a Layla, es imposible que tenga ese recuerdo. Solo Sable lo sabría.

Willow se lleva las manos a las sienes, desesperada, como si no se le ocurriera una excusa lo bastante rápido.

Es Sable, y yo tendría que haberme dado cuenta enseguida, solo que me tenía enajenado la idea de hablar con un fantasma, me embobaba la posibilidad de que algo tan tremendo estuviera ocurriendo y que yo fuera parte de ello. Me parecía estar

participando en algo mayor que Layla o que yo, pero lo único que he conseguido ha sido destruir lo nuestro aún más.

Quiero que Willow salga de Layla y me da igual que lo haga sin que esté dormida, que Layla se dé un susto de muerte cuando abra los ojos y se encuentre ahí plantada sin saber por qué. Nos marcharemos esta misma noche. Tengo que llevármela lo más lejos posible de Willow.

Paso a su lado, ignorándola, y agarro la maleta que Layla ha empezado a hacer antes. La tiro a la cama y saco la otra maleta. Willow no dice una palabra, se limita a seguirme con la mirada mientras recojo.

Entro en el baño y arramblo con todo; luego me acerco a la escalera, lanzo una de las maletas, la veo bajar dando tumbos y después bajo yo corriendo con la otra.

Willow me sigue, todavía dentro de Layla.

No sé cómo he tardado tanto en darme cuenta de esto. Willow está aquí por algo, y ese algo es que fue ella quien nos disparó. Ese algo ha estado mirándome a la puta cara desde que entré en esta casa, una casa que se puso a la venta hace varios meses y que cambió de propietario no mucho antes de eso.

Willow sostiene que no sabe cuánto tiempo lleva aquí, pero recuerdo que me dijo que fue poco antes de que la finca cambiara de dueño, con lo que... todo coincidiría. Willow apareció aquí más o menos cuando yo disparé a Sable.

Voy a la cocina, cojo las llaves del coche y, al girarme, veo a Willow impidiéndome el paso.

—Nos vamos. Sal de Layla.

Niega con la cabeza y me mira suplicante.

—Aunque fuera Sable en una vida anterior, no lo soy ahora —dice—. Yo jamás haría lo que ella te hizo, lo que le hizo a Layla.

Estrujo las llaves, más aterrado aún que antes. Todas las veces que le he pedido a Willow que saliera de Layla lo ha hecho. ¿Y si se niega a complacerme ahora? ¿Qué hago entonces?

—Me has dicho que la cabeza de Layla es un caos, ¿lo es porque también tienes recuerdos que no son suyos? —Le tiembla la barbilla. Asiente—. ¿Cuántos recuerdos de Sable tienes?

Se encoge de hombros.

—No lo sé. No sé cuáles son de Sable y cuáles de Layla. Cuando estoy dentro de ella, se mezclan todos. Por eso te digo que su cabeza es un lío, porque hay dos versiones de todo.

—¿Como qué?

Se me acerca y yo retrocedo. Enarca las cejas angustiada al ver que me aparto. Contiene un sollozo, se sienta a la mesa y se tapa la boca con ambas manos, como intentando no llorar y, a la vez, mantener a raya la verdad.

Cojo una servilleta de la encimera, a mi espalda, y se la doy, porque quiero que confíe en mí mientras yo siga aquí, lo justo para dejarla explicarse y poder, con suerte, convencerla de que me deje marcharme con Layla. Le repito la pregunta que aún no me ha contestado, pero esta vez con más suavidad.

—¿De qué recuerdos tienes dos versiones, Willow?

Me mira a los ojos, limpiándose las lágrimas con la servilleta.

—Ninguno si no estoy dentro del cuerpo de Layla, pero, si estoy, pues... muchos.

Resoplo nervioso y le doy la espalda. «Me ha estado mintiendo todo este tiempo».

—¿Te acuerdas del tiroteo?

—Sí —susurra.

—¿Recuerdas haber disparado?

Se hace un silencio y luego...

—Todos los recuerdos de Layla parecen míos cuando estoy dentro de ella, así que no lo sé. Está ahí, pero ¿es mío? Ni idea.

Me vuelvo hacia ella.

—¿Por qué, si no, ibas a tener acceso a los recuerdos de Sable?

Me evita la mirada, tapándose la cara con las manos, muerta de vergüenza.

—No lo sé. —Se levanta de pronto y se acerca rápido a mí—. Si he sido Sable, ya no lo soy, Leeds. Yo jamás haría una cosa así.

Siento náuseas.

—Sal de Layla —le ruego, consciente de que es una súplica inútil, porque ya no nos dejará marcharnos ni de coña. Ya nos puso contra

las cuerdas una vez, y ha vuelto a conseguirlo. He caído en su trampa como un imbécil.

Solo que esto no ha sido un desliz, ni siquiera una inmensa traición. Esto va mucho más allá de lo imaginable, es sobrenatural, supera mi comprensión.

Willow llora. Niega con la cabeza y dice con los ojos inundados de tristeza:

—Lo siento mucho.

Y luego grita.

Es un alarido aterrador que me agarrota la columna y soy inmediatamente consciente de que Willow ya no está usando el cuerpo de Layla.

Layla mira a su alrededor por la cocina y se agarra fuerte a la encimera. Se acuclilla como si las piernas no la sostuvieran.

—¿¡Qué está pasando!? —pregunta con voz temblona. Me mira aterrada—. Leeds, ¿qué me está pasando?

La cojo de la mano y la levanto.

—Tenemos que irnos. Ya.

Está histérica.

—Necesito mis pastillas —dice apartándome—. Estoy alucinando.

—Las he guardado en la maleta.

Se detiene en el umbral de la puerta y me mira.

—¿Por qué? Las necesito. ¿Dónde están?

Voy al recibidor y cojo las maletas.

—Te las doy en el coche. Tenemos que irnos ya. Vamos...

No se mueve.

—¿Por qué nos vamos? ¿Qué hago abajo? —Da vueltas en círculo, mirando hacia las escaleras y luego por la cocina—. No me acuerdo de nada. Creo que algo va mal, que me pasa algo.

—No te pasa nada, Layla. Es esta casa. Hay que salir de aquí.

Me mira y, quizá por la seriedad de mi rostro, por fin consiente.

—Vale —dice muy nerviosa.

Abro la puerta de la calle y la insto a que salga primero; luego saco las maletas.

—Date prisa —le pido, porque necesito que vaya más rápido para que a Willow no le dé tiempo a ocuparla otra vez.

Estamos a medio camino del coche cuando Layla se detiene.

—¡Vamos, Layla!

Ni se inmuta.

La miro y ya no es ella quien está a mi lado.

Vuelve a ser Willow.

Suelto las maletas y levanto las manos, derrotado. Las maletas caen al suelo y yo le doy una patada a una, y luego otra y otra y otra y otra más, porque sé que no va a dejarnos marchar.

—Leeds, ¡para! —me suplica.

Ya no sé cómo mantener a Layla a salvo de ella. Además, aunque salga de su cuerpo, ¿nos seguirá? ¿Cómo sé que no estará en el coche con nosotros cuando nos vayamos? No puedo llamar a la policía. ¿Qué iba a decirles?, ¿que me persigue el fantasma de la chica a la que maté?, ¿otra vez?

«¿¡Cómo me he metido en este lío!?».

—Tienes que escucharme —dice Willow con una calma que contrasta con la histeria de Layla—. Si he sido Sable en una vida pasada, ya no lo soy. Ahora soy Willow. Y yo jamás haría lo que Sable os hizo a Layla y a ti. Si quieres marcharte, te dejaré hacerlo. Pero...

Niego con la cabeza.

—No quiero oír lo que tengas que decirme. Solo quiero largarme.

Ella levanta una mano para pedirme silencio.

—Por favor, déjame terminar. —Da dos pasos al frente, despacio—. Si he sido Sable, debo de estar aquí por algún motivo. Tú has visto todas esas películas conmigo, conoces todas las teorías. ¿Por qué está Sable atrapada aquí, Leeds? A lo mejor necesita que la perdones, o tú necesitas que ella te perdone a ti... No lo sé, pero, si te vas, nunca lo averiguaremos y pasarás el resto de tu vida sabiendo que los fantasmas existen y que tú podrías ser la razón de que uno de ellos esté atrapado aquí. Esto nos perseguirá eternamente. A los dos.

Desplazo el peso del cuerpo a la otra cadera.

—¡Llevo intentando ayudarte a averiguar eso desde que empezamos a hablar! ¡Eras tú la que no quería saber nada, Willow!

¿Y ahora me pides ayuda, después de que me entere de que has estado mintiéndome durante semanas?

—No te mentía, es que no lo sabía —rebate—. Pensaba que era todo un lío que Layla tiene en la cabeza, ya te he dicho que no tengo recuerdos cuando estoy fuera de su cuerpo. Sigo sin saberlo con certeza ahora. Tu teoría tiene sentido, pero no me cuadra. Algo no encaja. —Vuelve a acercarse y esta vez no me aparto, porque hay una parte de mí que aún ve a Willow y todavía le da pena.

Aunque no tanto como para quedarme.

—Tú eres la razón por la que ha ocurrido esto, tanto si lo recuerdas como si no —le espeto, señalándola—. Eres la razón por la que Layla estuvo a punto de morir, y no pienso ser yo quien te permita rematarla. ¡Sal de ella y no vuelvas a entrar!

Willow mantiene la calma, pero ahora le corren lágrimas por las mejillas.

—No sé por qué estoy aquí, pero estoy y, sea lo que sea, no me siento mala persona. Me siento bien y sincera, no quienquiera que fuese Sable en su vida. Me siento yo, Willow. Soy la chica con la que has estado viendo pelis, comiendo sobras y pasando el rato. La misma a la que has besado en la cama esta noche. No Sable, ni Layla, ¡Willow!

Aprieto los dientes.

—Willow no existe. Es un nombre que te has inventado.

Salva la distancia que nos separa y me coge la cara con ambas manos, desesperada.

—Claro que existo. Me tienes aquí mismo, delante de ti.

No puedo mirarla mientras llora así. Me giro y me llevo las manos a la cintura. Agacho la cabeza sin saber bien cómo seguir. Pasa un minuto interminable y ella sigue a mi espalda, llorando en silencio.

No sé qué hacer. Miro el camino de acceso a la finca, consciente de que esa es la dirección en la que debería ir, pero ¿por qué mi brújula interior me señala en la dirección opuesta? ¿Por qué me cuesta tanto tomar esta decisión? ¿Por qué siento aún la necesidad de quedarme cuando es ella la que nos ha metido en este lío?

—Leeds... —dice por fin—. Vete. —Me giro y veo que me mira, completamente derrotada. Me señala el coche—. Vete. Esto no está

bien. No deberíamos estar haciéndole esto a Layla. Vete, cásate, cómprale una casa distinta, ten hijos, hazte famoso y toda esa mierda. Sé feliz. —Se seca las lágrimas del contorno de los ojos—. Quiero que seas feliz. Prometo que esta vez no te detendré cuando os marchéis, si eso es lo que quieres.

Me la quedo mirando un momento sin saber muy bien qué creer.

¿¡Por qué sigue dándome pena!?

Me acerco y cojo una de las maletas, luego la otra. Las llevo al coche y las guardo en el maletero. Ella está junto a la puerta del conductor. Me detengo a una distancia prudencial y la observo con cautela.

—¿Me haces un favor? —dice entonces—. ¿Le escribirías a ese hombre para pedirle que venga de todas formas? Necesito arreglar esto. Ya no quiero seguir aquí.

Esas palabras y la angustia con que las pronuncia se me agarran al pecho.

«Ya no quiero seguir aquí».

Me aclaro la garganta.

—Esta noche le escribo.

Willow sonríe con ternura y le tiemblan los labios cuando susurra:

—Gracias. —Le resbala otra lágrima por el pómulo y, cuando levanta la vista y mira a la derecha, le veo la cara de tristeza—. Espero que tengas una vida maravillosa.

¡Y se esfuma!

Layla está histérica otra vez. Da vueltas en círculo, confundida, porque no sabe cómo ha salido de la casa. La cojo de la mano y la llevo a la puerta del copiloto.

—Sube al coche —le pido procurando sonar tranquilo, pero es complicado, porque ella no para de gritar, asustada, confundida y llorando.

Le abrocho el cinturón de seguridad, le cierro la puerta y rodeo el coche para ir a mi asiento, pero cuando cojo la manilla, me detengo un momento. Layla me grita que me dé prisa. Me va a reventar la cabeza por la presión de todo lo sucedido en la última hora; me dan ganas de gritar yo también, porque me siento dividido ahora mismo.

Pienso en la noche en que conocí a Layla, en lo que me dijo de los reinos y de que creía que íbamos de uno a otro y luego a otro más. Recuerdo lo que me contó de que, en el útero materno, no recordamos nuestra vida anterior; en la vida, no recordamos haber estado en el útero y, en el siguiente reino, puede que no recordemos esta vida.

«¿Y si Willow de verdad no recuerda haber sido Sable? ¿Y si en este reino es distinta de quien era en el anterior?».

Tiene razón: por muy lejos que me vaya de este sitio, nunca dejaré de pensar en esto ni de necesitar respuestas.

Miro la casa, ese edificio que significa más para mí que nada en el mundo. «El corazón del país».

Si Willow..., Sable..., si Sable no necesitara mi ayuda, ¿por qué iba a aparecerse aquí? Ha venido por una razón. Sabía que yo acudiría aquí en algún momento. A lo mejor ha sido alguna fuerza cósmica o quizá algo tan sencillo como necesitar nuestro perdón, el de Layla y el mío.

Sea lo que sea, tanto si la razón es compleja como sencilla, todo esto está por encima de Layla y de mí, por encima del mundo en el que creía que existíamos, y yo estoy intentando meterlo a presión en una cajita minúscula y guardarlo como si no pasara nada.

Siento la necesidad de ayudar a Willow, la siento en las entrañas, en los huesos, en el corazón. Si me voy, esos sentimientos se quedarán aquí, en esta casa, con este fantasma, y yo me iré tan vacío como llegué.

No sé explicar por qué, pero marcharme por miedo me parece mucho peor que quedarme a ayudar a esta chica a solucionar lo suyo. Si Layla y yo tenemos algo que ver con que esté aquí, es muy probable que seamos su única salida.

—Leeds... —me suplica Layla—. ¡Sube al coche!

Siempre me sentiré atraído por este sitio, esté donde esté y por muy lejos que me vaya. Y de verdad que no tengo ni idea de por qué. ¿Qué más me da lo que le pase a Sable? ¿Acaso me está manipulando de algún modo?

—Willow —le digo al aire—. Tengo una duda. Métete en el cuerpo de Layla otra vez.

Layla sigue llamándome a gritos, rogándome que me dé prisa.

Y luego deja de hacerlo.

De pronto, ya serena, se desabrocha el cinturón y abre la puerta del copiloto. Cuando baja del coche y se gira, veo que es Willow la que me mira con sus ojos, por encima del techo del vehículo.

—¿Alguna vez te has metido dentro de mí? —le pregunto.

Ella responde negando de inmediato con la cabeza.

—No, claro que no.

Le noto en el semblante que no miente.

—Me has dicho que solo tienes recuerdos cuando posees un cuerpo, ¿verdad? —Asiente—. Si viene ese hombre a ayudarte, vas a necesitar un cuerpo, vas a necesitar esos recuerdos...

Tarda unos segundos en digerir mis palabras, pero, cuando lo hace, Willow se tapa la boca con la mano para controlar el llanto; luego se la lleva al pecho, sobre el corazón.

—¿Vas a ayudarme?

Suelto un suspiro de remordimiento.

—Sí, y no sé por qué, así que no hagas que me arrepienta. Por favor.

Willow niega rotundamente con la cabeza.

—No, pero... Layla no querrá quedarse aquí después de lo de esta noche.

Me alejo del coche y me dirijo a la casa.

—Lo sé.

Este es el primer momento en que me cuestiono de verdad como novio, como cuidador, como ser humano. No sé por qué tengo tan claro que debo quedarme ni por qué me empeño en retener a Layla aquí conmigo. Mi conducta, ahora mismo, va en contra de todos mis principios morales, pero nunca he tenido una corazonada tan fuerte.

Las tripas me dicen que esta decisión terrible se verá compensada cuando se aclare todo.

Lo que significa que este momento será el que seguramente lamente más.

LA ENTREVISTA

—Ahora me gustaría hablar con Willow —dice el investigador. No para la grabadora y me mira expectante, aguardando a que suba a desatar a Layla.

Cuando llego al dormitorio, veo que Willow ya está dentro de ella.

—Ese tío me pone nerviosa —dice.

—Parece inofensivo.

—Es muy ambiguo. Ha sido una conversación unilateral toda la noche. No te ha ofrecido nada.

No se lo rebato porque lo conozco tan poco como Willow, así que tampoco puedo abogar por él. Pero ¿qué es lo peor que puede pasar?, ¿que no sepa arreglarlo? Eso ya es así y tampoco puede empeorar más.

Willow guarda silencio mientras bajamos las escaleras. Cuando entramos en la cocina, me lo encuentro recostado en la silla y se la queda mirando. Solo ha estado con ella unos segundos, cuando ha impedido que Layla abriera la puerta de la calle. La estudia como si la analizara desde dentro hacia fuera. Willow se sienta enfrente de él.

—¿Te apetece beber algo? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza sin dejar de mirar al hombre.

El investigador pone la mano en la mesa y empieza a tamborilear con los dedos.

—¿Cuál es su primer recuerdo de este sitio?

Willow se encoge un poco de hombros.

—No he identificado un primer recuerdo en concreto.

—¿Tiene la sensación de haber estado siempre aquí?

Ella cabecea afirmativamente.

—Sí. A ver, sé que no es así, pero no recuerdo haber estado en otro sitio. No sé si eso tiene sentido...

—Claro que lo tiene —responde él, amable—. Es como cuando nacemos. Sabemos que hemos nacido, pero no lo recordamos. Esto es igual.

Ese comentario parece relajar un poco a Willow. El hombre se inclina hacia delante y la mira con atención.

—Leeds dice que tiene recuerdos de su vida anterior.

—Sí, son recuerdos que pertenecen a Layla y a Sable, pero solo accedo a ellos cuando estoy dentro del cuerpo de Layla.

—¿Qué recuerdos tiene cuando está dentro de ella?

—Solo los que he creado aquí. —El hombre asiente, comprensivo, sin dejar de mirarla fijamente mientras habla—. Pero tengo sentimientos —añade ella—. Aunque no esté en un cuerpo.

—¿Qué clase de sentimientos?

Willow me mira a mí un instante y luego se mira las manos.

—Cuando Leeds llegó aquí... No sé, es difícil de explicar, pero sentí una especie de alivio al verlo. Es la primera vez que recuerdo haber sentido algo bueno.

—¿Cree que le alivió verlo a él en particular o ver personas en general? ¿Es posible que se sintiera sola?

Willow niega con la cabeza.

—No, me alivió porque sentí que... ¡que lo había echado de menos! Por Layla no sentí nada, solo por Leeds.

—¿Y eso ocurrió antes de que entrara en el cuerpo de Layla por primera vez?

Willow responde que sí con la cabeza.

No sabía que hubiera sentido algo cuando llegamos. Claro que significa bien poco; Sable pensaba que sentía algo por mí cuando estaba viva, así que tiene sentido que esos sentimientos tengan una continuidad en lo que sea que es ahora mismo.

Willow se frota los vendajes de las muñecas. Veo que el hombre le mira las manos muy fijamente.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene secuestrada a Layla? —me pregunta.

—Secuestrada es mucho decir —replico.

—¿Cómo lo llamaría usted?

Pienso una alternativa, pero no se me ocurre ninguna. Tiene razón; la estamos reteniendo en contra de su voluntad y no hay forma suave de decirlo.

—La atamos poco después de que yo le escribiera el mensaje pidiéndole ayuda.

—¿La desata cuando Willow ocupa su cuerpo?

—Sí, pero dudo que podamos seguir usándola. No ha dormido más que unas horas en los últimos días.

—¿Qué cree Layla que está pasando? ¿Sabe ya de su existencia? —pregunta dirigiéndose a Willow.

—Leeds intentó explicarle por qué no pueden irse aún, pero no consiguió serenarla. Así que... pensamos que la mejor forma de que lo entendiera era demostrárselo.

El hombre se vuelve hacia mí esta vez.

—¿Y cómo lo hicieron?

19

Ya no sé cómo llamarla, si Willow o Sable.

Llamarla Sable casi me parece un insulto; me cuesta procesar el nombre siquiera sin que me consuma una avalancha de sentimientos negativos.

Aún ahora, sabiendo lo que sé, la Sable que conocí y la Willow que conozco me parecen dos personas completamente distintas. A lo mejor Willow tiene razón y, en este reino, no es más que Willow; ya no es quien era en su vida anterior.

Voy a seguir llamándola Willow porque no me sale llamarla Sable.

Cuando hemos vuelto a entrar en la casa, he llevado el portátil conmigo, he abierto los mensajes del foro y he tecleado: Necesito tu ayuda. No he puesto nada más. Ese tío ya sabe dónde estamos, aunque yo no sepa cómo, de modo que, si puede venir, vendrá y, si necesita más información, ya me preguntará. No quiero dejar por escrito demasiados detalles.

—Se va a poner histérica cuando despierte —dice Willow—. Más vale que saques las pastillas de la maleta por si las necesita.

—Buena idea.

Vuelvo al coche y cojo las dos maletas. Al cerrar el maletero, levanto la vista hacia la casa y veo a Willow por los ventanales de la cocina. Se pasea nerviosa, mordiéndose el pulgar. La observo un momento, preguntándome qué pasará cuando Layla despierte.

¿Cómo voy a explicarle todo esto?

¿Le cuento la verdad?

No sé si podré convencerla de que todo lo que ha pasado esta noche ha sido solo un sueño, y no me apetece nada decirle que, después de todo, aún tengo intención de que nos quedemos más tiempo. Lo decidiré sobre la marcha, es lo único que puedo hacer a

estas alturas. Tampoco es que pueda ponerme a llamar a familiares y amigos para preguntarles cómo retener a tu novia contra su voluntad para que tu amiga fantasma pueda usar su cuerpo... Esta situación requiere improvisación.

En cuanto entro en la casa con las maletas activo el sistema de seguridad. Luego Willow sube conmigo al dormitorio, deshacemos el equipaje y procuro recolocarlo todo como estaba antes. Si quiero convencer a Layla de que ha soñado todo lo sucedido, va a tener que parecer que no hemos hecho las maletas para irnos.

Cuando vuelvo de dejar las cosas de aseo de Layla en la encimera del lavabo, me encuentro a Willow sentada en la cama, abrazándose las rodillas, con la espalda pegada al cabecero.

—¿Qué vas a decirle cuando despierte? —me pregunta.

—Aún no lo sé.

Ella asiente, apretando los labios. Cuando me acerco a la cama y me siento a su lado, Willow apoya la cabeza en las rodillas y me mira fijamente. La veo tan pequeña ahora mismo, hecha un ovillo, tan vulnerable...

A lo mejor por eso he decidido quedarme y echarle una mano, porque nunca me ha parecido una amenaza, al menos en esta casa. Aun así, sabiendo lo que sé, no soy capaz de odiarla. Ni siquiera me arrepiento de nada de esto. He disfrutado del tiempo que he pasado con ella aquí, fuera quien fuese antes, y sigue atrayéndome su presencia. Todavía prefiero a Willow antes que a Layla; soy consciente de lo chungo que es eso, pero no puedo controlar mis sentimientos por mucho que me empeñe.

—¿Me quedo levantado mientras duermes? —le pregunto.

—No creo que haga falta. Igual es mejor que intentes descansar un poco también.

—¿Y si Layla se despierta mientras duermo?

—Yo no dormiré aunque ella lo haga. Si se despierta, te aviso o vuelvo a colarme dentro de ella si es necesario, pero solo si es necesario.

Nos tumbamos los dos y nos tapamos.

Me dan ganas de abrazarla, porque la veo asustada, pero ya la hemos liado bastante. Por mucho que siga sintiendo una atracción

irracional hacia Willow, no puedo besarla como anoche sabiendo lo que sé ahora. Tampoco creo que ella espere que lo haga. Cierra los ojos.

—Buenas noches, Leeds —susurra.

Me despierta una sacudida violenta, como si mi cuerpo entero estuviera dando vueltas por una secadora. Noto unas manos en los hombros. Alguien me está quitando la camiseta. Me pesan tanto los párpados que creo que tendré que abrírmelos con los dedos.

—¡Leeds! —Cuando me llama por mi nombre, abro los ojos de golpe y me incorporo de inmediato en la cama. Layla ha encendido la lamparita y está plantada a mi lado, tirándome de la mano—. ¡Algo no va bien! —me susurra con voz de pánico.

Intenta sacarme de la cama, pero yo no me muevo. Al final, me suelta la mano y se acerca a la cómoda. Saca unos vaqueros y se los pone.

—Me pasa algo malo, Leeds. Tenemos que irnos. No quiero estar aquí.

—Has tenido una pesadilla, Layla —replico procurando mantener la calma—. Vuelve a la cama.

Ella me mira como si la hubiera insultado. Da dos pasos rápidos hacia delante y estalla:

—¡No estoy SOÑANDO! —Me suelta la última palabra con rabia contenida, pero luego mira a otro lado, como avergonzada de su arrebato—. No estoy soñando —masculla.

Salgo de la cama y me acerco a ella.

—No pasa nada, Layla, estoy aquí, contigo —trato de tranquilizarla. Intento abrazarla, pero me aparta de un empujón, clavándome un dedo en el pecho.

—¡Sabes de sobra que pasa algo! ¡Tú también estabas ahí, querías marcharte! —Se agarra la frente con una mano y da vueltas en círculo, explorando histérica el dormitorio, para terminar mirándome fijamente otra vez—. ¿Qué está pasando? ¿Me estoy volviendo loca?

Se me hace un nudo en el estómago al ver el rumbo que han tomado sus pensamientos, pero no intento rebatírselo. Quizá es

mejor que dé por supuesto que se está volviendo loca. La verdad es más difícil de aceptar.

Pero ¿está bien dejar que piense que ha perdido la cabeza?

Se me queda mirando varios segundos, preocupantes e interminables, como si supiera que le oculto algo. Se cierne sobre nosotros la desconfianza; es solo un destello, un segundo de oscuridad en sus ojos, como si cuestionara si estoy de su parte. Antes de que me dé tiempo a responder a esa pregunta muda, sale disparada por la puerta del dormitorio y corre escaleras abajo.

Pretende marcharse.

No puede marcharse.

Salgo disparado y la adelanto. Llego a la puerta de la calle antes que ella y pego la espalda a la madera, abriendo los brazos en cruz.

—No puedo dejar que te vayas así, tan disgustada.

Layla niega con la cabeza, con sacudidas cortas y rápidas, y se le llenan los ojos de lágrimas y de miedo. Luego corre a la cocina. La sigo y veo como coge un cuchillo y se gira bruscamente, blandiéndolo ante mí.

—Deja que me vaya —dice, sílaba por sílaba, en voz baja y amenazadora pero también temblona.

—Baja el cuchillo —le suplico.

—Lo bajaré cuando esté en el coche.

—No puedo dejarte marchar, Layla —replico negando con la cabeza.

—¡Tampoco puedes obligarme a que me quede! —grita—. ¿¡Por qué te empeñas en que me quede!? —Se tapa la boca con la mano para reprimir un sollozo, pero no baja el cuchillo, con el que sigue apuntándome—. Nos está pasando algo, Leeds. Te estás volviendo loco, o igual soy yo la que está perdiendo el juicio, no lo sé, pero es por esta casa. Tenemos que largarnos de aquí. ¡Por favor!

Agarrándome la nuca, intento pensar en qué decirle, en cómo calmarla. No sé qué excusa inventarme para conseguir que se quede y no quiero que se vaya en este estado de nervios. Entonces se me ocurre algo.

—El coche no arranca —improviso. Ella me mira extrañada—. Lo he intentado antes. Se ha muerto la batería y no podemos irnos

hasta que llegue la que he pedido.

—¡Mientes! —me acusa, amenazándome con el cuchillo.

—No miento.

—Pues déjame arrancarlo —contesta, y se dirige a la puerta de la cocina, pero le impido el paso.

Entonces caigo en la cuenta de algo: hasta ahora, estaba confundida y algo asustada, pero lo ha pillado, se ha percatado de que no estoy del todo de su parte. Quiero estarlo, pero hay algo que me impide elegir. Es como su tuviera la conciencia dividida o la hubiera perdido del todo.

Se abalanza sobre mí, pero el cuchillo que lleva en la mano sale volando por la cocina, choca contra la ventana y cae al suelo con gran estrépito metálico. Layla se queda mirando el cuchillo, espantada. Me mira a mí y después vuelve a mirar el cuchillo. Yo estoy a cierta distancia de ella, con lo que sabe que no he podido arrebatárselo de la mano.

Chilla.

Y deja de hacerlo de pronto. Willow ha vuelto a ocuparla.

—Vas a tener que encerrarla en el dormitorio —dice.

Salgo de la cocina porque necesito más tiempo para pensar. Me paseo por el recibidor con las manos detrás de la nuca.

—Intentará escapar por la ventana.

—Pues enciérrala en otro dormitorio.

—Todos tienen ventanas —replico.

—¿Hay sótano?

—No puedo hacerle eso. A nadie le apetece que lo encierren en un sótano.

—¡A nadie le apetece que lo encierren en ninguna parte, Leeds!

Me giro para mirarla a los ojos.

—¿No puedes quedarte dentro de ella hasta que venga ese tío?

Niega con la cabeza.

—Ahora mismo está agotada. No puedo mantenerla despierta por mucho que me empeñe.

Preferiría que Layla no estuviera perdiendo la consciencia cada dos por tres, la está volviendo loca, pero no tengo claro que sea prudente dejarla marchar a estas alturas. Iría directa a la policía.

«Estoy metido hasta el fondo. Esto no tiene vuelta atrás».

—Vale, pero ¿qué pasa entonces? —dice Willow—. ¿Cuándo se acaba esto? No va a dejar que te vayas de rositas, se piensa que la estás reteniendo contra su voluntad.

—Es que es lo que estoy haciendo. Pero ya cruzaré ese puente cuando llegue a ese río.

—No puedes culparte por esto. Dile que has intentado irte y que yo no te he dejado. Hazle creer que tú también eres una víctima en todo esto. Necesita sentir que alguien está de su parte.

—¿Quieres que le hable de ti? —le pregunto.

Ella asiente.

—Tampoco que se lo cuentes todo, pero sí que le des la información justa para que sepa que esto no es culpa tuya, que hay algo mayor en juego. A lo mejor de ese modo se relaja un poco contigo... Me da igual lo que piense de mí o de esta casa, pero no quiero que te eche la culpa a ti.

Tal vez funcione. Podría convencerla de que se nos ha ido de las manos, de que hay una fuerza mayor que nos retiene aquí. No voy a conseguir serenarla, porque lo que le contaré no es fácil de digerir, pero quizá así no me culpe a mí. Es la única esperanza que me queda: no pasar el resto de mis días en la cárcel.

—Vamos a buscar una cuerda.

20

Abro la cámara del móvil y lo dejo sobre la cómoda, apuntando a Willow, que está sentada tranquilamente en la cama con las piernas cruzadas, recostada en el cabecero y con las manos atadas a uno de los postes, cerca de la cabeza.

Le doy a grabar y luego me siento en la cama a su lado.

Le aprieto la mano para tranquilizarla, porque la noto nerviosa. Después miro a la cámara de mi móvil.

—Layla, sé que esto te va a confundir, que te va a asustar, pero tienes que escucharme —digo, y resoplo—. Hay alguien en esta casa, alguien a quien no vemos y que está por encima de ti y de mí. Es más fuerte que tú y que yo. Y hasta que no la ayudemos, no podemos marcharnos.

Miro a Willow.

—¿Cómo te llamas?

—Willow —contesta.

—¿Eres un peligro para Layla?

—No.

—¿Soy yo un peligro para Layla?

Niega con la cabeza.

—No.

—¿Estoy reteniendo a Layla en contra de su voluntad?

—No —dice—, pero yo sí. Solo un día más. —Mira a la cámara—. Luego todo habrá terminado, Layla. Por favor, no te disgustes con Leeds por esto. Él no puede controlarlo.

—¿Qué pasa si Layla intenta escapar? —le pregunto.

Willow aún está mirando a la cámara cuando dice:

—No puedes irte, Layla. Lo mejor es esperar lo más tranquilamente posible.

Dicho eso, me acerco al móvil y detengo la grabación.

—Se va a asustar cuando vea eso —me dice Willow.

—Ya está asustada. —Apago la luz, pero la estancia no queda completamente a oscuras porque el sol debe de estar a punto de salir. Llevamos en pie toda la noche. Corro la cortina del dormitorio —. Procura dormir. Ya lidiaré con ella cuando despierte.

Willow asiente y apoya la cabeza en los brazos, que cuelgan de la cuerda.

—Voy a intentarlo —susurra.

Se ha quedado dormida hace como una hora. Traslado la cámara de seguridad del salón a nuestro dormitorio; de ese modo, puedo tener controlada a Layla si necesito ir abajo.

Llevo sentado en una silla junto a la cama desde que Willow se ha dormido, pero me está costando mantener los ojos abiertos. Quiero estar al lado de Layla cuando despierte porque sé que se va a asustar. Y mucho.

Justo se me están cerrando los ojos cuando me suena de pronto una notificación en el móvil. Doy un respingo en la silla y miro a Layla. No se ha despertado.

La notificación es del foro. Desbloqueo nervioso el móvil, hago clic en la notificación y leo el mensaje: Voy de camino. No dice más, ni siquiera me ha hecho preguntas. Eso me alivia, pero no sé qué esperar, ¡a quién esperar! o cuándo esperarlo.

Cierro los ojos, me pego el móvil a la frente y suelto una exhalación; mis pulmones parecen de hormigón. Noto el peso de todo lo ocurrido desde que llegué a la vida de Layla, hasta el último gramo, como si todas las malas decisiones que hemos tomado estuvieran comprimidas en un bloque de cemento y ese cemento me pesara en el pecho.

Layla hace un aspaviento y luego chilla.

La opresión que me noto en el pecho se duplica cuando la veo entrar en pánico.

Su mirada revolotea descontrolada por toda la estancia. Luego vuelve a gritar cuando ve que está atada a la cama. Se frota las

muñecas, una contra la otra, con la idea de zafarse de las ataduras, pero la cuerda no cede.

Le llevo una mano a la sien para tranquilizarla e intento que me mire, pero está en modo «sálvese quien pueda», clavando los talones en el colchón, intentando alejarse de mí, aunque no pueda ir a ningún sitio.

—Tranquila, tranquila —le digo con calma—. No te asustes.

Toma unas bocanadas inmensas de aire, como si no hubiera suficiente en la habitación. Vuelve a llorar. Cada lágrima que le corre por las mejillas es como si me apuñalaran en el corazón. Puede que ya no sienta por ella lo mismo que antes, pero aún la quiero. Y pese a lo que pueda parecer ahora mismo, no quiero que le pase nada malo.

Este momento es macabro y paradójico. Sable le ha hecho mucho daño a Layla, y ahora, para salvar a Sable, Layla está sufriendo una vez más.

No merece la pena. Yo no debería querer ayudar a Sable, en absoluto, solo que no pienso que la esté ayudando a ella... sino a Willow.

Sé que nada de esto tiene sentido, pero es que no controlo del todo mis opciones. De lo contrario, ahora mismo no estaría tomando esta decisión de mierda.

Me meto en la cama con Layla y la abrazo, porque, por muy asustada que esté, sé que en el fondo necesita consuelo, o igual soy yo quien necesita consolarla. En cualquier caso, la estrecho en mis brazos y la ayudo a tranquilizarse. La abrazo hasta que los gritos, las súplicas y el llanto empiezan a agotarla y por fin está callada el rato suficiente para dejarme hablar sin interrumpirme.

—Tengo que enseñarte una cosa y, cuando lo haga, entenderás por qué estás atada a la cama.

No me mira. Sigue sollozando y su llanto es desesperado, como si pensara que he perdido el juicio y que ella no puede hacer nada al respecto. Abro el vídeo en el móvil y se lo pongo delante. Aparta la mirada, desafiante.

Pulso el botón de reproducción, pero ella sigue sin mirar la pantalla. Subo el volumen a tope para que lo oiga entre lágrimas.

Mira al techo... hasta que se oye hablar. Al oír su propia voz pronunciando el nombre de Willow, mira la pantalla. Es testigo de algo que supuestamente ha hecho pero no recuerda, y lo estudia con un horror silencioso.

Y luego grita. Nunca he oído gritar así. Ese alarido me parte en dos el corazón.

21

Después de ponerle el vídeo, Layla estaba aterrada y confundida, y se puso aún más combativa conmigo. Ha pasado ya un día y medio desde que se lo enseñé y sigue arriba, gritando. Se le ha quedado la voz ronca y le dan pequeños ataques de histeria, luego se enfada y después está tan agotada que ya no siente nada en absoluto. Cada hora, pasa por el espectro completo de emociones.

Willow se ha metido dentro de Layla el tiempo justo para que coma, pero no sabemos con certeza cuándo vendrá el tipo del foro. En su mensaje decía que estaba de camino, pero ¿desde dónde? Ya casi es de noche y no ha vuelto a ponerse en contacto desde ayer. Cada minuto que pasa es otro minuto que me siento fatal por torturar a Layla como lo estoy haciendo.

Subo a hacerle compañía. He estado sentado con ella a ratos, procurando tranquilizarla. Tengo la sensación de que, si ve que yo estoy tranquilo, a lo mejor se asusta menos. Cuando le enseñé el vídeo ayer, no paraba de decirme: «Esa no soy yo, esa no soy yo, esa no soy yo».

Como no quería angustiarla más, no se lo puse otra vez. A mí me costó días valorar la posibilidad de que Willow existiera realmente; no puedo esperar que Layla lo acepte de inmediato, estando, además, atada a la cama y retenida en contra de su voluntad.

Cuando abro la puerta, deja de chillar y me mira fijamente mientras me acerco a la cama. Se estremece cada vez que hago ademán de mover una mano en su dirección. Me siento en la silla que hay junto a la cama y le aparto el pelo de la cara.

—No voy a hacerte daño. Intento ayudarte.

Tiene los ojos hinchados de tanto llorar.

—Pues si eso es verdad, vámonos —suplica.

—Nos iremos.

—¿Cuándo?

—Willow no quiere que nos marchemos hasta que la ayude a hablar con un tío sobre lo suyo. Confío en que venga esta noche.

—¿«Willow» quiere hablar con «un tío»?

Asiento. Layla ríe, pero su risa me espeluzna un poco dada la situación.

—Willow —susurra—. ¡Willow! Yo digo que soy Willow en ese vídeo. —Me mira—. ¿Me drogaste?

—No. Willow es un espíritu atrapado en esta casa que a veces usa tu cuerpo para comunicarse.

—Un «espíritu» —repite sin alterarse, como si yo hubiera perdido la cabeza.

—Has visto el vídeo, Layla. No hay otra forma de explicar lo que has visto.

—He visto un vídeo en el que me has drogado y me has obligado a decir cosas que no recuerdo haber dicho.

Suspiro y me recuesto en la silla.

—Yo no te haría eso.

Pronuncio las palabras, pero, a estas alturas, ya no estoy seguro de que algo como drogarla fuera en contra de mi integridad. De hecho, ni siquiera estoy seguro de que me quede una pizca de integridad.

—Si dejas que me vaya, te prometo que no se lo contaré a nadie —dice—. No voy a ir a la policía. Solo quiero marcharme. Ni siquiera voy a coger el coche; me voy andando.

—No voy a tenerte atada eternamente. En cuanto venga ese tío y haga lo que tiene que hacer, te suelto.

Ella endurece el gesto y mira para otro lado.

De pronto, un resplandor en la pared hace que ambos nos giremos hacia la ventana. Como la cortina está corrida, me acerco a retirarla y veo a un tipo bajar de una camioneta. Es un hombre grande, alto pero no ancho, con una barba muy poblada. Lleva gorra, una de esas a juego con el logo de la camioneta de trabajo. Tira la gorra a la zona de carga del vehículo, se pasa la mano por el pelo y levanta

la vista a la casa. Me ve en la ventana. Cabecea para saludar y se dirige a la puerta.

—¡Socorro! —grita Layla desesperada, muy alto.

—Calla, por favor. —Voy corriendo hasta la cama y le tapo la boca con la mano—. Cuanto más callada estés, más pronto nos podrá ayudar. Prométeme que vas a estar callada.

Me sigue gritando en la mano. Busco a mi alrededor la cinta americana que compré con la cuerda ayer. No quería hacer esto, pero no me va a quedar otra. No voy a poder hablar con ese hombre abajo si Layla se está desgañitando aquí arriba. Corto dos trozos de cinta y le tapo la boca con ellos.

—Lo siento mucho, Layla —le digo, cogiéndole la cara con ambas manos. Le beso la frente y salgo del dormitorio.

Suena el timbre justo cuando llego abajo.

Abro, y no sé muy bien qué esperaba, pero desde luego no a este tío. Tendrá treinta y muchos o cuarenta y pocos. Lleva una camisa de Jiffy Lube y huele a aceite de motor.

—Perdone el olor —dice señalándose el torso—. Es el único cuerpo que he encontrado al llegar al pueblo...

Que es el único ¿¡qué!?

Empuja la puerta y se cuela dentro. Ríe al verme la cara.

—¿Pensaba que era como usted? —Echa un vistazo al recibidor y se asoma al salón—. Muy bonita, la casa. Entiendo que le guste.

Cierro la puerta y echo el cerrojo.

—¿Es como Willow?

El hombre se vuelve hacia mí y asiente, pero entonces le llama la atención el alboroto de arriba. Layla está aporreando la pared con el cabecero de la cama. No hay forma de disimular sus gritos apagados por la mordaza. Se la oye perfectamente, incluso desde abajo.

—¿Quién es?

—Mi novia, Layla.

—¿Por qué hace tanto ruido?

—He tenido que atarla a la cama.

El hombre enarca una ceja.

—¿Va a ser un problema?

Niego con la cabeza.

—No, está disgustada conmigo, pero no necesito su ayuda con ella, sino con Willow.

—¿Dónde está Willow?

—Está aquí, solo que Layla necesita descansar y no quiero usarla aún, así que puedo contestar yo a sus preguntas hasta que tenga que hacerle alguna concreta a Willow.

El hombre se dirige a la mesa de la cocina y deja en ella un maletín, lo abre y saca una grabadora de casete. No estaba al tanto de que fuera a grabar todo lo que le dijera. Tengo a mi novia atada arriba y lo único que sé de este tío es que su nombre de usuario es UncoverInc. ¿Y ahora va a grabar todo lo que le confiese?

—¿Cómo sé que puedo fiarme de usted? —le digo, mirando la grabadora.

El tipo me mira.

—No le queda otra, ¿no?

22

Ya lo he puesto al día de todo lo que se me ocurre, desde el momento mismo en que se ha sentado a esta mesa.

—O sea, que así es como estamos —digo—. ¿Qué me aconseja? ¿Cómo ayudamos a Sable a pasar página?

—Parece muy seguro de que Sable tiene algo que ver con todo esto. —El hombre se vuelve hacia Willow—. ¿Alguna vez se ha metido en el cuerpo de Leeds?

—No, solo en el de Layla —contesta ella.

—Creo que debería probar. Me gustaría ver qué recuerdos tiene estando en la cabeza de él.

Willow me mira preocupada, incluso un poco incómoda con la idea.

—No voy a hacerlo si tú no quieres.

—A mí no me importa —digo, porque es verdad. Me parece bien cualquier cosa que él considere que puede ayudarnos a salir de esta situación. Además, reconozco que me intriga saber cómo es, lo que siente Layla cuando le pasa a ella.

Willow se pone en pie.

—Si me meto en Leeds, ya no estaré dentro de Layla. Habrá que volver a atarla.

Mientras subimos al dormitorio, noto una especie de nerviosismo entre los dos, porque estamos a punto de hacer algo que no hemos hecho antes, algo que ni siquiera se nos había ocurrido hacer.

Se sienta en la cama y me mira cuando cojo la cuerda aún atada al poste.

—¿Estás seguro de esto?

—No tengo nada que ocultar, Willow. No te preocupes. Puede que nos venga bien —digo, pasándole la cuerda por las muñecas para

atarla.

—¿En qué sentido?

Me encojo de hombros.

—No sé... Pero él es como tú, no como yo. Sabe más que nosotros dos juntos, así que habrá que fiarse de él. Es lo único que nos queda.

Inspira hondo y, al espirar, abandona el cuerpo de Layla.

Layla se desploma contra el cabecero.

—¡Otra vez no! —protesta, derrotada—. ¿Por qué me pasa esto? —dice, con cara de angustia, y yo me obligo a desviar la mirada.

—No lo sé —le digo en voz baja—, pero lo siento.

Me dirijo a la puerta y Layla me llama para que vuelva, pero no puedo quedarme a escuchar sus ruegos. Salgo del dormitorio, echo la llave por fuera y vuelvo abajo.

—¿Dónde me siento? —le pregunto al hombre.

Me señala la silla en la que he estado sentado todo el rato.

—Ahí mismo está bien. —Alarga la mano—. Deme el móvil, que voy a grabar nuestra interacción mientras ella está dentro de usted y se la pongo cuando terminemos.

Le paso mi móvil por la mesa y él lo sostiene de pie apoyándolo en su maletín. Apunta la cámara hacia mí y le da a grabar. Inspiro nervioso.

—Estoy preparado, Willow —digo, mirando fijamente al móvil.

Solo lo noto un segundo. Un silbido, como una ráfaga de viento moviéndose por mi cabeza, tan rápido como un pestañeo, pero sé que ha pasado tiempo, porque, cuando abro los ojos, sigo mirando al móvil, pero el tiempo de grabación ha cambiado, ha pasado de unos segundos a algo más de tres minutos. Es como cuando te anestesian para operarte. Estás despierto y, de pronto, vuelves a estar despierto, sin recordar lo que ha pasado entremedias.

—¿Ya está? —pregunto, mirando al hombre.

Me mira pensativo, como si estuviera resolviendo una ecuación difícil. Alarga el brazo y detiene la grabación en el móvil.

Junto las manos como si fuera a rezar y me llevo las puntas de los dedos a la barbilla, abrumado por la sencillez de lo que acaba de ocurrir, pero también por la magnitud de lo sucedido. Ha sido una

sensación extraña, pero a la vez no del todo desconocida. Podría decirse que es como un vahído.

Pienso en todas las veces que Willow se lo ha hecho a Layla y en lo aterrador que debe de haber sido para ella estar en pleno bocado y, un pestañeo después, tener de repente el plato vacío. Tan pronto está arriba como, un segundo después, en el jardín.

Me froto la cara con las manos, inundado por el sentimiento de culpa que me produce lo que esto ha supuesto para la estabilidad mental de Layla. Yo ya sabía que le estaba afectando, pero, ahora que me he puesto en su lugar, me siento aún peor.

Eso por no hablar de que aún la tengo atada como si me diera igual. No puedo creer que haya estado permitiendo que Willow le hiciera esto a Layla.

—¿Qué le ha contado Willow? —le pregunto al tipo—. Quiero ver el vídeo.

Coge mi móvil, pero, antes de dármelo, me pregunta:

—¿Tiene acceso al historial médico de Layla?

Tengo acceso porque la he acompañado a todas sus citas médicas desde que estoy con ella, pero no entiendo para qué lo necesita.

—¿Por?

—Me gustaría verlo.

—¿Por qué? —insisto.

—Porque me gustaría verlo —repite.

Este hombre no me ha dado absolutamente nada esta noche. No ha hecho más que preguntar y preguntar, sin resolver ni una sola cosa. Suspiro, frustrado, y planto el portátil delante de mí. Tardo un par de minutos en iniciar sesión y acceder a la ficha médica de Layla; luego giro el portátil y se lo acerco al hombre.

—¿Cree que, en algún momento, nos va a dar una explicación?, ¿o esto no es más que un interrogatorio interminable?

—Vaya a buscar a Layla para que pueda enseñarles el vídeo a usted y a Willow —dice, sin apartar la vista del portátil.

Me levanto encantado de la mesa y subo al dormitorio, preguntándome qué habrá en el vídeo y por qué necesita que Willow ocupe el cuerpo de Layla para mostrármelo.

Me parece que Willow ya no debería volver a meterse en el cuerpo de Layla a partir de ahora. No hay un verdadero motivo para que siga haciéndolo. Se lo hemos contado todo a ese tipo, y Layla ya lo ha pasado muy mal.

Por un lado, me dan ganas de desatarla y dejarla marchar, para que no sufra más, pero el cuarto está en silencio cuando abro la puerta. Willow ha vuelto a ocupar su cuerpo. Casi mejor, porque me siento demasiado culpable para mirar a la cara a Layla ahora mismo.

—No está bien... lo que le hemos estado haciendo a Layla —digo mientras deshago los nudos y suelto la cuerda.

Willow asiente con la cabeza. En cuanto le suelto las manos, se limpia los ojos y entonces veo que está llorando.

—¿Qué pasa? ¿De qué te has enterado?

—No sé lo que significa nada de eso —susurra, con la voz rota.

Luego se levanta de la cama, pasa por delante de mí y sale del dormitorio. Camina aprisa. Bajo corriendo las escaleras detrás de ella y, cuando entra en la cocina, le arrebata el móvil al hombre y me lo planta en las manos como si estuviera deseando que yo vea el vídeo.

Me tiembla la mano, así que dejo el móvil en la mesa mientras empieza a reproducirse la grabación.

Me veo en la pantalla y, justo cuando digo a la cámara «Estoy preparado, Willow», se produce un cambio inmediato en mí. Me tenso, abro los ojos, me miro la camiseta y oigo al hombre decir:

—¿Willow...?

Cabeceo afirmativamente.

Se me hace rarísimo verme hacer cosas que no recuerdo haber hecho.

Subo a tope el volumen del móvil para oír bien la conversación que ese tío ha tenido con Willow mientras ella estaba dentro de mí.

—¿Cómo se siente? —le pregunta.

—Preocupada.

—Tranquila —le dice—, solo quiero aclarar unas cuantas cosas. Ahora mismo necesito que lo vea todo desde la perspectiva de Leeds. ¿Ve sus pensamientos, sus recuerdos? —Ella asiente—.

Quiero que se remonte al día en que a Leeds y a Layla les dispararon. ¿Tiene ese recuerdo?

—Sí.

—¿Ve ese día desde el punto de vista de él?

—Esto no me parece bien —dice ella—. No debería estar dentro de él. Me siento rara. Solo quiero usar el cuerpo de Layla.

—Va a ser un minuto, déjeme que le haga unas preguntas —insiste el hombre—. ¿Qué sintió Leeds cuando oyó el disparo?

—Se... asustó.

—¿Y qué sintió Sable?

Willow no habla por mi boca durante unos segundos. Guarda silencio.

—No sé —dice luego—. No encuentro ese recuerdo.

—¿Tiene algún otro recuerdo de ese momento?

—No, solo el de Leeds. Recuerdo lo que pasó antes de que oyera el disparo, pero no durante el suceso.

—¿Qué ocurrió antes?

—Estaba en el dormitorio con Layla, haciendo las maletas para un viaje.

—¿Y después de eso? ¿Cuál es el siguiente recuerdo que tiene que no pertenezca a Leeds?

—Después de eso no hay nada. Todos los recuerdos son de Leeds.

—Vale, ya casi estamos —dice el hombre—. Retrotraigámonos a la noche en que Leeds y Layla se conocieron aquí.

—Sí, ese recuerdo lo tengo —contesta ella.

—¿Qué sintió Leeds la primera vez que vio a Layla?

Suspira hondo y luego ríe.

—Pensó que yo bailaba fatal.

—Muy bien, ya puede salir de él —dice el hombre.

En el vídeo, parpadeo y miro fijamente a la cámara. Después termina la grabación.

Bloqueo la pantalla del teléfono y me recuesto en el asiento.

—Le ha hecho como tres preguntas —protesto, señalando mi móvil—. ¿De qué nos sirve eso?

El hombre sigue mirando fijamente el portátil. Willow se pasea nerviosa a mi espalda, mordiéndose las uñas otra vez.

Todo esto me parece inútil. Estoy dispuesto a dar por zanjado el asunto y sacar a Layla de aquí cuando el hombre mira a Willow y dice:

—¿Por qué ha dicho que él pensaba que usted bailaba fatal?

Lo mira a él y luego a mí.

—Porque eso fue lo que él sintió en ese momento.

—Pero no ha dicho que Layla bailaba fatal —responde—. Ha dicho, literalmente: «Pensó que yo bailaba fatal». Se ha referido a sí misma como Layla cuando estaba dentro de Leeds.

—Ah —contesta ella con un hilo de voz—. Pues no sé, no lo puedo explicar.

—Siéntese —le dice el hombre, señalándole la silla. —Willow se sienta—. Según el historial médico de Layla, tuvieron que reanimarla hasta en dos ocasiones después del disparo: una vez antes de que los servicios de emergencia la metieran en la ambulancia y otra ya en el hospital.

—Así es —confirmo—. Como le dije, estuvo muy inestable durante una semana.

—O sea, que entró en parada cardiorrespiratoria. —Asiento. El hombre me mira inquisitivo—. Me ha comentado que Layla está distinta desde el ataque: pérdidas de memoria, cambios de personalidad... ¿Se le ocurre algo más que sea distinto a como era antes de la lesión?

—Todo —contesto—. Le ha afectado mucho.

—¿Hay cosas de Willow que le recuerdan a Layla?

Miro a Willow y luego al hombre.

—Pues claro. Ocupa el cuerpo de Layla cuando nos comunicamos, así que hay montones de semejanzas.

Se dirige ahora a Willow.

—¿Cómo se ha sentido al ocupar el cuerpo de Leeds?

—Rara —contesta ella.

—¿Se siente rara cuando entra en el de Layla?

Asiente.

—Sí, pero de otra forma.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunta él.

—Es difícil de explicar —dice—. En el cuerpo de Leeds, no estaba a gusto. Me sentía rara. Me costaba controlarlo, mantenerme en su cabeza.

—Pero, en el de Layla, no se siente así...

—No.

—¿Tiene la sensación de que es más fácil ocupar el cuerpo de Layla? —Willow asiente. El hombre se inclina hacia ella—. ¿Le resulta... familiar?

Willow me mira un segundo y luego vuelve a mirar al hombre y cabecea afirmativamente.

—Sí, es una forma acertada de decirlo.

—En mi vida he visto algo así —dice el hombre, meneando la cabeza con cara de absoluta incredulidad.

—¿Algo como qué? —pregunto, confundido por el rumbo que ha tomado la entrevista.

—Su situación es muy particular.

—¿Y eso por qué?

—Sabía que era posible, pero nunca me había encontrado un caso así personalmente.

Me dan ganas de sacarle las palabras a puñetazos.

—¿Le importaría decirnos lo que pasa de una vez?

Asiente.

—Sí, sí, claro. —Es la primera vez que se muestra algo expresivo en toda la noche. Se levanta, rodea la mesa de la cocina y, situándose entre nosotros dos, se agacha y nos mira fijamente—. La muerte por una herida de bala suele ser fruto de una pérdida excesiva de sangre, con lo que probablemente Sable tardó varios minutos en morir después de que usted le disparara y, en esa franja de tiempo, Layla entró en parada también. Se juntaron en el mismo espacio dos almas que habían abandonado su cuerpo a la vez, lo que significa que, cuando los sanitarios reanimaron a Layla, muy posiblemente entrara en su cuerpo el alma equivocada.

Lo miro alucinado.

—¿Me está vacilando? —le pregunto—. ¿No se le ocurre nada mejor?

—Aguarde un momento —me pide, y se vuelve hacia Willow—. Cuando Willow está dentro de Layla, recuerda cosas desde el punto de vista de Sable y de Layla, pero, al meterse en su cuerpo, Leeds, solo recordaba las cosas desde el punto de vista de Layla y suyo. Los recuerdos de Sable no se han trasladado con ella a su cuerpo. —Se aparta de la mesa y empieza a pasearse por la cocina—. A su novia no le cuesta recordar las cosas porque haya sufrido una pérdida de memoria, sino porque esos no son sus recuerdos. Tiene que buscarlos y, aun entonces, solo puede rescatar un recuerdo cuando alguien lo provoca. La única explicación lógica es que el alma que ha estado deambulando dentro del cuerpo de Layla desde la noche del disparo no es la suya.

¿¡Lógica!? ¿Le parece lógico decirme que Layla en realidad no es Layla?

Ya me ha costado una barbaridad hacerme a la idea de que hay un más allá, pero esto supera mi capacidad de imaginar. ¡Menudo disparate! Es absurdo, incomprensible.

—Si Sable es Layla, ¿dónde está Layla? —pregunto.

—Aquí mismo —contesta, señalando a Willow.

Miro a Willow, demasiado confundido, o quizá asustado, para aceptar lo que este chiflado intenta vendernos. Apoyo los codos en la mesa y me tapo la frente con las manos. Procuro decelerar un poco mis pensamientos.

—¿Cómo es posible? —pregunto—. ¿Por qué iba a elegir Sable el cuerpo de Layla en vez del suyo?

El tipo se encoge de hombros y no sé si me gusta el gesto. Preferiría que sus respuestas fueran rotundas.

—A lo mejor no se trata tanto de cuál fuera el sitio de su alma en ese momento, sino de dónde prefería estar. Es evidente que Sable quería lo que tenía Layla, o no habría hecho lo que hizo. Puede que lo que deseamos a veces sea tan fuerte que supere nuestro destino.

Me presiono las sienes con los dedos, como queriendo extraer hasta la última pizca de racionalidad de las profundidades de mi cerebro. Necesito toda la posible para digerir este disparate. No es un concepto que pueda procesar fácilmente, pero si he aprendido

algo desde que vine aquí es que valorar lo incomprensible a menudo nos lleva a creer en ello.

Apoyo las manos en la mesa y arrastro la silla para apartarme.

—Si eso es cierto, ¿no tendría Willow algún recuerdo cuando no está en la cabeza de otra persona? No recuerda nada en absoluto.

—Los recuerdos se pierden rápidamente en el más allá, sobre todo cuando no dispones de un cuerpo ni un cerebro al que anclarlos. Tienes sensaciones, pero no logras conectarlas a nada. Por eso se las llama «almas perdidas».

Willow no dice nada en todo este tiempo. Se limita a escuchar, algo que no es difícil, porque el tipo no para de hablar, ni de llenarme la cabeza de más información de la que soy capaz de retener.

—Nosotros las llamamos «sobrantes» —dice—. Son almas que ya no tienen cuerpo, pero no están muertas del todo, con lo que tampoco se consideran fantasmas convencionales. Es muy raro que se den las circunstancias necesarias para que ocurra algo así, pero tampoco es del todo insólito. Dos almas abandonan su cuerpo en el mismo espacio y en el mismo momento, se reanima uno de los cuerpos, el alma equivocada se acopla al cuerpo reanimado y el alma correcta se queda atascada, sin un cuerpo al que ir.

Willow se apoya en la mesa y habla por primera vez, intrigada.

—Si eso es cierto... y yo soy Layla, ¿cómo y por qué he terminado atrapada en esta casa?

—Cuando un alma abandona un cuerpo, pero se niega a pasar página, suele terminar en un sitio que significó algo durante su vida. Este sitio no significa nada para Sable, pero es muy especial para usted. Por eso su alma vino aquí al quedar desplazada, porque es el único sitio en el que sabía que Leeds la iba a encontrar.

¡Piensa que el alma de Layla ha quedado desplazada! ¡Qué término tan sencillo para explicar algo tan monumental! Lo que pasa es que, ya sea sencillo o monumental, siempre me he resistido a creer en algo más, a la vez que confiaba en que, por favor, no fuera cierto.

—Se equivoca —digo con rotundidad—. Yo habría notado que Layla no era Layla.

—Y lo ha notado —contesta el tipo con insistencia—. Por eso empezó a desenamorarse de Layla después de la cirugía: porque ya no era la Layla de la que se había enamorado cuando la había conocido.

Me aparto de la mesa y cruzo la cocina con ganas de darle un puñetazo a algo, de tirar algo. Ya he tenido bastante. Solo me faltaba que viniera alguien a liarme aún más.

—¡Qué disparate! —mascullo—. ¿Cómo van a intercambiarse unas almas?

No sé si se lo estoy preguntando a Willow, al hombre o a mí mismo.

—Cosas más raras se han visto. Usted mismo me dijo que no creía en los fantasmas antes de volver a esta casa y mírese ahora —replica el tío.

—Una cosa son los fantasmas y otra esto. Es como de película.

—Leeds... —dice Willow, con voz serena, tranquila.

Me giro y la miro. La miro de verdad.

En el fondo, me gustaría creer a este hombre, porque eso explicaría la atracción inexplicable que siento hacia Willow, que he sentido aun cuando pensaba que era Sable. Y explicaría también por qué Layla parece una persona completamente distinta desde el accidente.

Pero, si está en lo cierto y Willow es Layla, eso significa que...

Niego con la cabeza.

¡Significaría que Layla está muerta!

Querría decir que es Layla la que ha estado atrapada y sola en esta casa.

Me agarro a la encimera, me flojean las piernas. Trato de encontrar una forma de rebatirle esa teoría, o de confirmársela. A estas alturas, ya no sé qué teoría prefiero que sea cierta.

—Necesito más pruebas —le digo.

El hombre me señala mi sitio, así que cruzo la cocina y vuelvo a la mesa. Bebo un sorbo de agua, con el pulso bien visible en el cuello.

—¿Sabe hasta qué punto ha perdido Layla la memoria desde el accidente? —me pregunta.

Pienso en los detalles de los que se acuerda Layla, pero no hay mucho de donde tirar. No le gusta hablar de aquella noche y yo procuro no sacar el tema para no recordarle su pérdida de memoria. Meneo la cabeza.

—No, nunca le he preguntado al respecto porque me parece mal, pero sí que he observado que ha olvidado algunas cosas. Por ejemplo, en el avión, cuando veníamos aquí, le mencioné el nombre de la pensión y me dio la impresión de que no lo recordaba hasta que yo se lo refresqué.

—Si el alma de Sable se apoderó del cuerpo de Layla, tendría que costarle acceder a los recuerdos de Layla, porque no son suyos. Están ahí, en su cerebro, pero no podría llegar a ellos fácilmente si su espíritu en realidad no los vivió.

—Pero ¿Layla no sabría que es Sable? —tercia Willow—. Los recuerdos de Sable también están ahí dentro, en su cabeza. Al despertar de la cirugía, tendría que haber sabido que estaba en el cuerpo equivocado.

—No necesariamente —dice—. Como usted ha dicho, cuando estaba en su cabeza, sus recuerdos eran confusos. Eso podría ser porque, al morir, una persona no suele llevarse consigo toda su identidad.

Veo a Willow intentando digerir lo que dice el hombre. Parece tan confundida y escéptica como yo.

—Hay una posibilidad de que, al despertar de la cirugía, se sintiera desplazada, aturdida, que incluso mirarse al espejo la desconcertara, porque a lo mejor no se sentía anclada a lo que veía ahí reflejado. Es posible que toda esa confusión, que probablemente se achacó a la amnesia, haya estado alimentando su ansiedad y sus ataques de pánico. —El hombre se queda pensativo un momento, tamborileando con los dedos en la mesa. Le miro fijamente las manos, esperando alguna prueba más. Deja de aporrear la mesa y se vuelve hacia Willow—. Si usted es Layla, tendrá recuerdos de los dos a los que Sable no podría acceder de inmediato. —Se gira hacia mí esta vez—. ¿Hay algún otro dato que le haya parecido que Layla no era capaz de recordar, aparte del nombre de esta pensión?

Trato de pensar en cualquier cosa que pueda ser una pista, cosas que hayan desaparecido de la memoria de Layla en los últimos seis meses y cuyo olvido yo haya justificado con su pérdida de memoria. Recurro a cosas recientes, que tengo más frescas en la cabeza.

Me vuelvo hacia Willow.

—¿Cuál es el momento más letal del día?

—Las once de la mañana —me contesta al instante.

La respuesta me deja tieso.

La semana pasada, cuando saqué el tema, Layla se comportó como si no tuviera ni idea de lo que le hablaba. Claro que Willow podría haber oído esa conversación en la cocina, así que tampoco demuestra mucho.

—¡Joder! —digo, y cierro fuerte los ojos, intentando recordar alguna otra cosa que se le haya podido escapar a Layla últimamente, algo que Willow no haya oído.

Me acuerdo de una conversación que tuvimos en el salón la semana pasada. Mencioné un libro que había estado leyendo, pero Layla no tenía ni idea de qué le hablaba. Entonces cambié de tema y no dije el título en ningún momento, con lo que Willow no debería saberlo.

—¿Qué... qué libro estaba leyendo la noche en que, en teoría, tenía que irme a...?

—*Confesiones de una mente peligrosa* —me responde antes de que termine de formular la pregunta—. Iba de un presentador de un concurso de la tele que aseguraba que era un asesino a sueldo. —Layla no se acordaba de ninguna de las dos cosas la semana pasada —. Me dijiste que leías en formato electrónico porque los libros en papel te quitan mucho espacio en la maleta.

Me giro enseguida a mirar a Willow cuando dice eso.

Parece que todas las piezas del rompecabezas empiezan a encajar y no sé si quiero caerme al suelo de angustia o abrazarla. Pero, antes de hacer cualquiera de las dos cosas, tengo otra pregunta.

—Si eres Layla, tienes que saber esto... —le digo con miedo, y esperanzado—. ¿Cuál fue tu primera impresión de mí?

Suelta un suspiro entrecortado.

—Me pareció que te estabas muriendo por dentro.

Me deja paralizado. Esto es tremendo.

—¡Maaadre mía!

Se inclina hacia delante y se agarra la frente.

—Leeds... Todos esos recuerdos de cuando Layla y tú os conocisteis aquí, del beso en la piscina, de la canción que le cantaste... ¿son míos? ¿Son mis recuerdos?

Me quedo mudo. Me limito a ver cómo cae, de pronto, en la cuenta de lo mismo que yo.

Pienso en los últimos meses de mi vida y en lo mucho que me parecía que había cambiado Layla, como si se hubiera convertido en otra persona después de aquella cirugía.

¡Y así era!

Era una persona completamente distinta. Toda su personalidad había cambiado, y lo que yo sentía por ella también. Y ahora que lo pienso, incluso veo similitudes entre la Layla que despertó de la cirugía y la Sable con la que yo había salido. Sable tenía bulimia, y Layla empezó a obsesionarse con su peso tras la operación. Sable era adicta a las redes sociales y... a mí, y Layla estaba empeñada en crear mi perfil en redes. Sable sufría un montón de trastornos mentales, y cuantos más días pasaban después de la cirugía de Layla, más me daba la impresión de que Layla también los sufría. Además, el día que llegamos aquí, yo sabía que había sido Layla la que había roto de un puñetazo ese espejo. No entendía por qué, pero sabía que había sido ella.

Cuando Layla despertó de aquella cirugía, no era la misma chica de la que yo me había enamorado. En cambio, todas las cosas que me habían encantado de Layla en esos primeros meses de conocerla son justo las que empecé a notar en Willow: su personalidad, su buen humor, su alegría, lo familiares que me resultaban sus besos, sus conocimientos raros y peculiares. Yo solía decirle a Layla que era como una versión macabra de la Wikipedia.

Esa es otra de las cosas que identifiqué en Willow y me gustó de ella.

Y eso me trae a la memoria otro recuerdo que debería haber sido una pista clara.

—En la cama, arriba —le digo a Willow—, la noche que estabas viendo *Ghost*, te dije: «¡Mira que eres rara!», pero también te lo dije el día que te conocí, porque... me fascinabas y me embobabas, y luego, cuando conocí a Willow, estaba tan a gusto con ella y...

No consigo terminar la frase porque parece que el bloque de cemento que me oprimía el pecho haya desaparecido de pronto. Ya no tengo la sensación de estar desenamorándome de Layla, porque me he estado enamorando de ella todo este tiempo, pero en Willow.

Layla es Willow, y ahora que la miro no sé cómo no me he dado cuenta hasta esta noche.

—Eres tú —le digo, cogiéndole la cara con ambas manos—. Todo este tiempo he estado volviendo a enamorarme de ti, la misma chica de la que me enamoré en cuanto la vi bailar como una imbécil en el césped del jardín.

El recuerdo le hace gracia, un recuerdo propio, uno que compartimos, y que no pertenece a Sable.

Le cae una lágrima por la mejilla y yo se la limpio y la estrecho en mis brazos. Ella me rodea la cintura con los suyos. No tenía ni idea de lo mucho que la echaba de menos hasta este preciso instante, pero la he echado muchísimo de menos. He echado de menos lo que compartimos los dos primeros meses que estuvimos juntos. La he echado de menos desde la noche en que le dispararon.

He sentido ese vacío dentro de mí desde esa noche, y todo ese tiempo me he sentido culpable por estar así, por creer que la había perdido cuando aún la tenía delante de mí. Hasta me sentía culpable por lo mucho que Willow me la recordaba.

Ese sentimiento de culpa ha desaparecido. Me siento justificado. Todas las decisiones que he tomado, todos los sentimientos que Willow me ha provocado..., todo tenía justificación, porque mi alma ya estaba enamorada de ella. Por eso sentía una atracción inexplicable hacia este lugar, hacia Willow. Aun cuando pensaba que ella era Sable, me seguía atrayendo, y eso me confundía.

Ahora todo tiene sentido.

Anclo los labios a los suyos y la beso. Beso a Layla. En cuanto ella me devuelve el beso, siento lo mismo que antes cuando la besaba. Todo lo que creía haber perdido. Está ahí. Ha estado siempre ahí.

No paro de tocarle la cara entre besos, flipado de verlo al fin. Por eso había una diferencia tan brutal cada vez que Willow ocupaba el cuerpo de Layla. Por eso parecía que Willow estaba más a gusto y más segura en el cuerpo de Layla. Porque siempre había sido suyo, no de Sable, que se había sentido incómoda en él desde que había despertado de la cirugía.

—Por eso me sentí tan aliviada cuando apareciste aquí, Leeds —dice Willow, sonriendo entre lágrimas—. Porque te echaba de menos, aunque no te recordara.

Vuelve a besarme y no quiero separarme de ella jamás.

Pero algo nos separa de todas formas. La puerta de la calle al cerrarse de golpe.

Me giro un poco y veo que el hombre ya no está en la cocina.

Salimos corriendo de la cocina a la puerta de la calle.

—¡Espere! —le digo, y voy detrás de él. Se está subiendo a la camioneta cuando le doy alcance—. ¿Adónde va?

—Ya no me necesitan. Ya han encontrado la explicación.

Niego con la cabeza.

—No, no la hemos encontrado. Tiene que arreglarlo ahora. Sable sigue estando en el cuerpo equivocado. Layla sigue atrapada en la nada —digo, señalándola—. ¡Cámbielas!

El tipo me mira con cara de pena.

—Yo encuentro explicaciones, pero eso no significa que haya solución.

Procuro mantener la calma, pero me dan ganas de estrangularlo.

—¿Me está vacilando? ¿Y qué se supone que vamos a hacer ahora? ¡Tiene que haber una forma de arreglar esto!

Arranca el vehículo y cierra la puerta del conductor; luego baja la ventanilla y se asoma por ella.

—Cada cuerpo solo puede ocuparlo un alma. Layla puede colarse en su antiguo cuerpo, sí, pero es algo temporal, una especie de posesión. Nunca va a poder sacar a Sable del cuerpo de Layla, a menos que muera, pero, cuando eso ocurra, estarán muertas las dos. —Empieza a subir la ventanilla, pero yo aporreo el cristal con desesperación y la baja de nuevo hasta la mitad—. Mire, siento que les haya pasado esto, de verdad, pero me temo que van a tener que

encontrar un modo de vivir con ello hasta que pasen a mejor vida los tres.

Me aparto.

—¿Ese es su consejo?, ¿que deje a Sable atada a la cama el resto de nuestra vida?

Se encoge de hombros.

—Bueno, ella se lo ha buscado, ¿no? —Mete la marcha atrás—. También puede dejarla marchar y quedarse aquí con el espíritu de Layla.

Me cabrea tanto ese consejo que le doy una patada a la puerta de la camioneta y la abollo. Le doy otra. Me dan ganas de gritar.

El tipo baja la ventanilla del todo, se asoma por ella y ve la abolladura.

—No le haga eso a la camioneta de Randall, que bastante va a flipar cuando despierte en el trabajo y no recuerde qué ha sido de la mitad de su jornada vespertina. —Se calza la gorra y sale de la finca marcha atrás—. Muere un ser humano cada segundo, y no siempre mueren como deberían. Tengo mucha más gente a la que ayudar. Seguimos en contacto por el foro —dice, despidiéndose con la mano —. Me encantaría saber cómo resuelven esto.

Gira la camioneta para salir de la finca.

En silencio, lo vemos marcharse. Y nos quedamos solos.

Ha venido a darnos respuestas, nada más y nada menos.

Me inunda una frustración que no consigo paliar, pero, al mismo tiempo, tengo la sensación de haber aclarado las cosas. Es como si ese hilo que me estrangulaba el corazón se hubiera soltado ya y de pronto hubiera empezado a latirme otra vez de esa forma irregular y descontrolada que solo Layla puede provocarme. Con un *pim* y un *PAM*.

—¿Layla...? —susurro.

—¿Sí...?

Me vuelvo hacia ella.

—Nada, solo quería decir tu nombre.

La estrecho contra mi cuerpo. Abrazo a Layla varios minutos, en silencio, en el jardín. No estoy abrazando a Sable ni a Willow, ni a una versión falsa de Layla.

¡Abrazo a Layla!

Puede que no tenga una solución. No sé cómo voy a hacer para poder abrazarla siempre, pero ahora mismo la tengo a ella y pienso asegurarme de que no pasa ni una noche más ella sola en esta condenada casa.

23

El ánimo de la casa ha variado drásticamente en la última hora. Nos hemos pasado los primeros diez minutos besándonos, abrazándonos, saboreando la certeza de que nuestro amor, de alguna manera, ha trascendido reinos.

Ahora ya sabemos por qué el alma de Layla ha terminado aquí, pero eso nos ha generado un millón de dudas más y mucho dolor inesperado.

Ni siquiera sé cómo lamentar correctamente el hecho de que Layla, en el fondo, ha muerto, porque ella está aquí conmigo, pero no está.

Tengo la sensación de que ha vuelto a mí, pero de una forma terrible. Me siento más lejos de ella que nunca, aun cuando estamos en el dormitorio, abrazados.

Me siento impotente.

Tiene la cara pegada a mi pecho y ninguno de los dos sabemos qué hacer. No quiero enfrentarme a Sable y, si Layla se duerme, eso va a pasar. Ahora mismo estoy demasiado cabreado para hablar con ella.

—¿Crees que Sable lo sabe? —pregunta Layla, apartándose para mirarme.

—No —contesto, meneando la cabeza—. Creo que seguramente está tan confundida como tú. Tiene esos recuerdos que no sabe explicar, que no deberían estar en la cabeza que habita.

—Tuvo que pasar mucho miedo —dice Layla—, al despertar en el hospital con recuerdos contradictorios: reconocer a Aspen y a mi madre, pero no ser capaz de ubicarlas realmente, y que luego le comentaran que eran su familia...

—No te compadezcas de ella —le pido, cogiéndole las mejillas con ambas manos—. Se lo ha buscado. Nada de esto os habría ocurrido a ninguna de las dos si no se hubiera plantado en mi casa con la intención de hacernos daño.

Layla asiente.

—¿Le vas a contar lo que ha pasado, que ella es Sable?

—Probablemente. Merece que le explique por qué la he atado.

—¿Cuándo se lo vas a decir?

Me encojo de hombros.

—Me parece que, cuanto antes lo sepa, más pronto se nos ocurrirá una solución.

—¿Y si se empeña en marcharse?

—Lo va a hacer, no me cabe duda.

—¿La vas a dejar irse?

—No —contesto, negando con la cabeza.

Enarca las cejas preocupada.

—No podemos retenerla aquí en contra de su voluntad. Si alguien se entera, podrías meterte en un lío legal.

—No se va a marchar de aquí con tu cuerpo. Es tuyo.

—Eso díselo a la policía —me replica.

—No tiene por qué enterarse nadie. Pero Sable no se va de esta casa hasta que sepamos cómo arreglar esto.

Layla se agarra la nuca y se aparta de mí.

—Ya has oído a ese hombre: no hay forma de arreglar esto.

—También ha dicho que es un caso raro. A lo mejor no ha pasado las veces suficientes como para que hayan encontrado un remedio. Habrá que ser pacientes. Ya investigaremos. Lo vamos a solucionar, Layla.

Vuelvo a abrazarla, confiando en calmarle un poco los nervios. Claro que es difícil sabiendo que nota mi corazón desbocado en su pecho.

Estoy tan preocupado como ella, si no más.

—Creo que deberías decírselo ahora —me propone Layla—. A lo mejor, si entiende lo que ha hecho, deja de resistirse. Igual nos ayuda a solucionarlo.

Layla siempre ha sabido ver lo mejor en los demás. Lo malo de eso es que no estoy seguro de que haya suficiente bondad en Sable como para que quiera ayudarnos. A fin de cuentas, ella es la culpable de que estemos así.

—Vale —contesto—, pero primero te tengo que atar.

Se mete en la cama y, después de que la ate, me dice:

—Sé que ahora mismo estás muy cabreado con ella, pero no te pases.

Asiento, aunque no es una promesa.

Cabreado se queda corto.

Layla cierra los ojos e inspira hondo. Cuando vuelve a abrirlos, tengo claro que no es ella la que me mira y me invade el rencor. No me ablanda cuando se echa a llorar en voz baja, ni me siento culpable cuando empieza a suplicarme que la desate. Me instalo a los pies de la cama y me la quedo mirando.

Al menos esta vez no está histérica y gritando. Hasta puede que seamos capaces de mantener una conversación.

—¿Me vas a dejar marchar ya? —pregunta.

—Antes quiero hacerte unas preguntas.

—¿Y luego me dejarás ir?

—Sí.

Asiente.

—Vale, pero... ¿me desatas primero? Me duele todo. Llevo horas en esta postura.

Lleva atada como un minuto. No se da cuenta de que anda por ahí suelta casi todo el tiempo.

—Te desato cuando me contestes a las preguntas.

Se recoloca en la cama para sentarse un poco más lejos de mí. Dobla las rodillas y me mira nerviosa.

—Pareces enfadado —dice en voz baja—. ¿Por qué estás enfadado?

—¿Qué recuerdas de la noche en que te dispararon?

—No me gusta hablar de eso, ya lo sabes.

—¿Por qué?, ¿porque no lo recuerdas como yo?

Menea la cabeza.

—No, porque no me acuerdo de nada.

—Eso no es del todo cierto. Me parece que lo que pasa es que lo recuerdas de una forma que te confunde.

—No quiero hablar de eso —insiste.

Sigo hablando, a pesar de su negativa.

—Sé lo que te está pasando en la cabeza. Dices que tienes amnesia, pero no creo que sea eso. Te cuesta acceder a los recuerdos de Layla porque están mezclados con otros y por eso a veces, cuando te hablo de algo ocurrido hace tiempo, no lo recuerdas de inmediato. Es como si tuvieras que filtrarlos, hurgar en ellos.

Veo que contiene la respiración.

Me inclino hacia delante y la miro directamente a los ojos.

—¿A veces te parece que tienes demasiados recuerdos, recuerdos que ni siquiera son tuyos? —Empieza a temblarle ligeramente el labio inferior. Está asustada, pero procura disimularlo—. ¿Recuerdas haberle abierto la puerta a Sable cuando llamó aquella noche?

—Sí.

—Pero también recuerdas ser la persona que llamó a la puerta...

—¿Por qué dices eso? —pregunta enseguida, espantada.

—Porque tú... eres Sable.

Se me queda mirando varios segundos interminables.

—¿Te has vuelto loco?

—Tus recuerdos son confusos porque estás en el cuerpo equivocado.

Su mirada fija se vuelve amenazadora.

—Más vale que me dejes marchar ahora mismo o te denuncio pero ya, Leeds. Lo digo en serio. No creas que te voy a perdonar esto.

—¿Has sabido todo este tiempo que podrías ser Sable?

—¡Que te den! —me suelta, furiosa—. Desátame.

—¿Por qué le diste un puñetazo al espejo del baño cuando llegamos aquí? ¿A veces ves la cara de Sable cuando te miras al espejo?

—¡Pues claro que veo su cara a veces! ¡Me pegó un tiro, Leeds! ¡Tengo el síndrome de estrés postraumático!

No ha negado que le diera un puñetazo al espejo.

—No tienes ningún trauma. Es un recuerdo real.

—No dices más que disparates.

—Me pegaste un tiro —le digo, manteniendo la calma—. Y a Layla también. Y sé que lo recuerdas.

Niega con la cabeza.

—¿¡Que yo le pegué un tiro a Layla!? ¡¡YO soy Layla!!

—Sé que es un lío, pero tú no eres Layla. Solo puedes acceder a algunos de sus recuerdos porque estás dentro de su cabeza, pero moriste cuando te disparé. Y Layla murió cuando tú le disparaste, pero solo estuvo muerta unos segundos, lo justo para que tu alma terminara en el cuerpo equivocado y la de Layla acabara atrapada en esta casa.

Ahora llora.

—Me estás asustando —dice vacilante—. Lo que dices no tiene sentido. ¡Yo soy Layla! ¿Cómo puedes pensar que no lo soy?

Le enumeraría todas las razones, pero son demasiadas. En su lugar, intento pensar en una pregunta a la que solo Layla podría contestar enseguida, una a la que ya me haya contestado, pero que a Sable le cueste recordar.

—¿Qué canción te canté la primera noche que estuvimos aquí?

—Eso... eso fue hace mucho.

—¿Qué canción te canté? Te doy tres segundos para que contestes.

—*¿Remember Me?* —me pregunta.

—No, te canté *I Stopped*, y Layla sí se acuerda.

—Deja de hablar de mí como si yo no fuera Layla. ¡Es de locos! —espeta, arrimándose más al cabecero de la cama, como huyendo de mí.

No me extraña que le dé miedo. Si alguien hubiera intentado explicarme todo esto hace un mes, no me lo habría creído. Procuro sonar lo más equilibrado posible, porque sé que ahora mismo piensa todo lo contrario de mí.

—No espero que te lo creas sin más, porque a mí también me costó, pero es cierto. Vas a necesitar tiempo, y quizá pruebas, para entender bien lo que está pasando. Por eso, lo siento, pero no

puedo dejarte marchar hasta que consiga solucionarle la papeleta a Layla.

—Pero es que Layla soy yo —susurra, intentando aún convencerse de que esto no está pasando.

Miro a mi espalda.

—Layla, ocupa tu sitio.

Espero unos segundos hasta que veo el cambio.

Layla abre los ojos y relaja las piernas, pero la expresión no se le relaja. Parece a punto de llorar y no me queda claro si es porque ya no le cabe duda de que es Layla o porque le apena la situación en la que se encuentra Sable ahora.

Me agacho a desatarla. Cuando queda libre, se abalanza sobre mí, me abraza fuerte y se echa a llorar.

En ese instante, todo cuaja de pronto. Saber que a Sable le cuesta acceder a los recuerdos que yo creé con Layla, recuerdos que ocupan un lugar privilegiado en la cabeza de Layla, ha hecho desaparecer cualquier sombra de duda que aún pudiera quedar entre nosotros.

Layla me agarra por la nuca y pega su mejilla a la mía.

—Por favor, ayúdame a volver —me dice, muerta de miedo.

Cierro los ojos.

—No voy a parar hasta que solucionemos esto. Te lo prometo.

24

Le estoy lavando el pelo a Layla en la ducha. Es una repetición espeluznante de la mañana siguiente al día en que nos conocimos, cuando nos duchamos juntos. Solo que esta vez estamos callados. No le hago preguntas porque me da la impresión de que mi empeño en aclarar las cosas no hace más que deprimirla. Me pregunto si se arrepentirá de que yo haya aparecido aquí. De no haberlo hecho, ella no sería tan consciente de que no pertenece a este reino ni sabría lo injusto que es.

No sabría que a lo mejor no puede volver.

Esta noche no hemos dormido nada. Nos hemos pasado horas buscando soluciones en internet y hojeando libros sobre cuestiones paranormales en el salón. De momento, no hemos encontrado nada, a pesar de haber estado en vela hasta dos horas después del amanecer.

Pero hoy es otro día y, después de disfrutar de un descanso que nos hacía mucha falta, volvemos a la carga. Me niego a permitir que Layla pierda la esperanza con este asunto.

En cuanto termino de aclararle el pelo, le planto un beso en la coronilla. Ella se relaja en mis brazos con un suspiro, la espalda pegada a mi pecho y, en silencio, dejamos que nos caiga encima el agua caliente. No es romántico ni sensual.

Estamos tristes.

—Está agotada —dice Layla.

—Ese cuerpo no es suyo, sino tuyo.

Se vuelve y me mira. Tiene la mirada vacía y cansada. Necesita dormir, pero ahora que ya sabe que pertenece más a su cuerpo que al reino de lo espiritual, no le hace gracia volver a la nada. Antes me ha dicho que ahora eso le da miedo.

Me ha hecho polvo.

No quiero que deje que Sable vuelva a apoderarse de ella, pero es inevitable, porque es la única forma en que su cuerpo puede recuperarse.

—Tómate dos pastillas para dormir —le digo—. A lo mejor así tarda un rato en despertarse.

Layla asiente.

Salimos de la ducha y voy a buscarle las dos pastillas. Se las toma con un sorbo de agua y se mete en la cama. Corro las cortinas opacas para evitar que entre el sol. Me meto en la cama con ella, pero esta vez no dudo en estrecharla entre mis brazos. Por fin me vuelve a parecer normal tenerla en la cama conmigo.

Todo lo normal que puede parecer en nuestras circunstancias.

Sigo esperando despertar en algún momento de esta pesadilla. Me fastidia repasar los últimos meses y detectar todas las pistas que tenía delante de las narices. Me siento imbécil y tengo la sensación de que mi cabezonería nos ha perjudicado de algún modo. Nunca he creído en fantasmas ni espíritus, pero, de haber creído, ¿me habría dado cuenta de que Layla, en realidad, no era Layla?

¿Habrá otras personas en el mundo que, como Sable, den por sentado que tienen algún tipo de amnesia que les impide hurgar en sus recuerdos cuando, en el fondo, lo que pasa es que no pertenecen al cuerpo que habitan, no son más que un espíritu atrapado en el cuerpo equivocado?

—Leeds... —me susurra Layla, pero, aun en ese susurro, detecto su pesadumbre.

—Dime...

Encaja la cabeza en mi hombro.

—Creo que solo hay una forma de arreglar esto.

—¿Cuál?

Inspira hondo y luego espira y dice:

—Vas a tener que matarme y después rezar todo lo que sepas para poder reanimarme. —Cierro fuerte los ojos e intento apartar de mí esas palabras. No quiero ni oírlas, pero ella sigue hablando—. Si consigo entrar en parada el tiempo suficiente para que el alma de

Sable abandone mi cuerpo, igual mi alma puede volver a su sitio antes de que me devuelvas a la vida.

—Calla —le digo enseguida—. Es demasiado arriesgado. Podríamos liarla muy gorda.

—Lo que no podemos hacer es quedarnos así para siempre.

—Claro que sí.

Se aparta de mi hombro y me mira a los ojos, con los suyos inundados de lágrimas.

—Es agotador. Yo no puedo vivir así, día tras día. Además, ¿tú quieres retener a una chica contra su voluntad en esta casa el resto de tu vida?

La verdad es que no, es angustioso, pero lo prefiero a la posibilidad de que Layla muera.

—Esa no es la solución.

—¿Y vivir así sí? No se duerme salvo que la droguemos y luego yo tengo que lidiar con los efectos secundarios. Estoy cansada. ¡Tú estás cansado! Si esta es la única forma en que puedo existir contigo, prefiero no existir —dice, llorando de pronto, y me parte en dos. No quiero verla triste, pero, egoístamente, prefiero verla triste a no verla en absoluto.

—Si lo hiciéramos y saliese mal, jamás me lo perdonaría. No sé vivir sin ti, Layla.

—Sí sabes. Lo has hecho los últimos siete meses.

La miro fijamente.

—Y he sido desgraciado de cojones.

Me estudia con solemnidad. Luego, como si le diera pena, me pone la mano en la mejilla y me besa. Su beso es tierno, pero también desolado. No sé qué hacer con él.

Es una tortura, besarla para aliviar su dolor, porque sé lo que se le está pasando por la cabeza ahora mismo. Piensa que la muerte es la solución.

Yo temo que la muerte sea el final.

—No quiero seguir hablando de esto —le digo.

—Vamos a tener que hacer algo al respecto, y pronto, mientras aún me queden energías.

—No pienso acceder a eso.

Pasea los dedos por mi brazo hasta llegar a la mano. Los entrelaza con los míos.

—Puede funcionar, Leeds. Si lo organizamos correctamente, saldrá bien.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque sí —contesta, y me besa la mandíbula—. Te quiero más que Sable. Conseguiré que funcione.

Quiero creerla, pero ¿y si no funciona? ¿Y si no consigo reanimarla? Si su cuerpo muere para siempre, su espíritu seguramente morirá con él.

Y entonces, ¿qué haría yo? ¿Cómo explicaría su muerte a la policía, a su familia, a Aspen?

Layla me deshace con los dedos el ceño fruncido.

—Tranquilo —dice—. Ya nos ocuparemos de los detalles por la mañana.

Asiento, porque no deseo otra cosa que librarme de esos pensamientos. Solo quiero pensar en Layla.

Le acaricio con delicadeza los labios mientras ella me mira con la misma cara que cuando estábamos tumbados en el césped la noche en que nos conocimos, justo antes de que yo le preguntara cómo podía ser tan bonita. Recorro con los dedos las pecas espolvoreadas por el puente de su nariz.

—¿Cómo puedes ser tan bonita? —le susurro.

Ese recuerdo la hace sonreír.

Esto era lo que echaba de menos, estos momentos con Layla. Los recuerdos compartidos, las miradas de complicidad. La noche que nos conocimos forjamos un vínculo inmediato, una conexión tan sólida que me arrastró de vuelta a ella sin saber siquiera que la buscaba. Una conexión que me ha mantenido aquí, aun cuando estaba convencido de que Willow era Sable.

Layla vuelve a besarme, solo que esta vez el beso no termina. Dura tanto que me noto los labios hinchados cuando por fin me introduzco en su interior.

Se enrosca fuerte en mí mientras hacemos el amor. Mantengo los ojos abiertos todo el rato porque me flipa lo distinto que es todo

ahora que la he recuperado. Justo como era antes: intenso, perfecto y lleno de significado.

Cuando terminamos y la envuelvo con mis brazos, caigo en la cuenta de que tiene razón.

Nos encontramos una vez, cuando nos conocimos.

Volvimos a encontrarnos, cuando ella murió.

Eso me hace tener la suficiente fe en nosotros para creer que podríamos hacerlo una tercera vez.

25

Layla se ha pasado los últimos dos días planificando meticulosamente su muerte.

Yo me los he pasado intentando encontrar una solución alternativa.

Lamentablemente, no he encontrado nada.

Cada vez está más débil. Cuanto más tiempo ocupa el lugar de Sable, menos duerme esta, y cuando Layla lo abandona lo suficiente para que Sable duerma, la otra apenas lo hace, solo cuando las pastillas le hacen efecto, y aun entonces, no mucho rato.

Sable sigue intentando escaparse, con lo que tiene las muñecas destrozadas. Las señales son demasiado visibles para ocultarlas. Se las vendo, pero me preocupa, porque Aspen y Chad vuelven hoy y no sabemos cómo hacer para que no se las vean. Ahora mismo lleva una de mis camisetas de manga larga porque las suyas no le llegan a tapar las muñecas.

Confío en que Aspen no repare en los vendajes.

Confío en que Aspen no note nada.

Estamos viendo la televisión, más bien ausentes, yo con las piernas de Layla en el regazo, cuando oímos un coche que accede a la finca. No estamos prestando atención a la tele. Solo intentamos aparentar normalidad, algo que pretendemos hacer durante las próximas veinticuatro horas, mientras Aspen y Chad estén aquí.

Layla se levanta, se baja las mangas de la camiseta, se las coge con los pulgares y se dirige a la puerta. La sigo.

Aspen ya asoma por la puerta cuando llegamos al recibidor. Abro del todo y le cojo el equipaje. Layla la abraza en cuanto cruza el umbral.

El abrazo me pilla por sorpresa. No es un saludo desenfadado. La abraza fuerte, como si la hubiera echado de menos. Supongo que así ha sido. Layla estaba confundida la última vez que Aspen estuvo aquí: pensaba que todos sus sentimientos pertenecían a otra persona, con lo que probablemente no entendió que la complicidad que tenía con su hermana era real.

—Hola, hola —dice Aspen, riendo de la efusividad de Layla. La otra la suelta y Aspen la mira intrigada—. Pareces exhausta.

Layla se encoge de hombros, como quitándole importancia.

—Llevo mala varios días, pero ya me encuentro mucho mejor —miente, con una sonrisa luminosa.

Chad me saluda con la cabeza y coge el equipaje de Aspen.

—Dime que tienes cerveza, por favor. Llevo doce horas conduciendo, necesito una cerveza —dice, y se dirige a las escaleras para subir las maletas a su dormitorio habitual, pero Layla estira el brazo y lo reconduce hacia el pasillo.

—Esta vez os quedáis en el dormitorio de abajo —le dice—. El baño de arriba no funciona.

Está mintiendo y no tengo claro por qué, pero ayudo a Chad a llevar sus cosas al dormitorio de abajo. Luego nos reunimos los cuatro en la cocina, donde Chad busca algo de beber.

—¿Qué hay para cenar? —pregunta—. Huele bien.

Layla y yo hemos hecho un guiso juntos hace como una hora. Con todo lo que ha pasado, nos ha venido bien desconectar. En los últimos dos días, hemos tenido algunos momentos que he conseguido disfrutar, a pesar de las circunstancias. Cuesta evitar que la realidad de nuestra situación presida nuestro pensamiento, pero las ocasiones en las que hemos estado entretenidos con otras cosas han sido un recordatorio muy necesario de cómo era la relación entre nosotros antes de Sable.

—Hay un guiso en el horno —contesta Layla—. Ya casi está listo. —Mira a Aspen—. ¿Qué tal el viaje a Colorado?

Aspen sonríe, pero está claro que es una sonrisa forzada. Chad y ella se miran.

—Interesante —dice Aspen—. Dos pinchazos, un faro roto, seis horas perdidas atrapados en una zanja...

—Esas seis horas no las perdimos —la corrige Chad con una ceja enarcada.

Ella sonríe de nuevo y ahí se acaba la conversación.

—La veo distinta.

Me giro al oír la voz de Aspen. Pensaba que estaba solo en la cocina.

—¿A qué te refieres? —pregunto con cautela.

—A que está mejor —contesta—. Es como si por fin hubiera recuperado a mi hermana. Fue buena idea traértela aquí. Creo que le ha ayudado.

Suelto un resoplido discreto.

—Sí, sí, desde luego está mucho mejor.

—Pero parece cansada. Y ha perdido peso.

Asiento.

—La tengo vigilada. Ya os ha dicho que estuvo con gripe la semana pasada.

—¿Gripe? —pregunta Aspen extrañada—. Me acaba de decir que fue algo que le sentó mal.

«Mierda».

«Layla y yo vamos a tener que ponernos de acuerdo con las mentiras en adelante».

—Sí, eso también. Ha sido una semana terrible.

Cojo mi móvil y Aspen sale conmigo afuera, donde están Layla y Chad.

Layla está sentada a la mesa del patio, junto a un calefactor que hemos encendido después de la cena. Chad está sentado en el bordillo de la piscina, con los pies metidos en el agua. Calenté la piscina ayer, cuando caí en la cuenta de que venían.

Me acerco a Layla y le beso la coronilla antes de sentarme a su lado. Ella me coge la mano y me sonríe.

Pasamos la siguiente media hora fingiendo que nuestro mundo está del derecho. Reímos con las bromas de Aspen y Chad. Nos esforzamos por parecer relajados. Hasta planificamos un viaje con ellos para dentro de dos meses.

Un viaje que sabemos que no podrá ser, a menos que encontremos un modo de arreglar esto.

Aquí sentado, caigo de pronto en la cuenta de por qué Layla está dispuesta a jugarse la vida para recuperar la de antes: porque, mientras esté atrapada en esta casa, a merced de Sable, en realidad no tiene vida.

No podemos arriesgarnos a salir de este sitio cuando Layla no es más que la dueña temporal de su propio cuerpo. Además, ¿qué vida iba a llevar si la obligara a quedarnos en nuestro estado actual? No estaría más que de visita en este mundo, y sometida a la voluntad de Sable. No vamos a poder irnos nunca. Ni siquiera podremos hacer con Aspen y Chad el viaje que acabamos de planear.

Ya está. Así va a ser su existencia: la de una Layla agotada y prisionera.

Layla ríe a carcajadas y me saca de mis elucubraciones.

De cuando en cuando, me sorprendo clavado mirándola, pero es que me fascina verla ser ella misma, aunque esté haciendo un esfuerzo. Hay momentos, un instante aquí y otro allá, en que me olvido de que esta no es nuestra situación normal.

Pero es que no lo es. Ver a su hermana va a dejar de ser algo normal. Habrá que planificarlo meticulosamente. No va a poder salir de este sitio con Aspen.

Ni siquiera podrán venir a vernos. Cuando Aspen y Chad se vayan a la cama esta noche, Layla va a tener que encontrar un modo de quedarse en vela para que Sable no ocupe su lugar otra vez o yo tendré que buscar una forma de mantener a Sable calladita si se despierta mientras ellos siguen en la casa.

A lo mejor por eso Layla ha puesto a su hermana y a su cuñado en el dormitorio de abajo. De esa forma, si Sable recupera el control momentáneamente mientras ellos están aquí, no oirán el alboroto de Sable hasta que Layla pueda volver a colarse dentro de ella.

—Layla me ha contado que has hecho una oferta por esta casa... —dice Aspen, mirándome. Debo de haber desconectado de la conversación, porque no sé cómo hemos llegado aquí.

—Sí, la semana pasada —confirmo—. El trato se cerrará pronto.

—Que sepas que nos vamos a pasar la vida aquí. Wichita no está tan lejos, y echo de menos este sitio. —Mira a Layla—. Hasta te echo de menos a ti —dice riendo.

Layla sonríe, alarga el brazo y le estruja la mano a Aspen.

—No te haces una idea de lo mucho que te he echado de menos yo a ti. Estoy deseando volver a la normalidad. —Lo dice con ternura, pero Aspen no sabe el doble sentido que esconde.

Layla está de espaldas a la piscina, así que no ve cuando Chad saca los pies del agua, se dirige a la parte más honda de la piscina, retrocede hasta situarse a unos tres metros, se quita la camisa y esprinta hacia el agua. Salta, agarrándose las rodillas con los brazos, y grita justo antes de caer como una bomba y salpicarlo todo.

La conmoción inesperada a su espalda sobresalta a Layla.

Casi de inmediato, noto el cambio, como si ahora fuese capaz de ver el instante exacto en que Layla abandona su cuerpo.

Me quedo helado al ver que es Sable la que controla ese cuerpo de pronto. La bomba de Chad ha debido de asustar a Layla, como le pasó aquella noche de tormenta.

Espantada, Sable se gira y mira a su espalda, irguiéndose en la silla. De pronto, se levanta y vuelca sin querer la silla.

—Pero ¿qué...? —Se mira los brazos y luego levanta la vista a la casa—. ¿Cómo he salido afuera?

Me levanto enseguida e intento interponerme entre Aspen y ella, pero Sable retrocede de inmediato.

—¡Ni se te ocurra acercarte a mí! —me grita.

«Mierda».

Entonces se levanta Aspen.

—Layla..., ¿qué pasa?

Sable sigue apartándose de mí.

—¡Que me está drogando! —le dice histérica a Aspen, señalándome a mí—. ¡No me deja marcharme! —Niego con la cabeza, dispuesto a defenderme, pero antes de que me dé tiempo a abrir la boca, Sable se sube una manga y deja al descubierto el vendaje de la muñeca—. ¡Me tiene atada!

Me abalanzo sobre ella para detenerla, pero, antes de que le dé alcance, baja el brazo y cierra los ojos. Me planto delante de ella,

agarrándola de los hombros, procurando que Aspen no la vea. Layla inspira hondo y luego abre despacio los ojos. Le veo el miedo en la cara.

—¿Qué está pasando aquí? —grita Aspen, aterrada—. ¿Cómo que te está drogando? —insiste, interponiéndose entre Layla y yo, y separándonos.

Aspen le coge la cara con ambas manos, para que la mire a ella y no a mí.

Yo me agarro la cabeza, desesperado, y retrocedo. No tengo ni idea de cómo va a poder explicar lo ocurrido.

Layla pone cara de susto, como si estuviera haciendo un esfuerzo por encontrar una escapatoria. Yo no sé qué decir. Aspen se gira y me mira como si yo fuera un monstruo.

—Era... broma... —se excusa Layla, nada convincente.

—¿Q-qué...? —tartamudea Aspen.

Chad se acerca a nosotros, chorreando agua de los vaqueros.

—¿Qué pasa?

—Que... que me acaba de decir que él la droga —contesta Aspen, señalando a Layla—. Y que la tiene atada.

—Era una broma —contesta Layla, mirando al uno y al otro e intentando justificar el arrebato. Fuerza una sonrisa, pero la situación es muy tensa.

—Pues qué broma más rara —tercia Chad.

—Yo no creo que sea broma —replica Aspen—. Enséñame otra vez la muñeca.

Layla se agarra el puño de la manga con el pulgar y aparta la mano.

—Es una broma cómplice —dice, y me mira—. Cuéntaselo tú, Leeds.

No sé qué decir, porque, a estas alturas, Aspen no se va a creer ni una palabra que salga de mi boca, pero asiento de todas formas, me acerco a Layla y la cojo de la cintura.

—Es cierto. Es una broma cómplice un poco rara. Solo tiene gracia para nosotros.

Aspen mira a Layla, incrédula. Luego se lleva las manos a la frente como si no supiera qué hacer con el último minuto de su vida.

Menea la cabeza, confundida, nada convencida.

—Ven conmigo adentro, Layla —le dice a su hermana, tendiéndole la mano.

Layla se la queda mirando y luego niega con la cabeza.

—Aspen, sé que es raro y lo siento. A veces hago cosas que ni yo me explico... por la lesión cerebral. He pensado que te haría gracia, pero ya veo que no.

Aspen estudia el rostro de su hermana en busca de alguna señal, de una súplica silenciosa de ayuda, quizá.

—Todo esto es muy muy chungo —dice, y se mete en la casa.

Chad ve desaparecer a Aspen, apura la cerveza y se limpia la boca con el dorso de la mano.

—¡Qué raritos sois, tíos! —dice, y sigue a Aspen.

Layla y yo nos quedamos solos afuera.

—No me puedo creer lo que acaba de ocurrir —espeta Layla, tapándose la cara con las manos.

La abrazo.

—Ya se les pasará.

Layla niega rotundamente con la cabeza.

—A Aspen no. Le he visto la cara. Ya no se fía de ti. —Pega la cara a mi pecho—. No podemos seguir así, Leeds. Quiero que esto se acabe. —Asiento, pero solo porque quiero que se relaje. Ahora mismo, le diría que sí a cualquier cosa, con tal de tranquilizarla—. Esta noche. Quiero ponerle fin esta noche.

—No, por favor.

—Lo vamos a hacer esta noche —me dice con determinación. Su decisión es inamovible.

Me siento como si me hubiera hundido hasta el fondo de la piscina y tuviera los pulmones completamente llenos de agua. Carraspeo.

—¿Cómo lo vamos a hacer esta noche? Está aquí tu hermana.

Contesta enseguida, como si llevara un tiempo meditándolo.

—Creo que ahogarme sería lo más fácil. Habría que cronometrarlo perfectamente. Tendrías que asegurarte de que se me para el corazón antes de empezar a reanimarme.

Me aparto de ella y empiezo a pasearme por el bordillo de la piscina.

—No sé si me gusta la idea. Ni siquiera sé hacer una RCP.

—Aspen es enfermera.

—Aspen no va a acceder a esto —le digo.

Layla salva la distancia que nos separa y me dice, bajando la voz:

—No va a ser necesario. Lo haremos como si no estuviera planeado, como si fuera un accidente. En cuanto deje de latirme el corazón, la llamas a gritos. Me aseguraré de que se queda abierta una de las ventanas de su cuarto, para que te oiga. Y si no, te acercas corriendo y la despiertas.

«Por eso los ha puesto en el dormitorio de abajo».

—¿Ya lo tenías planeado?

Me mira con firmeza.

—No me lo reproches. No te haces una idea de lo que es esto para mí.

Lo dice con una cara de inmensa pena que no le he visto en la vida. No se me ocurre cómo rebatirle nada ante esa pena.

Tiene razón: yo no sé cómo lo está pasando. Ni me lo imagino. En este momento no puedo hacer otra cosa que quererla lo suficiente para confiar en su intuición.

—¿Y si no puedo reanimarte inmediatamente? ¿Y si la ambulancia se lleva tu cuerpo antes de que te dé tiempo a instalarte en él?

—No se lo permitas. Asegúrate de que Aspen consigue reanimarme.

—¿Por qué estás tan segura de que Aspen sabrá qué hacer?

—Es enfermera. Salva vidas a diario.

Esto no me gusta nada.

—Y si lo conseguimos y te devolvemos la vida, ¿cómo sabremos que Sable no volverá a ocupar tu sitio?

—No se lo voy a tolerar, Leeds.

Lo dice con tal convicción que no puedo evitar creérmelo. La estrecho en mis brazos y apoyo la barbilla en su cabeza. Por primera vez desde que descubrí que los fantasmas existen, estoy aterrado.

—Te quiero.

—Y yo te quiero a ti —contesta, con la boca pegada a mi pecho—. Muchísimo. Por eso sé que esto va a salir bien.

26

Hace dos horas que subimos al dormitorio a prepararnos para el ahogamiento de Layla, dos horas que he empezado a sentir que mi mundo podía llegar a su fin.

Lo tiene todo previsto. Hasta ha escrito las instrucciones y me está obligando a estudiármelas como si esto fuera un puto examen de la universidad.

1. Sumérgeme hasta que deje de forcejear para coger aire.
2. Tómame el pulso. Cuando ya no tenga, llama a emergencias enseguida.
3. Despierta a Aspen.
4. Empieza la reanimación cardiopulmonar.
5. Solo dispones de cinco minutos para salvarme la vida.

Dejo el papel en la cama. ¡Cinco minutos! No puedo volver a leerlo.

—¿Necesitas más tiempo para repasarlo? —me pregunta.

—Necesito años para mentalizarme de esto.

Me acaricia la sien.

—Sé que estás asustado, yo también lo estoy, pero cuanto más tiempo dejemos pasar, más débil voy a estar. Hay que hacerlo antes de que volvamos a meter la pata, antes de que Aspen sospeche más. —Coge el papel y lo dobla; luego entra en el baño y lo tira al váter. Cuando vuelve al dormitorio, agarra mi portátil y lo abre en la cama. Se aclara la garganta y me dice—: He escrito una nota de suicidio. Creo que es importante tener una, por si acaso.

Me tapo la cara con la mano.

—¿¡Una nota de suicidio!? —No consigo hablar en voz baja—. ¿Cómo lo puedes decir con esa tranquilidad? ¡Has escrito una nota

de suicidio, Layla!

—No quiero que te culpen a ti si no sale bien. Lo tengo programado para que se envíe por correo electrónico dentro de cuatro horas. Te sabes mi contraseña. Si no lo consigo, deja que se mande el correo, pero, si lo consigo, bórralo, porque le va a llegar a todo el mundo, Leeds: a ti, a Aspen, a mi madre... —Lo dice como si nada, con una voz plana, casi robótica, como desconectada por completo de lo que vamos a hacer.

Me coge la mano para que me levante de la cama, para que la siga.

Los siguientes minutos me resultan surrealistas. Salgo con ella del dormitorio, bajamos las escaleras y salimos al jardín. Se mete despacio en la piscina y este instante me recuerda mucho a la noche en que nos conocimos. La primera vez que hablamos fue en esta piscina. Nuestro primer beso fue en esta piscina.

«¿Por qué tengo la sensación de que también podríamos despedirnos para siempre en esta piscina?».

Me va el corazón a mil. Me cuesta respirar. Puede que ella no sea del todo consciente de lo que está a punto de hacer, pero a mí me tiene paralizado.

Está de pie en el centro de la piscina, en el mismo sitio en el que la encontré flotando de espaldas aquella primera noche. Además, por obra de algún milagro, tiene exactamente la misma expresión en el rostro. Serena.

—Te tienes que meter en el agua conmigo, Leeds.

Caigo en la cuenta de que mantiene la calma porque sabe que, de lo contrario, la voy a convencer de que se olvide del asunto, ¡me voy a convencer a mí mismo!

Pero tiene razón: hay que hacerlo ya, antes de que se quede aún más débil de no dormir.

Me meto en la piscina a regañadientes. El agua está caliente y entonces recuerdo que ayer me pidió que encendiera el climatizador de la piscina, no para que pudiéramos nadar, sino por esto.

Mientras me acerco a ella, nos miramos a los ojos.

Cuando nos encontramos en el centro, tengo que cerrar los ojos, porque por fin le veo una pizca de miedo en el rostro. Se me enrosca

a la cintura y me pega la cara al pecho.

—Sé que no quieres esto, Leeds, pero yo necesito recuperar mi vida —me dice con voz temblona—. Cada vez que me veo obligada a abandonar mi propio cuerpo se me parte el corazón. —Le beso la cabeza, pero no digo nada. No podría hablar aunque quisiera. El miedo me atenaza—. Escúchame —continúa, obligándome a mirarla —. Voy a tener que dejar que Sable ocupe mi lugar. Es preferible que esté asustada y confundida cuando se le pare el corazón, porque así yo puedo estar alerta y preparada. —Es verdad: ella tendrá ventaja si está aguardando en la banda—. En cuanto salga de su cuerpo, dentro de un minuto, le va a dar un ataque de pánico al despertar y ver que está en la piscina contigo. Lo tienes que hacer entonces. La hundes, la mantienes sumergida y no le dejas coger aire, por muy asustado que estés o muy culpable que te sientas.

Imagino lo que será para Sable que la ahoguen de pronto sin saber por qué. Eso la va a aterrar. Se va a resistir. Y yo voy a tener que ignorar el hecho de que es a Layla a la que estoy ahogando mientras mato a Sable por segunda vez.

—Eh... —me dice, compasiva y tierna. Me mira como si supiera exactamente lo que estoy pensando. Siempre es así. Entiende mis pensamientos como si alguien se los susurrara en cuanto los tengo —. No vas a acabar con la vida de Sable, Leeds. Me vas a salvar la vida a mí. Tú puedes.

Esa es la perspectiva que necesitaba para seguir adelante. Es lo que toca. No es una cuestión moral.

—Vale, tienes razón. Yo puedo. ¡Podemos!

—Bien, venga. —Inspira hondo, pero apenas inhala, porque el miedo se lo impide—. ¿Preparado?

Niego rotundamente con la cabeza, porque ¿quién podría estar preparado para algo así? Le cojo la cara con las manos y nos miramos a los ojos. Está asustada. Le tiemblan los labios. Cuando me pone las manos en el pecho, noto que le tiemblan los dedos.

Se lo debo. Se ha visto obligada a pasar mucho tiempo aquí sola, esperando a alguien a quien no recordaba. Pego la frente a la suya y cerramos los ojos. Cuando estoy tan cerca de ella, noto una conexión inquebrantable que ni siquiera la muerte ha podido

destruir. Estamos unidos para siempre y, si esto no me sale bien, si la pierdo, ese vínculo será como una soga en el corazón, cuyo nudo irá apretándose hasta detenerlo.

La beso. La beso fuerte y no quiero parar, porque ¿y si esta es la última vez que puedo besarla?

La beso hasta que el beso me sabe a lágrimas, las de los dos.

La beso hasta que me obliga a parar.

Pega la frente a mi pecho y percibo la tristeza en su suspiro.

—Te quiero —me dice.

La abrazo con fuerza y apoyo la mejilla en su cabeza.

—Y yo te quiero a ti, Layla.

—Gracias por encontrarme —susurra.

Y se va.

Ya no es a Layla a la que abrazo, sino a Sable. Noto el cambio en la forma en que se revuelve contra mí y levanta la cabeza de mi pecho, espantada.

Le tapo la boca con la mano antes de que le dé tiempo a gritar.

Y a lo mejor es esa parte de mí que está resentida con ella la que me da fuerzas, o la que desea más que nada en el mundo que Layla vuelva, pero el caso es que lo hago. La hundo y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenerla sumergida, le retengo el cuerpo con las piernas, le entierro los dedos en el pelo en busca de un anclaje.

Forcejea en el agua, me araña los brazos y el pecho. Hace todo lo posible por escapar, por coger aire, pero, como grita debajo del agua, enseguida se le encharcan los pulmones.

Miro al cielo porque, si la miro a ella, voy a parar. No sería capaz de mirar a Layla a la cara y seguir haciendo lo que estoy haciendo. Y aunque sé que es Sable la que se encuentra ahora mismo al otro lado de esos ojos, si los miro, temo no ver más que a una Layla aterrada. Cierro los míos con fuerza y la sujeto más fuerte.

Espero y espero y espero a que deje de forcejear. Se me hace interminable. Cuento mientras la mantengo sumergida. Llego hasta ciento dieciocho segundos y, por fin, deja de resistirse. E incluso entonces, cuando pienso que ya está, me da algún zarpazo más,

buscando con los dedos la salvación. Me agarra de la muñeca izquierda y aprieta sin fuerza.

Luego... ya no siento nada.

Ya hace varios segundos que han cesado los gritos bajo el agua. Su pelo se me empieza a escapar de los dedos. Mantengo los ojos cerrados y contengo la respiración hasta que tengo la certeza de que no le queda aire en los pulmones. Después bajo la mirada despacio.

El pelo le tapa la cara, así que se lo aparto. Tiene los ojos abiertos, pero no me mira. Esos ojos ya no miran nada, no enfocan, no tienen vida.

Entonces es cuando me entra el pánico.

La subo hasta sacarle la cabeza del agua y me queda claro que Sable ya no está dentro de este cuerpo. Pero tampoco Layla.

Se me escapa un gemido de dolor al ver los ojos sin vida de Layla. Los brazos le cuelgan, lacios, a los lados. La cojo por las axilas y empiezo a arrastrarla hasta las escaleras de la parte menos profunda de la piscina.

—¡Aspen! —grito—. ¡Socorro!

Me resulta imposible moverla tan rápido como pensaba que lo haría. Las pantorrillas le arrastran por los peldaños, luego por el hormigón. Cuando por fin la tengo tumbada bocarriba al borde de la piscina, cojo el móvil y llamo a emergencias.

—¡Aspen! —vuelvo a gritar, y empiezo a hacerle la RCP tal y como Layla me ha enseñado a hacerla, aunque tengo la sensación de estar metiendo la pata en todo.

Tengo el móvil al lado, en el suelo. Cuando responde un operador, le berreo la dirección mientras sigo intentando reanimarla.

«Cinco minutos. No tengo más».

—Cinco minutos —susurro.

Se le han puesto los labios azules. Nada en ella parece vivo. Necesito a Aspen, porque no sé si lo estoy haciendo bien, pero no quiero dejar a Layla sola.

—¡Aspen! —grito una vez más.

Antes de que me dé tiempo a terminar de decir su nombre, la tengo arrodillada a mi lado.

—¡Quita! —me chilla, apartándome de en medio.

Caigo de espaldas y veo que Aspen pone a Layla de lado para despejarle las vías respiratorias y luego vuelve a ponerla bocarriba e inicia las compresiones torácicas.

Chad, que ya está aquí también, agarra mi móvil y empieza a hablar con el operador de emergencias. Yo rodeo a Aspen, me acerco a la cabeza de Layla, me agacho y se la cojo con ambas manos.

—Tú puedes, Layla —le digo, suplicante—. Vuelve, por favor. Por favor. No puedo seguir sin ti. Vuelve, vuelve, vuelve.

No vuelve. Está tan inerte como cuando la he sacado a rastras de la piscina.

Lloro. Aspen también.

Solo que ella no para de intentar salvarla. Hace todo lo que puede. Yo intento ayudar, pero no sirvo para nada.

Me da la impresión de que han pasado más de cinco minutos.

Me parece una puta eternidad.

Una vez pensé que los minutos importaban más cuando los pasaba con Layla, pero nunca habían importado tanto como ahora mismo, mientras intentamos salvarle la vida.

Aspen se está poniendo histérica, y eso me hace pensar que sabe que es demasiado tarde, que ha pasado demasiado tiempo. ¿La he tenido sumergida más de la cuenta? ¿Esto es culpa mía?

Siento que me hundo cada vez más, hasta fundirme con el hormigón. Estoy a cuatro patas, apoyado en las rodillas y los codos, con las manos cogidas, fuerte, en la nuca, y en mi vida había sentido un dolor físico tan grande.

¿Por qué la he dejado convencerme de esto? Podríamos haber encontrado un modo de vivir así. Prefiero llevar una vida triste con ella a no existir con ella en absoluto.

—Layla... —susurro.

¿Me oirá? Si ahora mismo no está en su cuerpo, ¿sigue aquí? ¿Lo está viendo? ¿Me está viendo?

Oigo un gorgoteo.

Aspen vuelve a ponerla de lado enseguida. Veo brotar agua de la boca de Layla al hormigón.

—¡Layla! —grito—. ¡Layla!

Pero no abre los ojos. Sigue inconsciente.

—Están a ocho minutos de aquí —dice Chad, bajando el móvil.

—No es suficiente —masculla Aspen, y continúa con las compresiones torácicas.

Layla vuelve a vomitar agua.

—Layla, vuelve, vuelve... —le suplico.

Aspen le coge la muñeca para buscarle el pulso. Mientras espero su veredicto, es como si todos los sonidos del mundo se hubieran silenciado automáticamente.

—Tiene pulso, aunque débil.

«Solo dispones de cinco minutos para salvarme la vida».

Vuelvo a cogerla de las axilas y empiezo a tirar de ella.

—¿Qué haces? —me pregunta Aspen, aterrada.

—¡Hay que ir a buscar a la ambulancia! —le grito—. ¡Vamos!

Chad me ayuda a trasladar a Layla al jardín delantero. La metemos en el asiento trasero de mi coche y Aspen y Chad suben atrás con ella. Aspen no le suelta la muñeca, para asegurarse de que mantiene el pulso mientras yo salgo escopeteado de la finca.

—Más rápido —me dice Aspen.

No puedo ir más rápido. Le estoy pisando a tope.

Conduzco durante lo que me parecen kilómetros y kilómetros, aunque, en el fondo, seguramente son dos, hasta que nos cruzamos con la ambulancia. En cuanto veo las luces asomar por encima de la colina, les empiezo a dar las mías. Detengo el vehículo en medio de la autopista para que la ambulancia se vea obligada a parar.

Ayudo a Aspen y a Chad a sacar a Layla del asiento de atrás. Sigue inconsciente.

Los técnicos de emergencias salen a nuestro encuentro con una camilla. La suben a la ambulancia, pero, cuando me dispongo a subir con ella, Aspen me engancha y me tira para atrás. Se me adelanta y sube ella al vehículo. Nos miramos y sé que piensa que soy un monstruo.

—¡Ni te acerques a mi hermana!

Se cierran las puertas.

La ambulancia sale disparada.

Y yo caigo al suelo de rodillas.

27

Hace treinta y ocho minutos que la saqué del agua.

Me paseo nervioso por la sala de espera.

Chad está a cierta distancia de mí, con el móvil, probablemente intentando llamar a Aspen. No la hemos visto desde que entramos en Urgencias. Chad ha tenido que sacarme de la carretera y conducir hasta aquí. Yo estaba demasiado hecho polvo.

Nadie nos puede decir nada.

Han pasado ya treinta y nueve minutos.

¡Cuarenta!

Chad cuelga. Me acerco aprisa, confiando en que tenga noticias de Aspen. Niega con la cabeza.

—No lo coge. Me da que se ha dejado el móvil en la casa.

Cabeceo y sigo paseándome. Veo moverse mis pies por el suelo, pero me siento como si flotara, como si no estuviera avanzando en realidad. Todo esto me parece un sueño.

Una pesadilla.

—¿Qué hacía en la piscina?

Me giro al oír la voz de Aspen. De pronto la tengo a mi espalda, mirándome con los ojos fruncidos y las mejillas manchadas de lágrimas.

—¿Está bien? —le pregunto.

Aspen niega con la cabeza y a mí se me derrite el corazón y se me cuela entre las costillas.

—No sé nada. No me dejan entrar. ¿Qué hacía en el agua, Leeds? —insiste, con una mirada acusadora. Chad se acerca a ella, le pasa un brazo por los hombros e intenta llevársela a una silla, pero ella se zafa de él y me pregunta de nuevo—: ¿Qué cojones hacía en el agua, Leeds?

Me grita de tal forma que la mira todo el mundo. Está histérica, furiosa. Piensa que yo le he hecho esto a su hermana.

—No lo sé —miento—. Pero esto no se lo he hecho yo.

Aspen agacha la mirada y, al hacerlo, clava los ojos en mis brazos. Me los mira tan fijamente que consigue que yo haga lo mismo. Entonces descubro que los llevo forrados de arañazos, que me sale sangre, ¡sangre fresca!

Cuando vuelvo a mirarla, la veo llorar desconsoladamente. Chad se ve obligado a sujetarla y llevarla hasta una silla, pero, mientras la aparta de mí, ella sigue gritándome.

—¿Por qué? ¿Por qué le has hecho esto a mi hermana?

No puedo decir ni hacer nada para evitar las sospechas de Aspen. Esta noche han pasado demasiadas cosas para que me crea inocente.

Además, si Layla no sobrevive, yo tampoco, porque nadie va a aceptar nunca la verdad. Hace un mes, ni yo habría creído la verdad.

Solo que la idea de que Aspen no vuelva a confiar en mí, aunque Layla lo consiga, no me entusiasma.

Chad está haciendo todo lo posible por calmarla, pero está desquiciada. Me acerco a ellos y me arrodillo delante de ella.

—Aspen... —digo, en voz baja, pero con firmeza—. Le ha dado un ataque en el agua. Yo he intentado ayudarla, pero no podía solo. No conseguía sacarla del agua. Por eso te he llamado. No he sido yo.

No me cree. Le veo la desconfianza en los ojos.

—¿Por qué ha dicho que la tenías atada? —pregunta Aspen—. ¿Por qué iba a decir una cosa así?

Abro la boca para explicárselo, pero no tengo respuesta. La cierro de golpe y aprieto la mandíbula.

—¿Leeds? —me llaman a mi espalda.

Me incorporo y me giro a la vez que Aspen se levanta de un brinco de la silla. Hay un médico plantado a la puerta de la sala de espera.

—¿Leeds Gabriel? —dice.

No puedo sentir más que alivio de que este hombre me esté ahorrando una explicación que no iba a poder darle a Aspen, pero me aterra que venga a darme noticias que no estoy preparado para oír. Me adelanto.

—¿Está bien?

El médico abre la puerta que tiene a su espalda.

—Pregunta por usted.

No me quedan ni fuerzas para dar un paso, porque esas palabras me dejan sin aliento, pero, no sé cómo, consigo salir al pasillo y entrar en la habitación en la que se encuentra Layla, tapada con una manta, con el pelo mojado y amontonado en el hombro.

Me detengo nada más entrar porque no sé qué es lo que me voy a encontrar. Cuesta saberlo solo mirándola.

«¿Es Layla?».

Aspen me aparta de un empujón y corre a la cama. Llora. La abraza.

Pero Layla no mira a Aspen. Me mira directamente a mí.

No hay emoción en su rostro, no hay forma de saber si miro a Layla o a Sable. Quiero pensar que es Layla, porque siento que es ella, solo que estoy demasiado asustado para confiar en mi instinto ahora mismo.

«Necesito que diga algo».

—¿Layla...? —le pregunto en un susurro.

Le cae una sola lágrima que le corre por la mejilla. Asiente... escasamente.

—Leeds —dice—, ¿sabes lo que parece ahora mismo?

Niego con la cabeza.

Esboza una sonrisa.

—Parece que te estás muriendo por dentro.

No necesito más prueba que esa afirmación. Corro hasta ella y me cuelo entre Aspen y la cama. Bajo la barandilla de seguridad, me meto en la cama con ella, la abrazo y ella se cuelga de mi cuerpo. La beso sin parar, en la cara, las manos, la cabeza... Llora, pero también ríe.

—Lo hemos conseguido —dice.

Suspiro y pego la mejilla a la suya.

—Lo hemos conseguido, Layla —contesto, limpiándole las lágrimas.

—Dilo otra vez. Llámame por mi nombre.

—Layla —susurro—. Layla, Layla, Layla.

Me besa.
¡Layla me besa!
¡Layla!

Epílogo

Layla y yo hemos salido de esa experiencia con una sola certeza: la de que no hay certezas.

Esta vida y lo que venga después van más allá de nuestra comprensión, con lo que es mejor no molestarse siquiera en entenderlas. Lo único que podemos hacer es valorar que encontramos un modo de disfrutar de una segunda oportunidad, y con ella estamos haciendo todo lo posible por asegurarnos de que no necesitamos una tercera.

Como no sabemos si Sable ha saltado a otro reino o su espíritu está atrapado en algún sitio vinculado con uno de sus recuerdos de mi persona, Layla y yo hemos decidido que lo mejor era empezar de cero. Por completo.

No hemos vuelto a la pensión de Lebanon, en Kansas. Ni siquiera al piso temporal de Tennessee. Cuando a Layla le dieron el alta, fuimos directos al aeropuerto y preguntamos adónde iba el siguiente vuelo.

Así terminamos en Montana.

Ninguno de los dos había estado nunca aquí, y eso nos reconforta. Nos alojamos en un hotel unas semanas hasta que conseguimos una casa. Nos aseguramos de comprar un inmueble de nueva construcción. Nos pareció que era preferible que nuestro hogar no tuviera historia. Menos posibilidades de cruzarnos con algún ente que no fuera de este reino.

La casa probablemente es más de lo que necesitamos, pero, en cuanto Layla la vio por primera vez, supe, por su aspaviento, que sería nuestro hogar. La vivienda se encuentra asentada en cuatro

hectáreas de colinas ondulantes, con una panorámica directa y sin obstáculos de los montes Beartooth desde el jardín trasero.

Es una casa única y moderna, que no se parece a ninguna otra de la zona, tanto es así que parece fuera de lugar en medio de toda la naturaleza que nos rodea. Creo que nos atrajo a los dos porque nos recuerda cómo nos sentimos ella y yo en el mundo ahora. Es como si no encajáramos del todo porque guardamos ese secreto inmenso que no podemos contarle a nadie.

¿Cómo íbamos a desvelarle a alguien lo que nos pasó? La gente pensaría que estamos locos. Layla ni siquiera se ve capaz de compartir con Aspen su experiencia. Teme que su hermana crea que la lesión cerebral es peor de lo que pensaba.

Me va a llevar un tiempo ganarme de nuevo la confianza de Aspen. Después de lo ocurrido, no se fía de mí, y el que me haya llevado a Layla a un lugar apartado de Montana no hace más que aumentar su preocupación por ella. Terminaré reconquistando su cariño, lo tengo claro. Layla es mi alma gemela en todos los reinos de la vida.

Layla y yo hemos pasado los últimos días instalándonos en nuestra nueva casa. Como no nos trajimos nada, esta mudanza ha consistido básicamente en comprar muebles y todo lo demás que nos faltaba.

Estamos agotados los dos. En cuanto ha empezado a ponerse el sol hace un rato, nos hemos dejado caer en una de las sillas del jardín y llevamos aquí la última media hora, escuchando música con el altavoz de Alexa.

Layla está acurrucada a mi lado, con un brazo por encima de mi vientre y la cabeza apoyada en mi hombro. Yo le estoy acariciando los rizos cuando de pronto suena una de las canciones que compuse.

«Será una de sus listas».

Ella se yergue de inmediato y esboza una sonrisa.

—Mi favorita —dice, y va en serio, porque escucha tan a menudo mis canciones que empiezo a hartarme de mi propia voz.

Se levanta despacio de la silla y empieza a mecerse, seductora, al ritmo de la música. Gira, levanta los brazos y baila delante de mí.

—Alexa —dice—, sube el volumen a tope.

La canción se oye más alto y Layla cierra los ojos y sigue bailando. No sigue el compás y carece de elegancia. Baila fatal. Fue lo primero que detecté de ella... y es lo último que cambiaría de su persona.

Agradecimientos

Lo he pasado fenomenal explorando un género que no había probado antes, aunque a veces me haya espeluznado a mí misma. Gracias a todos los que le habéis dado una oportunidad, sobre todo si lo paranormal no es lo vuestro. Para mí ha sido un derroche enorme de imaginación, pero eso es lo que adoro de escribir.

Muchísimas gracias a mi agente, Jane Dystel, y a todo el equipo de la agencia literaria Dystel, Goderich & Bourret. Os esforzáis un montón por llevar mis libros a los lectores y os lo agradezco mucho.

Gracias a todo el equipo de Montlake Publishing. Ha sido una maravilla trabajar con vosotros y confío en que coincidamos muchas veces más en el futuro.

Querría dar las gracias también a toda la plantilla de Goodreads. Los autores tenemos mucha suerte de contar con una plataforma dedicada a los libros y siempre es un placer trabajar con gente tan receptiva.

Gracias a todos mis lectores beta: Tasara Richardson, Maria Blalock, Melinda Knight, Anjanette Guerrero, Vannoy Fite, Lin Reynolds, Brooke Howard, Karen Lawson y Susan Rossman. Siempre os toca leer las peores versiones, pero seguís ahí. Valoro mucho vuestras aportaciones a mis novelas.

Gracias a Stephanie y Erica, mis dos chicas favoritas. Sin vosotras, no estaría viviendo mi sueño. Tenemos el mejor trabajo del mundo.

Quiero dar las gracias también a todos los que trabajáis o colaboráis voluntariamente con Bookworm Box y Book Bonanza. Valoro muchísimo lo que hacéis para que esas oenegés sean un éxito.

Un agradecimiento ESPECIAL para todos los miembros de CoHorts y sus estupendas administradoras: Pamela Carrion, Chelle Lagoski Northcutt, Kristin Phillips, Laurie Darter, Murphy Rae y Stephanie Cohen.

Gracias a mi maravillosa familia: mi madre, mi marido, mis hermanas, mis chicos...

Pero, sobre todo, gracias a ti por leer esta novela. Este año ha sido todo un desafío para el mundo entero, así que gracias por seguir haciendo del arte un consuelo.

COLLEEN HOOVER, 2020

Layla
Colleen Hoover

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Layla*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño, adaptación de un diseño original de David Drummond

© Colleen Hoover, 2020
Todos los derechos reservados
Edición publicada de acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.
COLLEEN HOOVER® está registrada en la Oficina de Patentes y Marcas Registradas de Estados Unidos

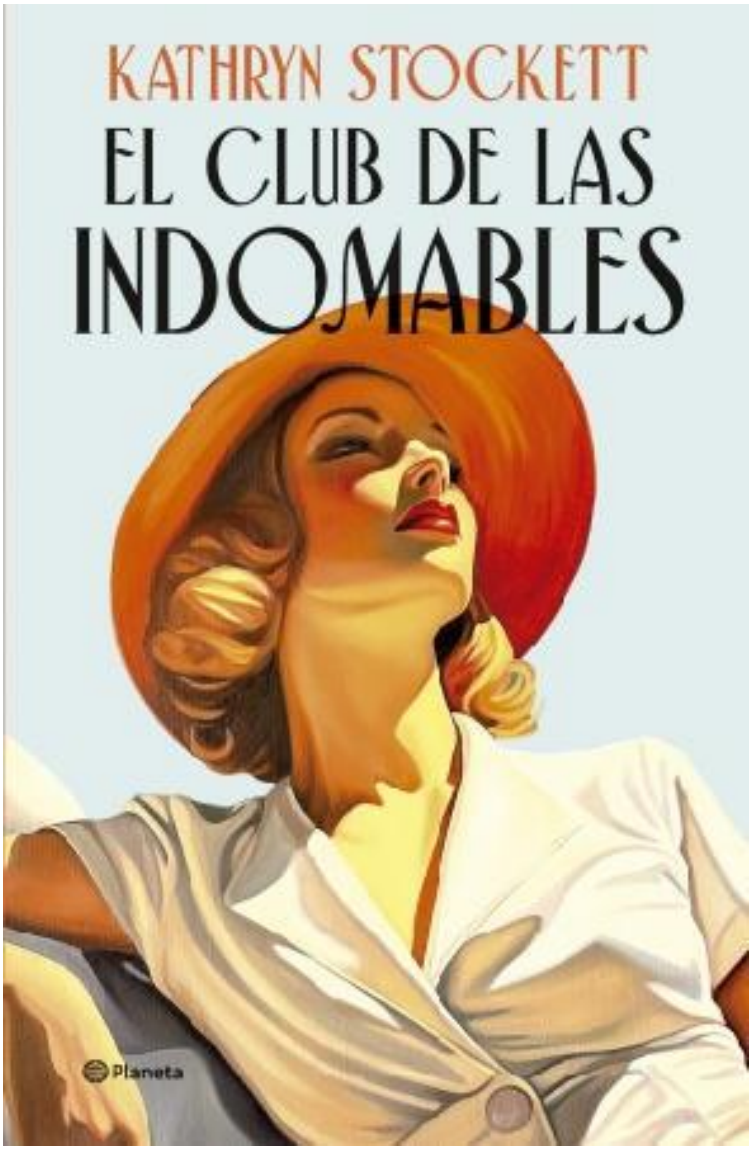
© de la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2026

ISBN: 978-84-08-31938-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



El club de las indomables

Stockett, Kathryn
9788408320562
896

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El esperado regreso de Kathryn Stockett, autora de la aclamada Criadas y señoras. 15.000.000 de lectores «Inteligente, divertida y con personajes inolvidables. Una lectura imprescindible». Bonnie Garmus, autora de Lecciones de química

Mississippi, 1933. Meg, de once años, vive en un orfanato desde que su madre desapareció una Nochebuena sin dejar rastro. Con el paso del tiempo, la esperanza de que regrese a buscarla se desvanece y la vida en el orfanato se vuelve cada vez más dura. Entre carencias y silencios, Meg aprende a sobrevivir mientras se aferra a un único sueño: que una familia la escoja y le dé un hogar.

Birdie, una joven fuerte y rebelde, llega a Oxford en plena Gran Depresión para pedir ayuda a su hermana, ahora casada con un influyente banquero de la alta sociedad. Su objetivo es salvar la finca familiar y escapar de la ruina que amenaza con devorarlo todo.

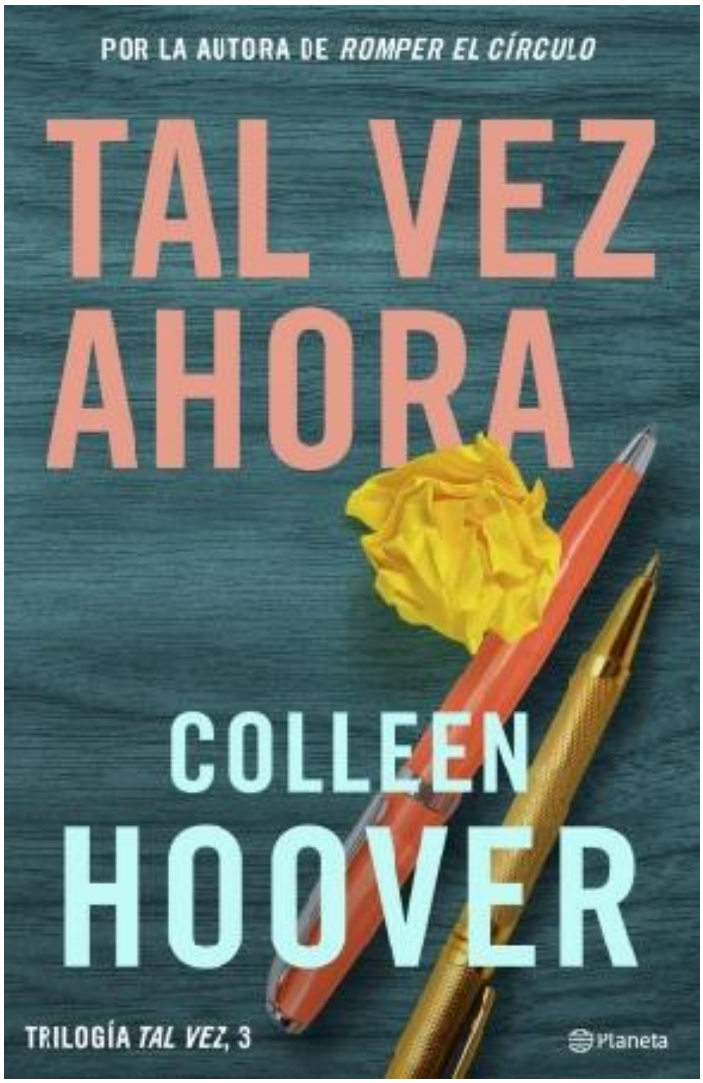
El destino entrelaza entonces los pasos de Birdie con los de Charlie, la madre de Meg, una mujer dispuesta a luchar contra cualquier obstáculo para recuperar a su hija. Unidas por la fuerza de quienes ya no tienen nada que perder, las tres liderarán un grupo de mujeres que, juntas, encontrarán el coraje para rebelarse contra el lugar que la sociedad les impone y cambiar para siempre su destino.

«Inteligente, divertida y con personajes inolvidables. Una lectura imprescindible». **Bonnie Garmus, autora de *Lecciones de química***

«Una novela capaz de envolverte y hacerte sentir parte de la historia, minuto a minuto». ***The Guardian***

«Una historia deslumbrante que se lee de forma compulsiva». ***Kirkus Reviews***

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tal vez ahora (Maybe Now)

Hoover, Colleen
9788408276531
560

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Por la autora de Romper el círculo, número uno en ventas de The New York Times y un auténtico fenómeno en TikTok.

¿Qué es más importante, la amistad, la lealtad o el amor?

Ridge y Sydney no pueden creerse que al fin puedan estar juntos. La relación entre Warren y Bridgette sigue tan tumultuosa como siempre y Maggie va trampeando con su enfermedad. Convencida de sacar el máximo partido a su vida decide saltar de un avión en paracaídas cuando conoce a Jake. Al prepararse para su cita con él, encuentra una vieja lista de deseos y decide que *tal vez ahora* ha llegado el momento de cumplirlos.

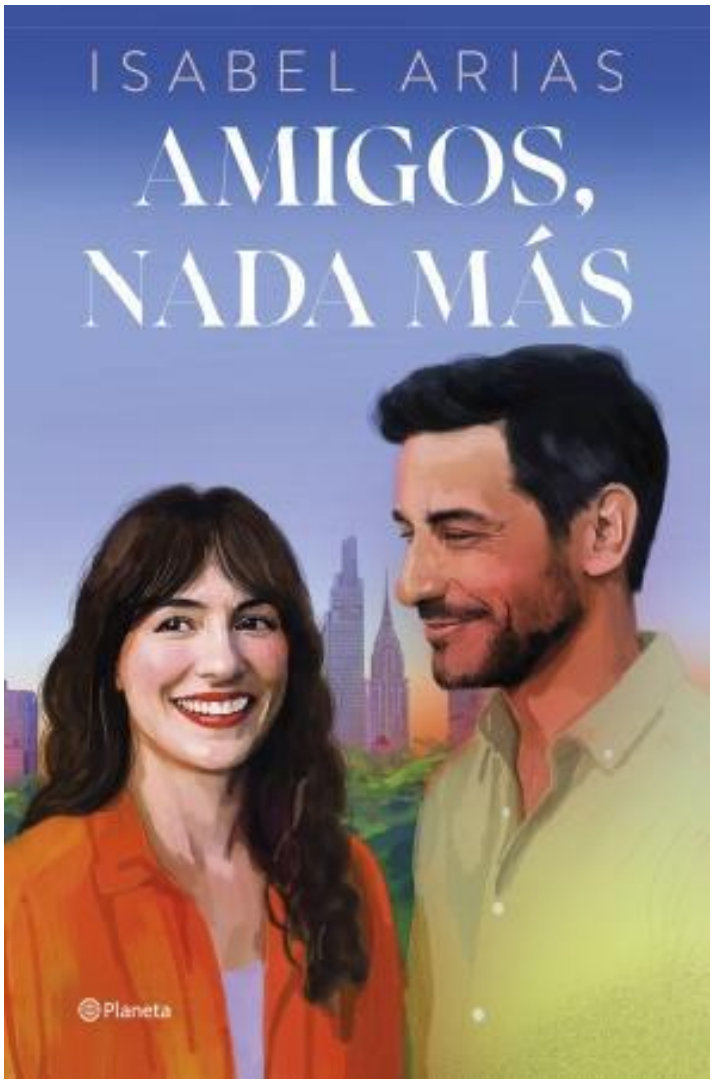
Mientras Maggie pone al día de sus aventuras a Ridge, a Sydney le cuesta no sentirse celosa por la amistad que aún existe entre ellos. Pero si quiere que su relación funcione, va a tener que asumirlo o alejarse de él para siempre.

«Con una habilidad especial para la novela de emociones de alto voltaje,

Hoover ha vendido más de 20 millones de libros. Y lo ha hecho a su manera».

The New York Times

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Amigos, nada más

Arias, Isabel
9788408315360
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Decían que no podían ser solamente amigos..., pero ellos decidieron intentarlo

La vida de Elena **da un giro inesperado** cuando, tras verse inmersa en un escándalo, pierde su cabello y con él su autoestima. Decide **renunciar a su trabajo y reinventarse**; encuentra refugio en su hermana Lucía y en sus sobrinos, pero poco a poco **se va aislando de sus mejores amigos**.

Dos años más tarde, en un viaje a Nueva York con su hermana, **Elena conoce a Guillermo, y entre ellos surge una conexión especial**. Casi nadie a su alrededor cree que sea posible **la amistad sincera entre un hombre y una mujer** que acaban de conocerse sin que también exista una atracción física o sexual, pero ellos se empeñarán en demostrar lo contrario. **Incluso... a la mujer de Guillermo**.

Amigos, nada más es un **reconfortante *cozy romance*** que avanza entre amistades complejas y amores a destiempo, **una historia sobre la capacidad para afrontar los traumas y las situaciones difíciles** a través del humor y el amor en todas sus formas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Innocentia

Tranche, Juan
9788408321729
416

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

CUANDO EL PODER COMPRA EL SILENCIO, LA INOCENCIA SE PAGA CON SANGRE

Año 222 d. C.

En la provincia bética de la Hispania romana, varias niñas desaparecen sin dejar rastro. Nadie investiga. Nadie responde.

El miedo comienza a extenderse entre las familias mientras, de manera inexplicable, las autoridades miran hacia otro lado.

Marciano Tauro, antiguo centurión retirado en Augusta Emerita, solo quiere enterrar su pasado. Pero cuando la sobrina de un viejo compañero se convierte en la siguiente víctima, comprende que no puede permanecer al margen. Junto a su esposa, Domicia, y a un joven huérfano, iniciará una investigación que destapará una red de trata de menores, corrupción y ambiciones políticas que conducen al corazón mismo del Imperio.

***Innocentia* es un *thriller* histórico implacable sobre justicia, poder y ambición, donde las víctimas son niñas y los verdugos, los hombres que juraron protegerlas.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Los secretos de los asesinos del emperador

Posteguillo, Santiago
9788408123606
162

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Cuál fue el papel que desempeñó la esposa de Domiciano en la conjura contra su marido?

¿A quién se contrató para intentar asesinar al mismísimo emperador?

¿Por qué Roma decide elegir como emperador a Trajano, un hispano no nacido en Roma?

¿Existieron las gladiadoras?

¿Por qué Domiciano se volvió tan paranoico?

Santiago Posteguillo nos desvela en estas páginas todos los secretos de *Los asesinos del emperador*, su nueva novela.

¿Qué es ficción y qué realidad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)
